

¿CÓMO **NO** CONSEGUIR UN LIGUE DE UNA NOCHE?

ROXANA AGUIRRE

¿CÓMO
 NO
CONSEGUIR
UN LIGUE
DE UNA
NOCHE?

ROXANA AGUIRRE

© 2024, Roxana Aguirre

¿Cómo no conseguir un ligue de una noche?

La portada ha sido diseñada usando imágenes de *Freepik*

ISBN:

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Epílogo](#)

Sinopsis

Roger Santana es un poco conocido y ordinario escritor que trabaja creando artículos para adolescentes en la revista «Hombres al poder». Sin una carrera exitosa ni un salario extraordinario, su vida da un giro radical cuando descubre la infidelidad de su novia y le encargan un artículo que le deja en claro su nueva misión: ¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

Siendo todo lo contrario al tipo de hombre seductor, Roger es persuadido por su mejor amigo Simon para embarcarse en una nueva aventura donde se convertirá en una persona diferente hasta conocer a la mujer ideal para tener un ligue de una noche. ¿El resultado? Una serie de divertidos acontecimientos que le harán replantearse si en realidad le interesan los encuentros casuales o una relación formal de largo tiempo, cuando conoce a la mujer dispuesta a poner su mundo de cabeza.

Capítulo 1

Miro la pantalla del monitor frente a mí, mis ojos se concentran en el cursor parpadeante de la página en blanco del documento, treinta minutos, la mitad de una hora y mi documento está vacío ¿Cómo se le ocurre a alguien hacer un artículo sobre los pasos para conseguir un ligue en una noche? ¿Existe siquiera una razón inteligente para conseguir un ligue de una noche?

Bueno, no es que yo sea el más santo, pero ¿quién creería en su sano juicio que despertar al día siguiente con una resaca y la boca apestosa, es algo para alardear y escribir en una revista de adolescentes? Bueno, a decir verdad, sí sueno bastante santo.

Es que... a ver... ¿A quién carajos se le ocurrió esto?

Reviso una vez más el correo de mi jefa y ahí dice, claro y preciso: «Roger, escribe un artículo sobre ligues de una noche. Tienes un mes».

Un mes, dice.

Suena a bastante tiempo ¿No? Pues ya pasó una semana y yo no tengo absolutamente nada escrito.

Me acomodo los lentes y me paso las manos por el cabello. Miro mi reloj de nuevo y ha pasado otro minuto. Relamo mis labios y llevo mi vista al monitor, lo único que se lee es el encabezado.

Ya sé que debí quejarme, decir que ni por la salvación de mi alma escribiría algo como esto, pero aquí estoy, en mi escritorio, cuando solo quiero ir a disfrutar este viernes a casa con mi novia y no escribir sobre ningún estúpido artículo sobre ligues.

Yo ni siquiera he tenido «ligues».

—Ese documento está bastante vacío —escucho que mi jefa habla detrás de mí. Margaret tiene un ligero acento que según ella «se le pegó» cuando estuvo en España y eso fue hace como dos años precisamente... y ni siquiera estuvo allá más de una semana. Solo fue a Madrid para saber si su ex prometido se acostaba con otra, no lo hacía, pero él terminó el compromiso llamándola «psicópata» cuando se enteró que Margaret lo siguió, bueno... en realidad la gota que colmó el vaso fue cuando llamó a su habitación, contestó una mujer y Margaret le gritó «Putas».

Lo mejor de esta historia es que esa «Putas» era la madre del exprometido de mi jefa, por consiguiente, la suegra de Margaret.

No sé cómo me enteré, pero es que los chismes de oficina son los mejores.

En fin, volviendo al tema inicial, ella sabe que soy la última persona en este piso que pudiera escribir sobre ligues de una noche. De hecho, ella fue mi maestra de literatura y es más consciente que yo del fracaso que sería yo, Roger Santana, ligando con una mujer, ella misma lo confesó cuando conoció a Sara, mi novia, y dijo: «¡Guau! Nunca pensé que con tu aspecto de hippie lograras conquistar a una chica tan linda como esta».

Suspiro de mala gana para volverme hacia la jefa dragón —como amablemente le llamamos en todo el piso— con una sonrisa... fingida, claro. Sus altos tacones rodean mi lugar y se detiene justo al frente de mi escritorio.

—Es que estoy acomodando mis ideas.

—Más te vale. —Toma unos papeles de mi mesa y los une a la pila de folios que lleva entre las manos—. Ese será el artículo del mes, muchos ya lo están esperando. —Como yo no muestro ningún tipo de expresión, agrega: —Vamos, Roberto, no querrás ser el prudente ahora, eres hombre.

—Es Roger —corrijo. La veo irse en dirección a la puerta de Recursos Humanos, antes de entrar se gira hacia mí y dice:

—Poco más de tres semanas para que entre a la imprenta, suficiente tiempo para tenerlo listo ¿Verdad?

Le digo que sí... con sarcasmo, claro.

Vuelvo mi vista al monitor. Mierda. ¿Por qué no solo dije que no? Bueno, Margaret me hubiera despedido. Tomo mi *mug* de café y le doy un sorbo, está frío ¡Puaj! Sin querer casi se me sale de la boca y unas gotas alcanzan mi pantalón.

—¿Tienes problemas? —Esa es la voz de mi compañero de cubículo, Simon. Lo observo por un segundo mientras se lleva su café a la boca. Me distrae el texto en su taza que dice: «A veces lo único bueno de mi trabajo es que la silla da vueltas», ese maldito objeto tiene razón.

—Nunca he tenido ligues de una noche —le respondo con honestidad. A ver, Simon ya conoce mi vida, no tengo ni necesidad de decírselo. —Ni siquiera me he acostado con alguien en la primera cita ¿Quién carajos hace eso?

—Ehhh, todos. —Le da un mordisco a un donut azucarado sin quitarme los ojos de encima —. De hecho, mi querido Roger hoy mismo voy a comprobar esa teoría, tengo una cita y eso incluye sexo. Mañana te traeré una lista sobre cosas por hacer antes de un ligue de una noche.

—Claro, espero que en tu lista también figure el uso de preservativos.

Simon saca su billetera y me muestra un paquete agitándolos en el aire.

—De sabores.

—¿De sabores?

—Sí.

Está dejando sus cosas dentro de una mochila. Se pone de pie y se guarda la billetera. Yo me estoy limpiando el pantalón con una servilleta y le pregunto:

—¿Sabías que está científicamente comprobado que los preservativos de sabor causan infecciones?

Okey, se me ocurre la primera frase para mi artículo: «Lleva siempre un preservativo, no de sabores».

—Por eso... —Pasa frente a mí señalándome con su dedo índice —es que no tienes amigos.

—Tengo suficientes amigos. Tienes suerte de que tú seas uno de ellos. —Suelta un grito de horror... bueno, no fue de horror, sonó como una niña en realidad, y se defiende:

—Yo solo te hablo porque nadie más lo hace. —Ya está a unos cuantos metros y tiene que gritar su siguiente oración: —Me gusta ser exclusivo.

Le saco el dedo medio y él hace lo mismo cuando las puertas del elevador se cierran. Vuelvo a mirar el cursor frente a mí y me concentro en el bendito artículo, ya sé que faltan unas semanas, pero yo no puedo dejar algo para más tarde. Tengo que escribir la primera página... al menos.



¡Seis horas! ¡Seis malditas horas y no he escrito una sola palabra! Ni una sola... Bueno, me dormí un rato, pero es que... mierda, qué aburrido. Vuelvan a dejarme en la sección de fútbol, por favor, o al menos en la de chismes faranduleros.

Incluso borré lo de los preservativos.

No tengo nada que decir sobre ligues ¿Por qué este artículo no se lo dieron a Simon? Tiene casi tatuado en la frente «Follador de una noche». Yo tengo una novia asombrosa desde hace

cinco años, no salgo por ahí a ligar con mujeres... bueno, nunca lo he hecho.

A la mierda, me voy a mi casa, este artículo puede esperar.

Conduzco rumbo a mi apartamento mientras hago un par de llamadas a tipos que conozco para preguntarles si los puedo entrevistar este fin de semana, pero todos dicen que no... bueno, no lo dicen específicamente, pero un «ya tengo planes» es lo mismo. A ver, yo debí decir un «Ya tengo planes» a Margaret también, pero quizás me hubiera despedido y ahora mismo estaría buscando otro empleo y con lo difícil que está la situación para los editores... pensándolo mejor no puede ser tan malo, es solo escribir sobre ligar y ya está.

Cuando llego a mi casa estoy hambriento y exhausto. Compré algo de comida en el restaurante que está a la par del edificio y la dejo sobre la mesa en la entrada. Me llama la atención el silencio en la sala, la mayoría del tiempo Sara, mi novia, está frente a la televisión o hablando por teléfono con sus amigas, si sale me lo dice. Miro mi reloj y me percató de que es tarde, okey, debe estar dormida.

De reojo observo las luces de nuestra habitación encendidas, la puerta está entreabierta y me permite ver a mi novia caminar de un lado a otro y, a sus pies, una buena cantidad de cajas. Me quito la bufanda del cuello y camino hacia allá. Está de espaldas a mí sosteniendo el teléfono contra su oreja, lleva el cabello húmedo, como si recién se tomó una ducha. En ese momento se gira, su expresión hace que el estómago me dé un vuelco, cuelga la llamada y pasa a la par mía como si yo fuera un desconocido, como si la última persona que quisiera ver hoy es a mí.

¿Pero qué hice, por Dios? Yo no hago más que trabajar... aunque eso suene triste.

—Mi amor ¿Qué sucede? —No dice nada. Está dejando la secadora del cabello en una caja. Me da tiempo de analizar su vestimenta, lleva pantalón de vestir, unos tacones y un jersey oscuro. —¿A dónde vas?

Es solo curiosidad, no quiero sonar como un loco controlador.

—Me voy. —No me mira, sigue dejando cosas en las cajas y yo me acerco, la tomo del brazo y la giro hacia mí, pero se suelta de mi agarre de manera brusca, doy un paso hacia atrás, parece muy molesta. —Esto ya no está funcionando, Roger.

—¿Qué? —Estoy incrédulo. Por un momento creo que está bromeando, pero su expresión me preocupa y no entiendo que es lo que está pasando. Todo estaba bien hasta hoy antes de irme a trabajar, desayunamos juntos, charlamos... nos reímos un poco ¿Qué pasó en el transcurso del día? —¿Esto es solo porque llego tarde una vez?

—¡No! —Ahora si me está viendo a los ojos, está furiosa. No lo entiendo. Yo no he hecho nada, o tal vez es que no sé qué hice ¿Tomar leche directo del envase es un motivo cuerdo para que alguien se quiera ir? —¿Es que no lo entiendes, Roger? Tú y yo, esto ya no funciona.

—Pero es que no entiendo nada ¿Qué pasó? ¿Qué es lo que hice? ¿Podemos sentarnos y hablarlo con calma, por favor?

—No, yo no quiero hablarlo. Me voy, es todo.

A ver, pienso que esto es una mala broma, que hay una cámara por ahí y está grabando mi reacción para burlarse de mí en redes sociales, o que esto es una pesadilla de la que no puedo despertar. Parpadeo varias veces en caso de que sea eso último, pero no... yo sigo aquí y Sara también dejando sus artículos de aseo personal en una mochila.

—Sara, yo incluso he cambiado mis comidas favoritas por tonterías «light» o «cero grasas» o esas tales «sugar free» —incluso hago comillas con las manos para hacer énfasis en esas palabras extrañas —Y todo solamente para que tú estés contenta ¿Cómo es eso de que ya no funciona y te vas?

—Tú y tu maldito trabajo, Roger.

—¿Qué? ¿Entonces sí es porque llego tarde?

No dice nada y cuándo intento acercarme se va más largo. Joder, que yo no voy a estar jugando al gato y el ratón, somos adultos.

—Ni siquiera tienes idea de nada.

—Si no me dices qué es, yo no puedo saberlo ¿Me ves una bola mágica? ¿Un juego de cartas de tarot? ¿Me crees descendiente de Lucifer?

—No empieces con tus tonterías, Roger, somos dos adultos.

—¡Exacto! Dos adultos conversan y llegan a una conclusión juntos, tú me estás acusando de algo que todavía no sé qué es y solo dices que te vas. ¡Lo estoy intentando, Sara! Intento pensar en qué he hecho mal estos días, ¡pero no... no lo sé!

—No lo sabes —Repite. Está a punto de llorar, pero se controla. Dios mío ¿Qué está pasando? Estaba mejor en el trabajo con mi artículo de ligues. —¡Llevamos cinco años juntos y no has cambiado ese maldito trabajo!

—¿En serio crees que la situación está para dejar un trabajo y luego ir por otro así por así?

—Mis amigas salen con doctores, con ingenieros, con inversionistas ¿Y yo qué? ¿Crees que no muero de la vergüenza cuando me preguntan qué es lo que hace mi novio?

—Soy escritor, no sicario ¿De qué rayos estás hablando?

—¿Escritor de qué? ¿De una revista para adolescentes donde apenas cobras para cubrir algunos gastos de esta casa? ¿Sabes lo triste que es para mí ver sus viajes a Francia y yo aquí, encerrada, con un escritor fracasado que escribe el color de cinturón para usar esta temporada?

Por supuesto que no escribo sobre el cinturón a usar esta temporada, ni siquiera yo sé cómo hacer eso. Sara nunca ha leído algo de lo que yo escribo y, al parecer, ni siquiera tiene idea de lo que hago en esa revista. Yo escribo artículos, a veces sobre deportes, o sobre autoestima, o sobre el estrés en el período de exámenes o sobre el *bullying*, las redes sociales o el peligro de las relaciones cibernéticas, etc. Yo soy el amigo virtual de muchos adolescentes ¿Eso no es importante acaso? De hecho, eso es lo que ha hecho tan popular la revista de Margaret y puede que no tenga el trabajo mejor pagado del mundo, pero recibir correos de chicos emocionados por mis artículos... eso no tiene precio.

Y bueno, ahora a mi jefa se le ocurrió que sería genial ponerme a mí a crear un artículo sobre ligues de una noche sabiendo que mi principal grupo de seguidores son adolescentes.

La observo alejarse, ir hasta el armario y sacar el resto de su ropa de ahí, la toma de manera brusca y la deja caer sobre la cama.

—Lo de la revista no es para siempre, Sara, y lo sabes. Estoy intentando arduamente que una editorial publique una de mis novelas, he enviado mis manuscritos a mil lugares. Sé que en cualquier momento me van a llamar.

—¡Cinco años! Cinco años llevas diciéndome lo mismo, ¿y alguna editorial te publicó? No, ¿verdad? Gano más dinero que tú y soy la que paga las cuentas de esta casa mientras tú juegas a ser «escritor» en una revista estúpida.

Creo que Sara está yendo muy lejos. Yo soy un hombre paciente, creo que esa es una de mis virtudes y sentir que estoy perdiendo eso es porque la discusión está escalando muy rápido.

—Oye, sabes que he enviado mi currículum a otros lugares, incluso a periódicos, canales de televisión, revistas importantes, pero no es así de fácil.

—No es así de fácil —repite por lo bajo, casi burlándose. —Vivimos en la miseria.

—No vivimos en la miseria.

—Mira a tu alrededor, sí Roger, sí vivimos en la miseria.

Quiero decirle que la llevaré a dar un paseo a un lugar donde las personas sí viven en miseria,

porque nosotros estamos en el cielo, tenemos electricidad, agua potable, internet inalámbrico y televisión por cable. Tenemos comida y nos damos el lujo de ir a restaurantes caros casi cada fin de semana si es lo que ella quiere. No es verdad que ella paga todo eso. Yo incluso me encargo del hospedaje cuando ella decide visitar a su familia y no quiere quedarse en la casa de sus papás.

—¿Miseria? ¿Estás viendo que tenemos un apartamento en uno de los barrios más lujosos de la ciudad, Sara?

—No quiero vivir en un apartamento ¡Quiero tener una casa grande, Roger! Con un patio hermoso y vista al mar, donde mis hijos puedan correr no estar aquí encerrados.

—Oh por Dios ¿Estás embarazada?

—¿Qué? ¡No!

—Entonces... ¿A qué viene todo esto? ¿Casa grande donde tus hijos puedan correr? ¡Dijiste que no querías tener hijos!

—¡Tal vez no contigo! —Ninguno de los dos dice nada y hubiera preferido que se quedara en silencio, pero lo que dice es todavía peor: —Estoy harta, Roger. Soy la única que tiene un buen trabajo aquí. Vivo con el miedo de que algún día te despidan y no encuentres otro empleo, porque tu experiencia laboral es solo escribir artículos en una maldita revista y sea yo la que tenga que cargar con todas las facturas. Yo ya no quiero esta vida Roger.

—¿Por qué esperar tanto tiempo si esta no es la vida que querías?

—Porque estaba enamorada de ti, pero no es lo que yo merezco. Tú eres demasiado conformista. Mírame a mí, fui asistente en un despacho y ahora tengo mi trabajo soñado, soy socia de ese mismo lugar donde inicié como becaria, y tú sigues haciendo lo mismo desde que te conocí.

—Porque tu padre tiene contactos, Sara, el mío no.

No debí decir eso, lo sé. De inmediato me doy cuenta de que esa es la chispa que faltaba para desatar una explosión. Su rostro cambia, es completamente furia. Puedo ver como presiona sus labios en una línea recta y su entrecejo se frunce dando paso a líneas de expresión que en su cara normalmente no se aprecian.

Una vez vi un documental en Animal Planet, un tigre estaba a punto de atacar a su presa, vi la determinación en su mirada unos segundos antes de cazar a su víctima, es lo que miro justo ahora en la expresión de Sara.

—¿Qué estás diciendo? —Alza la voz lo suficiente como para que nuestros vecinos se den cuenta que estamos discutiendo. Genial —¿Que yo no puedo conseguir algo sin mi padre? Puedo lograr lo que sea sin necesidad de que él esté de por medio. —Admiro su seguridad en sí misma, la verdad que sí. —¡Yo no soy una fracasada!

—¿Y en qué momento te dije que eres una fracasada? —Ahora sí levanto la voz, no es común en mí hacerlo, pero me estoy desesperando. —¿Por qué siempre malinterpretas las cosas?

—Esto ya no funciona, Roger. Lo siento mucho.

—¿Entonces ese es el motivo? ¿Mi trabajo o el apartamento? —Pasa a la par mía, deja unas cosas dentro del bolso que cuelga sobre su hombro, la sigo con la mirada y continúo: —Porque hasta hace unos días dijiste que te encantaba vivir aquí.

—No quería hacerte sentir mal, pero desde hace mucho quiero irme a vivir a un lugar mejor y sé que contigo no puedo, porque tu salario no te lo permitiría y perdóname por ser tan honesta, pero si no te lo digo yo, te lo dirá otra mujer de todas formas. Además, nuestra relación es monótona, aburrida y más de lo mismo.

—¿De qué hablas? ¡Tenemos planes distintos para todos los fines de semana!

O al menos teníamos, algo en lo que no me había puesto a pensar es que, en los últimos meses, ella es la que hace planes con sus amigas y yo nunca estoy invitado.

—YO hago planes distintos todos los fines de semana, porque me aburro contigo. Para ti «hacer planes» es estar en la casa, ver películas y comer. Estoy aburrida, Roger, de ti.

Me vuelvo a reír. Dios mío, todo esto no tiene sentido para mí, es como si viví una vida llena de mentiras todo este tiempo ¿Cómo es que no le gusta quedarse en casa, ver películas y comer? Es lo que ella me dijo que le gustaba hacer desde que la conocí, estuve cinco años de mi vida creyendo que eso era lo de ella.

—¿Qué diablos?

—Y no solo es eso, siento pena por mí misma, Roger, porque todos los novios de mis amigas tienen una profesión y salarios en dólares de seis cifras al año, cuando tú ni siquiera puedes pagar la renta por ti mismo. Me avergüenzas. Tú y tu maldito trabajo en esa revista de mierda.

Esa es la cereza que colma el vaso de mi frustración e impotencia. Se me sale una risa, esta es una mezcla de decepción con... no sé qué, pero nada bueno.

No puedo creerme esto.

A ver, las relaciones vienen y van. Esta también, aunque sean cinco años. Joder, no fueron cinco meses nada más ¡Fueron cinco años! La escucho alejarse y yo no hago nada por detenerla.

—Terminamos. —Es lo único que dice. No me muevo de dónde estoy. A mis espaldas, escucho: —Mandaré a alguien que recoja esas cajas mañana.

Arrastra su pesada maleta hasta la puerta. No reacciono, no voy por ella, no hago nada. Escucho el timbre, pero es ella la que abre, por el sonido de la voz sé que es su hermano. Él le dice que le dé la maleta y de paso me habla —más bien me grita— a mí:

—Oye, pendejo, pudiste portarte como un caballero por primera vez en tu vida y ayudarla a llevar la maleta abajo.

Es Sarah quién lo empuja para salir del apartamento, qué suerte, porque ahora mismo no estoy de humor, y por supuesto su hermano y yo estamos lejos de ser amigos. Después del último portazo el silencio me envuelve completo, me siento devastado, doy un vistazo alrededor.

Todo se ve completamente vacío.

Capítulo 2

Después de cada ruptura, siempre hay un período de duelo y eso lo acompañan tres fases: confusión, negación y un sentimiento de pérdida. Este último es un castigo, como si no fuera suficiente el infierno que estás viviendo y te impulsa a cometer el más grande de los errores: Suplicar.

A ver, estoy consciente de que no debería perder mi dignidad de esta forma, pero mi lado estúpido piensa que es buena idea llamarla a las dos de la mañana. Debería estar molesto, no dejando mensajes de voz pidiéndole hablar las cosas ¡Dios! No sé cómo me quedé dormido y ahora no quiero levantarme, todo el día me lo paso en cama con una angustia instalada en el pecho.

Finalmente me obligo a ponerme de pie, me voy directo al minibar del apartamento y me doy cuenta de que Sara también se llevó la botella de vino que nos regaló mi abuela —bueno, me la regaló a mí, pero le dije a Sara que era para los dos, joder—. Escucho la puerta, me voy a abrirla y miro a Simon del otro lado:

—¿Qué estás haciendo? —Me pregunta ¿Cómo que qué estoy haciendo? Llevo un pantalón de pijama y no me he duchado, obviamente no estoy haciendo nada.

—¿Para qué?

—Pareces un pordiosero. Si sales a la calle así vas a aparecer en algún documental de personas indigentes.

Me empuja, entra y cierra la puerta, me toma del brazo y me mete al baño para, sin avisarme, abrir la regadera y toda el agua helada me cae sobre el cuerpo.

Odio el agua helada, por Dios.

Y llevo pijamas también.

—¿Qué mierda...? —grito. Cierro el grifo y cuando voy a salir me doy cuenta de que el maldito me encerró con llave. Golpeo la puerta con fuerza, pero no abre. —Abre, maldita sea.

—Escúchame bien —habla del otro lado. A ver, cometí el error de contarle lo que había pasado con Sara, aunque me ahorré algunos detalles. Él fue el que me preguntó cómo estaba y yo no pude mentir. —Vamos a salir, como un hombre vas a enfrentar esa ruptura, que ese no es el único coño en este mundo.

¿Qué mierda?

—¿Enfrentar una ruptura como hombre? ¿Qué diablos?

—¡Son las cuatro Roger! ¡Estás en un pantalón de pijamas y sin bañar!

—Sí, como cualquier sábado.

—Te doy diez minutos.

Golpeo una vez más y cuando veo que habla en serio me obligo a mí mismo a bañarme. Me deja salir finalmente, pero antes me pasa una toalla por lo menos. Mi primer instinto es ir hacia él y dejarle ir mi puño contra su rostro paliducho, pero él suelta una carcajada y dice:

—Eso es, Roger ¿Lo ves? No es tan difícil olvidarte de ella por un rato. Vamos por Whiskey.

—Una mierda es la que irá contigo por Whiskey.

Pero al final termina por convencerme, porque según él no puedo estar en cama «llorando» por Sara, ni siquiera lloré por mi abuelo cuando se murió y él cree que voy a llorar por una mujer que me llamó fracasado frente a los vecinos. Pero, en fin, heme aquí, ignorando todos los deseos de salir corriendo en un lugar que huele a vómito y a alcohol.

¿Por qué acepté venir?

—No puedo creer que esté aquí —le digo al sentir mi nariz impregnada de humo de cigarro, adolescentes borrachos y hormonas descontroladas.

—Yo no puedo creer que hayas estado todo el día llorando por eso, no es la única mujer en este mundo, Roger. Mira a tu alrededor.

—¡Que no estaba llorando! —Él hace una seña en dirección al bartender y en casi un instante él está frente a nosotros. —Ya hemos terminado antes, así que ya pasé por todo esto.

—Bueno, en ese «antes» habían sido tan estúpidos como para acordar seguir siendo «amigos» —Incluso hace un gesto con sus manos simulando comillas y continúa—: Pero vamos que llorar no es nada del otro mundo, siéntete en confianza para decirme lo que sea.

—¿Has llorado por alguien alguna vez? —Él se ríe.

—Por supuesto que no, eso es de maricas. —Lo miro con desaprobación. Él se da cuenta de mi gesto y lo recompone—. Pero puedes contarme lo que sea, voy a respetarlo, para eso son los amigos ¿No?

—¿Algo que les pueda servir? —El joven al otro lado de la barra nos interrumpe, Simon me mira y me encojo de hombros, mira la bebida en mis manos y de inmediato se vuelve a él:

—Dos whiskies en las rocas, por favor. —El chico asiente en respuesta y se va en otra dirección. Me fijo que esté lo suficientemente lejos y me vuelvo al pendejo este:

—Simon, yo no soy buen tomador y lo sabes.

—Los corazones rotos necesitan alcohol... y buen sexo.

—No tengo el corazón roto.

—Estás en negación, pero no importa, tenemos que brindar porque Sara te dejó.

—Escúchame, solo quiero volver a casa, meterme en mis sábanas y pensar que mañana es otro día.

—Tú necesitas diversión. —Me interrumpe y yo suelto una risa, porque si una sola mujer no se puede quedar conmigo, no entiendo cómo puedo buscar otras para divertirme. Bueno, no especificó a qué se refiere con «diversión», pero tratándose de Simon sé que es a eso que se refiere. —Necesitas conocer otras mujeres, ya vas a encontrar esa que te remueva el corazón... y otra cosa.

—No jodas, Simon ¿Sabes qué es lo que buscan las mujeres en un hombre hoy en día?

—Sí, un hombre que sabe lo que hace.

—No. Un hombre atractivo y con un salario estupendo.

—Yo no soy atractivo y tampoco tengo salario estupendo. Bueno... sí lo soy, pero no tengo un salario estupendo.

—Por Dios. —Resoplo con ironía, vuelvo a tomar un sorbo de mi bebida sin alcohol y le respondo: —Lo dice la persona que conduce un Mustang.

—Pero ese me lo regaló mi papá.

—Y además tiene una casa en la playa.

El bartender deja los tragos frente a nosotros, Simon toma uno y hace un gesto cuando el licor pasa por su garganta. Yo miro el que supuestamente es para mí, a ver ¿qué chiste tiene tomarte algo que te prende en fuego la garganta?

—La casa en la playa es de mi madre ¿Sabes cuál es el secreto? Que no se los digo. Si me preguntan por mi trabajo, les digo que soy editor jefe, es lo mismo que vas a decir tú.

—Mentir.

—Eso no importa porque solo vas a verlas una vez, ¿no lo entiendes, Roger? Es perfecto, no descubrirán que mientes porque solo estarán juntos ese día. Todo se trata de la seguridad que tengas frente a ellas, las persona comúnmente se creen todo lo que les dices según la confianza

con la que hables, querido Roger ¿Ligues de una noche? ¿No era así tu artículo? Además, nuestro salario no es malo, seamos honestos. Margaret es un grano en el culo a veces, pero nos paga bien, además de los bonos ¿Le dijiste a Sara que es muy probable que ganes más que ella?

También cometí el error de contarle esa parte cuando Sara me terminó, debí mentirle a él.

—Dejemos eso a un lado, por favor.

—Bueno, pero ahora que estás soltero, solo digo que puedes hacer estudio de campo ¿Qué mejor forma de escribir algo que cuando lo experimentas?

—No voy a hacerlo, Simon, ya basta.

—Maldito seas, Roger —exclama, llamando la atención del bartender que trae dos tragos más a petición de Simon y los deja frente a nosotros. —Hay chicas guapas en todo el mundo, mejores que Sara y con más carne. Mira esa por allá...

Señala a una chica y siento vergüenza, no quiero que piense que la estamos acosando o algo así. No quiero verme envuelto en ninguno.

—Simon, ya, por favor.

—O aquella otra de allá. —Señala a otra en la pista bailando muy sexy, pero está con alguien más. —Y pudiera señalar a muchas más.

—De verdad, basta. —Tomo su brazo y hago que vuelva a dejarlo a la par de su cuerpo. —No es correcto que señales a las personas así ¿Quieres que terminemos en la cárcel o qué?

—Solo te estoy haciendo ver el mundo del que te pierdes, Roger.

Voy a ignorar a Simon por el resto de la noche. Vuelvo a ver el trago frente a mí y le doy un pequeño sorbo, pequeñito nada más y siento como mi tórax se prende en llamas, casi tengo que pedir auxilio cuando siento que se me están quemando hasta los pulmones.

—¡Por Dios! —exclama Simon —si no es porque te escuché en aquel campamento con Sara a medianoche, juro que creería que eres virgen.

—Cállate —le advierto, cuando veo que el bartender está saliendo y su lugar lo está tomando una chica.

—Y es porque escuché a Sara, porque de no ser por sus gritos enloquecidos juro que hubiera creído que tú estabas haciendo popó dentro de la casa de campaña.

—Simon...

—¿Qué? —replica de inmediato, llevándose el otro trago de él a la boca. —Sonabas estreñido.

Oh, Dios. Miro que la chica frente a nosotros está intentando ocultar una risa después de lo que Simon mencionó, no nos está viendo, pero sé que eso es lo que acaba de escuchar. Mierda, ya es tarde para fingir mi muerte.

—¿Haces ese sonido todo el tiempo que coges? —Simon de nuevo. Mil veces mierda. —Porque de ser así, es lo primero en lo que tienes que trabajar, amigo.

Ahora recuerdo porqué nunca salgo con Simon.

—No es verdad —Gesticulo en dirección a la chica al otro lado de la barra en un intento vago por defenderme. Ella esboza una sonrisa y Simon se vuelve a ella.

—Hola Kate —¡Ah! Genial, la conoce. La conoce. No puede ser. —¿Cierto que a las mujeres no les gusta tener sexo con tipos que suenan estreñidos?

—¡Simon! ¡Maldita sea! _El que dice eso soy yo. La chica quién ahora sé que lleva el nombre de Kate aguanta una carcajada y apoya sus antebrazos sobre la barra que nos separa. —No hables esas cosas frente a las personas.

—¿Qué? —Pregunta, con una inocencia que me dan ganas de colgarlo. —Si no crees en mí, podemos tener la opinión de una chica.

—Si lo hacen bien no me importa como suenen —nos interrumpe ella. —¿Hay alguna otra cosa en que pueda servirles?

—¿Cómo no puede importarte? —Es Simon de nuevo, cruzando los brazos sobre la barra dirigiendo toda su atención hacia Kate. —Es algo primordial sonar sofisticado, elegante.

—¿Me traes a mí un whiskey, por favor? —Le pido a Kate. Cualquiera cosa con tal de que no sea partícipe de esta conversación absurda.

—Lo que quiero decir con esto es... —me interrumpe Simon, niego con mi cabeza para que se calle pero a él todo le importa una mierda —¿Cómo puede ser posible para una mujer tocar el paraíso con un tipo que suene estreñado?

—Eso no era lo que estábamos hablando —digo yo —ya cambiemos de tema, porque me estás avergonzando.

—Sí lo era. Tú necesitas diversión y solo tienes que buscar a la chica correcta. Según lo escuché en la casa de campaña, tal vez no lo haces tan mal.

—Simon, maldito seas.

—Kate, ¿Qué le cambiarías a este sujeto? —Ahora los ojos de ella están sobre mí. La luz es tenue así que no puedo ver de qué color son, pero parecen bastante claros. —Además del corte, claro. Si se suelta el cabello parece que le van a dar el protagonismo de la siguiente película de *La Pasión de Cristo*.

Definitivamente, él quiere terminar esta noche sepultado en mi patio trasero. Kate suelta una carcajada y va a decir algo, pero yo interrumpo:

—Simon, no hagas que use mi nueva pala para esconder tu cuerpo.

—¿Qué? Yo solo quiero ayudarte.

—Kate ¿Puedes agregar alguna píldora en la bebida para dormir a Simon? No me importa tener que arrastrarlo hasta su apartamento siempre y cuando mantenga la boca cerrada.

La chica se carcajea otra vez, Simon solo me mira sin ningún tipo de expresión y yo tengo ganas de tirarlo por la ventana. Si no es porque es el primer piso y no lograría nada con lanzarlo desde aquí.

—¿Sabes? Creo que iré por tu trago de Whisky —responde Kate. —Y una bebida fuerte para que Simon se duerma de una buena vez.

—Gracias —digo en voz alta. La observo alejarse mientras me hago una nota mental: No regresar a este bar. Entonces, me vuelvo a Simon: —¿Puedes cerrar la boca de una maldita vez?

—¿Crees que Sara no lo esté haciendo justo ahora? Lo más seguro es que ya esté cabalgándose a un tipo que acaba de conocer en algún bar.

—No me jodas, Simon.

—La chica apropiada llegará, Roger. Mientras tanto diviértete con las incorrectas. Busca chicas que quieren lo mismo que tú.

—¿Qué se supone que es lo que quiero?

—Un ligue de una noche.

—¿Y una enfermedad venérea?

—Roger, existen los preservativos.

Eso lo dice muy alto y algunas personas alrededor de nosotros nos vuelven a ver. Yo tengo que salir de aquí... con o sin Simon, él puede quedarse consiguiéndose su ligue de una noche si quiere.

—Me voy.

—Eres una mierda, Roger.

—No me interesa este tema, voy a escribir el maldito artículo y ya está. Tampoco quiero

aprender. No voy a hacerlo y punto.

—¡Ah! Por Dios.

Me pongo de pie, aunque me detengo porque ya había pedido el trago y no puedo irme sin pagar, aunque literalmente Simon me invitó, es él quién debería pagar todo esto. Me saco la billetera y saco unos billetes.

—Puedes tomarte el trago que pedí también.

—Vamos Roger, solo inténtalo —continúa —si después crees que no es algo para ti quédate soltero por el resto de tu vida esperando a esa princesa de cuento.

—Tú estás soltero.

—Pero, con sexo... —Mueve las cejas al mismo ritmo que la música. Mejor me voy. Dejo el dinero sobre la barra y recuerdo que Simon tiene que llevarme, porque él me trajo en su auto, mierda. —Vamos, Roger, sólo míralo como un experimento.

—Simon, no. En serio, no quiero hablar más de esto. Me iré a casa y no quiero ni un mensaje al respecto.

—Prometes que vas a pensarlo al menos.

—Sí sí. —No, no voy a hacerlo, solo sé que la única manera de parar a Simon cuando se empeña en algo, es dándole una afirmación para todo.

—Perfecto. Mañana, después del trabajo, es suficiente tiempo ¿verdad?

—Santo cielo —siseo, sin que él me escuche.

—Ya verás, te voy a demostrar que te equivocas. Si después crees que es una pérdida de tiempo... —sube sus manos al aire —está bien. Piensa en tu artículo, lo que sea que aprendas puedes usarlo para ello.

La chica, Kate, se acerca y deja ambas bebidas en frente, yo no voy a tomar ninguna, pero Simon puede hacerlo sin problemas.

—Buenas noches, Kate —le digo a ella y a Simon: —Puedes tomarte ambas bebidas si gustas. Voy a tomar un taxi.

—No, yo te traje. Te vas conmigo.

—Voy a estar bien.

—No, si te pasa algo me voy a sentir culpable.

—No mames, Simon.

Se toma el último trago de golpe y se pone de pie. No puede ser. Se adelanta él a pagar y suspiro guardándome la cartera. Me doy media vuelta para salir del lugar y él detrás de mí habla:

—Puedo convertirme en todo un don Juan si me lo permites. Aún con tu salario de mierda y tu minúsculo apartamento. —Lo peor de todo es que ha llamado la atención de las personas y ahora varios curiosos me miran.

Cuando me giro para pedirle que se calle, él levanta la palma de su mano y la deja frente a mi cara, sé que espera que la choque, pero no lo hago. Me hago una nota mental: «Apagar el teléfono justo al llegar a casa». Mejor sigo mi camino y una vez que estamos en el parking lo escucho de nuevo:

—Márcalo en tu agenda. Mañana es el día que el nuevo Roger nacerá. Lo llamaremos: Misión ¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

Dios mío, que me trague la tierra de una buena vez.

Capítulo 3

Este es el viaje más largo con Simon.

Y mi casa no está lejos de ese bar, pero sí que me pareció que estaba viajando a otra ciudad. Qué tortura, Dios mío.

Justo al llegar a mi apartamento apago mi teléfono y me acuesto a dormir, no sé cómo lo logro, tal vez porque casi no dormí la noche anterior o porque en realidad pasar tiempo con Simon me drena las energías.

En fin, cuando me despierto y enciendo mi celular, hay una cantidad innumerable de mensajes de él. Desde las seis de la mañana está pensando en el maldito artículo y yo no he logrado escribir absolutamente nada. Me pongo de pie y me siento frente a mi escritorio para pensar en algo que entregarle a Margaret mañana.

Nada, no se me ocurre absolutamente nada.

Yo nunca tuve un bloqueo, hasta hoy, así que me paso toda la mañana y más de la mitad de la tarde leyendo artículos sobre la importancia de un ligue de una noche. A ver ¿cómo que es importante tener un ligue de una noche? Supuestamente es lo que dicen los expertos, pero ¿qué expertos? ¿Simon? Definitivamente esto no es lo mío. Miro el último texto que me dejó hace más de media, me pregunta si salimos a correr, no me dan ganas de ir a ningún lado con Simon, así que decido ignorarlo... pero no sirve de nada, porque estoy tomando mi lugar de regreso cuando escucho que tocan el timbre, no me imagino nada en ese momento, hace unos días había pedido algunas cosas por internet, así que abro la puerta, pero... maldita sea, el que está del otro lado es él... Simon. Lleva una bolsa de doritos en manos y me dice —grita más bien—:

—Vamos a correr. Necesitas tonificar ese trasero de abuelita.

—No quiero salir.

Pero me obliga, joder. Termino poniéndome lo primero que encuentro para salir a correr. A ver, tengo tres semanas para terminar un maldito artículo, no tengo tiempo para ir a correr y lo primero que me dice es:

—¿Y cómo vas con tu artículo?

Una mirada con desaprobación basta para que entienda.

En fin, qué suerte que el parque está a poco más de una cuadra de donde vivo y comenzando el recorrido me acuerdo del por qué preferí alejarme de Simon a la hora de ejercitarme. Es que me da vergüenza, todas las miradas femeninas se postran en nosotros —en él más bien —porque está sin camisa, bajándose la goma del pantalón deportivo, es que dice él que no tiene el abdomen perfecto para mantenerlo escondido, además que el tatuaje de serpiente en el pecho le costó una fortuna por eso tiene que mostrarlo. En fin, Simon.

Se agita el cabello cubierto de sudor y se tira agua sobre la cara obteniendo risitas y coqueteos de algunas chicas. A simple vista pareciera que el pasatiempo de Simon es ir al gimnasio, pero en realidad es ser el objeto sexual de las mujeres. Está demás mencionar que yo soy todo lo contrario a él, a mí no me gusta llamar la atención, todavía no comprendo cómo es que nos hicimos amigos, el día que lo conocí chocamos en la cafetería, derramé mi café sobre sus pantalones y él estampó su donut azucarado en mi camiseta, me llamó tonto y yo le dije que él parecía actor de una mala película porno. Al cabo de una semana compartiendo cubículo nos dimos cuenta de que teníamos bastante en común y un mes después estábamos ejercitándonos juntos en el gym o viendo partidos de fútbol en mi casa o en la suya.

Además, paró de ponerme sobrenombres cuando se dio cuenta que soy cinta negra en Jiu

Jitso.

—Escucha —dice distrayéndome de mis pensamientos unos instantes. Al verlo, señala con su barbilla hacia un lugar. —Mira esas chicas. —No dudo en hacerlo, ellas nos están viendo, pero eso es común... digo, a él lo miran todas. —¡No! ¡No, Roger! No mires ahora.

—Maldito seas, Simon. Eso me lo hubieras dicho antes.

Las chicas curvan sus labios en algo cercano a una sonrisa y agitan sus dedos en el aire formando un saludo.

—Roger, cuando te señale a alguien, nunca —hace énfasis en esa última palabra —escúchame bien, nunca, mires en esa dirección... mucho peor si son chicas ¿No lo entiendes? No te debes mostrar interesado explícitamente.

—Pues yo no estoy interesado.

Rueda los ojos, da igual, yo sigo mi camino.

—Te decía que las chicas de allá te están viendo.

—No me están viendo a mí, te están viendo a ti, Simon.

Parece que él no supiera que sus tatuajes son los que llaman la atención cuando se tiene ese cuerpo tonificado y estás casi desnudo. Bueno, no es que yo tenga mal físico, de hecho, estoy bastante conforme, no me ejercito con la misma intensidad que Simon, pero sí lo he hecho por los últimos años, aunque no soy del tipo que muestra su cuerpo en público. A mí me gusta cubrirme de pies a cabeza, ahora mismo llevo un jersey algunas dos tallas más grandes, un pantalón deportivo lo suficientemente ancho y un gorro en la cabeza porque no quise peinarme el cabello.

—No, es a ti —continúa. —¿Por qué no vas a hablar con ellas?

—Simon, estás haciendo que me arrepienta de salir a correr contigo. La próxima vez no te abro la puerta.

—¿Qué hay de malo? Sólo una charla amistosa. Te acercas a ellas y ya.

—No Simon, no voy a hacerlo, y es muy probable que solo quieran follarte a ti y a mí solo me quieran para conseguir tú número.

—Roger —dice, parándose en seco. Hace que yo me detenga a su lado cuando me toma del codo y me gira hacia él —soy un hombre...

—¿En serio? —pregunto irónico— yo creía que tu pito era una vagina evolucionada.

—Roger, maldita sea, déjame terminar. —Me toma por los hombros y me sacude, después de esto terminaré con un esguince—. Escúchame, tienes que dejar esa maldita inseguridad, sí te están viendo a ti, puedo ver exactamente cuando una mujer está interesada en mí con solo la forma que me mira, ellas te están viendo a ti.

—No es inseguridad, Simon, y además no son mi tipo.

Me suelto de su agarre y continúo mi camino, casi de inmediato lo escucho detrás de mí lo suficientemente rápido como para alcanzarme. Yo corro más rápido y sí, él aumenta la velocidad. Carajo.

—¿Puedes parar? No estamos corriendo un maratón.

—¿Dónde está tu resistencia? —le grito yo.

Entonces vuelvo a ver hacia atrás y es el momento exacto cuando se tropieza y cae de boca, tengo que detenerme y él está tendido en el suelo.

Ni siquiera debería preocuparme, porque esto es su culpa, pero no se mueve, maldito sea, me tengo que regresar a ver si no se murió.

—¿Estás bien?

—¡Roger! —Dice aún tendido en el piso. Okey, está vivo. —¿Qué es lo que acabas de decir?

—¿Qué si estabas bien?

—¡No! Antes de eso ¡Todas las chicas son nuestro tipo, Roger! Vamos, iremos juntos a hablar con ellas, para eso están los amigos, ¿no?

—¿Que no estás medio muerto?

—Son dos chicas y nosotros... —nos señala con su dedo índice—somos dos...

—¡Guao! Puedo ver que aprobaste matemáticas y que al menos estás consciente a pesar de estampar la cara contra el piso.

Tiene un golpe en el pómulos. Creo que mejor le digo que vayamos al hospital.

—Sí estoy bien. Ahora vamos que las chicas no muerden. —Se pone de pie de un salto, se sostiene de mí, porque dice que «se mareó», no hay necesidad de ir dónde ellas, porque las dos ya se están acercando.

—¿Estás bien? —le pregunta una de ellas.

—Sí. —Les extiende la mano con una sonrisa coqueta. —Justo estábamos hablando de ustedes. Le dije a mi amigo que no mordían ¿o sí lo hacen?

Maldito seas, Simon. Ambas chicas sueltas una risa y las dos me ven a mí con un gesto divertido, además, la rubia, dice:

—Depende la ocasión —oh por Dios —un placer, soy Nadia.

Me extiende su mano a mí... repito a mí, y yo la tomo con algo parecido a una sonrisa, pero en realidad parece más una mueca extraña, estoy más preocupado por Simon y ese golpe en el cachete que parece estarse haciendo más grande. La otra chica, quién escucho se llama Camila, hace lo mismo. Es Nadia quién se vuelve a Simon primero y le extiende la mano ¿Qué hace él? Besarle los nudillos.

—Nadia, qué bonito nombre —le dice, con un tono de voz más grave y seductor, al mismo tiempo que hace lo mismo con la siguiente chica. —Igual que Camila, bonito nombre.

Si yo fuera una mujer estuviera corriéndome de este loco maniático.

—Simon, es un lindo nombre para un lindo rostro. —Esa es la rubia otra vez y yo solo veo a otro lugar, porque siento que sobro. —¿Cuál es tu número? Podríamos salir hoy y puedes traer a tu amigo.

No me lo tomo personal, cuando estoy con Simon nadie se acuerda de que también tengo un nombre.

—No puedo. —Yo me adelanto. —Tengo un artículo que escribir.

—¿Eres escritor? —Pregunta la otra mujer, Camila.

—Editor jefe —le contesta Simon, cuando lo miro con desaprobación el pendejo cambia de tema. —Bueno, Roger tiene que trabajar hoy, pero mañana estamos disponibles. Nos encantaría descubrir esa ocasión en las que a ustedes sí les gusta morder ¿Cierto, Roger?

Me aclaro la garganta. Las dos chicas están sonriendo, bueno... a Simon, no mí.

—Ahmm... sí. Simon es tarde.

Me mira con disgusto, pero se vuelve a las chicas de inmediato y les pide su celular, escribe su número y se los devuelve. Las dos se van y nosotros, ambos, las vemos alejarse, hasta que Simon me da un golpe, nada agradable, en el hombro.

—¿Qué carajo? ¿Es en serio, Roger? Me dijiste que pondrías de tu parte ¿Rechazaste una cita para ir a «escribir un artículo»?

—¿Auch? —Me toco la parte adolorida. —A ver... yo no dije absolutamente nada, dije que iba a pensarlo y recuerdo perfectamente que me dijiste que tenía hasta después del trabajo ¿No es así? Te recuerdo que todavía falta un día y a esa «cita» podías ir tú.

—Había una amiga ¿Tú crees que ella va a ir sola conmigo? Necesito que me acompañes,

Roger.

—No jodas, nunca te acompaño a ninguna parte.

—¡Dios! Tengo mucho trabajo que hacer contigo. —Su celular anuncia un texto y cuando lo saca de su bolsillo, me dice: —¿Ya ves? Así de fácil se consigue el número de una chica, ahora vámonos que no tengo todo el día.

Está demás decir que Simon no me deja concentrarme en el bendito artículo y está todo el tiempo enviándome posibles «citas» para mí que ha visto en una aplicación de citas. Al día siguiente la tortura continúa, yo tengo una pila de trabajo y su estado de ánimo solo induce al nerviosismo del día. Estoy ansioso, exhausto y un poquito irritado, solo un poco, menos cuando él se me acerca y la tensión se me dispara.

—¿Qué quieres, Simon?

—¡Uy! Alguien no está de buen humor hoy.

Hoy muy temprano Margaret me pidió un adelanto del artículo, y a estas alturas yo no tengo idea por dónde empezar. Hice una línea... una nada más, algo sobre pedir sus números, pero de inmediato la borré, porque si vas a ligar con alguien una noche no necesitas tener su número ¿Verdad? Bueno, no soy experto, pero se supone que las cosas no funcionan así.

Deseé que se llevaran a Simon a otro departamento para poder concentrarme y manifesté muy fuerte, porque sí, Margaret se lo llevó a cubrir un evento, pero regresó demasiado temprano al parecer.

—Simon, tengo mil cosas por hacer hoy.

—Pero ya es hora de almorzar, vamos.

Me miro el reloj y tiene razón. Me pongo de pie y le digo:

—Solo tengo una hora.

Camino en dirección a la puerta, pero en ese momento veo que él no está detrás de mí, se quedó hablando entusiasmado con la nueva chica de recepción, a Simon ninguna mujer del piso se le escapa. Tengo que regresarme, tomarlo del brazo y sacarlo a empujones. Lamento mucho que a la chica le agrade la compañía de un tipo como Simon, casi siento pena por ella... casi, porque hace unos días vi como rechazaba al chico de la papelería en el parking; pero claro, el chico no tenía los bíceps resaltados de Simon y tampoco las características de hombre follador que me deja pensando si en realidad a las mujeres le gustan los hombres románticos, detallistas y fieles como dicen, porque Simon es todo menos eso.

Estoy empujándolo y aunque ya estamos lejos de la muchacha él sigue viendo en esa dirección y haciendo gestos con sus manos simulando un teléfono, lanza un beso al aire justo cuando yo estoy girándome.

—Es linda ¿no? —lo escucho ignorando por completo que casi me estampa un beso a mí. Dejando eso a un lado, a Simon todas las mujeres le parecen lindas.

—Escúchame, tengo demasiado trabajo, así que hagamos esto rápido. Tal vez podemos pedir comida rápida, necesito volver a la oficina cuanto antes.

—Hoy no vamos a comer.

—¿Qué? ¿Entonces qué hago aquí? —Yo debería estar allá adentro sacando una pila de papeles que Margaret me dejó, mi trabajo no solo es el artículo, últimamente parezco el asistente de la jefa dragón. —Si fuera mujer me aterraría esa frase.

—Si fueras mujer no me atraerías ¿sabes?

—No sé por qué, pero eso me sonó más a un halago.

Simon me mira indignado y de pronto su vista se pierde detrás de mí, ahora él es quién tira de mi persona en dirección al comedor de la empresa, tan deprisa que parece que vamos a rodar por

las escaleras.

—Oye ¿Qué te pasa? Vamos a matarnos desde aquí. —Se detiene de golpe y yo también, mira hacia atrás con tanta intriga que por un momento me desconcierta.

—Era Marina —dice, hiperventilando. —¿La recuerdas? ¿La fotografía? ¿La amiga de la jefa dragón?

—Oh por Dios... ¿No me digas que...? —Mira por sobre mi hombro de nuevo y doy un vistazo a mis espaldas por instinto. No hay nadie, tampoco creo que una mujer nos haya seguido escaleras abajo. — ¡Diablos, Simon! ¡Tiene como treinta años más que tú! ¿Qué carajo te pasa?

—Veinte y dos en realidad —contesta, tomando una enorme calada de aire—, y fue curiosidad, me dijo que se había hecho una reconstrucción vaginal y la verdad que quería saber cuál era la diferencia.

No voy a mentir que imaginarme a Simon con la amiga de la jefa dragón me deja perturbado, aturdido, descolocado y todas las palabras que se le parezcan, pero lo de la reconstrucción vaginal me eclipsa la mente y después de sacar cualquier imagen perturbadora de mi cabeza, le digo:

—¿Qué mierda...?

—Lo sé —se ríe— ¿Quieres saber cómo es hacerlo con una vagina reconstruida?

—No, la verdad no. Ahórrate ese tipo de comentarios.

—Igual no hay tiempo —Saca su laptop del maletín que lleva consigo y dice: —Ya lo tengo.

—¿Tienes qué cosa? —Lo veo manipular la computadora sin prestarme nada de atención y me contesta:

—Lo que vamos a hacer, voy a crearte un perfil en una página de citas. —Su entusiasmo me aterra, agita la computadora y toma mi brazo para seguir nuestro camino al comedor. Mierda.

—¿Qué? Me dijiste que ibas a dejarme pensarlo.

—¿Necesitas pensarlo?

—Por supuesto, además ¿Sabes cuántos psicópatas hay en esos lugares de citas?

—Si sí.

—¿Si sí?

Pero no le interesan mis protestas, como siempre, suelta su agarre de mi codo para continuar manipulando su portátil y me pregunto si es tan urgente como para no esperar a estar cómodos en una mesa.

—Sí, pero no es para ligar con nadie por internet. Solo quiero saber qué piensan de ti.

—¿Es en serio? ¿Por qué mejor no levantas una encuesta por todo el piso? —Obviamente eso lo digo con sarcasmo.

—Voy a compararlo con el perfil que te voy a crear, el de follador.

—¡Vaya! Qué halago.

—Tú solo disfrútalo.

—Me estoy muriendo de hambre y tú aquí haciendo estas tonterías.

Simon levanta la mirada, se va a una de las máquinas dispensadoras y le ingresa un billete, un paquete de galletas se libera y me la entrega.

—Toma, esto es tu almuerzo. Ahora cállate y déjame trabajar.

—¿Ni siquiera unas más caras al menos?

Sigue caminando y como ve que no voy detrás de él, se detiene y me mira.

—Apresúrate. —Se mira el reloj. —No te queda mucho tiempo.

En fin, solo voy a seguirlo, porque necesito un lugar para sentarme. Rasgo el paquete de galletas y me llevo la primera a la boca, llegamos al comedor y tomo lugar en la mesa del fondo,

porque ya sé cuál es el tema de conversación y es mejor estar retirados del resto.

—Bien, iniciemos —lo escucho decir, veo que comienza a teclear algo en el ordenador y siento curiosidad por saber qué es —¿Tu nombre?

—¿Es en serio?

—Te llamarás Michael Petrovsky...

—¿No puedo usar mi nombre?

—No —replica de inmediato sin verme. Toma una de mis galletas y se la lleva a la boca. No le digo nada, pero mi gesto debe gritar ahora mismo. —Tu nombre es muy común.

—¿Y te parece que tengo cara de Petrovsky?

—Cállate, Roger. —Muerde la galleta, veo las migajas que se caen sobre la mesa y sin querer me acuerdo de Sara, cuando yo hacía algo así en su presencia tenía que aspirar toda la casa ¿Qué será de Sara ahora mismo? ¿Estará arrepentida? ¿O buscando al hombre con el que sueña? —Además, el pseudónimo bajo el que escribes los artículos de la revista es Rumpelstiltskin y eso no es mejor que esto.

—Eso es distinto.

—¿Edad? —Me ignora como siempre. —Bueno, será la misma. Los hombres a los 27 estamos más buenos que el vino, así que esa será.

—¿Qué diablos?

—Creí que me pondrías cincuenta años más, qué bueno saber que no me convertirás en un sugar.

—¿Tienes una mansión para convertirte en un sugar? Claro que no, si te pongo más de cincuenta y estás pobre solo parecerás un viejito rabo verde acosador ¿Gustos musicales?

—Rock clásico...

—Bachatas.

—¿Qué?

—¿Intereses?

—¿Te los digo de verdad o vas a poner lo que quieres?

Él detiene el tecleo y queda viendo un momento hacia un punto fijo, asumo que pensando en algo sucio y degenerado como todas las cosas que él se imagina todo el tiempo.

—Leer, el vino tinto y las mujeres.

—Al menos soy fino, gracias.

—¿Qué tipo de mujer buscas?

—No sé ¿Qué tipo de mujer quieres tú que yo busque, Simon?

—Abiertas de mente, sociables y listas para la acción.

—¿Podemos solo poner sociables?

—No.

—Okey.

—Información sobre ti.

—Una persona amable...

—Soy un hombre de gustos sofisticados. —Solo escucho el *tac tac tac* del teclado y con esto apuesto que Simon está disfrutando burlarse de mí. —Me gustan los atardeceres, las playas y los viajes en crucero.

—Por Dios. ¿Hay algo más de mí que no sepa?

—Roger, este es Michael Petrovsky, no tú.

—¡Qué bien! Me siento aliviado... —Suelto con mofa.

—Bien, ahora subiremos una foto.

Eso si me llama la atención, específicamente porque yo no tengo una foto en la que pueda parecer Michael Petrovsky. Giro el ordenador en mi dirección y veo que está usando una fotografía mía en el gimnasio, flexionando el bíceps, desde hace mucho tiempo que no me veo así y no parezco yo en realidad.

—¿Qué diablos...? —Ni siquiera sé si mi cabello puede verse de esa forma —¿Qué carajo me hiciste?

—Te hice un pequeño retoque en Photoshop en el cabello.

Toma la laptop de nuevo y continúa.

—Ese ni siquiera es mi yo actual.

—Solo agrégale una hora más de gym a tu rutina y volverás a ser ese. Oye... —me habla, pero no dice nada más, solo me está viendo fijamente.

—¿Qué?

—¿Si te afeitas? ¿Cierto? —Eso me hace fruncir el ceño, él lleva su vista a mi parte íntima y de inmediato me doy cuenta a lo que se refiere. —Ya sabes dónde... es que no sé, tienes un aspecto de hippie, de esos que quieren vivir en un bosque, son veganos y toman sol todas las mañanas. Me da la impresión de que te dejas todo al natural... ahí... tú sabes.

—Yo ni siquiera soy vegano.

—Pero te gusta tomar el sol todas las mañanas, tú mismo me recomendaste tomar un baño de sol quince minutos todos los días, eso es de hippies.

—Eso no es de hippies y te lo dije porque estás pálido.

—¿Sí te afeitas?

—¡Por supuesto que sí, Simon! —Levanto la voz, pero no lo suficiente como para que alguien a nuestro alrededor escuche. —Además, si no lo hago ese no es tu problema.

—No puedes tener a la bestia abandonada si piensas tener un ligue.

—¿La qué?

—La bestia abandonada. _Lo peor de todo es que se señala esa parte con ambas manos, sin importarle de que haya personas cerca y lo peor de todo es que siempre hay mujeres viéndolo. _Las mujeres detestan el vello púbico.

—Sí me afeito, Simon ¿Qué? ¿Quieres que te muestre también?

—Si quieres.

—No, no quiero. Y sí lo hago, porque a mi novia no le gustan las... ¿bestias abandonas? ¿Qué diablos?

—Exnovia, más vale que te vayas acostumbrando. No quiero verte con Sara de nuevo. Me dices que regresaste con ella y quién te tira de un acantilado soy yo.

—Pareces mi padre. Bueno, no lo de tirarme de un acantilado, pero bueno...

De nuevo, me ignora. Se acerca a mí lo suficiente como para sentir que está invadiendo mi espacio personal y murmura: —Escúchame, ahora que no estás con Sara por nada del mundo dejes a tu amigo sumergido en el Amazonas ¿Okey? Porque nunca sabes cuándo se te presente la oportunidad...

—Y aunque se presente... yo no voy por ahí acostándome con mujeres solo porque sí, debo tener una conexión con esa persona...

—Ay, por Dios, no sigas. Mejor termina de crear tu propio perfil.

Cierro los ojos un momento intentando encontrar el lado bueno de esta situación, pero no, no existe.

—No puedo creerme esto.

Me entrega la portátil y la tomo sin despegarle la mirada de encima a él. Cuando ya he

dejado la pantalla frente a mí comienzo a rellenar todos los campos que me piden, con mi nombre e información real. Este será mi verdadero perfil, qué vergüenza, Dios mío. Toda la vida he hablado tan mal de estas aplicaciones y hasta escribí un artículo en contra.

—Listo.

Ahora me pide una foto y con la cámara frontal de la laptop de Simon, sonrío y en segundos está la imagen subiéndose al perfil de citas. Le devuelvo la computadora y de inmediato hace un gesto de repulsión.

—Te gustan las mujeres carismáticas e inteligentes. Qué básico eres, Roger.

—¿Ya me puedo ir? Porque no tengo todo el día para ponerme a pensar si en realidad me importa el físico de una mujer.

—Bien, mañana vemos a quién le ha ido mejor.

—Está bien.

—Luego del trabajo no hagas planes, tenemos una cita.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas a las chicas de ayer? Ya les hablé, tenemos una cita con ellas hoy.

—¿Estás de mente? Bueno, en todo caso, tienen una cita contigo, no conmigo. Buena suerte.

—Ni se te ocurra, Roger, vamos a ir y punto ¿Sabes qué es lo mejor de todo? Que creen que eres lindo, aunque no sé si eso sea algo bueno o malo. Lindo muchas veces puede ser «Está lindo, pero no me gusta» o «Diré que está lindo, aunque en realidad no lo esté»

—Ahórrate las explicaciones.

—¿Qué? Así son las mujeres, tú no lo sabes, porque solo has tenido una sola novia en toda tu vida.

—Eso no es verdad y crecí entre mujeres ¿Lo recuerdas?

—Sí, pero tu mamá, tu abuela y tu tía no cuentan.

—De verdad, no quiero una cita.

—Solamente te estoy invitando para que observes y aprendas, ¿De acuerdo? Si después quieres irte, está bien.

Lo miro, con ese su gesto tan despreocupado mientras teclea en su computador y se ríe por un mensaje que le acaba de llegar ¿En realidad quiero ser como Simon? No, la verdad no. Yo solo estoy aquí, porque tengo un maldito artículo que terminar.

—Bien, solo dime a qué hora y estaré listo.

—Genial. —Lo dice con un entusiasmo que solo Simon puede tener cuando es medio día y no ha comido. —Tal vez deberías ir a que te arreglen un poco el cabello, sé que a las mujeres les gusta tu pelo, pero no queremos que te miren «lindo» ¿Okey? Queremos que te miren como un follador... un toro.

—No jodas.

—Tienes bonitos ojos y buenas pestañas ¿Sabes cuántas mujeres desearían tener unas pestañas como las tuyas?

—A ver, tú me dijiste que solo iba a ver ¿no?

—Oye, no sabemos si tienes la suerte de principiante. Además, eres el encargado de distraer a la otra chica, Roger. A mí me gusta Nadya, eso es obvio, pero su amiga necesita divertirse y si tú tienes suerte...

—Es obvio que la amiga quiere darte a ti también.

—No si pones de tu parte. Vamos, levántate la camiseta.

—¿Qué?

—Hazlo.

Simon es un mandón de primera, no puedo evitar imaginarlo ligando con mujeres, terminando en la cama y dándoles órdenes antes de acostarse con él, puedo casi apostar que es del tipo que está con las manos detrás de la cabeza solo diciéndoles: «Muévete un poco a la derecha».

Y sí, lo hago. Me levanto la camiseta y dice:

—Bueno, no estás mal. Añádele unas cuantas abdominales más a tu rutina.

Una risa irónica se me escapa.

—Tengo suerte si consigo levantarme de la cama con la energía suficiente para correr una hora y después ir a Starbucks.

—Lo harás —me dice, señalándome con su dedo índice. Se pone de pie al mismo tiempo que cierra su computadora—. Si no, yo mismo voy y te saco de la cama para hacer las malditas abdominales. Te veo después.

Sin más se retira, por él fue que vine hasta aquí y ahora solo se fue, dejando eso a un lado me acuerdo de que le prometí que iba a ir a la bendita «cita» ¿En qué diablos me metí, por Dios?

Capítulo 4

Justo al llegar a mi escritorio, un ramo de rosas rojas sobresale sobre el teclado de mi computadora.

Con el entrecejo fruncido me voy directo hacia ellas y no dudo ni un minuto en sacar la nota de un sobre pequeño, reconozco de inmediato de quién es la letra, y claro, también está su nombre:

*«Lamento mucho enterarme que vas a morir solo.
Att: Margaret»*

¿Qué carajo?

Definitivamente, creo que aquí termina cualquier remordimiento que tenga por llamarla «la jefa dragón» como el resto de mis compañeros de trabajo.

No me sorprende en nada que Margaret sepa sobre mi ruptura con Sara. No sé cómo ellas lograron conectar y se hicieron amigas, pero es que Sara es de ese tipo, de las que les gusta caerles bien a todos, de las que hace lo posible por ganarse la confianza de la gente, pero llegar a hacerse tan cercana a mi jefa es algo que todavía no le perdono.

—Ahora solo espero que puedas trabajar más rápido y sin interrupciones. —Escucho a mis espaldas, se oye el traqueteo de sus altos tacones pasando a la par mía y la pila de papeles que deposita junto a la impresora. — Necesito el adelanto del artículo a más tardar este fin de semana. Te he dejado bastante tiempo libre para que lo termines a tiempo. —¿Bastante tiempo libre? Miro la pila de papeles frente a mí y no entiendo cuál es ese bastante tiempo libre. — ¿Entendido, Roberto?

—Roger...

Sigue su camino, pero se detiene de pronto y se voltea:

—Y, por favor, no vayas a suicidarte.

Ahora sí continúa. Ruedo los ojos y me dejo caer en mi lugar. Honestamente, a veces no sé por qué sigo trabajando para Margaret.

Miro de nuevo la cantidad de papeles que me dejó y... a ver... ¿por dónde empiezo?



Termino todo lo que puedo... no ¿a quién engaño? Siempre tengo que terminar todo si no estoy despedido, aunque eso signifique quedarme una hora más tarde. Miro mi reloj de nuevo y me percató de que ya son más de las seis de la tarde, casi las siete y yo sigo metido aquí revisando papeles de Margaret.

A la mierda.

De todas formas, ya no tengo nada más qué hacer con mi vida.

Saco una cajetilla de cigarros de mi mochila y extraigo uno junto a un mechero que llevo conmigo en casos de emergencia (como este). Fumar no es algo que haga a menudo ¿Okey? Solo fumo cuando estoy de mal humor, estresado, o cuando siento lástima por mí mismo, como ahora. Es desagradable tal vez, y sé que me estoy matando poco a poco y bla, bla, bla... pero, en fin, tal vez me estoy haciendo un favor restándole unos cuantos años a mi vida.

Dios mío, parezco un emo depresivo. Tal vez yo debería tomar un baño de sol todas las mañanas.

Enciendo el cigarrillo y me recuesto en mi silla. No sé a qué hora se supone que Simon y yo deberíamos estar en su supuesta cita, pero no sé nada de él desde hace un rato que salió de aquí y me dijo que ya regresaba, ha pasado una hora y cuarenta minutos después de eso. Si en cinco minutos no está aquí, me voy a mi casa.

Miro mi reflejo en la pantalla de la computadora, el fondo es oscuro y, aunque no tengo una excelente vista, sí logro ver unos cuantos pelos rebeldes en mi cabeza y la chispa naranja del cigarrillo. Intento acomodarme el cabello con las palmas de las manos y tomo un poco de agua que tengo en una botella sobre mi escritorio, vierto un poco en mis dedos y me paso las manos sobre la cabeza. Yo tengo el cabello un tanto largo y muy rizado, no al estilo afro tampoco, pero sí tengo mechones que no logro acomodar con nada. Saco un peine de mi mochila y lo que logro recoger me lo hago una coleta en la cúspide. Pienso nuevamente en el pendejo de Simon, miro la hora de nuevo y ya estoy comenzando a desesperarme.

¿En qué momento le dije que sí iba a hacer esta estupidez?

Le doy dos caladas largas al cigarrillo y se me ocurre abrir el navegador, la verdad es que me pica la curiosidad por saber si en realidad las chicas opinan lo mismo que Simon. Tecleo la dirección de mi red social y relleno todos los campos para dar un vistazo.

Yo soy muy activo en redes sociales, voy a admitir que me parecen una completa pérdida de tiempo por los siguientes motivos: No tengo ganas de hacer amigos, no tengo familia en el extranjero y no me dan ganas de saber sobre la vida de otras personas.

Ni siquiera sé cuántas chicas tengo agregadas. Yo nunca he sido del tipo de enviar solicitudes y los pocos amigos que tengo —treinta y cuatro para ser exactos— son algunos ex compañeros de la universidad o amigos de Sara. Creo que eso es suficiente para crear una encuesta, específica para el sexo femenino, lo voy a poner claro desde el principio.

La pregunta es sencilla. Escribo todas las opciones y en un par de minutos ya estoy posteando mi publicación que va de esta manera:

«Mujeres, necesito su ayuda para un artículo, ¿qué es lo que ustedes prefieren en un hombre?»

1. *Un hombre apuesto.*
2. *Un hombre adinerado.*
3. *Un hombre que sabe lo que hace.*

Y solo agregué esa última para saber si en realidad Simon tiene razón.

En fin, me quedo frente a la pantalla por un buen rato mientras me termino el cigarro y espero que alguien se muestre con vida por aquí, no sé cuándo fue la última vez que me conecté en esta cosa, pero debió ser hacer mucho tiempo. En mi foto de perfil tengo el cabello más corto, peinado hacia un lado y Sara está conmigo, la foto fue tomada en el patio de la casa de sus padres después de la celebración cuando se graduó de la escuela de leyes.

A ver, no debería hacerlo.

No debería... no debo... Joder.

Miro la barra buscadora en la parte superior de mi perfil y no puedo evitarlo. Carajo. Saco otro cigarro, lo enciendo y tecleo el nombre de Sara en el buscador.

Su perfil salta en mi pantalla. Su foto de perfil es la misma, una selfie donde sus ojos color

miel resaltan por sus pestañas tintadas, lleva los labios pintados de rojo y su cabellera castaña trenzada hacia un lado. La angustia me recorre entero y quiero ver más allá de su perfil, pero ya me eliminó de su lista de amigos.

Siento algo instalárseme en el pecho y dejo de ver su foto para pensar en cualquier otra cosa que no sea ella. De inmediato se me viene a la mente lo del sitio de citas, yo no creo en esto, pero mi lado curioso quiere saber los resultados ¿Para qué? Ni idea, pero, en fin.

Pongo mis dedos sobre el teclado para escribir la dirección web y en instantes estoy en la bendita página. Sé que acordamos revisarlo mañana, pero no pasa nada si solo le doy un vistazo, mañana finjo que no lo vi.

Cuando mi perfil queda frente a mí, me sorprende.

En unas horas ya tengo tres solicitudes de chicas en mi perfil personal y me levanta el ánimo ¡Bendito sitio de citas! Le sonrío a la pantalla mientras comienzo a ver el perfil de cada una de las chicas y no están nada mal, eh.

¡Toma esta, Simon!

Salgo de mi perfil solo para saber cómo le ha ido al tal Michael Petrovsky y mientras lleno los campos para la información requerida de mi alter ego, un mensaje se aparece en mi teléfono celular. Sin despegar la vista de la pantalla saco el aparato de mi bolsillo.

Es de Jonathan, el hermano Sara.

«Iré por las cosas de Sara esta noche, ella no quiere que estés en ahí».

No dudo ni un minuto en enviarle mi respuesta:

«¿Qué diablos tiene que ver que tú vayas por sus cosas y que yo no esté en casa?»

Casi al instante mi teléfono suena y es otro mensaje suyo que casi olvido revisar por estar viendo el perfil de una tal *RubiaCaliente16*:

«Porque a mí no me caes bien»

«Bueno, para ser honesto, soy yo quien no quiere que estés ahí. Así que por favor déjame recoger sus cosas tranquilo».

¡Ah, mira! Ni siquiera puedo ir a mi propia casa en paz, porque el idiota no quiere.

A ver, es evidente que a mí tampoco me agrada él, así que estamos a mano. Jonathan es un tipo calvo con los brazos llenos de anabólicos que se ha logrado mantener a costa del dinero de sus exesposas, pero ¿qué se puede esperar de un hombre mediocre que vive en el garaje de sus padres, se niega a trabajar y está rodeado de abogados que le hacen la vida fácil?

Maldito abusador.

Decido dejarlo así, porque la verdad es que entrar en una discusión con este neandertal es una completa pérdida de tiempo. Llamo a Sara a su número personal, porque no quiero a ese hombrecillo semi desnudo en mi apartamento, pero me manda directo al buzón, así que ya no lo intento más, prefiero conservar mi dignidad y dejar que ese pendejo hurgue mis cosas por hoy. Casi rozo la histeria con solo imaginarlo y me contengo las ganas de ir hasta mi casa ahora mismo y sacar a ese enano a golpes.

Tomo una calada de aire y dejo triunfar a mi parte racional mientras con mi cabeza inclinada hacia atrás miro el techo de mi oficina. Tomo la última calada del cigarrillo y dirijo mis ojos al monitor donde el perfil de Michael Petrovsky es el que invade la pantalla.

Sesenta y dos solicitudes.

De nuevo: Sesenta y dos.

En algo más de seis horas el desgraciado de Michael Petrovsky tiene sesenta y dos solicitudes, una de ellas es de la chica *RubiaCaliente16* que envió solicitud a mi perfil personal, pero a Petrovsky le hizo llegar un mensaje privado, aparte de los diez textos de otras chicas que

pidieron una cita con él. Voy por el perfil de cada una de ellas, la mayoría son mujeres con poses sugerentes, escotes pronunciados y hasta una actriz porno. Mujeres muy guapas voy a admitir.

Aturdido me dejo caer nuevamente sobre el respaldar de mi silla, no despejo la mirada del monitor, esos dos somos la misma persona, solo que una es real y la otra ficticia, uno dice la verdad y el otro inventa tonterías, uno es... no lo sé, ni siquiera sé que se supone que es Michael Petrovsky.

No sé cuánto tiempo paso intentando digerir esa información, me percató que sigo vivo cuando un golpe en la puerta me hace estremecer y luego de eso el sonido de esta abrirse. Hago movimientos desesperados con mis manos para esparcir el humo y tiro el cigarrillo al suelo intentando apagarlo con mi zapato, cierro el perfil de Petrovsky y miro la alfombra para percatarme que no hay restos de chispas encendidas. No vaya a ser que ahora provoque un incendio.

—Roger, es hora.

Respiro tranquilo cuando me percató que es el maldito de Simon, y lo miro con desaprobación por estar a punto de causarme un paro cardíaco.

—¿No podías avisar que eras tú desde que entraste? ¿Dónde diablos estabas, por cierto? —Estoy dando click en cerrar sesión a mi cuenta de Facebook justo cuando él se detiene a la par mía.

—Alicia, la chica de la recepción, necesitaba un aventón a casa. ¿Qué haces? —me pregunta, con un molesto interés que me hace recordar que frente a él no tengo privacidad. —¿Qué hacías viendo el perfil de tu ex?

—Nada, sólo fue curiosidad ¿Acaso eso está mal?

—Dime que no le has enviado un mensaje. —Ahora su tono es agresivo y pone esa mirada de reproche, muy suya, en mi persona.

—Por supuesto que no. No le he enviado ningún mensaje ¿Puedes darme privacidad, por favor?

—¿Y estabas fumando? Por favor, dime que no estabas haciéndote una paja mientras mirabas su foto.

—¿Qué carajo?

—Porque de ser así necesitas terapia.

—Dios mío, dame paciencia. —Eso lo digo más para mí, que para él.

—Aquí hay cámaras y pueden verte la polla en seguridad.

—¡Maldita sea, Simon! ¡Qué no! Ya te dije que no. No me estoy... ¡vete a la mierda!

—Oye, tranquilo viejo.

Simon es un grano en el culo de primera, pero eso ya lo he dicho, apago el monitor y saco otro cigarrillo para llevármelo a la boca. Me pongo de pie presionándolo entre mis labios y después de tomar mis cosas y tirarlas de manera brusca dentro de mi mochila camino en dirección a la puerta de salida sin ver a Simon. Observo sus intenciones de ir por el elevador, así que me voy directo a las escaleras, después de todo son sólo tres pisos.

Me arrepiento a la mitad.

—Ni se te ocurra irte. —Le escucho decir detrás de mí. Carajo. Me está siguiendo por las escaleras y al mismo ritmo. —Recuerda que tenemos planes.

Para nada hice tremendo trayecto y ahora me doy cuenta de que en realidad sí necesito entrenar más, casi estoy sin aire.

—No me siento de humor para tus planes, Simon, lo siento.

—Maldito seas Roger, nunca encontrarás a una mujer si te quedas en tu casa fumando, frente

a un televisor viendo partidos de fútbol y comiendo chatarra.

—¿Pero es que quién te ha dicho a ti que estoy buscando una mujer? Acabo de salir de una relación de cinco años.

—El luto solo a los muertos y como decía mi abuelito que en paz descanse: A rey muerto, rey puesto.

A veces me arrepiento de haberme hecho amigo de Simon.

Sigo bajando hasta que estoy finalmente en el parking y lo atravieso a paso rápido hasta llegar a mi auto por la brisa que nos está cayendo encima. Recuerdo que el hermano de Sara no quiere que esté en mi propia casa mientras saca las cosas de ella y la verdad es que yo tampoco quiero encontrármelo. Me detengo junto a la puerta pensando donde puedo ir mientras tanto.

—Eres tan dramático —le escucho, él va hacia su Mustang, curiosamente aparcado junto al mío. —Si hubiera un premio que se llamara «Miss drama» tú te llevarías el primer puesto.

—No sigas...

—¿Te sale sangre por el pito cada mes?

—Eso es tan sexista.

—¿Es una cuestión hormonal?

—Simon no estoy de humor y no quiero terminar con mi puño en tu cara.

—Sólo quería que fueras conmigo para que aprendas un poco sobre seducción. —Se da media vuelta para quedar frente a mí al otro lado de mi vehículo.

—Yo no necesito aprender reglas de seducción, el día que quiera conocer a una chica se va a dar y ya, voy a sentir la conexión, no voy a forzarla.

—Escribe eso en tu artículo y me dices a cuántos le funciona. —Suelta una risita cargada de ironía. No digo nada, lo observo abrir la puerta del auto, ingresar en él y una vez que está dentro abre la ventanilla. —Si no quieres está bien, mañana a la hora del almuerzo revisamos el perfil de Petrovsky.

Hago un gesto, algo que indica mi descontento hacia el bendito sitio de citas y abro la puerta de mi automóvil. Maldito Simon y maldito Michael Petrovsky.

—No quiero saber nada de ese sitio de citas. Es obvio que ahí solo hay mujeres que prefieren a un hombre que les hable bonito y les mienta, aunque solo quiera follar.

—¿Y quién no? Es un sitio de citas ¿Quién se inscribe ahí para salir una tarde de shopping? Para eso tienen a sus amigas. —Hace una pausa cautelosa, pero de inmediato suelta: —¿Ya viste el perfil?

—N... no —titubeo, pero me aclaro la garganta. Es que ni para mentir sirvo.

—¿No? Maldito seas Roger. —Sale del auto, camina hacia mí buscando el teléfono en su bolsillo. —Acordamos verlo mañana ¡Juntos!

—Suenas a novia caprichosa.

—¿Qué sabes tú de mujeres?

Mejor no contesto.

Él está viendo la pantalla de su celular y yo buscando la forma más rápida de salir de este parqueo. Suelta una carcajada que me llama la atención y mantiene una sonrisa al estilo el Joker.

—¡Guao! —exclama, sin verme.

—¿Qué?

—Michael tiene setenta solicitudes.

—¿Qué mierda? ¿Tan rápido? Tenía apenas... —Mejor me callo.

—¿Tú cuantas tenías?

—Eh... yo... —Odio las mentiras, pero aquí es por una buena causa. Además, Simon es la

persona más mentirosa que existe, y ladrón que roba a ladrón... —No lo sé, no las conté, algunas treinta.

—Mientes.

—Igual Petrovsky me gana ¿no?

—Tienes tres solicitudes.

Ruedo los ojos. Abro la puerta del auto y tiro mi mochila, sin ninguna delicadeza, sobre el asiento del copiloto.

—Eso es una mierda y lo sabes. No es un sitio para mí, definitivamente.

—¿Ahora si lo ves, Roger? ¿Lo entiendes? —Casi está gritando y, repito, estamos a mitad del parqueo. —¿Por qué crees que Petrovsky te lleva la delantera?

Lo ignoro, me subo al auto y me ubico frente al volante sin mirar a Simon, él interfiere y no me permite cerrar la puerta.

—Porque no es real. Es como crear un personaje para una novela de romance. El tipo rudo, follador, de moral gris, siempre va a ser más popular, y no me interesa.

—Claro que te interesa. —Esboza una media sonrisa. — Justo ahora estás pensando porque las chicas prefieren a Petrovsky y no a ti, siendo ambos la misma persona.

—Porque es obvio ¡En ese sitio hay hasta actrices porno!

—Genial ¿no? —Creo que Simon no entiende nada—. Te diré por qué prefieren a Michael Petrovsky, porque es un tipo que transmite seguridad, parece ser un hombre interesante, culto, elegante.

—Deja de hablar como si el supuesto Michael Petrovsky existiera, ese soy yo, es mi fotografía de hace años y es obvio que a cualquier mujer le interesa un hombre musculoso y desnudo. Intenta tú hacerte un perfil en Instagram donde no estés medio encuerado y me dices a cuántas seguidoras llegas.

Comienza a manipular su teléfono sin ponerme atención y me lo pone en frente. Cuando me adapto al brillo, observo mi foto, la de mi supuesto perfil personal en el sitio de citas.

—¿Qué te transmite este sujeto? —Me quedo en silencio, suspiro mientras pienso en que está entorpeciendo mi camino por una tontería. Por supuesto que yo no me miro como Petrovsky, yo llevo lentes, el cabello desordenado y no me he afeitado la barba en unos días. —Dímelo, ¿qué te transmite?

—Ese es un tipo real.

—Que no le gusta a ninguna mujer.

—Tengo tres solicitudes, eso, querido Simon, es más que suficiente. Yo no necesito setenta mujeres para escoger, quiero a una nada más con quién conectar. Y no ahora, primero necesito tomarme un tiempo para mí y después ya voy a pensar en si quiero una relación de nuevo.

—¿Y para qué quieres una relación?

—Me voy.

Ingresa la llave para poner en marcha el auto y largarme de aquí cuanto antes.

—¿Quieres que les escriba?

—No.

—Porque te apuesto que ninguna de ellas va a querer ligar contigo cuando te conozcan en persona y escuchen eso de «necesito conectar primero» no eres un cable USB, Roger. ¿Quieres saber qué pareces en esta fotografía?

—Okey, dime qué parezco y déjame ir.

—Un pedófilo.

—Los pedófilos pueden verse bien, Simon, incluso como tú. Te apuesto que por ahí hay tipos

que se ven como el tal Michael Petrovsky que te inventaste y les gusta ver pornografía infantil.
—Mi tono es reñido, Simon se lleva las manos a la cabeza, despeja su rostro y suelta un suspiro.
—¿Ya me puedo ir?

—Está bien. Voy a llamarle a las chicas, les diré que tengo trabajo que hacer, es muy probable que ya estén listas. ¿Sabes cuánto tardan las mujeres en arreglarse para una cita? Gracias Roger, por hacerme ver como un caballero.

—No sé, pero los caballeros no quieren a una mujer solo para follársela una noche, pero puedes ir tú a la supuesta cita si quieres.

—¡No! No puedo ir solo, porque ella llevará a su amiga y no será muy bien recibido para la otra chica hacer un «mal tercio». —Hasta hace comillas con los dedos. Marca un número, maldice en un siseo y después de aguardar un rato en línea, cuelga. —Gracias Roger, gracias.

—A ver ¿Me preguntaste si quería ir, Simon? No, las invitaste tú y solo me arrastraste sin pensar en que yo podía tener otros planes.

—¿Es que qué planes puedes tener tú? Ni siquiera miras porno para decir que vas a ir a encerrarte a tu casa a pasar una noche agradable.

—¿Qué tiene que ver el porno con todo eso?

—¡Es que no te comprendo! ¿En serio no te importa ni un poco aprender a ligar con mujeres?

—No, ya te lo dije, cuando hay conexión...

—Y dale con lo de la conexión, estoy seguro de que en otra vida fuiste cable de internet, joder. No puedo creerme esto.

—¿Ya me puedo ir?

—Para la próxima no me digas que sí irás ¿Okey? Para conseguirme a tiempo a otra persona que sí me acompañe.

Lo observo alejarse, encerrarse dentro de su auto y después ponerlo en marcha. Suelto un bufido dejando caer mi frente sobre el volante, el claxon comienza a sonar, pero no me separo, me quedo así hasta que me doy cuenta de que el guarda de seguridad del edificio viene hacia mí.

—¿Está bien, señor? —¿Señor? ¿Me ve cara de señor?

—Sí, estoy bien «señor». —Eso lo digo con énfasis. Él asiente, se aleja de mi ventana y lo observo caminar de regreso a su puesto. «Señor» dice.

Tomo mi teléfono y le envío un mensaje al pendejo de Simon. A ver, que yo solo debería dejarlo así y ya está, pero no, ahora me siento en el deber moral de acompañarlo, porque es verdad, yo le dije que sí. Me quedo esperando que me conteste por varios minutos hasta que me doy cuenta de que no va a hacerlo, pongo en marcha el auto... sin rumbo, porque a mi apartamento no puedo ir —obviamente—. Maldito hermano de Sara. No he avanzado mucho cuando escucho mi teléfono sonar. Es Simon:

«Bueno, te espero en mi apartamento».

Capítulo 5

Conduzco directo al apartamento del pendejo de Simon.

En el trayecto me doy cuenta de que mi vida es tan solitaria que no tengo nadie más a quién recurrir, bueno... tal vez solo debí irme a meter a un bar, pero no se me ocurrió antes. Además, ya le había confirmado que sí iba a ir a la supuesta «cita»,

Definitivamente, necesito hacer más amigos.

Simon abre la puerta, lleva solamente una toalla alrededor de la cintura y se aparta cuando doy un paso adelante, la imagen del interior de su apartamento es tan triste y aterradora al mismo tiempo.

—¿Sabes? Creo que aparte de dramático, eres bipolar —me dice.

—Hablas como si tú estuvieras completamente cuerdo.

Me lanza una rápida mirada cargada de desaprobación y se pierde en su cuarto. Sigo viendo su sala, esto parece un basurero municipal.

—Solo tomo una ducha.

—¿No es que ya era tarde?

—Lo es, por eso apresúrate y cámbiate —miro en dirección a la puerta de su habitación y él se asoma —porque sí vas a cambiarte ¿Verdad?

No digo nada, me limito a ver mi ropa, una sudadera gris, un pantalón vaquero y unos zapatos. Tal vez no es mi mejor look, pero me veo decente.

—¿Para qué? —Él bufa y después escucho un portazo. —No puedo ir a mi apartamento ¿Okey? El hermano de Sara irá por sus cosas y dice que no quiere verme, bueno... yo tampoco quiero verlo a él, así que...

La puerta vuelve a abrirse.

—Así que va en serio lo de Sara.

—Pues sí.

—Nunca me había sentido tan feliz por ti.

—¿Te apuras o no?

—Aunque pudieras ir a tu apartamento, sé que eres capaz de ir a una cita en esas fachas. —Y de nuevo: ¿Por qué no? Además, me molesta la forma despectiva con la que habla. —Después te ayudo a buscar algo en mi ropa, porque te puedo apostar que en tu casa tampoco tienes algo bueno qué usar.

Vuelve a cerrar y lo único que hago es suspirar de aburrimiento. Intento dejar de pensar en ello y lo único que se me ocurre es ponerme a pensar en cómo diablos acumula tantas latas de soda, parece que está a punto de montar un emprendimiento de venta de chatarra. Ya he venido muchas veces, pero siempre tiene cosas diferentes y no precisamente buenas.

En fin, miro alrededor, el sitio es pequeño, pero bastante acogedor, o al menos lo fuera si estuviera medio limpio. La sala es un asco y no lo digo solo porque estoy molesto con él, en realidad a él le vale una mierda, creo que hasta le parece *cool*, porque es el típico apartamento de soltero: envases de Coca-Cola y cerveza, cajas de pizza, envases de comida china, zapatos, etc.

—¿Cómo consigues vivir en este lugar? —le pregunto. No sé si me escucha, pero levanté la voz lo suficiente. Escucho el sonido de la regadera cerrarse y se me escapa un bufido cuando veo la cantidad de latas sobre el sofá, las recojo y no hay un bendito basurero ¿Quién no tiene algo para tirar cosas, Dios mío? —Ahora entiendo por qué usas la casa en la playa, aunque no me sorprendería que esa esté igual de sucia.

—¡Nah! Mi madre envía a alguien que la limpie cada cierto tiempo. No creo que vaya a dejar abandonado algo que se ganó solo por divorciarse de mi papá ¡Ja! En fin, las chicas aman esa casa en la playa, no les digo que es de mi mamá, claro.

Está saliendo de su habitación, ahora se está secando el pelo con una toalla y atraviesa todo el apartamento desnudo ¿Qué carajo? Me doy media vuelta, porque no se me apetece verle la «bestia» a Simon.

—Simon, ¿puedes vestirme, por favor?

—Oye... ¿Es verdad que tengo una nalga más grande que la otra?

—¿Qué?

—Mírame... necesito que revises bien si es verdad que una es más grande que la otra.

—¿Qué? ¡No! No voy a hacerlo Simon, ve a ponerte un maldito calzoncillo.

Veo solo un momento hacia él y está de frente, con la toalla sobre el cuello y ambas manos en la cintura, algunas gotas le recorren el cuerpo y de inmediato vuelvo mi vista hacia el florero de su mesa de centro.

Un florero sucio, por cierto.

—No quiero andar por ahí con una posadera más grande que otra.

—¿Por qué diablos usas la palabra posadera?

—Tú eres un escritor, creí que ibas a preferir la palabra posadera.

—¡No! No prefiero la palabra posadera y tampoco quiero verte el culo. Ve a vestirme.

—Roger, necesito que mires, no tengo a nadie más a quién confiarle esto.

—Ya te dije, no voy a verte las putas nalgas, Simon.

Escucho sus pasos descalzos caminar en mi dirección. Y se detiene frente a mí de espaldas y cierro los ojos por instinto.

—¿Qué? —Me pregunta. —¿Acaso nunca te cambiaste en los vestidores de la escuela?

—No, y ve a vestirme.

—Vamos, solo es un vistazo rápido, ¿es una más grande que la otra sí o no?

—Eso es físicamente imposible.

—Roger... sólo cállate y ayúdame. No quiero que mi trasero no sea uniforme. —Suelto un bufido y abro los ojos lentamente hasta quedar con la vista de todo su cuerpo frente a mí. Veo el dragón que tiene en la espalda y me concentro en la zona que mencionó, aunque en dos ocasiones tengo que ver para otro lado. —Observa bien por favor, si es así debería cambiar mi rutina en el gym, así que esto es muy importante.

—¿Quién diablos te dijo eso?

—¿Es una más grande que la otra sí o no?

—Las... dos... —Me aclaro la garganta. —Las dos están iguales.

—¿Estás seguro? ¿Tienen la misma forma?

—No me siento cómodo haciendo esto...

—¿Y así? —estruja el trasero —¿Se ven iguales? ¿Es un bonito trasero?

—Sí, es un bonito trasero. Ya vístete, maldita sea. —Eso último se lo grito.

—¿Dan ganas de darle una palmada?

—¿Qué carajo?

Escucho el sonido de alguien aclarándose la garganta, miro alrededor, se supone que estamos solos ¿O no? Simon mira en dirección a su laptop, en la computadora está el rostro de la jefa dragón, él por instinto se cubre con la toalla que llevaba en el cuello y yo solo quiero desmayarme o fingir mi muerte.

—Creo que deberían continuar en otra ocasión —dice, viéndonos fijamente. Su seriedad me

atterra y acomoda sus lentes de pasta con marco de cebra. Tose un poco y yo estoy a punto de un colapso nervioso por la vergüenza. —Hola Roberto.

—¿Qué tal, Margaret? —Finjo que recojo las latas de soda tiradas en la sala de Simon y él va hacia su laptop amarrándose la toalla en la cintura.

—Margaret ¿Por qué no me avisas que vas a llamar antes? Te tengo en modo de auto contestador, porque me dijiste que odiabas esperar, pero me imaginé que llamarías a mi teléfono antes, pero sería lo correcto ¿No? Pudiste encontrarme en una situación más vergonzosa.

¿Existe para Simon una situación más vergonzosa que esta?

Margaret lo ignora y mientras yo sigo con mi tarea de recoger la basura, ella pregunta:

—¿Ustedes son pareja?

—¡No! —Eso lo decimos los dos al mismo tiempo y con la misma expresión.

—¿Es por lo que te dejó tu novia, Rogelio?

—¡No! —De nuevo los dos y con la misma expresión.

Ella nos mira con esa expresión inquisidora y, de paso, le da un vistazo de pies a cabeza a Simon cuando se aparta para irse a poner la ropa. Suelta un suspiro aburrido y dice:

—Qué lástima. Hacen tan buena pareja.

Simon me mira y yo lo miro a él. Ambos hacemos un gesto de asco, él se voltea y yo también.

—Margaret, hagamos esto rápido, tengo una cita con Roger. —Cuando se percata de lo que dijo, aclara: —Bueno, no una cita romántica entre los dos, un par de chicas van con nosotros, una para Roger y otra para mí.

Dios mío.

—Si van de cita los dos solos no tienen por qué ocultármelo, no voy a juzgarlos, lo prometo.

Mejor no me voy a meter en esa conversación.

—Margaret, basta de juegos. —Ese es Simon. Ella se ríe un poco y mira los papeles que sostiene, aún así, él continúa: —Y aunque fuera gay, ni loco saldría con Roger.

—Eso es recíproco —me defiendo yo.

Margaret se vuelve a reír. Bueno, creo que no he mencionado que la jefa dragón no se lleva muy bien conmigo, pero sí que siente una extraña adoración por Simon. Al principio creí que probablemente estaba enamorada de él, pero eso es algo que Simon niega rotundamente, y bueno, sabiendo que se ligó a la amiga de ella, sé que no dudaría ni un segundo en revolcarse con Margaret si ella le hubiera mostrado algún interés. En fin, ellos tienen una relación que no entiendo.

—Bien, ¿tienes un minuto? Tenemos que revisar lo que me enviaste.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo, Simon. Y, por cierto, tu «posadera» no está una más grande que la otra ¿verdad, señor Santana?

A Simon todo le vale una mierda, pero ahora mismo tiene el rostro colorado. Me vuelvo a Margaret y con una cordial sonrisa —o mueca, no sé qué fue lo que hice— me despido-

—Iré a dejar esto afuera.

Muestro las latas de soda y me voy a la cocina de Simon donde, para suerte mía, hay una bolsa lo suficientemente grande para que alcancen al menos la mitad, tampoco es que le voy a limpiar todo el apartamento de gratis. En la bolsa está una caja de pizza, pero da igual. Salgo de ahí tan rápido que no me doy cuenta de que la bolsa en realidad tiene un agujero en el fondo. Es hasta que estoy en el piso de abajo que me percató que lo único que llevo es la caja, miro hacia atrás y hay una lata de cerveza en el primer escalón.

Se me escapa un bufido. Me regreso por la maldita lata y miro más basura sobre las escaleras. Carajo. Perdón, pero esas las voy a dejar ahí. No tengo las energías para subir de nuevo recogiendo cada cosa, además, es culpa del pendejo de Simon, no mía.

Salgo del edificio y miro por la ventana la intensidad de la lluvia que está cayendo afuera, tomo una calada de aire y me pongo el gorro del suéter en la cabeza. No me la pienso dos veces, corro hasta el contenedor donde dejo la bolsa —con la caja de pizza nada más y una lata— y me regreso rápido a la puerta de entrada.

Mierda, me empapé.

Solo fueron... no sé... ¿segundos? Ahora posiblemente hasta pesque una neumonía. Me seco las manos en el interior de mi sudadera para tomar un cigarrillo de mi bolsa y el mechero. Definitivamente, ahorita no vuelvo al apartamento de Simon, digo... no hasta que me asegure de que ya no está hablando con Margaret.

En fin, el maldito encendedor no funciona, tal vez por la temperatura de mis dedos. Maldigo y para mientras miro alrededor intentando buscar otra cosa para distraerme mientras tanto.

Miro mi reloj... ya es tarde para la supuesta cita ¿no?

Pero todavía no tengo un mensaje de Simon preguntándome dónde estoy, así que todo bien. Escucho una voz femenina que se me hace un tanto conocida, es un tono reñido que lanza una palabra obscena, me giro y veo a una chica que sostiene un paraguas con una mano, y una caja grande con la otra, el taxista le deja otra caja a la par y después solo se sube a su vehículo y se va.

Vuelvo a repetirlo: Hay un aguacero tremendo.

Tiro el cigarrillo sin encender en un cesto cerca de la puerta y después camino rápido en dirección a la muchacha. Me paro a su lado provocándole un susto de muerte... pero, a ver, no había forma de acercarme más lento, porque se me están mojando hasta los calzoncillos.

—Perdón ¿Te ayudo?

—Está bien. —Agarro la caja que sostiene, porque se ve más grande y pesada. Cuando intento tomar la otra, me detiene. —Esta puedo llevarla yo, no te preocupes.

—No no, está bien, yo puedo llevarla. —En ese momento levanta la mirada y a pesar de que la luz es tenue, sé que la conozco de alguna parte. La chica me sonríe y es ahí donde caigo en cuenta de que es la misma a la que Simon le contó mi vida sexual ayer en el bar.

—Eres Roger ¿Verdad? —Maldición. Se acuerda de mi nombre. Ya de por sí pensaba en no regresar a ese bar solo para no volver a verla, esta mujer sabe demasiadas cosas sobre mí que no debería.

—Sí, yo soy Roger. —No debí salir a botar la basura de Simon. —Y tú eres Kate. —Me dice que sí, entonces intenta poner el paraguas también sobre mí, pero... a ver, esa cosa no la cubría ni a ella, además yo ya estoy empapadísimo.

—No creo que eso sirva de mucho. —No me puedo señalar a mí mismo, pero es obvio. Además, recojo la otra caja rápido y camino a la entrada. En el momento que estoy ahí, a cómo puedo, abro la puerta y le pido que pase, sí lo hace, y de paso la mantiene sostenida para mí cuando entro con las dos cajas. —¿Vives aquí? ¿O solo vienes de visita?

—Vivo aquí.

Okey, esto se pone peor. Me da su número de piso y resulta ser el mismo que Simon, es decir, no solo se conocen porque sí... son vecinos casi, su número de apartamento está un poco antes que el de mi compañero de cubículo. Esta chica debe saber cosas más bochornosas sobre mí y no me doy cuenta.

—Escucha, lo que sea que hayas escuchado ayer por parte de Simon, no es cierto.

Estamos subiendo las escaleras. Ella se gira levemente hacia mí esbozando una sonrisa. Kate tiene el pelo largo, liso y es castaño oscuro, bueno... eso parece, porque está mojado, así que no sé exactamente. Tiene los ojos verdes, además, es un tono bastante inusual que hace un contraste perfecto con su piel.

—No creas que voy por ahí poniendo atención a todo lo que dice Simon —contesta y continúa caminando. —¿Te mudaste aquí?

—No —le respondo de inmediato. ¿Yo vivir cerca de Simon? Dios me libre. —No soportaría vivir cerca de Simon.

—¿En serio? Porque él estaba entusiasmado con la idea de que te mudaras a vivir con él.

—¿Qué?

Ya a este punto la pregunta me salió casi como un suspiro. Definitivamente, necesito hacer más cardio y me detengo en el último escalón intentando recuperar el aire de mis pulmones... disimuladamente, claro. O tal vez ya no debería de fumar tanto.

—Dijo que tu novia te había dejado y que era muy probable que necesitaras un lugar dónde vivir y él tiene mucho espacio. —¿Mucho espacio entre la basura? ¿De verdad? No se lo digo a Kate, claro, pero... a ver... ¿Simon anda contando por ahí de que me dejaron?

—¿A cuántas personas más le ha dicho que me dejaron?

—Bueno, ese día estábamos él, yo, y mis tres mejores amigas.

—Por Dios.

Ella se ríe de nuevo.

—No es verdad, solo me dijo eso a mí, pero no sabía que tú eras el amigo del que estaba hablando.

—Y no es verdad, por cierto, bueno... sí es verdad que me dejaron, pero aclaro que sí tengo un lugar donde vivir.

En ese momento, tropiezo con una lata de Coca Cola y caigo de boca. Mierda. Ese es el Karma, todo por no recoger las malditas latas, las cajas se me cayeron y... otra vez: Mierda. ¿Qué tal si eran objetos frágiles?

—Oh por Dios —la escucho decir. ¿Oh por Dios qué? ¿Sí era algo frágil? —¿Estás bien?

—¿Traías algo que se pudo romper?

Me está ayudando a levantarme, Dios mío.

—No. Son solo libros, no te preocupes. ¿Te lastimaste?

—No, estoy bien. —Me pongo de pie de un salto. Me duele la rodilla, carajo. Ahora tengo que disimular el por qué no puedo caminar bien. De paso reviso las cajas, todo bien... creo. Tomo la más grande y cuando intento agarrar la otra, ella insiste en que puede ayudar con esa.

—Lo siento mucho —agrega, además. —No sé quién fue el inconsciente que dejó basura en el pasillo. Te juro que usualmente no es así.

Claro que no digo que ese inconsciente fui yo.

—No pasa nada. Cosas que pasan.

«Cosas que pasan» dije.

Entonces se detiene y mira exactamente mi rodilla. Okey, entonces lo de intentar caminar bien no me está saliendo como creí.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí estoy bien. —Como sigue observándome minuciosamente, tengo que agregarle: —Es sólo que me fracturé la rodilla cuando era niño y ahora soy un poco delicado. Además, voy al gimnasio y de vez en cuándo se acentúa el dolor, pero no es nada.

—Una artrosis de rodilla secundario ¿Tomas algo para eso? —Debo tener un gesto de

confusión, porque cuando me ve a la cara, sonrío y aclaro: —Un daño al cartílago por un accidente previo.

—Ah, entiendo. —O no. —Bueno, no es algo que me pase a menudo.

Asiente y no hablamos más hasta que nos detenemos frente a una puerta blanca. El apartamento de Simon está a unas dos puertas más, solo espero que no salga ahora mismo gritándome, porque lo creo capaz.

Kate abre, entra primero y después hace un ademán para que yo pase después.

—Muchas gracias, Roger —me dice cuando dejo la caja cerca de la entrada. Le digo que no hay ningún problema y ella continúa: —Te invitaría a tomar un café, pero todas mis cosas están en cajas y no recuerdo en cuál está la cafetera.

Me río por su sinceridad. A ver, yo ni había puesto atención a su apartamento, pero sí, hay muchas cajas en la sala.

—¿Acabas de mudarte?

—No. —La verdad esperaba que me dijera que sí, porque eso significaba que no ha hablado tanto con Simon, pero no. —Estoy tan saturada con mis clases y el trabajo que no me ha dado tiempo de poner cada cosa en su lugar, así que solo las dejé en cajas.

—Si necesitas ayuda para poner todo en su lugar, yo tengo bastante tiempo libre.

—Qué amable. Muchas gracias.

Tomo la caja que ella sostiene y cuando me agacho para dejarla a la par de la otra, hago una mueca por el dolor incómodo en la rodilla. Kate lo nota, claro, aunque yo finjo que estoy bien.

—Tal vez necesites un poco de hielo y unos analgésicos.

—No te preocupes. Estoy bien.

—Vamos, siéntate.

No me deja replicar, está quitando unos cojines de su sofá para que yo me siente. El apartamento de Kate es similar al de Simon, hablo de estructura porque, aunque hay muchas cosas en cajas, este sí está limpio.

—Estoy mojado, no quiero estropear tu sofá.

—No pasa nada. Siéntate, por favor. —Bueno, acepto para no hacer esto más largo. Me dejo caer en el sillón, bastante cómodo voy a admitir, y qué bueno que es de un material que no absorbe la humedad. Desde el momento en que mis «posaderas» tocan la tela me dan ganas de quedarme dormido.

Kate se va un momento a la cocina y regresa con una bolsa de cubitos de hielo envuelto en una toalla. Además, deja dos pastillas en la palma de mi mano.

—Esto te ayudará para el dolor y a desinflamar un poco.

También me da la toalla con cubos de hielo y vuelve a irse, cuando regresa trae un vaso con agua.

—¿Cómo te fracturaste la rodilla? —Se inclina y toma mi pierna, la flexiona un par de veces y la deja sobre la mesita frente a mí. Toma la toallita con hielo y la ubica justamente sobre la zona donde me fracturé.

—Esa es una larga historia. No era precisamente el niño más quieto.

Me río un poco. Se quita la chaqueta y la bufanda mientras yo sostengo el hielo como me indica, se va un momento y cuando regresa trae otra toalla. Esa me la da a mí. Lo que agradezco, porque parece que me di una ducha con ropa.

—¿Eres hijo único?

—No. Bueno, ahora no lo soy, pero hasta hace seis años sí.

—¿Seis años?

Le digo que sí con un gesto, me quito los lentes y me paso la toalla sobre el cabello.

—A mi madre le pareció divertido quedar embarazada de nuevo a los cuarenta y dos años, porque según ella estaba sola.

Se vuelve a reír y se sienta a mi lado. Ella también está empapada, así que le comparto la toalla que ella misma me prestó. Le doy un vistazo rápido al apartamento, aunque no hay mucho que ver, porque la mayoría de las cosas están guardadas, pero tiene un librero y reconozco la portada de *Cazadores de sombras*.

—¿Te gusta leer?

—Sí, ¿a ti?

Le digo que sí también con un gesto, pero no le menciono que escribo mis propias historias. Me toma la pierna de nuevo y vuelve a flexionarla.

—¿Te duele todavía?

—Ya menos. Gracias. —La verdad no me duele menos, pero intento, ahora sí, sonar convincente. —¿Eres fisioterapeuta o algo así?

—Soy médico.

Hasta hace un momento esto me hacía algo de gracia, porque me recordó a mi madre y pensé que tal vez Kate es como ella, que te diagnostica enfermedades e incluso sabe qué medicina es para cada cosa, pero... a ver, ¿Kate es doctora?

—¿De verdad?

—Sí. —La miro un momento, pero cuando mis ojos se topan con esa mirada verde deshago el contacto visual por instinto y miro mi rodilla. —Me estoy especializando en pediatría, solo me quedan algunas semanas para culminar.

—Vaya... —Eso es lo único que se me ocurre. No tengo alguna otra cosa inteligente por decir, porque nunca he hablado con un médico antes, es decir, fuera de un hospital. Bueno, el novio de una de las amigas de Sara es doctor, pero el tipo es tan arrogante que nunca dijo más palabras que monosílabos. —Pero... ¿por qué estabas en el bar el otro día?

—Mi amiga defendía su título ese día en otra ciudad y no encontró a alguien que la cubriera. Yo fui bartender cuando estaba en la universidad, así que me ofrecí a ir en su lugar ya que ese era mi día libre.

—¿De verdad? —Ella dice que sí. Se pone de pie, agarra el vaso que todavía sostengo y se va de regreso a la cocina. —Qué buena amiga, en serio. ¿Sabes? Si algún día tengo una emergencia y necesito que alguien me cubra, definitivamente Simon no va a hacerlo.

—¿Y tú qué haces? —A ver, yo no tengo un currículum profesional impresionante o alguna carrera exitosa—. Es decir, tu profesión.

—Yo... —hago una pausa —Trabajo con Simon.

No sé qué le ha dicho Simon sobre qué hace para vivir, pero cualquiera que sea su respuesta va a ser la mía también.

—¿También escribes para esa revista?

—Sí. —Al menos le dijo la verdad, aunque no sé qué cosas se inventó. Quiero decirle algo interesante sobre lo que hago, pero la verdad es que no tengo nada bueno que decir, lo único que se me ocurre es: —Mi jefa es el diablo en tacones.

Kate suelta una risita que se me hace graciosa, tal vez esta no es una conversación que deberías de tener con alguien a quién acabas de conocer, pero... en fin. Agradezco cuando mi celular suena, por primera vez en mi vida tengo que darle las gracias a Simon por enviarme mensajes en el momento oportuno; bueno, aún no sé si es él, pero lo presiento.

Sí, no me equivoqué:

«¿Dónde diablos estás? ¡No me digas que te fuiste!

Ah, me envía otro:

«Trae tu trasero de regreso ahora mismo»

Como dije: Es un mandón de primera.

Debería ignorarlo y ya está.

—Lo siento —le digo a Kate. De paso dejo la toallita con hielo sobre la mesa. —Tengo que irme, Simon tiene una cita y quiere arrastrarme con él, si no estoy ahí a la hora que él dice puede convertirse en un grano en el culo, creo que eso ya lo sabes.

—¿Simon tiene una cita? ¡Vaya!

—En realidad no creo que a él le guste llamarlo así, solo son encuentros casuales que mañana va a descartar. —Tal vez estoy hablando demás con una persona que puede, probablemente, ir a contárselo. Bueno, no me importaría en realidad. —Fue un placer verte, Kate. Y gracias por...

Muevo la rodilla, ya me duele menos.

—Fue un placer verte también, Roger. Si sientes algún tipo de dolor o algo no dudes en llamarme, Simon tiene mi número y sé que va a dártelo si se lo pides, se lo dio a un desconocido en una discoteca y es algo que todavía no le perdono.

—Sí suena a algo que haría Simon. —Cuando camino a la puerta, Kate se me adelanta y la abre por mí. —Muchas gracias.

—A ti, Roger. —Me salgo de manera cautelosa, solo para ver que Simon no esté saliendo ahora mismo a buscarme, pero no. —Diviértete en la cita.

Hago una mueca. No, no creo divertirme.

—Eso no creo que pase, pero voy a intentarlo. Que tengas buenas noches.

—Buenas noches. —Me voy directo al apartamento de Simon. No tengo necesidad de abrir la puerta, porque en el momento que agarro la manecilla él ya está saliendo. Rueda los ojos y me dice:

—¿Dónde te habías metido? Me diste un susto, pensé que ya te había echado para atrás y te iba a encontrar encerrado en tu apartamento, porque sí iba a ir a buscarte. Por cierto, tu ropa está sobre mi cama, apúrate.

—¿Cómo que tu ropa?

—Te dije que no ibas a ir así. Ve a cambiarte.

A ver, yo soy más alto que Simon, así que no creo que él tenga algo que me quede a mí, pero de todas formas mi pantalón está todo mojado y no hay forma de que me vaya así tampoco.

En fin, entro y camino directo a su habitación.

Capítulo 6

El vestuario de Simon es algo extravagante.

Muy elegante para mí.

¿Es que a dónde vamos? ¿A cenar con el presidente o qué?

A ver, yo no puedo vestir como Simon. El estilo de él es demasiado, ropa ajustada, camisas impecables de botones, zapatillas... No, definitivamente no.

—¿Qué es eso?

—Lo que vas a ponerte.

Él se está peinando en el espejo de su recámara. Tomo otra vez la camisa y esta al menos sí podría quedarme, pero el pantalón....

—¿Qué te hace pensar que a mí me queda tu pantalón?

—Sólo pruébatelo.

—Eso es demasiado ajustado, Simon. Además... —de paso, me lo pongo encima para mostrárselo —esto no me queda ¿Cómo se te ocurre que voy a andar por ahí con un pantalón que me queda unos cinco centímetros arriba?

Entonces va a su armario, saca un pantalón de ahí y me lo da. Es de color caqui y corduroy. Esto tampoco.

—Es el pantalón de mi abuelo ¿Ese te gusta más?

—¿Tu abuelo que acaba de fallecer?

—Claro. —Voy a protestar, pero me repite otra vez que tengo que apurarme. —Solo vístete, por favor. Me estás estresando.

—Todo esto te lo hubieras ahorrado si tan solo no me hubieras llevado a mí.

Se gira hacia mí justo cuando yo me estoy quitando mi pantalón y se me queda viendo... exactamente esa parte.

—Nada mal —dice, es que Simon no tiene pudor.

—¿Podrías darme privacidad, por favor?

—No mames, ni que tuvieras pito de oro. Tenemos exactamente lo mismo.

—Date la vuelta.

Se gira de nuevo al espejo y se acomoda las mangas de la camisa. El pantalón del abuelito muerto de Simon sí me queda, pero parece que voy a vender biblias, mucho más cuando me pongo la camisa blanca.

—Créeme que en mi casa sí tengo mejor ropa que esta.

—Pues ya no hay tiempo para que vayamos a tu casa a ver tu ropa de hippie, termina de vestirme y ya.

—Las chaquetas de cuero no son de hippies. —Me acerco al armario de Simon y me cambio la camisa blanca por un jersey cuello de tortuga. Solo me da un vistazo, pero no dice nada, por suerte... bueno, no sobre el jersey, porque sobre mi cabello sí tiene comentarios:

—¿Qué vas a hacerte en la cabeza?

—¿Cómo que qué voy a hacerme? —Me miro en el espejo y no hay nada que un peine no arregle. —Voy a peinarme y ya.

—Ven aquí.

—No es necesario.

—Que vengas. —Señala la banqueta frente a su tocador, porque sí, tiene hasta un tocador y yo a regañadientes me acerco. Me quita la coleta y dice: —Me siento como una mamá peinando

a su hija para el kínder.

—Pues yo me siento como niña de Kínder. —Cuando me pasa el peine, casi me quiebra el cuello. —¿Puedes dejar de jalomearme el pelo así? ¿Y qué es eso que vas a ponerme?

—Gel.

—¿Gel? Eso no me va a salir de la cabeza.

—Pues mejor.

—No me jodas.

Yo mismo termino de arreglarme el pelo, porque Simon me saca de quicio la verdad, y no quiero usar la violencia. En fin, a mitad del camino me pongo a pensar que en realidad debí venir en mi auto, no en el de él, porque todo el rato se la pasa escuchando corridos y yo tengo ganas de abrir la puerta y tirarme a la carretera.

Qué suerte que no sea un trayecto muy largo, aunque cuando ya estamos en el sitio, la tortura continúa ¿Y lo peor de todo? Que las chicas no se aparecen por ningún lado. Me van a plantar en una cita que ni siquiera quería tener. Miro mi reloj y ya pasó media hora.

—¿Estás seguro de que van a venir? —Le pregunto a Simon, él mismo me estaba apurando, porque supuestamente las chicas ya estaban en camino, pero... de nuevo, se me olvidó lo mentiroso que es.

—Sí van a venir Roger.

—Si no vienen en quince minutos, me voy.

—No jodas, ya estás aquí, si no vienen, pues buscamos otras y ya está. No vamos a ser los primeros hombres a los que plantan y aquí hay mil opciones. ¿Sabes? —Se acerca más a mí para hablarme: —La verdad es que sí quiero que no vengan, esa que está en la pista desde hace rato está intentando llamar mi atención.

—¿Por qué crees que es a ti? Hay muchos tipos en este lugar.

—Es simple intuición. —Pone su mano sobre mi hombro. —Tú no sabes nada de seducción obviamente, pero a medida que adquieras experiencia te vas a dar cuenta cuáles miradas son para ti.

El lugar está lo suficientemente oscuro, no tanto como para no verle la cara de los demás, pero sí lo justo como para tener un rato de intimidad con alguien... o sea, exactamente como le gustan a Simon. Le doy un sorbo a una bebida que tengo en la mano desde que llegué y me concentro en las luces que se mueven de un lugar a otro.

Qué aburrimiento, Dios mío.

Simon está viendo a la chica sin ningún tipo de disimulo y, es verdad, ella lo está viendo a él. Le doy un vistazo rápido y sé que Simon no está enloquecido por su baile, está concentrado en sus piernas.

—Esta noche va ser divertida —habla de pronto —ya verás, ahora te sientes abrumado, porque es tu primera vez acercándote a una chica en un bar, pero una vez que aprendas te darás cuenta de lo fácil que es y cuando folles toda la noche, te vas a acordar de mí.

—No quiero acordarme de ti.

—No en ese sentido, Roger. Olvídalo, eres un caso perdido. —Deja su trago sobre la barra y se pone de pie. —Mira cómo se hace esto.

—¿A dónde vas?

—A hablar con ella.

—¿Qué? ¿Qué tal si las chicas llegan? ¿En serio quieres que te encuentren hablando con alguien más?

—Solo voy a pedirle su número, la invitaré a salir otro día. Le diré que hoy estoy esperando a

mis hermanas y listo.

—Eres un maldito mentiroso.

—Lo soy —habla, como si en realidad fuera un título honorable. —Mira y anota para tu artículo.

Es obvio que no voy a hacerlo.

Doy un vistazo alrededor solo para cerciorarme de que ninguna de las dos ya esté presente, pero no. Saco mi teléfono para distraerme en algo y cuando vuelvo a levantar la mirada él ya está hablando con la chica y por lo que veo ya están intercambiando sus números de celular.

Qué fácil resulta todo para Simon.

No voy a ponerle atención de todas formas. Reviso mis redes sociales y me doy cuenta de que mi encuesta no tiene ni un voto, pero da igual. Le doy un vistazo a mi *feed* y no veo nada interesante. Se me pasa por la cabeza buscar el perfil de Kate, no tengo idea de su apellido y escribir solo su nombre me lanza miles de resultados.

No, ninguna de ellas es la Kate que busco.

Me voy directamente al perfil de Simon, supongo que deben de ser amigos ¿No? Mi compañero de cubículo tiene como cinco mil amigos y no me sorprende nada la cantidad de mujeres que tiene agregadas aquí. Escribo el nombre de Kate en el buscador y no hay resultado, no hay ni una Kate entre sus amigos, arrugo el entrecejo mientras reviso cada perfil, me aburro a los primeros veinte.

En fin, me doy por vencido y me guardo el celular. Miro a Simon y continúa tan animado hablando con la chica a plena pista de baile.

Joder, tengo ganas de ir al baño.

Y yo odio los baños públicos.

Pero, en fin, me pongo de pie de un salto y me dirijo al lugar donde está el letrero iluminado con una caricatura. En el camino, una figura conocida me llama la atención, está a unos cuantos metros de mí y es en el momento que se despeja el cabello rubio de la cara que me doy cuenta de que sí es ella, Wendy, la mejor amiga de Sara. Wendy me mira, o tal vez no, porque sigue hablando como si nada con la persona que tiene en frente.

A ver, si ella está aquí, significa que Sara también.

Tengo que pasar a su lado para ir a los baños. Antes me fijo si está con su amiga o no, pero la veo sola, bueno... no sola, está con su cita. Entonces sí me atrevo a continuar, y bueno, aunque Sara ya no es mi novia, no significa que no debo ser cortés e ignorar a sus amistades, así que me acerco a Wendy solo para saludar.

Es su acompañante que me mira primero y después ella se gira y frunce el ceño.

—Hola, Wendy ¿Qué tal? —Ella no cambia el gesto, lo cual me desconcierta. Normalmente es una persona efusiva, parlanchina y capaz de hacer amistades en un segundo. Hasta hace una semana nos llevábamos bien, estuvimos tomando vino en su casa.

—Hola Roger, qué gusto verte.

No entiendo la actitud. Comprendo que es la mejor amiga de Sara, pero yo no le hice nada para que ahora mismo me esté tratando como un delincuente. Fue Sara quién me dejó a mí, además.

—¿Está Sara contigo? —Digo, no porque me interese verla, es que necesito aclarar con ella qué es lo que le esté diciendo a sus amigos, porque esto no es normal.

—No, no está aquí.

—Bueno, dile que necesito hablar con ella, es todo.

—Roger —eso casi lo dice con furia—. Estoy ocupada, vine aquí con mi cita y me estás

interrumpiendo. Sara no está aquí y si no sabes nada de ella es porque no ella no quiere saber nada de ti. Entiéndelo de una vez por todas. Esto es el colmo. ¿Llegar al punto de acosarme a mí para que te diga dónde está? Eso es enfermo.

¿Qué carajo?

—¿De qué diablos estás hablando? No quiero saber dónde está para ir a buscarla en un corcel como en los cuentos, solo necesito aclarar un par de cosas ¿Y qué es lo que te pasa?

—Roger, ni siquiera puedes darle a Sara la vida que ella quiere. Si en realidad la amaras tuvieras en un mejor estatus social, haciendo mucho dinero. ¿Dónde quedan tus pantalones si ella era la que tenía que pagar todas las cuentas mientras tú jugabas a ser «escritor»? Buena suerte con eso, por cierto.

—Eso no es verdad y lo sabes. Ella pagaba solo lo que quería pagar, pero de la mayoría de las cuentas me encargaba yo, y era nuestro acuerdo además ¿Y ahora de la nada soy el malo de la historia?

—Qué poco la conoces, porque a ella no le gustaba esa vida mediocre que vivía contigo. Ella es una abogada respetable, que está haciendo mucho dinero. Quiere viajar por el mundo, tener una linda casa, un deportivo del año, un novio exitoso. Ella está haciendo mucho dinero ¿Y tú?

Yo era el que trasnochaba con ella para que terminara sus trabajos a tiempo. Incluso una vez bromeó con eso y me dijo: «Tú deberías subir conmigo a recibir ese título». Obviamente eso no se lo menciono a Wendy, en ese entonces, ella jamás se hubiera hecho amiga de Sara.

—Bueno, quisiera decir que fue un gusto verte, Wendy, pero sería solo por cortesía. Buenas noches.

Lo único bueno de esto es que su cita se está dando cuenta de la persona que es a tiempo. Pobre hombre. O bueno, eso es lo que él debe estar pensando sobre mí ahora mismo.

En fin, sigo mi camino, lo hago con un nudo en la cabeza y casi no siento mi celular vibrando en mi bolsillo, cuando lo saco veo la llamada de Simon. Estoy molesto, no con él, con Wendy y con Sara, porque ¿Qué diablos le está diciendo a todo el mundo? ¿Y por qué? ¿Por qué nada más no dejar las cosas por las buenas? Busco a Simon con la mirada antes de contestar y ahí está, con las dos chicas que esperábamos, entonces me obligo a regresar.

¿Ahora cómo me saco esta rabia que siento por dentro?

—¿Dónde estabas? —Es lo primero que dice cuando llego. —Llevo buscándote desde hace rato.

Miente, pero no le digo nada, estoy ocupado pensando otras cosas. Saludo a las dos mujeres que ya ni siquiera recuerdo el nombre y Simon me golpea el antebrazo solo para decirme en un susurro:

—Mira ese escote.

Por supuesto que no le voy a ver el escote a alguien.

—Estaba camino al baño. Si me disculpan, ya regreso.

Dicen que sí y lo que hago una vez que entro es buscar el número de Sara para llamarle y pedirle una explicación sobre los comentarios de Wendy, yo jamás en mi vida me atrevería a hablar de lo que viví con ella, así que esto se me hace injusto. Intento llamarla una vez, pero entonces caigo en cuenta de que esto solo va a inflarle el ego, así que cuelgo de inmediato. Miro la pantalla de mi celular y, definitivamente, voy a borrar su número.

Y el de todas las personas en común con ella.

No sé cuánto tiempo me quedo en el baño, pero cuando regreso a la mesa, Simon está ahí con Nadya en los sofás de cuero en la zona VIP en una esquina del salón. A su lado la otra chica quién parece con ganas de salir corriendo, pero al verme sonrío. Simon se vuelve a mí y me lanza

una mirada que no logro interpretar, pero no es nada bueno.

—Lo siento —me excuso. Tomo el lugar a la par de ella y la chica se cruza de piernas dejando su rodilla junto a la mía. —Estaba atendiendo una llamada muy importante.

—Está bien.

Casi no presto atención cuando comienza a hablar, mi mente está en otra cosa, creo que menciona su edad, su pasatiempo, de qué trabaja y qué hace cuando no es modelo. Ay, por Dios, es modelo. Bueno, no debería sorprenderme, es bonita, alta... pero no logro esa chispa, no hay nada de lo que me está diciendo que me interese y si yo comienzo a hablar sé que tampoco le voy a parecer interesante a ella, pero es que yo no puedo ser alguien más solo por agradecerle a otra persona.

—¿Y tú? ¿De qué trabajas? —Nos traen tragos, que de seguro paga la tarjeta del papá de Simon, porque sí, él todavía toma dinero de sus papás, así que lo de escribir en esa revista bajo un pseudónimo es más un pasatiempo, pero, en fin. —¿A qué te dedicas?

—Escribo. —Su sonrisa se hace grande.

—¿En serio? ¿Y qué libro has escrito precisamente? O sea, ¿Es un *BestSeller*? ¿Tienes una mansión o algo así?

—No, no —de paso le agrego una risa—. Todavía no he publicado ningún libro, y aunque lo haya hecho, necesitaría vender millones para lograr tener una mansión, mis libros todavía no salen de mi computadora. Trabajo escribiendo en una revista.

Bueno, ahora parece más interesada en mí, su torso completo se gira y ahora sus dos piernas rozan las mías. ¿Es mi idea, o le está gustando lo que escucha?

—¿La revista *People*? ¿*Vogue*?

Ah, ya lo entiendo.

—No. Es una pequeña revista, se llama *Hombres al poder*. No me preguntes por el nombre, no se lo puse yo, se lo puso el papá de mi jefa cuando la fundó hace no sé cuánto tiempo.

Ahora sí su entusiasmo disminuye.

—No la he escuchado.

—No es muy popular... bueno, lo es entre los chicos. Actualmente solo es online, artículos escolares, blogs, etc. Lo hago a través de un usuario *random* para llamar la atención de los adolescentes y me va bien, soy el que tiene más seguidores de todos los que escriben artículos en esa revista.

—Ah.

Eso es todo, un «ah», y después se queda callada, si yo no hablo ella no lo hace, y si ella no habla, pues yo tampoco. Nadya y Simon ya están con la lengua hasta la garganta y, bueno, yo tengo ganas de irme.

Pero es que estos sitios nunca han sido lo mío.

—¿Crees que ese trabajo es malo? —No sé ni para qué le pregunto, es obvio que va a decir que sí, pero me estoy aburriendo y necesito hablar sobre algo. —Digo, ¿en realidad sí te llama la atención o te parece algo de perdedores? Sé sincera.

—¿No te enojarías?

Okey, vamos mal.

—No, para nada. —Me paso un trago entre espalda y pecho, porque sé que tal vez lo que escuche no me va a gustar, aunque Sara me dijo suficiente el día que se fue, y hoy Wendy. —¿Tú saldrías con alguien que no tiene un gran puesto laboral, un auto lujoso, o un enorme apartamento en el centro de la ciudad?

—Creo que hay cosas más importantes.

—¿Cómo cuáles? —Se queda pensando lo que dice, así que es muy probable que su respuesta se la esté inventando. —¿Qué crees que sea más importante que eso?

—Un hombre romántico.

—¿Un hombre romántico? —Me da risa, aunque no debo. —¿Prefieres un hombre romántico que ir a París? —Como no dice nada, yo continúo: —La mayoría de las mujeres prefieren a un hombre con dinero, y lo entiendo, pero ¿por qué el dinero por encima de la sinceridad, los valores, el respeto? Existen mujeres hermosas que se pasan la vida con un tipo que no le importa cuántas mentiras le dice, o con cuántas se acueste. ¿Un viaje en crucero vale más que la seguridad emocional?

—Los cruceros son lindos. —Creo que ella no está entendiendo, o tal vez sí, pero le parece mejor el viaje en crucero y lo respeto, así que no digo más y después de un rato en silencio, me pregunta:

—¿Bailas? —Ya no muestra esa alegría de antes de comenzar esta conversación.

—No.

—¿Te importa si busco a alguien más?

—No, para nada. Adelante.

Se pone de pie. La miro caminar en dirección al cúmulo de personas y sentarse en la barra, pide un trago y no tarda nada en tener al primer pretendiente, ojalá sí sea alguien que pueda llevarla en un viaje en crucero, no un mentiroso como Simon.

Doy un vistazo alrededor, las luces me tienen con dolor de cabeza, no traje mis lentes y miro que Simon está metiéndole mano a la otra chica. Justo en ese momento exacto, en el que estoy observando a Simon, una figura conocida aparece detrás de él, ella levanta la mirada y sonríe. Sí, es ella, Kate. La chica levanta la mano y agita sus dedos, yo hago lo mismo, y en eso veo a un hombre que se le acerca, están hablando animadamente y en lugar de venir al bar, se van en dirección al comedor, no sin antes ella mirar en mi dirección y darme un adiós con la mano, el tipo a la par me mira, pero solo le dice algo al oído a Kate. Cuando los dos desaparecen, vuelvo a concentrarme en Simon quién está a besos de lengua con su ligue de hoy. Creo que mejor me voy.

Sin decirle nada me pido un *Uber*, cuando me envía la confirmación vuelvo a ver a Camila y ahora mismo está charlando animadamente con el sujeto que se le acercó. Él tipo sí le acepta el baile, así que se va con él a la pista. Qué aburrido estoy, madre mía. En ese momento la app me avisa que el conductor ya está aquí y como Simon parece muy ocupado, solo me levanto de mi lugar y salgo.

El viaje de regreso a mi casa es corto, o tal vez lo siento así, porque me estoy muriendo de sueño. Mañana pienso como sacarme el gel de la cabeza, pero ahora mismo, justo al entrar a mi apartamento, me doy una ducha rápida en el cuerpo. Mi mente da mil vueltas en todo el asunto de hoy, en todo lo que me ha pasado últimamente en realidad. Me tiro sobre el colchón de mi cama, cuando escucho una notificación de mi celular. Ojalá no sea Simon.

No, no lo es, para mi sorpresa, es una solicitud de amistad de Kate. Bueno, no dice Kate, dice «Katherine Rinaldi», pero sí es ella, esos ojos no se me olvidan tan fácil.

«Katherine» es un bonito nombre, y sí, la acepto de inmediato. Le doy un vistazo a su perfil, pero me acuerdo de mi encuesta, así que corro a borrarla. En fin, vuelvo a su página y tiene como mil fotografías, tal vez exagero, pero sí son muchas, en ninguna de las que veo está el sujeto con quién la vi hoy. No sé cómo, pero me quedo profundamente dormido viendo las fotos de Kate, a tal punto que llego a soñar que me la encuentro de nuevo.

Mi alarma me hace despertarme de golpe ¿Y qué hago yo? La tomo y la tiro contra la pared.

Ya tendré tiempo para arrepentirme más tarde.
—Mierda.

Capítulo 7

Y sí me arrepiento.

Mucho más cuando abro los ojos otra vez y me levanto de un salto acordándome que había tirado la maldita alarma. Sí, ahí está, hecha añicos cerca de la puerta ¿Qué hora es, Dios mío? Agarro mi teléfono y lo primero que mis ojos ven es a Kate, pero entonces veo la hora y...

Carajo.

Faltan veinte minutos.

¡Veinte minutos!

Yo a esta hora usualmente ya estoy camino al trabajo, porque no vivo tan cerca. No sé qué es lo que hago ¿Okey? Pero se supone que me baño y... maldito Simon y su gel para el pelo, ahora está duro y no sé cómo voy a sacármelo si tengo como dos minutos para hacer lo que usualmente hago en media hora.

A la mierda, lo dejo así, me lo intento secar, pero es que es un asco. Aparte de mal bañado, parece que una vaca me pasó la lengua por la cabeza. No voy a ponerme a pensar en eso, agarro mis cosas y salgo disparado a la oficina, antes paso por un Starbucks, porque necesito sentirme yo y por culpa de Simon dormí tres horas nada más.

Llego tarde, con un café en manos y preparado con cualquier excusa en caso de que me encuentre a Margaret en el piso. La jefa dragón siempre llega tarde.

Tengo unas ojeras enormes, me duele la espalda y todo el cuerpo, varios días sin dormir bien ya me están comenzando a pasar factura. Un pinchazo me atraviesa la sien y el estómago me urge de hambre.

No miro a Margaret, pero sí a Simon, a él me lo encuentro parado cerca de mi escritorio y lo único que me dice es:

—¿Qué diablos te pasó ayer, Roger?

El pendejo de Simon siempre se mira bien, hasta con una simple camiseta de mangas cortas que se ganó en un asado por ser la persona más capaz de tomar no sé cuántos litros de cerveza, todo un mérito. Simon habla mucho de lo fácil que es ligar, como si él tuviera que esforzarse.

—No me sentía bien, ¿Cómo te fue? Yo vi que te estaba yendo excelente.

—Ah sí, me fue de maravilla —eso lo dice con tono sarcástico y cuando estoy tomando mi lugar en mi escritorio comienza a reírme: —Dejaste sola a Camila, tuve que llevarla a su casa, porque ni siquiera te portaste como un caballero.

—A ver, ella me dijo que iba a buscar a otra persona, porque quería bailar. ¿No es ese tipo el que debió portarse como un caballero? ¿Por qué yo? Apenas charlamos.

—Por Dios, todavía no entiendes nada sobre ligues ¿verdad? ¿Cómo se le ocurre a Margaret darte un artículo como este?

—No sé, ya que son tan amigos ¿Por qué no le dices que se lo de a alguien más?

—¿Te vas a rendir así de fácil?

—Lo intenté Simon. —Enciendo la MacBook del trabajo y tecleo mi usuario y contraseña. —Pero una mujer tiene que gustarme más allá de su aspecto físico. Camila es muy guapa, no lo niego, pero no conecté con ella.

—¡Y ándale con la vaina esa de la conexión! ¡No eres un electrodoméstico, Roger! Estás buscando a la mujer perfecta y tú estás lejos de serlo.

—Yo no busco a la mujer perfecta.

—Sí lo haces.

Mejor ignoro a Simon, estoy a punto de inventarme una enfermedad rara para poder irme de aquí y salir a desayunar tranquilo... sin él. Una risa de parte de él me llama la atención y lo miro:

—¿Qué te pasa?

Cabe mencionar que ya está en su escritorio frente a su computadora, además está manipulando su celular.

—Por cierto, ¿Hiciste una encuesta en Facebook? Qué suerte que ya la borraste.

—¿Cómo sabes lo de la encuesta si ya la borré?

—Le tomé un screenshot ayer para hablar sobre esto contigo hoy, pero ¿En serio? ¿Una encuesta?

Me está mostrando el celular, exactamente la captura de la que habla. Mierda. Al menos puedo ver qué sí tuvo votos y no morí ignorado.

—¿Cuántos votos tenía?

Simon se vuelve a reír y se recuesta plácidamente sobre su silla. Con picardía contesta:

—Tres. —Todavía está viendo su teléfono. —Esto es ridículo, Roger. ¿Un hombre atento?

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—La cuarta opción.

—¿Qué? No... —Me pongo de pie para ir hacia él, en ese momento me da su celular y, efectivamente, hay una cuarta opción ahí, pero no recuerdo haberla puesto. —Yo solo dejé tres opciones.

Miro que también cambiaron las otras opciones.

—¿Tú no la escribiste? Pues suena muy tú.

—Si no mal recuerdo yo puse un hombre apuesto, un hombre adinerado o un hombre que sabe lo que hace.

—Pues, ganó la que dice un hombre atento. —Se vuelve a reír. —Existe la opción que no permite modificar las encuestas, Roger. ¿Te das cuenta? Eres como un boomer encerrado en el cuerpo de un hombre de veintisiete. Hasta los abuelitos de antes tenían más mujeres que tú.

No le estoy poniendo mucha atención, sigo viendo la supuesta encuesta.

—Esto es ridículo.

—Lo es, pero es lo que pasa cuando solo tienes a tu madre y tías.

—No solo tengo a mi madre y tías, Simon. Tengo algunas ex compañeras de la universidad y unas cuantas amigas.

—¿Quieres que lo haga yo? ¿Qué haga la misma encuesta en mi perfil?

—No, además tiene tres votos para la opción de un hombre atento, significa que sí, las mujeres sí prefieren a los hombres atentos.

—Las mujeres no saben lo que les gusta, Roger.

—De nuevo, eso es sexista ¿Cómo es que las mujeres salen contigo? ¿Dices este tipo de sandez cuando estás con ellas?

—Es que eso es algo biológico e inconsciente. Pueden decirte que quieren a un tipo atento, que les envíe flores y chocolates, pero después cuando ese tipo de hombre llega ¿Qué hacen? Lo mandan al carajo y resulta que solo lo quieren como amigo.

—¿Ya te ha pasado? Hablas como si tuvieras experiencia.

—Tal vez solo en el kínder, pero aprendí.

Mi celular suena y, de nuevo, es el hermano de Sara diciéndome que acaba de sacar el sillón de mi sala, porque ese también es de mi ex. A ver ¿Qué diablos? Ese es mi sillón. Además, ¿Qué carajos estaba haciendo en mi casa sin avisarme?

El tonto de Simon, a mi lado, continúa:

—¿Sabes Roger? A una mujer nunca se le pregunta el tipo de hombre que le gusta. Ese es el primer error que puedes cometer. Tú solo actúa como si eres su mejor opción y ya está.

Sigo sin ponerle atención a Simon, estoy molesto.

—Jonathan me está sacando de quicio.

—¿El enano hermano de Sara?

—Se acaba de llevar mi sillón alegando que es de Sara.

—Dile que tu ropa también le pertenece a Sara, tal vez se la lleva y te hace un favor.

—No me jodas, Simon.

En ese momento la jefa dragón entra a la sala. Cómo dije, acostumbra a llegar tarde, pero no esperaba que fuera tan tarde. Lleva un blazer de leopardo y unas gafas enormes. No le pongo atención, me concentro en mi computadora hasta que el traqueteo de sus zapatos se detiene en frente de nosotros.

—Simon —la escucho decir. No es conmigo, por suerte. —Necesito que cubras el evento deportivo de esta mañana. Marina quiere que la acompañes, ella se va a encargar de las fotografías.

Marina es la amiga de Margaret con la que Simon incursionó sobre el tema de las «vaginas reconstruidas». El rostro le palidece y yo ni siquiera me puedo reír. Bueno, no frente a la jefa.

—No... no —Ese es Simon. Se recompone en su lugar y mira a la jefa dragón quién tiene esa mirada tenebrosa, cubierta de rímel negro, sobre su persona. —Aún no he terminado el artículo anterior ¿Puede ir Roger en mi lugar? Él también escribe sobre deportes. Además, es el que tiene más seguidores de toda la revista.

Le lanzo una mirada a Simon. Ni de coña voy a ir a hacer su trabajo cuando él ni siquiera me cubre cuando estoy enfermo. Puedo ver cómo le tiembla el pulso al momento de tomar unos papeles que Margaret le entrega. La jefa dragón se vuelve a mí, como pensando la opción. No quiero, ya tengo suficientes líos con ese artículo y otras mil cosas pendientes.

—Roger —Al menos esta vez me llamó como es. —¿Cómo va tu artículo?

Balbuceo una serie de palabras sin sentido hasta que aclaro mi garganta y tomo una bocanada de aire para, finalmente, hablar con más coherencia:

—Tengo algo, sí, aunque no he logrado avanzar mucho, porque me enviaste una serie de tareas que todavía no logro concluir.

—Eso de todavía no concluir las tareas de ayer no tiene que ver con el mal de amores, ¿Verdad?

—No, tú misma me diste las del tipo ese que ya no se apareció más ¿No te acuerdas? Dejó un desastre, por cierto.

Ella hace una mueca de desagrado, pero sin decir nada, se vuelve a mí compañero:

— Irás tú, Simon. No se diga más.

Se va, la observo alejarse contoneándose con una gracia que le rompería el corazón a la Nina Sawyer de Black Swan. Me vuelvo a Simon quién parece estar en shock o divagando en cualquier otra cosa.

—Maldición —sisea. Se pone de pie y comienza a guardar sus cosas de nuevo dentro de su mochila. —Mierda y mil veces mierda.

—Si tan solo no hubieras ido de curioso con la tal Marina, estarías tranquilo ahora mismo, hasta emocionado por ir a ver deportes con una mujer.

—Cállate, Roger.

No puedo evitar reírme cuando se retira y sé que me escucha porque se vuelve a mí y muy gentil me muestra su dedo medio.

—Buena suerte, Simon.

Capítulo 8

Una vez leí un artículo donde decía que antes de cada cosa buena que te pase en la vida, vendrán cosas malas, terribles, caóticas. Si eso es verdad, significa que mi gratificación debe ser extremadamente increíble, porque mi vida actual es una completa mierda.

Tengo un maldito artículo pendiente, un montón de trabajo y un mensaje del hermano de Sara diciéndome que también se va a llevar mi PlayStation. Al parecer, los regalos de Sara eran condicionados y ahora que se fue quiere llevarse todo con ella, hasta lo que no le pertenece, como el vino que me regaló mi abuela, por ejemplo.

Yo ya hasta borré el número del enano ese, pensé que esto ya se había acabado, pero no. Entonces, le contesto:

«¿Vas a llevarte mis calzoncillos también?»

Y él me contesta:

«Esos no son de Sara»

Me veo en la obligación de decirle:

«Ni la play»

Tarda un tiempo en responder y cuando pienso que ya no va a hacerlo, me envía un:

«Cómprate la tuya. Claro, si es que te da el dinero para hacerlo»

Necesito mucha paciencia para no decirle todo lo que se me ocurre, porque el enano hermano de Sara es un problemático que además se victimiza y corre a llorar en brazos de sus papás. Maldito bueno para nada.

En fin, no sé en qué momento me quedo dormido sobre el teclado de la computadora... en el trabajo... frente a la oficina de Margaret. Escucho su voz a lo lejos, después más cerca, hasta que finalmente doy un respingo en mi lugar cuando recuerdo dónde estoy y no es una pesadilla la que estoy teniendo. Mi cabeza choca con el monitor y golpeo por accidente mi taza de café que, para suerte mía, ya me había terminado.

Por un momento estoy desorientado. No sé quién soy, ni qué hago aquí y ni siquiera sé qué fecha o en qué día estamos. Espabilo cuando escucho mi nombre en boca de la jefa dragón y después de aclararme la garganta me concentro en ella cuando me llama otra vez:

—¡Roger! —Tiene el teléfono contra la oreja, me mira a mí y después al artículo —de una revista competencia cabe agregar— que está en la pantalla: «¿Por qué tengo una vida tan mierda?» así tal cual, aunque parece no prestarle atención ahora mismo y me dice: —Es del hospital, algo le pasó a Simon y quieren hablar contigo.

Disimuladamente intento cerrar la página web, pero de inmediato me pone el celular en el oído y es entonces cuando sus palabras se reproducen de nuevo dentro de mi cabeza, dijo hospital y mencionó a Simon.

—¿Señor Santana? —Escucho una voz masculina del otro lado. Todavía no he asimilado lo que me dijo la jefa dragón y de remate ella me está viendo asustada... o eso parece, es que no sé, muestra emociones contrarias la mayoría de las veces. —¿Es usted amigo del joven Simon Montenegro?

—Sí ¿Qué le pasó? ¿Murió? —Perdón Simon, pero es que necesito que Margaret esté distraída para cerrar la página web, y lo hago, entonces hasta ese momento me concentro.

—Todavía no, pero... —¿Cómo que todavía no? Y hasta le agregó un «pero», o sea ¿Sí es algo serio? —Lo arrolló un vehículo, pero ya fue dado de alta. Necesita que venga a recogerlo, porque no puede conducir.

—¿Cómo que no puede conducir? —¿Y cómo diablos es que lo arrolló un auto? Debería haber hecho esa pregunta antes, pero en fin... ¿Qué diablos? —Disculpe, ¿puedo hablar con él?

—Por ahora no, está sedado, señor Santana. Ya fue dado de alta, pero él mismo pidió un último examen solo para estar seguro de que todo está bien, en unos minutos podrá hablar con él, pero ahora mismo necesita alguien que venga a recogerlo.

Supongo que eso es algo bueno, al menos no murió, porque de haber muerto no me estarían diciendo que fuera por él, al menos que se refiera a ir por su cuerpo, pero esto sería a la morgue y no me han llamado de la morgue... creo.

—Pero este es el hospital no la morgue, ¿verdad?

Margaret se está comiendo hasta las uñas y para ella eso es sagrado.

—Sí, es el hospital.

—Okey, voy en camino. —Me pongo de pie rápido y dejo todo dentro de mi mochila. Camino directo al elevador, pero recuerdo de que es el teléfono de Margaret así que me regreso y se lo entrego. A ver, tampoco le he dicho por qué me voy, y ella parece a punto de querer irse detrás de mí. —Por cierto, necesito salir un rato. Simon fue arrollado por un auto.

—¿Qué carajos? ¿Cómo pasó eso? ¿Y está bien?

—¿Cómo pasó? No sé, como te arrollan los autos creo. Te pones en frente y bam, sales por los aires o te pasa encima, una de esas dos opciones. Y pues, no sé si está bien, pero me dijeron que ya le dieron de alta. Cualquiera cosa te tengo informada, tal vez necesitemos preparar velorio, ojalá que no, pero no lo sé.

—Voy a llamar a Marina. No sabía que además el señorito necesitaba una niñera. No, mejor lo llamo directamente a él ¿Cómo es que te dejas arrollar por un vehículo?

Gira sobre sus talones y se va a su oficina marcando algún número en su celular que supongo es el de Simon... o el de la tal Marina, pero tiene razón ¿Cómo diablos te dejas atropellar por un vehículo? Y lo digo así, porque conociendo a Simon capaz vio el auto venir, pero no se quitó. A ver, estaba con la tal Marina ¿No? Quizás lo hizo a propósito, pero eso sería intento de homicidio y sería un escándalo. Carajo, estoy pensando demasiado, tal vez solo se le tiró al vehículo, porque no quería ir y ya está.

Suena loco, pero es algo que Simon haría.

Me saco el teléfono celular del bolsillo justo en el momento que me llega un mensaje al celular y es él:

«¿Estás en camino?»

Yo ni siquiera sé a qué hospital tengo que ir.

«Todavía no, ¿estás bien?»

Sí contesta:

«Claro, yerba mala nunca muere. Te enviaré la dirección del lugar donde estoy. Trae un traje de baño»

¿Qué carajo?

Tengo que detenerme para volver a leer, porque creo que interpreté mal.

«¿Qué tiene que ver eso con que hayas sido arrollado por un auto?»

Es que Simon es capaz de estar en una playa y con una amputación sin problemas.

«Tú solo vente a esta dirección»

Me pone la ubicación en un texto y no le pongo mucha mente. Llego al parking, me subo a mi auto y conduzco directo al lugar que me envió. Al menos está sano y salvo, creo.

Cuando estoy más cerca, me doy cuenta de que estoy saliendo del centro de la ciudad y me pregunto cómo es que una persona a la que acaban de atropellar está tan lejos. Cuando por fin

llego me doy cuenta que es una playa y hay una fiesta.

Aparco y me bajo desorientado, viendo mi teléfono solo para asegurarme de que no me perdí. Hay gente en traje de baño aglomerada en grupos por todo el lugar y uno que otro joven con tablas de surf pasan en frente mío.

Okey, entonces no estaba mal después de todo. A Simon sí se le ocurrió irse a la playa después de casi morir, o ser amputado, o quedar en coma, o parapléjico. Tantas posibilidades, pero tiene razón, yerba mala nunca muere.

Miro alrededor buscándolo, no he terminado el texto cuando una llamada suya me interrumpe y no dudo en contestar.

—¡Hey! Por aquí —escucho cuando me pongo el celular en el oído —a tu derecha.

Y sí miro a mi derecha y ahí está, completo de pies a cabeza, no tiene ni un moretón, o raspones... nada. Lleva shorts y una camiseta sin mangas. A ver, ya me acordé que me dijo que trajera un traje de baño, pero no pensé que hablaba en serio ¿Qué rayos? Yo llevo una sudadera, pantalones vaqueros, y ni siquiera traje una gorra para cubrirme de la insolación.

Definitivamente, sí fingió el bendito accidente.

Cuelga la llamada cuando estoy frente a él, porque yo no lo hice, estoy molesto, consternado, y la forma en que lo estoy viendo ahora mismo no es amable del todo.

—No creí lograr que te escaparas de las garras de Margaret.

—Disculpa ¿No fuiste arrollado por un auto? —pregunto con burla porque, por supuesto, no lo fue.

—No... bueno, sí, pero en realidad no. A ver, solo quería el día libre y Margaret no iba a dármelo solo porque sí, y te necesitaba conmigo. No soy feliz si no estás a mi lado, maldito Roger.

—Ay, qué romántico —le digo con ironía, lo sigo viendo fijamente y ahora sí se pone más serio.

—Sí me arrolló un auto ¿Okey? pero le dije a un amigo que lo hiciera para sacarme de esa incómoda situación con Marina, ¿recuerdas que te dije que tenía un amigo piloto de carreras? Fue actuado, no es algo que no hayamos hecho antes.

—Espera, ¿Qué diablos?

—Y luego, el que te llamó del hospital es un enfermero al que le pagué cincuenta dólares por hacer esa llamada.

—Por Dios, Simon, ¿Sabes lo que acabas de hacer?

—Sí, lo sé. Es un asco pagar cincuenta dólares por una llamada.

—¡No! ¡Acabas de fingir un accidente! Y cuando Margaret se entere de que estás... bueno, estamos en una fiesta en la playa nos despide a los dos ¿Y qué vas a hacer entonces? Porque no creo que tu padre nos salve a los dos.

—No nos va a despedir, mañana llevo mi mano cubierta en vendaje ¡Duh!

Lo veo alejarse y cuando se da cuenta que yo sigo en el mismo lugar, se regresa.

—Un día tendrás un accidente de verdad y ni de coña me muevo de mi silla.

—Te salvé de una hora de trabajo, o al saber cuántas más si a Margaret la hubiera poseído Lucifer.

—Margaret es Lucifer.

—Sí, es que no conozco a alguien más malo que Lucifer; pero, en fin, diviértete un poco.

—Yo ni siquiera estoy vestido para esto.

Estoy casi gritando por el sonido de la música. Me señalo a mí mismo con obviedad y a parece importarle en lo más mínimo, se encoge de hombros y tira de mí hasta un grupo de tres

sujetos charlando.

—Te dije que trajeras un traje de baño, por suerte tengo uno extra.

—Perdón, pero yo no me voy a poner un traje de baño tuyo.

—Si no quieres está bien, pero ahora mismo quiero presentarte a unos amigos.

El calor me irrita fácil y Simon también.

—Estebano, él es Roger. —Miro al sujeto frente a mí. Es un tipo rubio teñido con unas gafas de sol llenas de incrustaciones. No lleva camiseta, pero no tiene ningún tatuaje como Simon. — Querido Roger, él es Estebano.

El tal Estebano mira a Simon asustado y después a mí, chilla llevándose las manos a la boca. Me desconcierta. Se queda estático y de manera suave va bajando sus manos para después llevarse las gafas oscuras a la cabeza.

Chasquea los dedos y una jovencita le alcanza un bolso —lleno de incrustaciones también cabe recalcar—.

—¡Oh my God! ¿Este es Roger?

¿Qué diablos?

Los miro a los dos, más a Simon que a él, éste último se encoge de hombros con un gesto despreocupado mientras se lleva una cerveza a la boca. En cambio, el otro tipo, extiende su mano y toma mis lentes, me los quita sin permiso y vuelve a dejarlos en su lugar.

—Sí, Estebano. Este es Roger.

—Al menos tiene bonitos ojos, eso es un punto a su favor.

—¿Gracias? —Así, como pregunta, no como afirmación. El sujeto hace un gesto con su mano sin ponerme atención. Le hablo a Simon y sin un poquito de paciencia: —¿Y este quién es?

Simon simplemente se lleva el dedo índice a los labios indicándome silencio. El tipo Estebano saca una libreta rosa y le devuelve el bolso a la chica que lo acompaña. Comienza a escribir con un lapicero que tiene en la cúspide una serie de plumas exóticas. Clava sus ojos de nuevo en mí y comienza a bajar su mirada por mi cuerpo hasta detenerse en mis zapatos y sigue escribiendo.

—Disculpa, ¿Alguna vez has usado lentes de contacto?

—No, los odio.

Él hace un gesto, parece estar ofendido con mi respuesta, mira en otra dirección y tiene la mano de forma dramática puesta sobre el pecho.

—Okey. —Es todo y continúa escribiendo. —Eso no es problema, solo vamos a cambiarlos por unos más a la moda, unos Prada o Gucci que no parezcan de abuelita.

Me vuelvo a Simon otra vez:

—De nuevo, ¿Quién es este sujeto?

Pero los dos me ignoran y el de las incrustaciones continúa:

—Definitivamente, tenemos que cambiar esa ropa. —Me señala con las plumas del lapicero y baja hasta mis pies. —Y también esos zapatos, Dios mío, esos tenis son del siglo pasado. O tal vez podemos hacerlos funcionar, pero con un tipo de ropa más sport ¿Y esos pantalones rasgados? No, más sofisticación, eso definitivamente no.

Tal vez no sean los mejores zapatos que tengo, pero son cómodos, y estos vaqueros también. En ese momento me toma por sorpresa que me levanta el brazo y olisquea mi axila.

—¡Oye!

—Al menos no huele mal, de hecho, me gusta tu perfume, varonil. Otro punto a tu favor, vaquero.

Definitivamente, mejor debí dar por muerto a Simon y quedarme en la oficina.

Además, el muy pendejo se está riendo en silencio, pero se controla cuando mis ojos se topan con los de él. Me conoce lo suficiente como para saber que cuando me inicia el tic en el ojo izquierdo es porque estoy a punto de volverme un maniático.

—Bien, hay mucho por hacer, eso es obvio —dice el rubio. Pide el bolso de nuevo y saca una agenda. Comienza a ojearla y marcar con su lápiz no sé qué cosa. —Pero vas a quedar di-vi-no, te lo puedo asegurar.

Me vuelvo a Simon:

—¿Qué es esto?

Va a contestarme, pero Estebano interrumpe:

—Un proyecto de convertir a un hombre desastroso en un semental conquistador es un proyecto brillante. —Y aplaude con una sonrisa, se pone las gafas y le devuelve el bolso a la chica que lo acompaña. —¿Cómo no se me ocurrió antes?

Miro a Simon de nuevo:

—¿Convertirme en qué? —Él no contesta, de hecho, ninguno de los dos. —Estoy hasta la mierda de todo esto.

—De ahora en adelante —me interrumpe Estebano —sustituirás esa palabra por «miércoles».

—¿Qué?

—Que no vas a decir «mierda» frente a una mujer que quieras ligarte, dirás miércoles. No es nada cool escuchar al hombre que te quieres follar decir «mierda».

—Estebano tiene razón, Roger. —Ese es Simon y además le da un trago a su cerveza. —Es la primera regla.

—Te vuelvo a preguntar, ¿Quién diablos es este sujeto?

—Soy Estebano Johns-Webber, tu personal shopper. —Me mira, lo miro. Y yo continuo actuando como si solo estoy con Simon, así que me vuelvo a él:

—¿Mi qué?

—Necesitamos ayuda, Roger, y Estebano es asesor de imagen.

—¿Ayuda para qué?

—Es que a mí sí me gusta poner a prueba lo que escribo y tengo un artículo pendiente sobre el glow-up, yo nací con glow-up, así que no tengo esa experiencia.

—No me jodas, Simon.

—Vamos, tú también lo necesitas para lo de tu artículo ¿No? Si esto funciona podrías ponerlo como parte de tu artículo. De paso, le pedimos a Margaret que *linkee* ambos y así el que lea el tuyo, pueda ir a ver cómo tener ese glow-up y el que lea sobre el glow-up pueda ir a darle un vistazo al tuyo sobre cómo conseguir un ligue de una noche.

—Estás de mente.

—Te lo dije —le dice a Estebano, según él bajó la voz, pero yo estoy escuchando todo. —Va a ser difícil, lo que es todavía mejor para mi artículo. ¿Estás seguro de que puedes lograr que él también pueda terminar su artículo? Digo, que lo puedas convertir en... ya sabes.

De nuevo: ¿Qué diablos?

—Yo puedo con todo, Simon. Además, ligar es algo tan fácil. Es un proceso natural, ligamos inconscientemente cuando alguien nos atrae y después solo vas por esa persona, si es recíproco termina en tu cama, si no lo es, se acabó y ya. —Se vuelve a mí y agrega—: Lo vas a disfrutar Rogelio, ya verás.

—Es Roger. ¿Cómo puede «ayudarme» —hago hasta comillas con las manos— alguien que ni siquiera se sabe mi nombre?

Me rio y el tal Estebano me ve indignado, va a decir algo, pero Simon lo interrumpe:

—Eso no es cierto. Si no eres estratégico, es muy difícil que esa persona termine la noche contigo.

—Si tú lo dices.

—Bueno, en realidad a ti te resulta fácil porque no tienes que lidiar con lo complicadas que son las mujeres. Los hombres somos más sencillos, es muy probable que tan solo una insinuación caliente nos provoque una erección.

Qué alegría no ser yo el tema de conversación, pero qué mala suerte estar entre medio de estos dos cuando tienen este tipo de plática.

—No es verdad. Es lo mismo con los hombres. Es más, puedo demostrarlo.

—¿Qué cosa vas a demostrar?

—Que puedo ligar con mujeres. —Simon se ríe y le da un largo trago a su cerveza. Sé que lo está imaginando y cree que Estebano no es capaz. Es en ese momento que mi celular suena y veo mi pantalla, es una notificación de mi red social... una de Kate, específicamente. Acaba de darle «Me gusta» a mi foto de perfil... bueno a repetir: Todavía tengo la foto con Sara.

Es que no me ha dado tiempo ¿Okey?, y ni siquiera me había puesto a pensar en que tengo que quitar esa foto, es que las redes sociales no son lo mío, porque me mantengo más pendiente de las de «Rumpelstiltskin» mi usuario de la revista.

—¡Nah! Tu vestimenta te delataría —apenas le estoy poniendo atención a lo que estos dos están diciendo, porque yo estoy buscando entre mis fotos una nueva para mi perfil.

—Obviamente me vestiré más... Simple. Cien dólares.

—¿Qué cosa?

—Cien dólares, me das cien dólares si ligo a una chica en menos de treinta minutos.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Parezco alguien que no habla en serio?

—Oigan... —Ese soy yo ahora. Ya estoy publicando mi nueva fotografía y, aunque no es tan reciente, tampoco es de hace años y aquí sí me parezco a mi «yo» actual. —La conversación está interesante, pero me estoy aburriendo. Me voy, Simon.

—No, no te vas Roger.

¿Cómo que...? A ver, no me voy a quedar solo porque Simon me lo dice, entonces la conversación de ellos continúa:

—Que sean quinientos dólares. —Ese es el tal «Personal Shopper».

—No tengo quinientos dólares. —Ese por supuesto que es Simon.

—¿Entonces admites que pierdes?

—Bien, que sean los quinientos dólares.

—Entonces, mañana por la noche. —De nuevo el tipo de las incrustaciones —Podemos ir a un club. Puedo demostrarte que ligar con chicas es fácil, a ambos. ¿Están libres mañana en la noche?

Simon asiente. No está preocupado, está divertido. Estebano escribe en su agenda con su lápiz de brillos y una seguridad que me aterra, la apuesta no es conmigo, es con Simon, pero sé que si pierde van a salir de mi bolsa, porque va a pedírmelos prestado y no me los va a regresar.

—No se diga más, Roger ¿Si vienes, cierto?

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? —Eso se lo pregunto yo a mi compañero de cubículo. Lo más seguro es que no, no está seguro de lo que está haciendo, pero va a fingir que sí.

—Claro. —Ahí está.

—Nos vemos en el club que está cerca de tu casa —habla el rubio teñido, estrecha su mano a Simon, quién en seguida hace lo mismo. Se pone sus gafas con incrustaciones y se cuelga el bolso del antebrazo. —Y si yo gano, me encargaré del look de Rogelio sin que interfieran ninguno de los dos ¿Tenemos un trato?

Alto ahí ¿Qué?

—Hecho —Claro que ese es Simon—. Te invitaré a un trago con mis quinientos dólares, Roger. —Además, se me acerca al oído y dice: —Confía en mí, vamos a ganar esa apuesta.

—¿Vamos? Yo estoy fuera, perdón. Por cierto, ¿de dónde sacaste a este tipo?

Lo pregunto aprovechando que el de las incrustaciones está más ocupado anotando algo en su agenda.

—Quiere que le consiga una pasantía en la empresa de moda que maneja mi papá, le dije que tenía que ayudarme con mi artículo, bueno... el artículo de ambos, ya sabes, yo por lo del glow-up, tú por lo de los ligues.

—Pues yo paso.

—¡Buu! Qué aburrido.

«Qué aburrido» dice, yo solo espero que la apuesta no vaya en serio, porque de ser así, yo en el lugar de Simon estuviera corriendo al trabajo buscando como hacer horas extras, porque yo no pienso prestarle un centavo, pero no es eso lo que me preocupa a mí, si no, que acaba de aceptar que me vista un tipo que ama las incrustaciones y las plumas de colores.

Voy a contestarle —y a negarme también de ser partícipe de esto—, pero entonces mi celular suena y veo el texto que llegó a mi red social:

De: Katherine Rinaldi

Esta foto está mucho mejor ;)

Capítulo 9

Por culpa de Simon me despierto realmente tarde.

Lo primero que hago después de abrir los ojos y notar la sospechosa claridad que entra por la ventana, es darle un vistazo a mi reloj. Cuando veo que solo me quedan veinte minutos para arreglarme y llegar a la revista me pongo de pie de un salto y mi instinto es tomar una toalla para correr directo al baño, pero en ese momento tropiezo con Simon y me caigo de bruces... sobre él.

Ayer no sé en qué momento Simon me convenció de quedarme en la fiesta en la playa y ya que estaba ahí, y no tenía otros planes, pues le hice caso. Además, no la pasé tan mal, platiqué un rato con Kate —por mensaje de texto—, aunque después tuve que servirle de chofer a Simon, porque al pendejo este se le ocurrió embriagarse.

En fin, ni siquiera estoy en mi casa, estoy en la de él, porque después de vomitar en mi auto lo tuve que subir yo mismo a su apartamento, él ni siquiera podía caminar sin tambalearse, de su parte se quedaba dormido en las escaleras, entonces lo cargué... en mi hombro. Cuando lo puse en el suelo se fue hasta su cuarto y en lugar de acostarse en su cama, se tiró al piso.

—Creo que me quedaré aquí, tu alfombra está muy cómoda.

—En realidad es tu alfombra, estamos en tu casa, pendejo.

Me di cuenta de que tal vez necesitaba quedarme con él un rato cuando volvió a vomitar y se estaba quedando pálido. Maldito Simon. En fin, estaba cansado y molesto con él, tuve que lavar mi auto además... casi a media-noche. Así que lo dejé ahí tirado y yo me acosté en su cama.

Pero bueno, lo de estar tarde no es culpa de él, fui yo quien olvidó poner un despertador.

—¿Auch? —dice o pregunta más bien. Me golpeé la rodilla de nuevo y ahora el codo y eso sí es su culpa. —¿Qué mierda, Roger?

—¿Qué mierda tú? Estoy aquí por tu culpa.

—A la mierda. —Se intenta levantar, pero parece que todo le da vueltas y vuelve a acostarse.

—¿Qué verga? Me duele la maldita cabeza, parece que de verdad me pasó un camión encima. —Se toca la cara. —¿Por qué me duele el pómulo?

Lo miro, y sí, tiene un golpe en el pómulo. ¿En qué momento pasó eso? En fin, qué me importa, de seguro se merecía ese golpe, ayer andaba hablando muchas tonterías.

—¿Yo te dije que tomaras? —Lo único que hace es ver su reloj, volver a ponerse de pie y buscar de un lado a otro no sé qué, pero entonces toma la toalla de mi mano y se mete al baño. —Margaret va a matarme si llego tarde, me dijo que no le importa que me haya pasado un camión encima, y a ti también.

—Pues si me despiden por tu culpa, el que te pasa por un camión encima soy yo.

No le importa, al parecer. Escucho el agua de la regadera y solo un par de minutos después sale del baño ¿Qué clase de ducha fue esa? No tardó dos minutos. Ahora se está lavando los dientes y va directo a su armario, saca de ahí otro cepillo y me lo da.

Solo espero que este no lo haya usado otra persona... o él mismo.

—Tengo que maquillarme golpes para que mi historia parezca más real ¿Tú sabes maquillar? Nos queda tiempo para ver un tutorial.

—Estás loco. —Me meto al baño yo esta vez y veo que no hay más toallas, así que salgo otra vez y le pregunto: —¿Dónde tienes otra toalla?

Se quita la que lleva y se queda así, desnudo, frente a mí, no me está viendo, mira su celular, aún así se acerca y me extiende el bendito trapo.

—No tengo otra.

—¿Cómo que no tienes otra?

No contesta. Se está haciendo tarde, así que no me queda otra opción más que usar la misma. Yo sí me tomo mi tiempo para bañarme, pero entonces me acuerdo de que ahora mismo yo tendría que estar camino a esa oficina, entonces salgo.

—Por cierto, te lavé la ropa horrible que dejaste aquí el día de la cita en la que saliste corriendo. —Me acerco solo para saber qué es a lo que Simon llama «lavar». —Tengo cosas mejores, por si quieres que tiremos esa a la basura.

—No, pero gracias, qué considerado. —Eso lo digo con ironía, claro. Bueno, al menos la ropa huele bien, así que sí parece que la lavó.

En fin, soy yo a quién le toca conducir al estilo Vin Diesel, pero él conduce al paso de una tortuga. Es que a Simon todo le importa poco, entonces a mí también, lo dejo atrás y yo sigo mi camino hasta la revista en no sé cuánto tiempo, pero debería agradecerle a un ser supremo el hecho de no haberme volcado —o haber chocado otro vehículo—. Aparco mal, pero al menos alcanzo a llegar a tiempo. Atravieso recepción casi hiperventilando, pero al poner un pie dentro del piso de «Hombres al poder», me encuentro a Margaret.

A ver, la jefa dragón nunca llega temprano ¿Por qué hoy sí, carajo?

—Llegas tarde —dice. Está esperándome sentada en mi escritorio manipulando la *Mac* y con una pila de folios sobre las piernas. —Esos te los voy a descontar de tu salario.

—¡Vaya! —Exclamo con ironía, me miro el reloj para darle más dramatismo al asunto y agrego: —Vas a descontarme muchísimo... veinte segundos, me quedaré pobre.

—No estoy de humor, Rogelio.

—¿Se le ofrece algo, señora García?

—Prefiero que me llames Margaret, o señorita García.

—Bien, Margaret.

No puedo evitar el tono sarcástico de mi voz. Miro hacia el escritorio de Simon y está tan vacío que parece que ya lo despidió, él no parece estar cerca siquiera ¡Bah! La jefa dragón nunca despediría a Simon, es su favorito.

—Veo que hoy tienes ganas de bromear. —Se pone de pie finalmente y me entrega los papeles que carga. — ¡Qué bueno! Porque vas a acompañarme hoy y seriamente lo pensé muy bien, porque eres la persona más aburrida que conozco.

—Gracias —le contesto con mofa, pero entonces en mi cabeza se repiten las palabras que mencionó. —¿Acompañarte? ¿A dónde?

—A un evento, no tengo una secretaria así que tú vendrás conmigo. —A ver, debería preguntarme al menos ¿No? Yo no trabajo como escolta, o secretaria. —Te pagaré extra, no te vendría mal si acabas de quedarte soltero y sin esos veinte segundos de pago por tu retraso.

Y ándale con lo de «acabas de quedarte soltero», debí decirle lo mismo cuando la dejó su prometido en Madrid.

—Yo tengo cosas que hacer.

—¿Algo importante?

—Sí, Margaret.

—¿Vas a desactivar una bomba nuclear? ¿Vas a encontrar la cura contra el cáncer? ¿Vas a erradicar el hambre del mundo?

—No.

—Entonces no es nada importante. Te envió la dirección del evento en un e-mail.

Da media vuelta, pero se detiene cuando me escucha a mí preguntarle sobre el por qué no

invita a Simon, sería un mejor compañero que yo. Yo odio los eventos y él ama emborracharse.

—Sabes perfectamente que Simon es el tipo ideal para acompañarte a cualquier evento, no yo.

—Ya sé, pero recuerdas que ayer lo atropellaron ¿No? No se diga más, irás tú. —Continúa su camino, pero se detiene y se gira solo para decirme: —Te pones un traje.

¿Es en serio? Yo no tengo un maldito traje, la última vez que usé uno lo renté.

—Oye, el último traje que compré fue para la boda de mi tía, hace un siglo.

—Claro, Edward Cullen —dice con burla—. Pues, te consigues uno y, por cierto, te peinas porfis. No es negociable, por cierto, vas a ir y ya está ¿Entendido?

Se va directo al elevador. Debí pararme firme y decirle que no, ya no me importa mucho quedarme sin empleo. Ya no existe esa vida lujosa que intentaba mantener por culpa de Sara, así que estaré bien. De todas formas, me veo a mí mismo encendiendo mi computadora y buscando un bendito traje en línea, pero después pienso mejor las cosas y ni de coña voy a gastar en un evento de Margaret, así que le pregunto a Simon si tiene un traje y... me acuerdo de que todavía no llega y ya pasaron más de veinte minutos:

Para: Simon

«¿Dónde estás pendejo?»

Él me contesta de inmediato:

De: Simon

«En un *Starbucks*»

Para: Simon

«¿Qué coño haces en un Starbuck? Dijiste que Margaret te mataba si no llegabas»

De: Simon

«Me da igual, no puede obligarme a ir si tengo una luxación en el hombro ¿Verdad?»

Para: Simon

«~~Pero tú no tienes una lux...~~»

Borro lo que le estaba escribiendo, porque la verdad es que con Simon todo es posible, así que mejor lo dejo así. Le pregunto si tiene un traje que me preste y le cuento del bendito evento del que Margaret me habló.

Al parecer él sabe de qué evento hablo, porque me dice:

De: Simon

Sí, para ir ahí sí necesitas un traje, y uno bueno. Qué suerte que yo tengo una luxación en el hombro y no puedo acompañarla.

En fin, me salgo temprano, no tanto... claro, solo lo permitido por Margaret, porque si no me ve cuando ella se va lanza un grito al cielo. Simon me indica dónde tiene uno guardado para ocasiones especiales, así que conduzco hasta su apartamento después de mi jornada laboral, aunque él no está en su casa. Cuando llego comienzo a buscar la llave debajo de la alfombra, la maseta a un lado y sobre el marco de la puerta.

Nada, no hay nada. Es en alguno de estos lugares que la mantiene siempre, no me acuerdo, nunca la he usado y ahora aparece que está fuera del rango de conexión y yo estoy a punto de llegar tarde.

—Búscala detrás del cuadro —escucho una voz que ya conozco. Kate me señala la pintura a un lado de la puerta y yo busco en ese lugar. Sí, efectivamente, la llave cae en mis pies ¿Quién carajos pone una llave detrás de cuadro de pintura?

—Muchas gracias, nunca se me hubiera ocurrido.

Es que... ¿a quién? El cuadro parece un asesinato en vivo. Recojo la llave y la levanto como

trofeo, la ingreso en el orificio correspondiente y no... no se abre.

La puta puerta no se abre.

Y esas palabras no son usuales en mí, pero estoy apurado, Simon no contesta y necesito estar conduciendo en dirección al tal evento de Margaret ya mismo.

—Tienes que girar la llave y tirar para arriba. —Escucho una voz conocida. Kate camina hacia mí. Me dice que va a hacerlo ella y sí, es exactamente como me dijo: Girar la llave y tirar para arriba. Debí imaginarlo ayer que traje a Simon, pensé que se estaba cayendo por la borrachera y por eso empujaba la puerta así. —Listo.

—Qué suerte, la opción que me quedaba era tirar la puerta abajo. —Kate tiene una sonrisa encantadora. Ahora mismo lleva ropa deportiva, el cabello en una cola alta y ni una sola gota de maquillaje, tiene la piel perfecta y los ojos espectaculares, además de sentido del humor. —Supongo que tu apartamento es igual ¿No? Por eso conoces el truco.

—No, de hecho, Simon se quedó encerrado en su baño una vez y me llamó para rescatarlo, entonces me explicó como se hacía. No te preocupes, yo tampoco entendí a la primera.

—¿Simon se quedó encerrado en el baño? —Dice que sí con un gesto y yo me rio. —Sí, suena a algo que le pasaría a él. ¿Tú has venido mucho a este apartamento? Digo, ya te sabes el truco de memoria.

Y tal vez eso es algo que no debería preguntar. Una cosa es que Simon me cuente sus andanzas en contra de mi voluntad y otra es que yo lo pregunte directamente a su posible ligue. A ver, es que Kate es guapa, no voy a negarlo, y Simon es del tipo que le gustan todas, y que les gusta a todas también.

—¿En el sentido de...? —Hace un gesto con la mano que no sé muy bien qué significa, pero creo que entiendo. —No, definitivamente no. Conozco a Simon desde hace rato, porque le gustaba una de mis amigas, no le paró bola, por cierto, pero nunca he pasado a su apartamento o él al mío por si es lo que te preguntas. Bueno, no en ese sentido.

—Me alegra saberlo. Simon es una ETS andante. —Ella se ríe y yo no debería decir estas cosas frente a una posible amiga suya, pero da igual, de todas formas, también se lo digo en su cara. —Y, guao, ¿alguien no le paró bola a Simon?

—Como tú lo dijiste, es una ETS andante. —Le suena el celular y cuando se lo saca del bolsillo miro una foto, es el mismo tipo que estaba con ella en el bar el otro día. —Bueno, tengo que irme. Fue un gusto verte, Roger.

—Lo mismo digo, Kate. Adiós, y gracias por lo de la puerta.

Me responde que no es nada y después se una sonrisa da media vuelta y se va. Cuando me doy cuenta de que me quedo viéndola por más tiempo del necesario entro al apartamento y cierro. Entonces miro el reloj en la pared y me doy cuenta que ni de coña llego temprano.

A la mierda, eso ni siquiera es parte de mis obligaciones laborales.

En fin, sí me da un poquito de miedo Margaret, porque a pesar de estar medio trastornada, sí tiene buenas influencias y es capaz de acabar con cualquiera si se le da la gana, así que busco el traje que Simon me ofreció —otra cosa que es de su abuelo cabe recalcar—. Me desvisto, me doy una ducha rápida y me pongo el bendito traje de corduroy. Las zapatillas que traje no pegan ni con cola, pero ahora es lo que menos me importa. Miro mi reloj de nuevo y salgo disparado del apartamento, aunque ya no hay forma de llegar temprano.

Kate sigue ahí frente a su apartamento, la puerta está abierta, pero ella está hablando en el pasillo, levanta la mirada, esboza una sonrisa y tapa el micrófono cuando me dice:

—¡Vaya! qué elegante.

—No te acostumbres.

Escucho que suelta una risita y yo sigo mi camino por las escaleras hasta el parqueo sin detenerme ni una sola vez. El lugar que Margaret me indicó está casi al otro lado de la ciudad y justo al llegar al parqueo de ese edificio veo mi celular y tengo doce llamadas suyas.

Mierda, estoy despedido.

Salgo de mi auto y solo he dado unos tres pasos cuando tengo otra llamada de Margaret y comienzo a correr hasta la entrada. Un hombre me detiene, entonces yo le digo que vengo a un evento con mi jefa.

—¿Un evento?

—Sí, un evento.

—No hay ningún evento aquí.

¿Qué diablos? La llamada de Margaret se cuelga, pero de inmediato vuelve a llamar. Ahora sí le contesto ¿Cómo que no hay ningún evento aquí? ¿O es que ya finalizó? Estoy tarde, pero no tanto.

—Margaret, ya estoy aquí, pero dicen que no hay... —No me deja terminar, de inmediato sisea y me dice:

—¿Por qué diablos no contestabas?

—Porque estaba conduciendo, el tráfico está horrible y vivo al otro lado de la ciudad por si no lo recuerdas.

—Escúchame, lo que te envié no es la dirección correcta.

—¿Qué?

—Te dejé la nueva dirección en un mensaje, confundí los sitios con una reunión que tengo mañana. —La verdad es que me estoy dando cuenta del poder de autocontrol que tengo, porque definitivamente, tengo ganas de tirar todo en este lugar. —No tardes.

—Espera... ¿conduje hasta aquí por nada? —Entonces cuelga. Maldita sea. Inhalo todo el aire que puedo en un intento vago de relajación, pero no funciona. Quiero no volver a hablarle a Margaret. Miro el nuevo mensaje y me doy cuenta de que estoy a más de veinte minutos de aquí.

Carajo.

¿En qué momento a mí se me ocurrió que trabajar con Margaret era una buena idea? Desde que la conocí en la universidad ha sido una tortura medieval en persona. En fin, conduzco al estilo Vin Diesel, me salto un par de semáforos en rojo, me tiro sobre unos baches, pero estoy ahí en menos tiempo del que pensaba. Me bajo, pero no sin antes cerciorarme de que sí es el lugar que Margaret me indicó.

A como me diga que este no es... de nuevo.

Sí es. Me confirma en un mensaje de texto que acaba de verme y que solo diga que nombre en la puerta principal. Es un lugar elegante, cubierto de vidrio y alfombras, digo mi nombre y sí me dejan pasar, entonces a la primera que mis ojos ven es a Margaret.

—¿Vendes biblias? —Me pregunta en cuanto me ve, de paso me da una repasada de pies a cabeza. Le doy un vistazo serio, me acaba de hacer conducir dos veces a lugares completamente distintos, sus bromas no me hacen ninguna gracia. —Llegas tarde.

—Lo sé. Conduje desde un extremo de la ciudad al otro, porque a alguien se le ocurrió confundir direcciones en el momento incorrecto.

—Como que traes ganas de bromear hoy, tal vez no me la paso tan mal contigo.

Se pone de pie y con un gesto de barbilla me indica que la siga. Llegamos al ascensor y después no hablamos nada durante todo el recorrido hasta la planta número diez. Al abrirse las puertas puedo observar una decoración similar al de una fiesta, pero muy formal, y me doy cuenta de que se está celebrando el aniversario de una de las empresas que trabaja en conjunto

con «Hombres al poder» de Margaret. Luz tenue, música clásica de fondo, todo un cliché.

—Aquí tienes. —Margaret me da una libreta y una pluma, a ver ¿qué? Entonces me acuerdo que dijo que necesitaba una secretaria, no pensé que eso lo decía en serio. —Todo lo que se diga aquí que consideres importante lo anotas, Roberto.

—Roger. Si quieres que haga esto, al menos di mi nombre bien.

—No lo estás haciendo de gratis.

No me da tiempo de contestar, porque camina a no sé dónde y yo tengo que seguirla, de todas las cosas que he hecho dentro de esa revista, esta es la peor. Se detiene para agarrar una copa de champagne que le da un mesero y al menos se digna a tomar una para mí.

—No, gracias. —Entonces la vuelvo a dejar sobre la bandeja y me vuelvo al joven: — Muchas gracias.

—¿No tomas? —Es Margaret la que pregunta, ella sí se está empinando la copa de champagne. —¿Del todo?

—No es lo mío.

—¿Fumas?

Bueno, eso debe estar registrado en alguna cámara de la empresa cuando me quedo hasta tarde. No era usual de todas formas, siempre buscaba comoirme temprano para pasar tiempo con Sara, últimamente no me importa cuántas horas me quedo después.

—Algunas veces.

—Algún defecto debías tener. —Se ríe, no sé qué significa eso, pero en fin. — ¿Tienes tatuajes?

—Un águila cerca de las costillas.

No sé a qué viene todo este cuestionario, pero no me da tiempo de preguntar, porque un hombre interrumpe. Margaret me da la copa y yo la agarro... a ver, ¿a qué vine aquí? ¿a ser el sirviente de Margaret? ¿O qué rayos? Solo falta que también me de su bolso...

Sí, también me da su bolso.

¿Qué mierda? Recompongo el gesto cuando el hombre también me saluda a mí y yo le respondo de manera amable. Ahora no sé qué hacer con la copa y un bolso de mujer. Me acuerdo que la jefa dragón me dijo que anotara todo lo que considerara importante, pero ¿este señor es importante? ¿O el otro que se está acercando? Yo que sé, pero pongo oído a todo, por si las moscas.

Dejo la copa de vidrio sobre una mesa por si hay algo que tenga que anotar, pero nada de esto me parece importante y yo me estoy durmiendo ¿A qué hora se me ocurrió aceptar esto, por Dios? Bueno, aunque no lo acepté, Margaret lo impuso.

La mencionada se vuelve a mí y me mira.

—¿Dónde está mi copa, Rogelio?

Y yo miro a la mesa donde se supone que está... o estaba, porque ya no. Miro alrededor, no puede ser... se llevaron la copa.

—A ver, ¿cómo se supone que voy a escribir? ¿Con las orejas? Me diste un bolso, una libreta, me pediste que escriba lo que considere importante ¿Cómo voy a cargar una copa también?

Margaret va a despedirme en cualquier momento, aunque ahora mismo parece que se quiere reír, pero prefiere no hacerlo.

—Bueno, consígueme otra. —Vuelve a su charla ¿Cómo que le consiga otra? Bueno, al menos tengo permiso para alejarme un rato, porque ya me estoy aburriendo, y tengo ganas de fumar.

Siento mi celular vibrar en mi bolsillo y cuando lo saco miro el mensaje de Simon:

De: Simon.

«¿No vas a venir? ¿Te acuerdas que hoy tenemos una apuesta que ganar? «Tenemos» acaba de decir.

Para: Simon.

«Es tu apuesta, no mía»

De: Simon.

«¡Buuuh! ¿Con quién voy a celebrar mi victoria entonces?»

Para: Simon

«No has ganado todavía»

De: Simon.

«Pero Estebano todavía no llega, así que puedo considerarlo abandono ¿no?»

Para: Simon.

«Solo han pasado dos minutos»

Honestamente, no sé a qué hora acordaron lo de la maldita apuesta.

Levanto la mirada para tomar la copa de champagne, pero una figura a unos cuantos metros me llama la atención, a pesar de la luz tenue puedo reconocer a la persona que está de espaldas a mí enfundada en un vestido rosa pálido, mis ojos de inmediato viajan al tipo que está rodeándole la cintura, y siento cómo se me encoge el estómago al ver que se acerca a él y le besa los labios.

De repente me congelo, mi corazón bombea con fuerza, y siento que dejo de existir. Todo a mi alrededor se desvanece para quedar solo con la escena que estoy viendo, como si ellos dos son los protagonistas y yo el espectador. No puedo creerlo, cierro los ojos con fuerza y sacudo la cabeza por si es que estoy alucinando, pero no, al momento de abrirlos ella se está girando y su rostro queda ante mí. Me reconoce, lo sé, porque de otra forma no se hubiera separado de él tan así, ni le estuviera diciendo algo intentando forzar una sonrisa y tampoco estaría llevándose a esa persona a otra dirección, pero estamos encerrados en el mismo lugar y tarde o temprano vamos a volver a encontrarnos.

Me giro, intento recomponerme antes, pero casi tengo la mente en blanco. Margaret sabía esto, me invitó como un diabólico plan para que me la encontrara ¡Terminamos el viernes! ¡El viernes! ¿Cómo puede estar ya besándose con otro tipo? Tantas preguntas, pero lo más importante es: ¿Margaret me trajo aquí solo para esto?

Lo más seguro es que sí, siempre se lleva a Simon a todas partes.

—¿Dónde está mi champagne, Rogelio? ¿Qué te pasa, por cierto? Te ves pálido.

—¿Tú lo sabías? —A ver, yo no iba a caer tan bajo, pero ya lo hice, le estoy preguntando a Margaret sobre Sara. Me mira alzando una ceja y finge confusión, pero ni eso le sale bien.

—¿De qué estás hablando?

—Tú sabes de qué hablo. Sabías que Sara iba a estar aquí con alguien más y por eso me invitaste. Sabías que en algún momento iba a encontrármela besándose con ese tipo. Por eso me trajiste a mí y no a Simon.

—No sé de qué estás hablando, de verdad, espera... ¿Sara está aquí? —Mira alrededor. La verdad es que parece que lo de fingir lo ha mejorado, aunque sí puedo notar que ni se sorprendió.

—Sabías que iba a venir con alguien más ¿Verdad?

—Es que no sé ni de qué hablas. —La verdad es que sí, es muy buena actriz, no entiendo cómo no triunfó en Broadway. —Sí sé que está con el hijo del dueño de estos edificios, pero no me imaginé que iba a estar aquí hoy, pero tal vez no sea ella.

Alto ahí, ¿qué diablos?

—¿Ya está con alguien más? —De pronto se siette acorralada, sé que ellas son amigas, pero

no sabía que podían ser así de cercanas tampoco. Margaret ya debió haber cenado en la misma mesa con este tipo. —Solo dímelo de una vez.

—Sí, pero ¿qué tiene de malo?

—¿Desde cuándo está con él?

—¡Ay! Yo que sé, Roger, por Dios, un mes tal vez.

—¿Un mes?

—Es que no estoy segura.

—Terminó conmigo el viernes pasado. Este viernes que pasó. —Ella se calla, balbucea algunas palabras sin sentido y de pronto comienza a abanicarse. —¿Desde cuándo sabes esto?

—Eso no fue lo que ella me dijo ¿Okey? Me aseguró de que había terminado contigo desde antes. Incluso pensé que era muy precipitado salir con alguien tan rápido, pero me dijo que a ti no te importaba en lo absoluto, que habían acordado separarse por mutuo acuerdo y que seguían siendo amigos, por eso es que bromeo contigo sobre esa ruptura, pero no sabía que...

—¿Un mes? —La interrumpo y de paso suelto una risa, no sé si es decepción o resentimiento. —Un mes, no puedo creerlo. Hasta el viernes todavía seguía viviendo conmigo. —Margaret no dice nada. Se queda contemplándome en silencio intentando remediar lo que dijo, pero no la dejo, antes de que diga algo cierro la libreta de apuntes y se la entrego. —Mejor me voy. Me hiciste conducir hasta aquí solo para mostrarme que Sara ya estaba saliendo con un tipo millonario.

—No... eso no es verdad. Roger, estamos en un evento, no podemos estar discutiendo, parecemos una pareja y yo ya tengo edad para ser tu madre, no quiero antes en cuentos de que me estoy acostando con alguien menor que yo y me estaba haciendo un berrinche.

—Pues yo espero que no me relacionen contigo. Me voy.

—No puedes irte... —Yo ya estoy dando media vuelta y solo me giro un poco cuando la escucho decir: —Si te vas...

—¿Qué vas a hacer? ¿Me despidas? ¡Hazlo!

—Roger, de verdad... ¿puedes esperar un momento? ¡Roger!

No me detengo, me voy directo a la puerta de salida del edificio dejando atrás cualquier ruido, protesta de Margaret, gritos, etc. Mi celular comienza a sonar, pero no lo saco de mi bolsillo, nunca he caminado tan seguro en mi vida como hoy. No sé ni en qué momento llego a mi vehículo y me encierro ahí un largo rato. Siento un nudo en mi garganta. Estoy molesto. Saco mi celular solo para cometer el siguiente error de mi vida: Abrir el navegador de mi teléfono y escribir su nombre en el buscador.

Es inmediato, ahí mismo tengo varios sitios webs y entro al primer enlace, hay una foto suya en la playa junto a ese tipo y parece ser del este fin de semana que pasó. El tipo tiene un tatuaje, uno que le atraviesa todo el brazo y ahora sé por qué las preguntas de Margaret, me estaba comparando con él. No me atrevo a leer el artículo completo, me hierve la sangre. Lanzo mi celular al lado del copiloto y me quedo viendo al frente.

Mierda y mil veces mierda.

Odio a Sara y no entiendo cómo puedo sentir tanto rencor hacia una persona a la que amaba tanto. Al mismo tiempo me odio a mí mismo ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Durante cuánto tiempo sucedió esto a mis espaldas? Después de otra llamada de Margaret, pongo en marcha mi vehículo y conduzco sin rumbo.

No traje cigarros, así que me detengo en una gasolinera, pero en lugar de comprar una cajetilla, agarro el primero licor que me encuentre. Cuando salgo del establecimiento le doy un largo trago a la botella y otro más cuando estoy entrando a mi vehículo. Siento pena por mí

mismo, me siento patético y humillado.

Una botella de licor no es suficiente, entonces me detengo en una licorería para comprar tequila. No sé ni en qué momento llego a mi apartamento, pero paso directo a mi habitación, saco todas nuestras fotos del gabinete de mi mesa de noche. Cinco años.

Yo nunca me hubiera atrevido a hacerle algo así.

Miro las fotografías una por una, hay más de cien, tomo una calada de aire y tiro de la silla frente a mi escritorio para ubicarme frente a mi computador. Sé que no debería hacer esto, pero de todas formas mis manos se postran sobre el teclado ignorando la señal de alarma en el fondo de mi cerebro, tecleo el nombre del sujeto en el buscador de google y cuando sus imágenes aparecen algo dentro de mí se revuelve. Tan bien vestido, tan arreglado, tan millonario. Me pongo de pie de nuevo para ir directo a la botella que dejé sobre la mesa de noche y miro las fotografías de nuevo.

Maldita Sara.

Ya es más de medianoche cuando estoy caminando al jardín del edificio, no hay nadie —por suerte— tiro todas las fotos sobre el pasto y les dejo caer gasolina. Tomo una entre mis manos y le prendo fuego con un encendedor, la dejo caer sobre el resto y miro el rostro de Sara arder. No puedo creer que fui tan estúpido.

Tomo la botella que había dejado sobre la grada de la entrada y le doy el último trago, me dejo caer sobre el pasto intentando aceptar que todos estos años de mi vida se fueron a la basura. Quiero olvidarme de su cara, de toda ella en realidad. También borro todas sus fotos de mi celular. Carajo, cinco años de mi vida. Cinco.

La que me cuesta un poco eliminar, es la primera que nos tomamos juntos, pero solo necesito otro trago y una vez que esa foto desaparece de mi vista, me siento en paz.

Por primera vez en mucho tiempo me siento libre.

Capítulo 10

Despierto en la alfombra de mi apartamento boca abajo con una botella de licor vacía y el estómago revuelto. Siento como la claridad del día apuñala mis párpados y cierro los ojos con fuerza para intentar acomodarme a la luz. Los abro poco a poco a medida que escucho como el sonido estridente de la puerta taladra mis oídos.

—Roger...—Toc, toc, toc. —Abre la maldita puerta.

Tengo escasos recuerdos de lo que pasó anoche, intento hacer memoria a medida que giro sobre mi cuerpo y mi espalda queda sobre el piso, algo arde en mi brazo y pruebo levantarme, pero creo morir en el intento cuando un dolor agudo me atraviesa la sien.

—Roger... —ahora el ruido sordo de la madera de mi puerta es más rápido y casi suena desesperado. —Roger, abre la puta puerta.

Ese es Simon, claro, sigue tocando y siento que aumenta mi jaqueca. Logro levantarme, pero entonces siento que algo se quiere regresar de mi estómago y corro al baño.

Ahora recuerdo porqué es que no me gusta tomar.

—Roger ¡O abres la puta puerta o llamo a la policía!

No le pongo atención, me lavo los dientes y la cara, pero Simon no se cansa, sigue tocando la maldita puerta.

—Simon —le grito. Tengo la garganta seca y el sonido de mi voz es más grave de lo habitual. —Deja de hacer eso o te meto esa puerta por un lugar donde nunca más vas a volver a tocarla de esa forma.

Silencio, finalmente.

Entonces ahora sí me voy a abrirle, siento que la cabeza me pesa un kilo y cada pie mucho más, parece que me dieron una paliza. De pronto, imágenes de la noche anterior comienzan a reproducirse como gifs dentro de mi cabeza.

Estar inconsciente era más divertido.

—¿Vas a abrir o qué? —vuelvo a escuchar el sonido de la puerta. —Llevo toda la maldita noche llamándote, me pasé todos los semáforos al ver que no te aparecías en la maldita revista ¡Es mediodía ya! —Joder, sigue tocando y yo estoy comenzando a desesperarme. —Margaret ha preguntado por ti, todo mundo pregunta por ti y nadie sabe nada. Nos tienes preocupados ¡coño!... ¿qué carajos?

Entonces hablo por fin, y él me mira de pies a cabeza.

—Maldita sea, Simon. ¿Puedes de una vez...? —Mis palabras quedan suspendidas en el aire al ver a la persona que acompaña a Simon, los dos pares de ojos se postran en mí y no sé qué aspecto debo tener ahora, pero definitivamente no el de una persona con ganas de recibir invitados.

—¿Qué puta...? —Simon me recorre con la mirada, no solo él. Maldita sea, ¿Por qué diablos no puedes venir solo, Simon? —¿Qué le hiciste al traje de mi abuelo Toño?

Miro la ropa que llevo, el nudo de la corbata hacia un lado, los últimos botones de la camisa desechos, el pantalón está sucio, además estoy descalzo y solo un calcetín en mi pie izquierdo.

—¡María y José en la playa! ¡Qué me da un paro cardíaco! —Estebano se lleva la mano a la frente de manera muy dramática simulando un desmayo y comienza a abanicarse con la otra, me señala después y pregunta casi sollozando—: ¿Qué diablos es esto?

—No alcancé a cambiarme ¿Okey? De haber sabido que venías... —Eso lo digo de manera despectiva. —No tuve una buena noche.

—Eso ya lo sabemos, querido. —La mirada de Estebano sigue recorriéndome completo y yo solo quiero ir a mi cama y dormir. Me vuelvo a Simon, quién también me está viendo como si fuera un fantasma que se le apareció en frente.

—¿Qué diablos haces aquí, Simon?

—¿Qué hago aquí? —Está casi gritando histérico. —¿Qué hago aquí? ¡Estoy hasta la puta madre de llamarte!

—Shh shh —Ese es el tal Estebano, lleva su dedo índice a los labios de Simon y le dice: — Reemplaza esa palabra por «chuta».

—¿Chuta? ¿Qué diablos es eso?

—Estoy hasta la chuta madre, suena mejor.

Simon lo mira.

—Estoy hasta los cojones porque este hijo de puta no se aparece en su puto trabajo y no responde las putas llamadas de nadie, su último mensaje fue pregúntame cómo sería la muerte y tú te preocupas porque diga puta.

—¿Yo te envié qué? —Estebano con su pose dramática y la mano en el pecho mira a mi compañero de cubículo, pero él me sigue viendo a mí y grita:

—¿Y qué carajos te hiciste en la cabeza, Roger?

Me llevo las manos a la cabeza. Mi cabeza está bien, pero mi pelo parece desigual, al tacto siento unas puntas más largas que las otras. Corro hasta el espejo más cerca y me miro.

Okey, tengo la cara más pálida que Drácula y unas ojeras que me llegan al suelo, pero eso no es lo que me preocupa, sino que me corté el cabello.

No es un corte genial, parece que lo hice yo mismo y la tijera ni siquiera tenía tanto filo al parecer.

¿Qué mierda? ¿Qué mierda?

Me vuelvo histérico a Simon. Los dos se mantienen a una distancia prudencial, ambos con la misma pose y los brazos cruzados en el pecho. El rubio me mira con una expresión fúnebre y Simon con cara de fastidio.

—¿Si se arregla? ¿Cierto? Dime que se arregla esta mierda.

—Miércoles.

—¿Qué?

—Que digas miércoles “dime que se arregla esta miércoles, Estebano”. Eso se escucha mejor ¿no?

—Me vale una mierda. —No traigo mis lentes, ¿Qué diablos hice mis lentes? —¿Dónde carajos están mis lentes?

—Ay, Dios. —Ese es el tal Estebano otra vez. —Al menos hiciste algo bien, tiraste esas cosas horribles.

No le pongo atención, busco mis lentes, no están en mi habitación, tampoco en el baño, no están en la cocina, en la sala, los busco en el único sillón que me queda.

Nada, absolutamente nada.

—Margaret se está volviendo loca, Roger.

Yo estoy tirando los cojines por todos lados, encuentro mi teléfono, que sale volando hasta estrellarse con la pared.

—Mierda —siseo. Escucho el carraspeo de Estebano, pero me da igual.

—Margaret dice que si no te apareces hoy mismo —de nuevo Simon, estoy comenzando a odiar su voz —va a venir a buscarte hasta tu casa.

—Me vale una mierda Margaret.

—Dices mucho la palabra “mierda” —Estebano otra vez.

—Ella dice que no lo sabía, Roger. —A este punto hasta los vecinos deben de estar escuchando nuestra conversación, porque él no deja de gritar. —No es su culpa que tu ex novia sea una... le diré arpía porque soy un caballero y no puedo llamarla puta, porque eso es lo que es.

—De hecho, todos lo sabían —habla Estebano. Corre las cortinas y abre las ventanas para ventilar mi apartamento.

—¿Sabían qué cosa? —Tengo la garganta seca y herida, además de que la cabeza me duele horrible. Necesito dormir y analgésicos.

—Espero no te moleste que entre un poco de aire, pero apestas —es él de nuevo.

—¿Sabían qué cosa? —Vuelvo a preguntar, más fuerte.

—Estuvo en primera plana en el periódico este fin de semana. —Lo miro y después a Simon. Vuelvo a Estebano quién toma el control de mi tv y después de rosear algo sobre él saca un pañuelo de su bolsillo y comienza a frotarlo. Debería ofenderme. —No es algo nuevo que se hable de ese bombón hijo del millonario holandés en las revistas, periódicos o sitios populares de internet. Lo que ignoraba es que la chica fuera una perra.

—¿Tú lo conoces? —Le pregunto a Estebano, quién vacilante me da un asentimiento. Genial. Entonces Simon interrumpe:

—Pero tú creías que Sara iba a convertirse en una chica inocente y virginal ahora que no está contigo ¡Ja! Ni siquiera yo he llegado a ese nivel, mis ligues son ligues, porque estoy soltero, en una relación no me atrevería.

—Tú ni siquiera has tenido una relación.

—Porque me gustan los ligues. Al menos yo sí soy sincero desde el principio, no le miento a alguien por cinco años. No sabes cuantas veces antes de besarte a ti, le había practicado el beso negro al otro tipo.

—Simon, maldita sea, cierra la boca de una vez.

—¿Sí sabes qué es el beso negro, verdad? Es el tipo de sexo oral pero...

—Simon, Ahórrate las explicaciones. —Agradezco que se calle. No sé si por mí o por Estebano que le hace mala cara. A este último lo escucho:

—Si supieras jugar tus cartas ningún hijo de millonario te quitaría a tu chica, pero si eres pobre, no te vistes bien y usas lentes de abuelita...

—¡Qué ya no tengo los putos lentes!

—Chutos, Rogelio ¡Chutos! ¡Qué ya no tengo los chutos lentes!

—Es Roger, maldita sea, Roger ¿Qué se tiene todo mundo con el nombre de Rogelio? Bueno, agradezco la visita, pero quiero amablemente que se vayan.

—Yo no quería venir, pero fuiste tú quién le pidió a Simon que me trajera, porque te ibas a cortar el cabello y necesitabas un nuevo look, no sabía que te referías a que te lo ibas a cortar tú mismo.

—Yo no... —Mejor me callo ¿Qué más estupideces hice? Por si las moscas voy a revisar mi teléfono y la carpeta de mensajes borrados.

—Margaret va a despedirte, Roger.

—Pues no me importa.

—¿Y qué piensas hacer mientras tanto? ¿Ser un indigente? ¿Vivir de las migajas de otras personas? ¿Pedir limosna en un centro comercial?

—Bueno, ya parece indigente —habla Estebano y, la verdad, nunca había deseado golpear a alguien en la cara.

—Estebano... cállate. —Ese es Simon, según él está hablando en voz baja, pero yo estoy escuchando todo. —Sabe artes marciales ¿Quieres que nos cuelgue de las pelotas a los dos?

—¿Rogelio sabe artes marciales?

—¡Es cinta negra!

—De nuevo: Amablemente les pido que se retiren.

En ese momento el canal que Estebano había dejado en el tv comienza a mostrar una noticia, es sobre el hijo del millonario holandés y en la foto está tomado de la mano de Sara.

Me quedo viendo la imagen de ellos dos, se ven tan felices, tan cómodos, tan millonarios. La voz de la reportera se reproduce en mi cabeza, sus palabras viajan entre mi cerebro y mi cráneo, dice algo sobre la chica que robó el corazón del hijo del magnate holandés y su nombre es Sara Escribano. Se me encoje el estómago otra vez. Estebano apaga el tv de inmediato, pero la imagen queda completamente nítida en mi cabeza, mi vista la sigue proyectando como si todavía está en la pantalla. La ira me carcome por dentro, me recorre la espina dorsal y me vuelvo a los dos rostros que me están viendo con intriga.

—Voy a hacerlo —le digo a Simon. Él arruga su entrecejo y me apresuro a decir—: Lo del proyecto para tu artículo y el mío. Voy a hacerlo.

—¿Estás hablando en serio?

Le digo que sí. Estoy molesto. Estebano suelta un gritito y aplaude con alegría:

—¡Merveilleux! —Se vuelve al baboso de Simon. —Si lo logramos, más te vale que me consigas esa pasantía en la empresa de tu padre, sino te hago la vida imposible.

No les pongo más atención. Voy a por mi teléfono solo para asegurarme de que aún sigue con vida. No me reconozco en este momento, estoy furioso.

Maldita Sara, maldito hijo del millonario holandés, maldito yo por haber sido tan idiota.

Capítulo 11

Muy rara vez he tenido que soportar tantas humillaciones en un solo día.

Y es que, al parecer, no es suficiente cargar con la información de que mi novia de casi toda la vida —bueno, ex— me dejó por alguien más, sino que ahora tengo que escuchar sobre ella y el hijo del millonario holandés en todos los canales, medios de comunicación, sitios de internet, etc. Es que no es suficiente con solo hablar del tipo que está llevando a cabo un proyecto de agua potable en África, ahora todos hablan de la nueva chica que «le robó el corazón»: Sara.

Pero no es todo, la cereza que colmó el helado fue recibir en mi correo la nueva edición de «Hombres al poder», con la cara del hijo de millonario holandés en la portada, el tal Koen Van Brouwer —o como sea—. Maldita Margaret. Sé que todo esto lo está haciendo a propósito, cada cosa a la que ella le dedica tiempo con tanto esmero es por un motivo sucio. Ella ya lo sabía, aunque siga diciendo que no. Ella me invitó a mí solo para eso. Su adoración es Simon no yo, así que debí suponerlo. Margaret es Satanás en persona.

Simon se encarga de defender su nombre todo el día y me insiste en que ella no sabía nada ¿Yo le creo? Pues no, conozco a Simon y conozco a Margaret muy bien como para saber de antemano qué es lo que mi compañero de cubículo está haciendo.

Es que ella es así, capaz de burlarse de cualquiera cuando se le da la gana.

—Todos sabemos que Margaret es el diablo en tacones, pero yo sí le creo. Si Sara se cogía a un tipo cuando todavía estaba contigo, no me sorprendería que también le haya mentido a Margaret.

—No lo intentes Simon, los dos conocemos bien a Margaret.

Continúa hablando, pero ya no le prestó atención, mañana me aparezco solo a dejar mi carta de renuncia. Ya lo pensé bien, voy a dejar la maldita revista.

—No puedes renunciar, Roger ¿Qué va a pasar con tu usuario? ¿Con tu artículo? ¿Con tus seguidores? —Lo único que me hace pensar un poco mi decisión son mis seguidores. —A la mierda Margaret, qué nos importa.

—Tú lo sabías ¿Verdad?

—¿Qué cosa?

—Lo del hijo del millonario holandés, tu firma está la base del artículo, lo escribiste tú, Simon, en la sección de hombres que inspiran.

—Porque el tipo está llevando agua a África, yo no sabía que se estaba cogiendo a tu novia. Y si Margaret lo hubiera sabido, me lo hubiera dicho, yo lo sé.

Una risa irónica se me escapa, pero no le digo nada. Definitivamente, Simon es más amigo de Margaret que mío, voy a pensarme muy bien esta amistad con él.

—No te preocupes, Rogelio. Así es la vida. —Ese es Estebano, es que como le dije que me ayudara a buscar a alguien que me arreglara el pelo urgente por eso es que está aquí, me consiguió una cita con una estilista amiga suya, algo caro y costoso de seguro, pero ahora mismo me da igual. —A veces te dejan por algo mejor, pero qué se le va a hacer.

Cierro los ojos un momento para no perder el autocontrol con este tipo. Está empezando a cansarme. Él y Simon me tienen fastidiado.

—Escúchame Roger —Simon, de nuevo, por Dios. Quisiera tener un control remoto y ponerle pausa a las personas. —Ahora más que nunca tienes que demostrar que donde Sara deja las bragas a ti no te importa en lo absoluto. Tienes que dejarle en claro que tú puedes conseguir a alguien mejor, que puedes follar con una mujer diferente cada noche y eso no se logra si dejas tu

trabajo.

—Voy a conseguir otro.

—¿En un McDonald? ¿Ese es tu nuevo plan de vida?

—Pues un McDonald suena mejor que trabajar para Margaret honestamente.

Él saca su teléfono y comienza a preguntarme cosas, datos, correo electrónico, contraseñas ¿Para qué? No sé, no me importa tampoco, pero es él mismo quién dice:

—Te estoy creando un Instagram por si te lo preguntas.

—No me lo estaba preguntando, pero okey. Por cierto, ¿vas a quedarte en la casa de la playa hoy? Quiero un lugar para dormir esta noche, necesito desconectar un momento de ese apartamento donde vivo.

—¿Por qué mejor no salir a divertirnos y amanecer en el apartamento de alguna chica sexy, Roger?

—¡Simon! ¡Ya basta, por favor! ¡Estás comenzando a hartarme!

Se asusta, los dos en realidad, Estebano y él. Vuelvo a recomponer mi gesto aburrido cuando por fin cierra la boca. La puerta se abre, alguien con altos tacones camina hacia nosotros y el tipo rubio se pone de pie para saludarla.

—Bien, él es Roger —lo escucho decir. Levanto la mirada para encontrarme a una señora morena, con mucho estilo, mirándome de pies a cabeza, estupefacta. —Te lo dije, el tipo es un desastre. —Eso se supone que lo dijo en voz alta. De todas formas me quita el gorro de mi sudadera y la mujer con el cabello rosa suelta un grito.

No me sorprende, casi reaccioné igual cuando vi que me corté el pelo.

—Sin comentarios, por favor —le digo. Creo que ya aguanté suficiente en un solo día y quiero guardar intacto el poco de autoestima que me queda. —Entre más rápido hagamos esto, mejor.

Me pongo de pie y ella asiente aún sin quitarme la mirada de la cabeza. Levanta las manos muy a lo Estebano y me indica el camino. No me pasa desapercibido como sus ojos me recorren de pies a cabeza y se vuelve a Estebano a quién le murmura unas palabras y la respuesta de él es una risa, una que calla de inmediato cuando yo lo miro a los ojos, en fin.

—Haré lo mejor que pueda —dice cuando me siento en el lugar que ella me dice. Prepara todo para iniciar a arreglarme el cabello y me pregunta: —¿Tienes algún estilo específico en mente?

—El que sea, no me importa mucho. —Casi de inmediato escucho el sonido de la tijera cortar más allá de lo que yo hubiera permitido. En ningún momento me miro en el espejo, todo el tiempo estoy concentrado en un envase que está frente a mí pensando que Margaret es una completa perra.

Y como si la estuviera llamando telepáticamente, mi teléfono comienza a sonar, sé de inmediato que es ella, tengo una melodía distinta para su número, porque dice que sus llamadas siempre implicar urgencia y no le gusta esperar. Dejo que la llamada se corte, pero de inmediato está marcando otra vez. Ruedo los ojos y saco el teléfono celular solo para decirle fuerte y claro:

—Estoy ocupado, llámame más tarde.

—Roger... —Cuelgo, al menos me llamó Roger. Creo que ya estoy despedido.

—Bueno, terminamos —dice la mujer. Me acomoda el cabello con alguna especie de gel o no sé qué es. Entonces me miro en el espejo, ni siquiera me acuerdo cuándo tuve el cabello así de corto y no es que esté tan corto tampoco. —Definitivamente este estilo es lo tuyo. Respeté tu esencia artística, pero lo potencié cien veces más. —¿Mi qué? —¿Qué te parece?

Pues es un corte de pelo nada más.

Y estoy a punto de decírselo, pero qué suerte que alguien interrumpa y después de eso escucho el celular de Simon así que ya sé que es él, de todas formas, mi compañero de cubículo sale de inmediato y al que miro atrás de mí es a Estebano, me está viendo... no sé... ¿asombrado tal vez?

Se aclara la garganta y se me acerca:

—Rogelio ¿Te importa si arreglamos todo... —Hace un ademán con su mano señalando mi cara. —Necesitas una depilación de cejas... ur.gen.te

—¿Para qué voy a depilarme las cejas?

Entonces él me calla.

—Eso no se pregunta. Ningún hombre que valga la pena conocer por dentro, irá descuidado por fuera, esa es una frase de mi queridísima Coco Channel y será tu nuevo mantra, apréndetelo de memoria. Deja esto en mis manos.

Bueno, no en las manos de él literalmente, sino que es otro chico que se encarga de lo que él mencionó. Cuando tiran de la primera bandita me arrepiento de inmediato, siento que casi se me despega hasta la córnea.

—¡Putita m...!

—¡Chuta, Rogelio! Di «Chuta».

—Una verga es la que voy a decir.

—¡Dios mío! —Ese es él, pero en fin... la tortura se acaba rápido y no sirve de nada, porque me veo casi igual que antes.

Margaret me está llamado otra vez. Carajo. Entonces apago el teléfono y lo vuelvo a poner dentro de mi bolsillo.

—Deberías contestarle —dice Estebano, lo peor de todo es que él en esta situación se comportaría como una diva. No tengo pruebas, pero tampoco dudas. —Tal vez tenga algo bueno qué decir, o tal vez no.

—¿Es en serio?

—Solo digo que tienes que actuar como si todo te valiera una mierda. ¿Quieres mi consejo? Tal vez no, pero te lo daré de todas formas. Preséntate a trabajar mañana con una sonrisa al estilo Joker, como si la vida te trata de maravilla, como si estás en el mejor momento. En casa le haces un muñeco vudú a tu jefa y le entierras todos los clavos que quieras.

—¿Sabes hacer un muñeco vudú?

—No, pero puedo inscribirnos en un curso online. —Solo espero que no esté hablando en serio. —También haces uno de tu exnovia, por favor, pero no de Koen Van Brouwer que ese tipo es un papacito.

Lo miro, presiento se está burlando de mí, o tal vez en realidad el tal Van Brouwer sí le gusta a todas... y todos, al parecer. Es apuesto, millonario, y está haciendo un proyecto en África. Suena al mejor partido que alguien puede aspirar.

—¿Estás bien? —Simon nos interrumpe. Además de que me está viendo de una manera extraña, parece que intenta procesar mi nuevo corte.

—Nunca he estado mejor. —Claro que eso lo digo irónico.

—Deberías contestarle el teléfono a Margaret, dice que necesita hablar contigo urgente. Le dije que probablemente no puedes hablar, porque estás follando hasta quedar inconsciente, espero no te importe.

—Me estás poniendo harto.

Suelta una carcajada que me fastidia todavía más.

—Sabes que es broma. En realidad, está encabronada contigo, pero no te preocupes la haré

sentir culpable para que no te despida, para eso son los amigos ¿no?

—Pues no me importa si me despide.

Lo están llamando de nuevo, así que se va a contestar. El tal Estebano aparece otra vez y me dice:

—Recuerda lo que te dije. Sí vas a ir a trabajar mañana y lo harás con la mejor de las sonrisas ¿Okey? Quítate el suéter, por favor —lo miro confundido y vuelve a repetirlo con nada de paciencia: —Quítate ese suéter.

—¿Para qué?

—Hazlo. —Vacilante lo digo que sí, porque entre más rápido termine con todo esto, mejor. Entonces me saco el hoodie. —Ahora la camiseta.

—Estás de broma.

—No es broma, Roger. Quítate esa camiseta. —Dios, ¿a qué hora se me ocurrió que era buena idea juntarme con las amistades de Simon? —Vamos que no eres el primer torso desnudo que miro, apresúrate.

—¿Me vas a decir que me quite los pantalones también?

—Si quieres quitártelos no hay problema. —Eso lo dice cuando yo ya me quité la bendita camiseta. Entonces voy a contestarle, pero el flash de su teléfono se dispara y aturdido lo miro directamente a los ojos ¿Acaso me acaba de tomar una foto?

—¿Qué diablos?

—Escúchame —No me había fijado, pero esta vez trae un par de prendas de ropa colgadas en el antebrazo. —Si vamos a continuar con este proyecto para el artículo de Simon y el tuyo, por nada del mundo usarás esa ropa mediocre ¿Okey? Y no solo por el artículo, también por tu jefa. Tienes el cabello suave, el cutis perfecto, los ojos grises, pestañas y cejas envidiables. No vas a ocultarte en esa ropa horrible tres tallas más grandes ¿Okey? Aunque me digas esa mierda...

—Miércoles.

—Como sea, aunque me digas esa miércoles de que te sientes más cómodo y bla bla bla. Desde hoy en adelante te pondrás ropa de tu talla, renovarás tu guardarropa, esa la dejas para dormir si se te da la gana. Pruébate esto.

Saca una camiseta azul, muy ajustada. Dios mío.

Como dije: Entre más rápido haga esto, más rápido me iré. Cuando la camiseta se ajusta a todos los rincones de mi cuerpo Estebano levanta una ceja, vuelve a poner su celular en frente y me toma otra foto.

—Quítate los pantalones.

—No voy a...

—Solo dime que no llevas calzoncillos de abuelita.

—Las abuelitas no usan calzoncillo.

—¡Ash! Tú me entiendes, Rogelio. Bien, igual me voy a salir. No es como que tenga ganas de conocerte el paquete. Solo le rezaba al Jesucristo de las alturas que no usaras ese tipo de ropa interior. I'll be right back.

Sale del sitio y me quito los pantalones para usar unos de los que él trajo, estoy apenas subiéndome la cremallera cuando él ya está entrando de nuevo, me mira de pies a cabeza y saca su libreta con incrustaciones, sin decir absolutamente nada escribe algo con entusiasmo y ni siquiera me apetece saber qué es.

—Está es ropa de diseñador ¿Te parece que tengo el dinero para gastar en ese tipo de ropa? Y aunque lo tuviera...

—Yo sé, pero no es necesario que vistas de diseñador para lucir bien.

Guarda sus cosas dentro de un bolso y me da un papel que arrancs de su libreta, dice algo sobre los colores a combinar y no sé qué más vainas ¿En realidad cree que yo me voy a tomar el tiempo para seguir una guía sobre cómo vestirme antes de ir a trabajar? Pues no.

Entonces me rio.

—Yo no tengo tiempo para esto.

—Pues te vas a levantar media hora antes. Esta ropa que traje es tuya, por cierto, estaba trabajando en un teatro, así que me la quedé. —Deja todo sobre una silla y, sin verme a la cara, dice: —Tienes buen trasero.

Se va. Yo miro de él cuando se pierde tras la puerta al cúmulo de ropa sobre la silla. En fin, la incomodidad la dejo para después, ya quiero irme así que tomo las cosas y salgo casi corriendo para no encontrarme con Simon, por suerte había venido en mi propio auto y no veo señales de él por ninguna parte.

Atravieso todo el parking rápido y casi llegando a mi auto inicia un aguacero que me hace correr y me encierro en mi auto tirando las prendas en el asiento trasero. Saco mi teléfono celular para escribirle a Simon de que ya me voy, pero me acuerdo que puede decirme que lo espere para seguir hablando tonterías y yo estoy cansado.

Oh, en realidad yo tengo un mensaje de él. El pendejo dice que ya se va, porque tiene una cita, y que sí puedo quedarme en su apartamento.

Okey, entonces sí conduzco a su casa y en el trascurso paso en frente del edificio donde vivo. Me trae mil recuerdos que prefiero ignorar, ya mañana será otro día.

Paso por el Starbucks que está en la esquina, el que visito cada mañana. A ver, yo soy una persona que casi no recibe miradas en público, pero hoy... no, tal vez solo estoy alucinando. La fila avanza y ahora es mi turno de pedir, me desconcierta cuando la cajera me sonríe y sí, ya sé que es su trabajo, pero todos los días pasaba por aquí y nunca nadie me había sonreído —No de esa forma—.

—Hola, Roger ¿Verdad? ¿Vas a pedir lo mismo siempre?

Alto ahí, ¿se sabe mi nombre? ¿Y sabe qué pido siempre?

—Sí, gracias.

Es que tengo curiosidad qué es eso que pido siempre.

Entonces se va un momento, me hago a un lado en la fila y espero lo que sea que yo pido siempre, cuando regresa lo que me da es un Iced Mocha. No es lo que pido siempre, pero sí la mayoría de las veces y era justo lo que iba a ordenar hoy.

—Muchas gracias... —Miro su gafete de empleada —Kelly.

—A la orden.

En fin, pago mi orden y ahora sí me voy directo al edificio de Simon. Antes de salir del auto tomo mi suéter y me lo pongo para no mojarme la cabeza. Subo los escalones con paciencia y cuando estoy frente al apartamento de él, busco la llave y sí, está en el mismo sitio, pero cuando intento abrir, el truco no funciona.

Mierda.

Vuelvo a intentarlo. No entiendo, lo estoy haciendo exactamente como me enseñó Kate. No, no funciona. Me doy por vencido dándole un golpe y recuesto mi espalda sobre la puerta para deslizarme hasta quedar sentado sobre la alfombra. Ahora tengo que escribirle a Simon y lo más seguro es que no me conteste. Por si las moscas miro si última conexión y sí, fue hace varias horas. Madre mía. Bueno, la que está conectada es Kate. A ver, yo no quiero ir a mi apartamento y tampoco quiero dormir en el pasillo, así que le dejo un texto:

Para: Kate

«¿Estás en tu apartamento?»

De inmediato aparece que está escribiendo:

De: Kate

«Sí ¿por qué?»

Okey, tengo una salvación.

Para: Kate

«Necesito ayuda para entrar al de Simon, perdón».

Entonces escucho una puerta abrirse a lo lejos, es ella, y a su lado está una chica rubia que usa un uniforme verde. Okey, otra doctora. Es Kate la que camina hacia mí, aunque primero la otra persona se queda en la puerta, ahora mismo está detrás de Kate.

—Hola, Roger.

—Hola, perdón por interrumpirte, pero... —señalo la puerta y con un gesto de manos le digo que no funciona, o eso creo que es lo que dije, es que no sé. Al menos sí lo entiende. —Ya intenté lo que me enseñaste y definitivamente no.

Se ríe un poco y le doy espacio cuando está cerca de mí para que tome la llave de la puerta. La rubia me saluda con un leve asentimiento que yo correspondo y es Kate la que dice:

—Él es Roger. —Okey, ahora sí sonrío más grande. En ese momento me doy cuenta de que es muy probable que ya le hablé de mí y solo espero que no haya sido lo que escuchó de Simon el otro día en el bar.

—¡Oh! ¿Tú eres Roger? Kate me ha hablado de ti. —Mierda, lo sabía—. Hoy casualmente discutíamos sobre tu artrosis de rodilla —¡Ah! Mira nada más, ahora mi condición médica es un tema de conversación entre las mujeres.

—Pero estoy bien —aclaro. Para desviar el tema le pregunto su nombre y, después, me doy cuenta de que era mejor no saberlo:

—Margaret.

Suelto un bufido, uno que demuestra fastidio, coraje, furia y todo lo que se le parezca. No fue mi intención, pero no pasa desapercibido por la chica quién se ríe y dice:

—Por lo que intuyo, alguna Margaret te arruinó la vida. —Hace una pausa cautelosa. —¿Tu ex?

—No, mi jefa. —En realidad no sé cuál de las dos me ha arruinado más la vida. Si mi jefa o mi ex.

—Te entiendo. Mi supervisora también es un grano en el culo.

—¿Y cómo se llama?

La chica señala a Kate con su dedo índice.

—Katheryn, en realidad le llamamos Kate —hace una pausa— y está aquí a mi lado.

Oh por Dios. Genial, genial. No le basta con ser doctora, sino que tiene un rango más alto. ¿Qué edad tiene Kate? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete? ¿Veintiocho? No le calculo más que eso.

—¿Esta Kate?

—Sí, esta misma. —La Kate de la que estamos hablando solo tiene una sonrisa en la boca, pero está concentrada en abrir la puerta de Simon. —Créeme, no querrás tenerla como jefa.

Entonces la mencionada suelta una risita. La puerta se abre y me entrega la llave, ahora sí mira de mala gana a esta nueva Margaret.

—Bueno, ¿nos vamos? Ya es tarde —le dice. Se da media vuelta, pero antes se vuelve a mí y dice: —Me saludas al papi sexy de Simon.

Evidentemente esa no es la amiga de Kate que no le paró bola.

La nueva Margaret se va por las escaleras, entonces la doctora se vuelve a mí y soy yo quién

habla:

—Gracias, de nuevo

—No hay de qué ¿Cambio de look?

—Tuve qué. Un accidente con mi cabello me hizo correr a buscar alguien que lo arreglara. —
No le digo, claro, que el accidente lo provoqué yo mismo cuando estaba ebrio. —Además, ya era
hora de probar un nuevo look.

—Me gusta, en serio. —Kate se acerca a mí. Me toma por sorpresa cuando su mano toca mi
cabello y me despeina un poco agregándole: —Pero así está mejor.

Se da media vuelta y se va en la misma dirección que tomó su amiga. Se vuelve a mí antes de
bajar las escaleras y me dice:

—Cualquier cosa que necesites estoy a una llamada de distancia.

—Claro. Muchas gracias, Kate.

Capítulo 12

La verdad es que hasta hace una hora no pensaba continuar trabajando para Margaret.

Pero es increíble como un video te hace cambiar de opinión y aquí estoy, subiendo por el ascensor y mi reflejo, triste y preocupante, es el que se muestra frente a mí. Ni siquiera me reconozco. El tipo que me devuelve la mirada no se parece en nada a lo que yo recuerdo de mí mismo. Ahora llevo ropa ajustada, pantalones formales y, aunque la chaqueta de cuero sí es mía, todavía no me siento como si soy yo.

Las puertas se abren en mi piso y sosteniendo los folios actualizados de Margaret camino directo a su oficina. No volteo a ver a nadie, no quiero darme cuenta si soy el centro de atención. Toco la puerta con mis nudillos, es un suave toc toc que ella ya reconoce, desde el primer día me dejó claro que odiaba a las personas que tocaban muchas veces y que dos son más que suficiente y si era posible, no se escucharan.

—¿Quién? —Habla desde adentro. Se escucha impaciente. Respiro hondo para evitar irme de aquí y no volver.

—Roger. —Suelta un bufido que escucho hasta aquí. Nada amable, por cierto.

—Pasa.

Y sí lo hago. No sé de dónde saco tanto autocontrol, pero verle la cara solo me dan ganas de decir mil groserías. No debí ver ese video, debí decirle que no a Simon cuando él mismo me preguntó esta mañana:

—Acabo de ver un video que necesito que veas, pero al mismo tiempo no sé si es buena idea. —Condujo desde su casa en la playa —bueno, la de su mamá— solo para mostrarme el bendito video... o al menos eso es lo que dice él. —Me retrato por todo lo que dije sobre Margaret ¿Okey? Sí es el diablo en tacones ¿Quieres ver?

—Me da igual.

Pero no me imaginé que ese video iba a lograr que me hierva la sangre.

Me alegro no haber caído en la trampa de su presunta inocencia. Incluso anoche me comencé a sentir mal, porque por un momento —un mísero momento— pensé que tal vez ella no sabía nada. Bendito video que se le ocurrió subir a ella misma: Tomando champagne con el hijo del millonario holandés y Sara en un pent-house después de la fiesta a la que me obligó asistir.

Es que yo no la tengo entre mis amistades, nunca creí a Margaret tan importante como para querer tenerla agregada en mis redes sociales. En fin, en el video etiquetó al sujeto quién tiene no sé cuántos miles de seguidores y después subió una foto con ellos dos diciendo lo mucho que se divertía con sus «mejores amigos».

Así tal cual «Mejores amigos».

Margaret es una interesada de mierda y mientras aquello me carcomía las entrañas pensé que tal vez no era mala idea quedarme trabajando con ella y buscar la forma de hacerla pagar cada una de sus burlas, es que yo en eso de la justicia divina no creo, pero, en fin. Me siento patético y humillado, pero el rencor es más grande, así que aquí estoy.

—Buenos días, Margaret.

Ella ni siquiera levanta la mirada. Deja caer su lápiz con tanta fuerza sobre el escritorio y se pone de pie.

—Ni siquiera sé qué... —Ahora sí me mira y cierra la boca. Como si alguien tocó el botón de un control remoto y la dejó en pausa. Me mira de pies a cabeza, pero de inmediato su vista se postra en mis ojos. Su gesto ya no es el mismo y se aclara la garganta. —Roger, te dije claro que

cuidado no se te ocurría venir... ayer.

—Tenía bronquitis.

Por supuesto que eso es mentira, pero esta mañana después de que Simon me mostrara el video de la discordia, yo me encontré con Kate afuera del edificio. Ella estaba esperando un taxi, entonces me ofrecí a llevarla yo. Casi todo el camino fue en silencio, pero no uno de esos incómodos, sino uno tranquilo. Ella estaba firmando unos papeles y yo no quise interrumpirla.

—¿Estás bien? Estás pensativo. —Eso lo que me dijo, pensativo tal vez, bien no sé.

—Oye ¿de qué forma te vengarías de tu jefa si fuera un grano en el culo?

Eso la hizo esbozar una sonrisa, pero con la vista pegada todavía en sus papeles.

—¿Necesitas que te consiga un laxante?

—No. Podré tener mil demonios metidos ahora mismo, pero tampoco llegaría a ese nivel.

—¡Buuu! Qué aburrido. —Eso lo dijo con ironía... o eso espero. De todas formas me reí y... bueno, tan mala idea no es.

—Ni siquiera sé si tengo trabajo, honestamente. Tuve un problema con Margaret, no fui a trabajar ayer y lo más probable es que me despida.

—¿Un problema grave?

—No tienes idea, esa mujer es de lo peor que se pudo crear en el Bing Bang, o que pudo evolucionar del mono, no sé en cuál de esas teorías crees más.

Eso la hizo soltar una carcajada, una que me contagió a mí también. Me detuve en un semáforo en rojo y ese fue el primer contacto visual en todo el día.

—Dile que tenías bronquitis.

—¿Tú crees que Lucifer en tacones va a creerse que tenía bronquitis?

—Tiene que hacerlo si presentas una constancia médica del hospital. Acompáñame a mi oficina cuando lleguemos al hospital ¿Okey? Y, por cierto, esto es algo que no puedes contarle a Simon, va querer tomar ventaja y que le invente una enfermedad distinta todos los días. Así que será nuestro secreto.

—Claro que sí, doctora.

En fin, me la entregó con sello del hospital y todo, así que eso es lo que dejo caer ahora mismo sobre el escritorio de la jefa dragón. Tiene hasta firma de la directora, así que no creo que diga que no, bueno... con Margaret nunca se sabe.

—Simon no me comentó que estabas enfermo.

—Simon no lo sabía, pero estuve en el hospital casi todo el día y parte de la noche. —Así como ella miente, yo también. —Ya estoy mejor por si te lo preguntas.

—No era lo que me preguntaba, pero ya que estás aquí ve a trabajar y prepárate porque me acompañarás a una reunión importante. Tienes que estar listo cuando yo te diga ¿Entendido?

Okey, vamos a repetir la misma escena. Estas invitaciones repentinas a reuniones del trabajo solo pueden incluir a dos personas: Sara y el tal Koen Van Brouwer.

—Entendido, Margaret.

Tal vez lo del laxante no sea una mala idea. Que si me llega el Karma después, pues... bienvenido sea.

Salgo de la oficina de Margaret, pero antes de cerrar la puerta sin querer me vuelvo a ella y me doy cuenta de que me estaba viendo, de inmediato quita la mirada y se concentra en unos papeles. Mi cubículo no está lejos, así que diviso a Simon desde la salida.

—¿Cómo te fue?

—Creo que sigo trabajando aquí. —Él suelta un suspiro y sus hombros se relajan. No, no es que a él le importe si me voy o no, simplemente ya no tendrá quién le cubra la espalda si me

despiden. Miro sus manos, carga todas sus cosas y una taza de café, entonces le pregunto: — ¿Ahora a dónde vas?

—A divertirme un rato con Alicia. —Hago memoria quién es Alicia y recuerdo a la chica nueva de recepción. —Hoy tiene libre por cuestiones de la universidad o algo así. Si Margaret te pregunta, mi abuelita está enferma.

A esto es a lo que me refiero, si me quedo sin este empleo, el principal afectado será Simon, no yo.

—Okey, qué suerte que ya no tengas a ninguna de tus abuelas vivas.

—Y si me tardo... —continúa —dile que te envié un texto avisándote que se murió.

Simon es un mentiroso patológico, creo que ya mató a todos sus familiares.



Para mi sorpresa, no recibo correos de Margaret en todo el día, así que prácticamente no he hecho nada más que pensar en el maldito artículo. A ver, yo ya me visualizaba una vida tranquila, sin este artículo de mierda, sin la presión del maldito de Simon y sin la presencia de la víbora que es Margaret. Estoy concentrado cuando mi teléfono comienza a sonar causándome un susto de muerte.

Es mi madre.

—¿Mamá? —Tal vez debería saludarla primero, pero una llamada suya... a esta hora... solo espero que no me diga que la abuela murió.

—¿Cómo es que vi a Sara con un tipo millonario en la televisión?

Okey, al menos no es que murió mi abuela, pero la pregunta es todavía peor.

—Estoy bien, mamá, ¿y tú? —Le digo con sarcasmo. Miro mi reloj y me doy cuenta de que ya es bastante tarde ¿No se supone que iba a una reunión con ella?

—Sí sí, ya sé qué estás bien. ¿Terminaste con Sara o te está poniendo el cuerno? Necesito la verdad para saber si la odio o no, Roger.

A ver, las dos cosas: Terminé con ella y al parecer me puso el cuerdo.

—Sara y yo ya no estamos juntos ¿Okey?

—¿Y cuándo pensabas decirme? Le lancé mil maldiciones frente a tu tía Pili creyendo que estaba poniéndote el cuerno ¿Y tu abuela? ¡Está furiosísima!

—Mamá, tengo que trabajar. —Lo cual es medianamente cierto, porque... aunque puedo hablar, no quiero seguir con este tema.

—¿Todavía sigues en ese trabajo con la tal Margaret?

Otra cosa para mencionar: A mi madre no le agrada Margaret y todavía no la conoce en persona, pero yo nunca le dije nada, fue Sara quién habló pestes de ella y de la revista. Pensándolo bien, Margaret y Sara se merecen la una a la otra.

—Sí. —Suspira, aunque no dice nada, bueno... no de eso, pero sí me pregunta:

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Sí, mamá. Te llamo después. Bye. Te quiero.

Cuelgo y me quedo con la vista clavada en la Mac. A la mierda ese artículo, me voy directo a mis redes sociales y... cometo el siguiente error del día: Buscar el perfil de Sara. Ahí está, con el hijo del millonario holandés en su foto de perfil y de portada. En las están dándose un beso en la boca. Entonces veo a Simon llegar y caminar rápido hasta mí. Cierro la página web de un solo y, aunque tardo un momento es reaccionar, él se para a mi lado y se toma una selfie.

—Sonríe Roger.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Un en vivo, en Instagram. —Entonces no era una selfie. Se gira de modo que en su pantalla ahora aparecemos él y yo. Simon de frente y yo a lo lejos con el entrecejo fruncido. Comienza a hablarle al teléfono y yo aturdido intento averiguar qué es lo que está haciendo, hasta que escucho:

—Hola guapas, estoy aquí con mi amigo Roger. Un hombre en busca de una chica guapa que despierte su lado salvaje este fin de semana. Les dejo su Instagram si están interesadas.

¿Qué mierda?

—¡Simon!

Me pongo de pie para arrebatarse el teléfono. Busco cómo detener el maldito video y mi rostro es el que aparece por toda la pantalla ¡Dios! ¿Cómo es que se termina esto? Observo comentarios, caras con corazones, una que dice estar dispuesta y una tal Mónica comenta «es un gruñón, pero me encanta».

Cuando por fin logro acabar con la transmisión, me vuelvo a Simon con una mirada de furia. Él suelta una carcajada hasta que escuchamos ese sonido peculiar de un par de tacones. Simon me arrebató el celular y yo me vuelvo a Margaret quién no está viendo.

—Te veo en el último piso, Rogelio.

—Claro.

¿Cuánto me costará conseguir el laxante? Le envío el mensaje así a Kate y, aunque no espero que me conteste rápido, sí lo hace y su respuesta es que puede conseguírmelo hoy si yo quiero.

Tentador.

Apago mi computadora y tomo mis cosas para seguirla. Le doy un vistazo a Simon quién manipulando su teléfono está soltando carcajadas, ruedo los ojos y camino detrás de la jefa dragón antes de que las puertas del ascensor se cierren.

Entonces somos solo ella y ya, demasiado juntos, porque el elevador es pequeño y por un momento parece tambalearse provocando que Margaret casi se caiga y me agarre del brazo. Maldición, vamos a quedarnos aquí encerrados.

—Oh por Dios ¿Se detuvo? —Esa es ella quién lo dice.

—Yo creo que sí.

Comienza a tocar el botón de emergencia desesperada. Además, está comenzando a gritar, dice que está sudando, yo mantengo la calma porque, al menos que seas un héroe de Marvel, no creo que gritar sirva de mucho.

—¡Nos vamos a morir, Roger!

Bueno, cerca de la muerte me llama por mi nombre.

—No vamos a morirnos, Margaret.

Está tomada de mi antebrazo. No puedo verla, porque todo está oscuro, ahora sí parece comenzar a calmarse, o no del todo porque dice:

—Yo lo he visto en series. Recuérdame comenzar a buscar otros pisos de alquiler donde sí tengan un respaldo cuando se va la energía eléctrica.

Entonces regresa y el bendito elevador comienza a moverse por fin. La puerta se abre en el piso que Margaret indicó y hasta ese momento se da cuenta que sigue tomada de mi brazo, porque me suelta y sale primero. Cuando doy un paso adelante miro alrededor, ella se gira en ese momento y me dice.

—No te preocupes, ellos no van a estar aquí. —Honestamente solo estaba mirando el sitio, porque se me hizo bastante elegante, no como las oficinas de «Hombres al poder». —Por si es lo que te preocupa.

—Eso no me preocupa.

Margaret va a decir algo, pero un gritito agudo detrás de nosotros nos interrumpe, una mujer, tal vez de la edad de Margaret, se acerca a los dos. No luce como Margaret, ella se ve elegante, jovial, lleva el cabello cobrizo y un traje negro. En ese momento me mira a mí y nos ve alternadamente.

—¿Quién es este jovencito apuesto? —¿Qué diablos? Ella extiende su mano en mi dirección y yo la tomo con cortesía. Vuelve a Margaret quién se aclara la garganta y me mira a mí, dejándome claro que necesito apartarme. —Yo también contrataré asistentes así de guapos.

—Yo no soy su asistente.

Margaret vuelve a darme otro vistazo. A ver, que es verdad, yo no soy su asistente.

—Roger es uno de mis editores. —Le contesta. Uno de «mis» acaba de decir.

—Bueno, deberías traer a tu editor a la fiesta de inauguración de mi nueva línea de ropa.

—Roger no puede ir —le dice de inmediato—. Tiene bronquitis, no querrás que te pase su virus. Ayer estuvo internado todo el día en el hospital.

—¿Entonces qué haces aquí, guapo? Deberías estar en tu casa recuperándote. —Aunque fuera verdad, Margaret no me dejaría recuperarme. Debería decírselo, pero me acuerdo de que por el momento no puedo permitir que me despidan. —Toma, por si Margaret no quiere llevarte, puedes ir tú mismo. Estás cordialmente invitado.

Lo que me entrega es un papel que arranca de su libreta, es una dirección y sí, es la supuesta inauguración de su línea de ropa. Margaret me da un vistazo a mí y también al papel. No dice nada, pero contenta no está.

Mejor me voy al baño.

Solo me despido de la mujer pelirroja, a Margaret de todas formas tengo que verla el resto del día. Me encierro en el servicio y suelto todo el aire que mis pulmones estaba reteniendo, menudo día, eh; miro de nuevo el papel, voy a guardarlo en mi billetera, pero entonces no la encuentro, no está en ninguno de mis bolsillos, comienzo a toquetearme todo y no aparece, yo no recuerdo haberla dejado en mi escritorio. Mierda, ahí tengo todos mis papeles.

Entonces me saco el celular, solo espero que Simon no se haya ido, estoy marcándole cuando miro el texto de un número desconocido en mi pantalla:

«Hola Roger, soy Kate. Dejaste tu billetera en mi oficina, tu licencia de conducir está aquí conmigo, solo espero no estés en la cárcel»

Madre santa, me pasé casi un día entero sin papeles. Al menos apareció, pero entonces me acuerdo de que tengo que conducir mi auto y no cargo mi licencia.

«Mierda».

Bueno, tal vez no debí decirlo así, pero ya lo envié.

«Bueno, no estoy en la cárcel, pero preferiría estarlo y no en una reunión obligatoria con Margaret»

Abro un poco la puerta del baño solo para asegurarme que la jefa dragón continúa hablando con la pelirroja y, sí, pero ya se están despidiendo ¿Cuánto tardará esta supuesta reunión? Tengo que irme. Otro texto de Kate me interrumpe:

«¿Puedo ayudarte en algo?»

Y yo le respondo:

«La constancia médica ya no serviría si quiero salir corriendo ¿Verdad?»

Su respuesta son unos emoticones de risa y le agrega:

«No, pero si quieres finge tu muerte y después consigo un acta de defunción en la morgue»
Ahora es mi turno de reír.

«¿Puedo hacer eso?»

Responde casi al segundo:

«No»

Le envío una cara triste. Miro una vez más a Margaret y ya está sola, buscándome es lo más seguro, ahora mismo se está llevando una copa de champagne a la boca y yo tengo que volver ahí a seguirme torturando.

«Paso por tu oficina cuando acabe este calvario en el que me encuentro».

Otra risa es su respuesta y, ahora sí, tengo un texto de la jefa dragón preguntándome dónde diablos estoy. Dios, tal vez no era mala idea solo renunciar y ya.

Capítulo 13

Qué suerte que la reunión de Margaret no tarda mucho.

Entonces tengo que correr directo a mi auto para no encontrarme con el tráfico pesado, o la policía, porque... a ver, yo no cargo identificación, ni licencia. Todo el camino hasta el hospital para el que trabaja Kate lo hago viendo para todos lados por si las moscas. No sé cómo le hago para llegar, pero ya estoy en el parqueo y le dejo un mensaje a la doctora quién me responde:

«Puedes pasar a mi oficina, solo di tu nombre en la recepción».

Hago lo que me dice. Me dan un número de puerta y paso directo, toco un par de veces antes, pero no tengo respuesta. Voy a dejarle un mensaje, pero una enfermera me dice que está en una junta, entonces abro y miro alrededor. Okey, un lugar elegante y con una pared llena de certificados y reconocimientos. Tiene su título también y me doy cuenta de que estudió en Harvard ¡Harvard! Kate me hace sentir como un tigre sin dientes.

Tengo un texto suyo:

«Estoy en una reunión, ya llego. Ponte cómodo, tengo una máquina de Espresso, puedes usarla si te gusta el café».

Sí me gusta el café, lo que no sé es cómo usar esa máquina de Espresso.

«Qué amable, pero ya a esta hora tengo más café que sangre en mis venas. Muchas gracias de todas formas».

Igual me voy a la máquina y comienzo a buscarle la manera de hacerla funcionar. Bueno, hay un manual de instrucciones a la par, pero en ese momento la puerta se abre y es ella, Kate, y a su lado está una mujer mayor, también vestida con una bata y al verme sonrío.

—Fernanda, él es Roger. Roger, ella es mi jefa.

Okey, esta jefa sí se ve amable y me extiende su mano para saludar. No, no tiene las mismas vibras que Margaret y tampoco el aire de superioridad. Yo no sé qué es llevarte bien con tu jefa, pero puedo ver que Kate sí, por la forma en que se ríe cuando ella le dice algo en el oído. Antes de salir la amable mujer me dice:

—Fue un gusto conocerte, Roger.

—También fue un gusto conocerla, Fernanda. —Se va con una sonrisa y entonces Kate me mira a mí, todavía estoy sosteniendo el manual de la máquina de Espresso y mejor lo dejo donde estaba. —Estaba revisándola en caso de que se me antojara café.

—¿Y quieres café? —A ver, que ya es tarde y ella va de salida. —Bueno, no exactamente de este, podemos ir a una cafetería. —Se mira el reloj en su muñeca, rodea su escritorio y de un compartimento saca mi billetera. —O tal vez podemos cambiar el café por una cerveza. Voy a salir con mis amigas. Puedes venir conmigo.

—Te lo agradezco, pero soy muy mal tomador. —Me acuerdo de que es muy probable que ya vio mi licencia de conducir y esa es la peor fotografía que me han tomado. Ese día había traspasado por terminar una novela que nunca publiqué, mi desayuno fue solo un café y ni siquiera me había lavado la cara, es que... a ver, no pensé que me iban a tomar la maldita foto el mismo día. —¿Sabes por qué terminé con el pelo así? Por tomar alcohol, específicamente.

—Bueno, mala idea no fue, aunque también el look de antes me gustaba, honestamente. —Busca su bolso, lo toma y agrega: —Por cierto, lamento que hayas tenido que esperarme. No creí que la junta iba a tardar y tampoco pensé que tu jefa te iba a dejar ir así de fácil.

—Bueno, dice que no quiere contagiarse de mi «bronquitis», así que me pude escapar. —Kate tiene una sonrisa radiante, los dientes impecables, los labios perfectos. Ahora mismo se está

retocando el labial. —Puedo llevarte a donde tus amigas, o a tu apartamento si quieres. Pienso quedarme con Simon, así que es casi lo mismo.

—¿Así que se cumplió su sueño de que te mudaras con él?

—No, por Dios. Es solo mientras arreglo unos asuntos personales. —No le digo que solo no quiero acordarme de mi ex, porque eso implica que también me acuerde que me ponía el cuerno con otro. —No quiero que pienses que es porque no puedo pagar mi apartamento como Simon te dijo.

Ella se echa a reír. Se quita la bata y se arregla el cabello.

—No es lo que pensaba, pero gracias por aclarar. —Toma sus cosas y se acerca a mí. Así de frente... bueno, no tan de frente, Kate es varios centímetros más baja, pero se entiende. —Vamos, ven conmigo. Te prometo que mis amigas se portan bien. Además, ahí venden unos *Frappés* deliciosos si no tomas alcohol.

—Te lo agradezco de verdad, pero soy un fracaso total con el sexo femenino y quiero mantener mi autoestima intacta.

Se vuelve a reír, no sé si por lo que he dicho o por la forma que lo hago. Kate está siempre de buen humor, es algo que he notado desde que la conocí. Con un trabajo como este, yo ya estuviera gritándole a todo mundo, desesperado y con ganas de salir corriendo.

Bueno, ya con el trabajo de Margaret me pasa.

—Sabes que eso no es verdad. Y no creo que el apartamento de Simon sea más divertido.

Me miro el reloj. A ver, no es como que tenga más cosas que hacer hoy, ni más trabajo de Margaret, lo que también es sospechoso, porque antes si no me enviaba con trabajo pendiente a mi casa, me escribía para terminar cualquier cosa fuera de mi horario laboral.

—Bueno, puedo acompañarte un rato.

Le abro la puerta, ella pasa y después lo hago yo, cierra con llave. En el trayecto al parking veo que tengo una llamada de Simon y ahora mismo me deja un mensaje que dice:

«¿Dónde rayos estás?»

No he visto a Simon desde la tarde antes de la supuesta reunión con Margaret, después me vine directo para acá. A ver, tampoco es como que nos saludemos o despedamos cuando estamos en el trabajo. Kate camina antes que yo, pero me adelanto para abrirle la puerta de mi vehículo. Mi compañero de cubículo me deja otro texto:

«¿Sabes que eres la sensación de Instagram?»

Y le agrega unos emoticones de risa a su mensaje. Cuando me subo frente al volante, le respondo:

«¿Qué diablos estás haciendo?»

—Perdón —le digo a Kate—. Simon me está escribiendo y ya te imaginas que es un grano en el culo de primera.

—*Naah*, no te preocupes.

El mencionado me deja otro texto:

«Tienes cinco solicitudes de cita para este fin de semana ;)»

Esoooo, cabrón»

No me jodas, Simon.

En fin, mejor dejo mi teléfono a un lado y durante todo el trayecto al lugar que me dice Kate no veo mi celular ni un solo momento, aunque lo siento vibrar dos veces en mi bolsillo. De nuevo, el trayecto es silencioso, pero no un silencio incómodo, si no uno ameno que en parte me relaja. Una vez ya en frente del lugar, miro el texto de Simon finalmente:

«¿Qué te parece decirles esto? ¿Suena a algo que tú dirías?»

Ay, por Dios.

«No suelo sostener conversaciones por chat, porque mi trabajo de editor jefe apenas me deja tiempo, pero podemos vernos algún día, compartir una cena, alguna plática o unas sonrisas, si funciona para los dos nos podemos ir a mi casa en la playa, compartir unas copas y alguna película».

Como ya dije: Por Dios.

Le digo que no, por supuesto, que eso no suena a algo que a mí se me ocurriría decir.

De: Simon

«Pues acostúmbrate, porque así es como vas a hablar de ahora en adelante.

A las chicas les fascino, por cierto»

Para: Simon

«No puedo creer que estés usando mi nombre para esto»

De: Simon

«Y yo no puedo creer que por fin vayas a tener una cita este fin de semana»

Que alguien devuelva el tiempo y evite ese momento en el que conocí a Simon, por favor.

A su último texto le añade unos emoticones que simulan fuegos artificiales. Miro el lugar frente a mí, es un sitio estilo Karaoke y Kate me dice que solo le está enviando un mensaje a sus amigas, le digo que sí. Me bajo después de ella y miro el siguiente texto del grano en el culo — Simon—:

«Necesito que nos reunamos ahorita ¿Dónde estás? Quiero que mires a las chicas y tú decidas con cual tener tu primera cita, aunque yo ya tengo elegida a una pelirroja con los pechos enormes, por si tú no te decides yo puedo aparecerme en tu lugar y decirle que a ti te dio viruela»

Entonces yo le contesto a él:

«No mames, Simon»

No le digo donde estoy o con quién, porque sé que me hará invitarlo y yo no quiero tenerlo a mi lado hablando sobre las benditas citas o el Instagram que me creó. Cuando me vuelve a preguntar si ahora me quedaré en mi apartamento o en el suyo me veo en la obligación de contestarle. A ver, cuando Simon no está hablando sobre el artículo de ligues, o las supuestas citas que me creó, es hasta divertido pasar tiempo con él, ahora mismo no, así que espero que esté dormido cuando llegue. Me deja otro texto:

«¿Dónde estás?»

Mierda.

Yo estoy siguiendo a Kate a la entrada del local, ella está hablando con una de sus amigas por mensaje de texto. Cuando me mira, yo le pregunto:

—¿Puedo decirle a Simon que estoy aquí contigo? Digo, por si se auto-invita, no quiero que alguna de tus amigas se ponga incómoda. Lo digo específicamente por la chica que lo mandó a la mierda, y perdón por la palabra.

Entonces después de una carcajadita, me dice:

—¿Linda? No, a Linda no le importa en absoluto.

Entonces se lo digo, así exacto: «Estoy con Kate y unas amigas tuyas» y su respuesta es inmediata, me pregunta: «¿Está Linda ahí?» Ni siquiera las he conocido, entonces le digo que no sé, a lo que él le agrega: «Una rubia con mechones de colores, usualmente se hace dos moñitos en la cabeza. Tiene un tatuaje de serpiente en la mano».

Yo estoy siguiendo a Kate por el establecimiento y al mismo tiempo estoy leyendo los mensajes de Simon, entonces veo el grupo de chicas que saluda a Kate y ahí está la rubia con dos moñitos. Esa asumo que es Linda, la que está a la par de ella es la que comparte nombre con la

jefa dragón y hay otra que es la primera en ponerse de pie.

Le contesto el último mensaje a Simon y le digo que sí, que Linda sí está aquí. Entonces se me ocurre preguntarle por Alicia, la chica de recepción, porque veo que el entusiasmo con Linda —quién ya lo mando a la mierda— no se le quita. Él me responde:

«¿Qué hay con Alicia? Es solo un ligue y ya está. Es perfecto»

Para: Simon

«¿Ella sabe que es solo un ligue?»

De: Simon

«Claro que sí, y si no, ya debería saberlo, se lo he dejado claro»

Mi pregunta es ¿Cómo diablos se lo deja claro si no se lo ha dicho? En fin, Simon.

Para: Simon

«¿Ya le dijiste que es tu ligue?»

De: Simon

«Por supuesto que no, tonto»

—Chicas, él es Roger —escucho la voz de Kate, las chicas me sonríen y cada una me extiende la mano y tomo primero la de la chica que está más cerca, dice que se llama Brenda, después saludo a Margaret y por último a Linda de Simon. Bueno, de Simon definitivamente no es, y al parecer no lo será. —Chicas, Roger dice que es un fracaso total frente al sexo femenino, pero solo necesita rodearse de ustedes.

Entonces me rio, joder. Nota mental: Nunca decir este tipo de cosas frente a Kate.

Las chicas también sueltan una risita y me hacen un espacio entre medio de ellas, Kate se sienta exactamente frente a mí. La música está alta, pero no tanto como para no escuchar a Kate decir:

—Por cierto, Roger es escritor.

Todas las chicas me miran, las tres, y ahora es la que se llama Linda que me habla:

—¿Escribes novelas eróticas?

—No, yo escribo en una revista.

—¿Nunca has escrito novelas eróticas? —Ahora es la que se llama Brenda, ella está sentada al otro lado de mí y yo le contesto:

—No, bueno... tal vez alguna hace mucho tiempo. No soy escritor de erótica específicamente.

—¿Entonces sí has escrito novelas eróticas?

—Escribí una hace mucho tiempo, pero no...

—Tienes que mostrárnosla, yo tengo mucho tiempo libre. —Esa es Linda de nuevo. A ver, la única novela erótica que escribí fue aquella que me hizo trasnochar antes de la foto de mi licencia de conducir y además me resfrié. Como yo no digo nada, se vuelve a Kate: —Oblígalo a que nos enseñe la novela erótica.

—Ya no existe —le respondo yo—. La escribí para un concurso de escritura, no gané evidentemente, pero de todas formas no me tenía muy convencido. La perdí con otros archivos de mi antigua laptop.

—¿De verdad? Vuelve a escribirla.

—Sí, vuelve a escribirla. —Ahora es Kate. A ver, sé que está bromeando.

—¿No era de hombres millonarios? —De nuevo, Linda. Ahora que lo pienso mejor ¿Qué tal si hubiera escrito una novela erótica con millonarios? Tal vez esa sí fuera la favorita de Sara y sus amigas. —¿O sí?

—No escribo sobre millonarios, aunque tal vez debería.

—¿Y de guardaespaldas que tienen que cuidar a una rica malcriada?
Me río de nuevo.

—Tampoco. Escribo de todo, pero romance solo del normal. —No me refiero tampoco a que ese tipo de historias no lo sean. —Ustedes me entienden.

—Vaya, un hombre que escribe erótica. Suena interesante.

—¿Y cómo escribes las escenas sexuales? ¿Son tu propia experiencia? —Ahora es la que comparte nombre con la jefa dragón. A ver, me está viendo como si en realidad yo voy a contestarles eso, pero entonces Linda suelta:

—¿O miras mucha porno para inspirarte?

Dios mío, ¿en qué momento le dije a Kate que sí iba a acompañarla? Bueno, yo me río primero, tal vez por vergüenza, y Kate les dice que me dejen en paz. Alguien en la tarima comienza a hablar y las menciona específicamente a ellas, es que hoy es noche de Karaoke al parecer y ellas son las siguientes. Al menos voy a descansar un rato.

Las otras chicas se ponen de pie, Kate también, pero solo para sentarse a la par mía. Cuando un camarero se acerca ella pide un Frappé para los dos. No pensé que lo del Frappé iba en serio, pero, en fin. También tengo un mensaje del pendejo de Simon, pero es un signo de interrogación que no entiendo, así que lo ignoro.

—Tus amigas... —le hablo a Kate, hago una pausa para encontrar la palabra correcta. —
Son...

—Intensas.

—No, iba a decir especiales, pero «intensas» también les pega. —Kate se ríe, gira su torso en mi dirección cruzando una pierna sobre la otra. Estamos muy cerca, tanto así que nuestras rodillas se rozan. —¿Puedo preguntar qué edad tienes?

—Cumplí veintisiete hace un mes. —Okey, solo soy mayor por unos meses, ¿de dónde ha sacado tanto tiempo para estudiar todas esas cosas que están en la pared de su oficina —¿Por qué la pregunta?

—No es nada. Es solo vi todos tus certificados y estudiaste en Harvard. Tu currículum es impresionante. El único reconocimiento que yo tengo es del *Kinder* por no llorar cuando mi madre me dejó el primer día.

Kate suelta una carcajada y yo, de inmediato, me arrepiento. A ver, solo no debo contar esas cosas y ya.

—Eso es todo un mérito.

Entonces una de sus amigas la llama a la tarima, ella les dice que no con la mano y la chica, Linda, insiste. Kate se está carcajeando y me contagia a mí, ahora hasta yo estoy animándola para que suba. Lo hace y cuando ya está subiendo mi teléfono celular me anuncia un mensaje de Simon. Me llama la atención el link que me comparte, pero solo un momento después escribe: «Si estás sensible, mejor no veas esto».

¿Estoy sensible? No sé ¿Quiere ver qué es lo que tiene ese link? Sí. Entonces le doy click y es un video sobre el proyecto del hijo del millonario holandés. Cuando voy a preguntarle a Simon sobre el porqué me envía esto —digo, esto yo ya lo sabía— entonces aparece Sara, junto a él, tomados de la mano y miro el anillo de compromiso su dedo anular.

Ella le está tomando el brazo, está sonriendo también, se ve... ¿feliz? Ella está diciendo algo, no logro escuchar bien por la música, pero de todas formas presiento que no quiero saber. En el encabezado se lee: «El hijo del magnate holandés, Koen Van Brouwer, se casa».

Todavía recuerdo el día que Sara me dijo que no estaba lista para casarse. No es como que yo pensaba en casarme con ella en ese momento, pero sí pensé que eventualmente iba a darse,

digo... llevábamos más de tres años en una relación estable, así que yo solo quería saber cómo lo prefería ella.

En ese momento no pensé nada por su respuesta. No me pareció nada extraño cuando añadió que le parecía estúpido si puedes compartir tu vida con una persona sin papeles firmados. Es que eso tenía razón. Aunque ahora que lo pienso mejor, tal vez lo que quiso decir fue «No quiero casarme contigo, Roger».

En fin, la vida sigue. Así que solo cierro la página web y me guardo el teléfono.

Capítulo 14

La vida se divide en situaciones buenas, situaciones malas y situaciones totalmente caóticas. Últimamente, no sé qué situaciones buenas me han pasado, pero es obvio que las caóticas han estado ahí, a la orden del día, como encontrarme a Koen Van Brouwer, por ejemplo, en el ascensor del edificio donde trabajo, con dos hombres uniformados acompañándolo, y una chica joven que agradecí no fuera Sara.

Llegué hiperventilando, el tráfico fue lo peor y es que ayer después del frappé que me tomé en ese lugar del Karaoke me pedí una cerveza, tal vez dos, no llegué a alcoholizarme, por supuesto, pero sí me llegó lo suficiente como para subirme a una tarima a cantar con Kate. Espero eso se me borre de la memoria y del celular de cualquier persona que lo haya grabado.

Pero bueno, el trayecto desde el parqueo hasta aquí se me hizo corto, porque lo atravesé corriendo. Esperaba que Margaret no estuviera, pero se me olvidó manifestar que no me encontrara con otras personas que prefería no ver, pero ya estamos aquí. Un hombre vestido de negro me detiene y en ese momento lo veo a él, un tipo con porte elegante y un traje de algún diseñador carísimo que ni siquiera logro reconocer. Él está hablando por teléfono, sube sin ver a ninguna parte y después el mismo hombre toca el botón que cierra las puertas.

Okey, entonces a mí que me lleve la *chingada* ¿No?

Entonces me acuerdo de la otra parte del video que publicaron, porque sí... se me ocurrió verlo otra vez cuando llegué al apartamento de Simon, pensé que no iba a importarme, pero me molesté. Es que... a ver, lo que dice ahí textualmente es: «Nos conocimos en París hace un año, después de eso no pude dejar de pensar en él y volvimos a encontrarnos para mi fiesta de cumpleaños gracias a mi mejor amiga, a partir de ahí todo fluyó y aquí estoy, más enamorada que nunca de este hombre».

Repetí el video tantas veces, estaba —y todavía estoy— furioso. Era como si me estuviera confesando todo a través de una pantalla, como si me estuviera hablando específicamente a mí, sacándome en cara lo perfecta que es para decir mentiras, o lo tonto que he sido yo para creérmelas. Dijo que todo comenzó en su cumpleaños y ella ese día me juró que estarían solo sus amigas, que era una salida de chicas nada más. El video dura unos veinte minutos y la pregunta más importante está al final, cuando la entrevistadora le preguntó cuánto tiempo llevaban juntos y fue él quien contestó:

«Yo soy una persona muy ocupada, nos vimos unas cuantas veces en los últimos... no sé... ¿Cuatro meses? Intentamos mantener una relación a distancia, pero ya no podía más, estoy tan enamorado de esta mujer que le propuse matrimonio tan solo unos días después de habernos mudado juntos, en el lugar que nos conocimos: París».

Me di cuenta de dos cosas: 1. Que se estaban viendo desde hace cuatro meses. 2. Que comenzó a vivir con él el mismo día que se fue de mi casa. Mi parte cuerda sabía que necesitaba dejar de ver eso y no darle importancia, pero mi parte masoquista me hizo quedarme hasta el último minuto donde ella remató con un:

«Pero cuando sabes que es la persona correcta, el tiempo no importa. Estuve más de cinco años con una persona que no me hizo sentir todo lo que Koen hizo en unos días».

Quiero retroceder el tiempo y evitar ese preciso momento en el que conocí a Sara en la universidad.

No sé cuánto tiempo tardé en digerir aquellas palabras, pero cuando me di cuenta yo ya tenía

que comenzarme a alistar para ir a trabajar fingiendo ante Margaret y todo el mundo que me va de maravilla. Creí que el trabajo podía distraerme, pero ahora que estoy aquí, frente a Koen Van Brouwer.

Estaba mejor en mi casa. Bueno, el apartamento de Simon más bien.

Ahora que lo pienso mejor, tal vez no es mala idea esperar que el ascensor regrese, creo que tengo tiempo. Entonces el tal Van Brouwer pone su maletín antes de que las puertas se cierren por completo y ahora mismo me está viendo, le dice al hombre que lo acompaña que me deje pasar...

A ver, ¿qué?

—Puedo ir por las escaleras —eso lo digo yo, claro ¿Debería? Pues no sé, todos estos millonarios están acostumbrado a que los demás solo obedezcan. —Pero muchas gracias, de verdad.

—No hay problema, aún cabe una persona. No tienes por qué ir por las escaleras. —Entonces se aparta un poco y aquí queda el espacio que mencionó. El holandés tiene una voz profunda, fuerte y rasposa, casi como las de esos tipos que anuncian comerciales en la televisión. Hace un corto contacto visual conmigo cuando me pide que pase con un gesto de mano. A ver, quizás este hombre sabe de mí, tal vez envió a alguno de sus hombres a investigarme, digo... no creo que no sepa que Sara vivía con alguien más cuando inició «la relación a distancia» con él.

Tal vez solo estoy siendo paranoico ¿Quién va a mandar a alguien a investigarme a mí? Yo no soy competencia para Koen Van Brouwer.

Entonces me ubico a su lado. A ver, en la televisión se ve imponente, así en vivo es como cualquier otra persona más... con millones en su cuenta bancaria, claro. El sujeto no es más alto que yo, pero sí parece alguien que se ejercita a menudo.

Solo espero que a Sara no se le ocurra aparecer ahora mismo.

—¿Trabajas en «Hombres al poder»? —Esa pregunta la hace la chica que está con él. La miro por el reflejo del espejo y me giro un poco para responderle. No le había puesto mucha atención, pero se parece a Koen Van Brouwer.

—Así es. —Veo que el número de mi piso ya está marcado.

Entonces las puertas se abren y ellos salen primero. Okey, entonces vienen a la revista en realidad. Doy un paso al frente y veo que Margaret ya está ahí esperándolos, carga una pila de folios y tiene una gran sonrisa —que no es usual, cabe agregar—. Ellos pasan directo a la oficina de la jefa dragón quedándose solo los hombres de negro vigilando la entrada.

—¿Qué es eso? —me pregunta Simon. Está llegando apenas —*más tarde que yo*—, mira a a los hombres frente a la oficina de Margaret y vuelve a preguntar: —¿Qué está pasando? ¿Nos visita el presidente?

—Es Koen Van Brouwer. —A este punto, ya había escuchado ese nombre tantas veces que hasta me aprendí bien la pronunciación —*contra mi voluntad*—. No estoy viendo a Simon cuando digo esto, estoy mirando los post-it de colores que tengo en mi escritorio. A ver, aquí me faltan casi la mitad.

—¿Koen Van Brouwer? ¿Tu compadre? —Una mirada nada amable es suficiente para que se calle, pero se está riendo en silencio. Trae un vasito de café y ese se lo lleva a la boca. —Sinceramente, Margaret es una perra,

—Margaret me da igual.

—Pero no te lo tomes personal ¿Okey? —Baja la voz cuando dice eso. —Está en negocios, el holandés quiere invertir en la revista y si pasa eso «Hombres al poder» tendrá un nuevo estatus y pronto nos estaremos mudando a un edificio en mejores condiciones y es muy probable que tú y

yo tengamos una oficina propia. Así que todos ganamos.

—Margaret no nos daría una oficina propia y eso lo sabes. Vamos a estar aquí juntos por siempre.

—Qué romántico. —Se burla, pero entonces sus palabras me llaman la atención.

—Espera, ¿Koen va a invertir en la revista?

—Sí, piensa comprar la mayoría de las acciones ¿Sabes qué significa eso? —Okey, lo único que me faltaba, que mi nuevo jefe sea el tipo con el que me engañó mi ex. Simon se acerca a mí movilizándose sobre su silla giratoria sin ponerse de pie. Saca su iPad y me muestra los perfiles de diferentes chicas.

—¿Cuál de ellas prefieres?

—¿Cómo que cuál de ellas prefiero? Son chicas, no pares de zapatos.

—No seas *mamón*, Roger. Solo elige una y ya. Todas ellas están dispuestas a sacar tu lado salvaje ¿Te acuerdas de ese *En Vivo*? ¿Sabes una cosa? Nunca pensé que le atraerías tanto a las mujeres, honestamente, y mírate, te están llegando mil seguidoras. Yo ya elegí una por si no te decides, creo que te lo comenté ayer ¿No?

Entonces me muestra a la chica pelirroja que creo mencionó ayer y tiene unos pechos enormes...

—¿Qué dices?

—¿Esos pechos son reales?

—¡Y yo que sé! Tú vas a averiguarlo. —Entonces se detiene. —Si quieres, claro, sino no hay problema, yo lo hago por ti.

—No me jodas, Simon.

Las puertas se abren y las risas chillonas de Margaret se escuchan por todo el piso. También se oye un «Oh la la» de parte de Simon, pero al menos él sí es más cauteloso. Cuando lo miro, él está concentrado en la chica que está con Koen Van Brouwer.

—Las holandesas son lo mejor del mundo.

—Para ti todas las mujeres son lo mejor del mundo, Simon.

—Es que lo son.

—Y no creo que una chica con millones en su cuenta bancaria vaya a fijarse en un «editor jefe». —Incluso comillas con mis manos y él suspira. Por primera vez en la vida dice que tengo razón.

—Ya me inventaré otra cosa. Parezco el hijo de un petrolero árabe, ¿cierto?

—No, no pareces el hijo de ningún petrolero árabe, pero quizás si mencionas que tu padre maneja varias compañías y tu mamá es la CEO de una empresa que fabrica partes de las naves espaciales, pues tal vez te toma en cuenta ¿No crees? —Hace un gesto, uno que me dice sin palabras que no le gustó mi idea. Estoy seguro de que está pensando que es mejor decirle que es el heredero de no sé cuántos pozos de petróleo. Es que él sin mentiras no vive, y lo peor es que todas le creen.

—Por cierto, ¿sabías que una persona cuando tiene sexo con alguien es como que haya tenido relaciones con todas las personas con las que él o ella se acostó? ¿Sabes qué significa eso?

—No, ¿de qué diablos estás hablando?

—Que tú tuviste sexo con Koen Van Brouwer.

Suelta una carcajada, una que no me hace ninguna gracia. Es que de verdad a veces me dan ganas de tirarlo por la ventana. Cierro los ojos un momento y respiro profundo para evitar hacer una locura. Entonces los holandeses pasan frente a mí y la hermana del hijo del millonario holandés me sonríe ¿o tal vez es a Simon? No, él está concentrado en su iPad. Le correspondo

por cortesía y vuelvo la vista a mi monitor fingiendo que sí estoy trabajando duro.

En fin, cuando ya ninguno de los dos se escucha en el piso me puedo relajar... bueno, por dos minutos nada más, porque a Simon se le ocurre seguirme mostrando los perfiles del resto de las chicas.



No sé nada de Margaret el resto del día.

No es como que quiera verla, pero es que últimamente está extraña. No me dice qué hacer, no me llena de papeles, hasta termino todo temprano y después me quedan varias horas para ponerme a pensar en qué poner en el maldito artículo. Eso no sucedía antes. En fin ¿Estará despidiéndome poco a poco? Hasta Simon tiene más trabajo que yo y estoy comenzando a preocuparme.

Qué bueno que yo ya comencé a enviar mi currículum a otras partes.

Pero bueno, cuando me la encuentro a la hora de salida lo único que me dice es:

—No olvides enviarme un adelanto del artículo.

Obviamente no tengo ni siquiera una línea para mostrarle, así que entro en pánico y conduzco a toda velocidad al apartamento de Simon solo para intentar avanzar, aunque sea unos párrafos hoy. Esta vez sí puedo abrir la maldita puerta. Cuando llego a la habitación y tomo mi laptop el video que estaba viendo sigue ahí, exactamente en la parte que Sara dice que la persona con la que estuvo cinco años no la hizo sentir lo mismo que el tal Koen Van Brouwer.

Cierro la computadora y me siento sobre el borde de la cama. Busco entre los compartimentos de la mesa de noche de Simon alguna caja de cigarrillos, porque yo dejé la mía en la oficina. Miro condones, papeles, facturas hasta que encuentro un cigarro mentolado. Mi vista se detiene en el recipiente de ropa sucia, siempre acostumbro a doblarla, pero es Simon quién siempre hace un desastre. Su ropa y la mía están revueltas y tiradas alrededor del canasto. Dejo salir un bufido y vuelvo a dejar todo adentro. Tomo el cesto y me voy directo a la lavandería en el primer piso.

Perfecto, no hay nadie, y de paso elijo la que está más al rincón para poder fumar tranquilo. No sé si se puede, pero no veo ningún letrero que diga que no. Una vez que preparo todo, recuesto mi cadera en una mesa mientras enciendo el cigarrillo, me traje el encendedor de Simon, así que, si llega a casa y lo necesita, lo siento mucho. Le doy la primera calada y en ese momento siento que me lo arrebatan de las manos.

Incluso me da tos. Miro a Kate que lo sostiene y después lo deja caer al suelo para apagarlo con su zapato. Ese era el único que me encontré.

—¿Por qué no tomas cianuro? Es más rápido —me dice con ironía. Yo solo miro el bendito cigarrillo tirado en el piso. Kate se va un momento, pone a funcionar la lavadora que está a la par y después deja su ropa ahí.

—Oye, ese era el único que me encontré. Se lo robé a Simon. Me debes uno.

—Te estoy ahorrando vueltas innecesarias al hospital cuando ya estés mayor.

—Ni siquiera sé si voy a llegar a mayor.

Le resulta gracioso. Se sube a la mesa frente a mí y mantiene la mirada puesta en mí. Esboza una sonrisa que me hace reír, debería estar molesto.

—¿Entonces ese es tu plan de vida? ¿Matarte poco a poco, porque no sabes si llegarás a mayor?

—No fumo todos los días ¿Okey? Sólo lo hago cuando estoy... estresado. —Creo que esa es

la palabra correcta para todo lo que me pasa. Doy media vuelta para ver el estado de mi ropa y me vuelvo a ella cuando dice:

—¿Tu jefa?

—No, un artículo y, bueno, también mi jefa. Y muchas otras cosas para ser honesto.

—¿Tienen que ver con tu ex?

—No específicamente. Bueno, tal vez sí, porque me acabo de enterar que me puso el cuerno por cuatro meses con el hijo de un tipo millonario. Es que no lo entiendo ¿Sabes? Dijo en televisión que tuvo una relación a distancia con él y a mí me dejó hasta el viernes pasado ¿Por qué no dejarme antes y ya está?

—Porque, evidentemente, no sabe estar sola. Y sabía que una relación a distancia puede no funcionar y tú eras el lugar seguro. Una vez que las cosas con la otra persona iban en serio, se quedó con el mejor postor.

—Okey, eso tiene sentido. Y también explica el por qué no se fue desde antes si no le gustaba vivir conmigo.

—¿Eso te dijo?

—Sí. Vivo en uno de los barrios más caros de la ciudad solo porque ella quería vivir específicamente ahí. Y antes de irse me dijo que odiaba el lugar. No, nunca la comprendí ni un poco. —Dios, ¿qué hago contándole mis penas a una mujer? A este punto debe sentir lástima. —Perdón por contarte estas cosas.

—No te preocupes, el chisme es mi pasión. —Suelto una risita. Se va un momento a ver su ropa y cuando regresa vuelve a sentarse en el mismo lugar. —¿Cómo te sientes? —No me está viendo cuando me lo pregunta y agrega: —Quiero decir, ¿cómo te sientes ahora que ya no estás en esa relación? ¿Sientes que no puedes volver a salir con alguien por un buen tiempo? ¿Temor tal vez a que te rompan el corazón de nuevo?

—Todos los días tengo temor de ser arrollado por un autobús, aun así, salgo a la calle, así que no.

Kate suelta una carcajada. Miro mi ropa una vez más y entonces la escucho:

—Ven aquí. —La miro. Tiene los brazos extendidos... a ver ¿Un abrazo? ¿O qué significa eso? —Ven aquí, de espaldas hacia mí.

—¿Qué?

—Solo ven. —Con el entrecejo fruncido lo hago y me ubico como me lo pide. Un escalofrío me recorre entero cuando sus manos tocan mi cuello y después bajan mis hombros, sus dedos hábilmente comienzan a recorrerme la espalda en movimientos circulares. Se siente tan bien que incluso me hace cerrar los ojos y suspirar de alivio.

Sus manos vuelven a mi cuello y sus dedos se deslizan dentro de mi cabello tirando de una forma que un escalofrío me recorre entero.

—Voy a quedarme dormido. —Una risita es su respuesta y continúa dándome masajes suaves por el cráneo. Madre mía. —Necesito esto, pero en mi cama. —Bueno, no quise hacerlo sonar así, entonces me corrijo a mí mismo: —Digo, lo del masaje, en la cabeza.

Ella se vuelve a reír, entonces sus labios rozan mi oreja cuando me pregunta si me siento mejor. Honestamente sí, pero también escucharla así de cerca me provocó un escalofrío nuevo que, definitivamente, por el masaje no es. Me quedo un rato procesándolo y veo que ella se saca un papelito de la chaqueta. Es la envoltura de un helado de chocolate que tira en la basura que tenemos cerca.

—¿Te gusta el helado de chocolate?

—Si fuera el fin del mundo y tuviera que elegir una cosa para comer el resto de mi vida, sería

helado de chocolate. —Una sonrisa es mi respuesta, entonces me acuerdo de que hay una heladería en la esquina.

—¿Te gustaría ir por un helado mientras esperamos que esto se termine de lavar?

—¿Un helado? ¿Ahora mismo?

—Sí, ¿por qué no?

Me dice que sí y le extiende mi mano para ayudarlo a bajarse de la mesa.

Capítulo 15

Antes los domingos eran mis días favoritos.

Levantarme hasta tarde, preparar el desayuno, dormir, ver fútbol o series. Libre de Margaret, de problemas, del maldito artículo de los ligues. Hasta hace dos domingos exactos, pensaba que mi vida era perfecta, que tenía un trabajo estable, un salario decente y una novia que creí que me amaba.

Qué engañado me tenía a mí mismo. Darme cuenta de la realidad es cómo haber despertado de un sueño profundo por una bofetada en la cara.

Pero, como dije, la vida sigue. Aunque intento sacar cuentas de cuándo fue mi última relación sexual, porque tenía cuatro meses de estarse viendo con ese tipo. El día de su cumpleaños que menciona en el video —donde presuntamente se encontraron otra vez—, ella llegó tres días más tarde. Después comenzaron los viajes seguidos, ella mencionó que Wendy era la que pagaba, pero honestamente, Wendy no gastaría un centavo en Sara. Ni siquiera le daba regalo de cumpleaños. Y la última vez fue cuando me dijo que estaría una semana con sus papás, yo los llamé un viernes y me dijeron que Sara no había llegado, pero entonces la mamá de ella intentó componer sus palabras y después me dijo que se había ido a estar unos días con sus abuelos y de ahí es que “no había llegado”. Yo no soy celoso y nunca se me ocurrió indagar más allá, porque estúpidamente confiaba en Sara.

En fin, me siento cabreado. Con ella, con toda su familia, con sus amigos. Salgo a correr ese domingo muy temprano y lo hago sin abrigarme. Ni siquiera invité a Simon, él llegó a medianoche y esta mañana estaba tirado en el sofá —ni siquiera alcanzó a llegar a la cama— con la cabeza colgada de una manera extraña. Sí, me cercioré de que sí respiraba.

Cerca del apartamento de Simon también hay un parque y le doy unas cuántas vueltas alrededor sin descanso. Llego a un punto en el que mis piernas ya no quieren responder e intento recuperar aire con las manos sobre las rodillas. En ese momento escucho un ladrido cerca de mí y después algo tira con fuerza de mi pantalón deportivo.

Es perro pequeñito, es casi adorable, pero me percató que estoy mostrando la goma de mi ropa interior así que intento retirar a la mini bestia quién de inmediato me gruñe y vuelve a tirárseme encima.

—Oh por Dios, lo siento, lo siento mucho. —Siento que conozco esa voz. Levanto la mirada y sí, es la persona que creí, también es la única que he escuchado con ese acento extranjero. Apenada me quita al perro del zapato y éste me muestra los dientes.

No entiendo cómo puede haber tanto odio en ese ser tan pequeño.

—No es nada, no te preocupes —le digo yo y el animal vuelve a mostrarme los dientes. Me río, pero la rubia le riñe en un idioma que creo que es holandés. Bueno, el perro entiende holandés y yo no.

En ese momento la chica me mira, sonrío y me dice:

—Roger, ¿cierto? —¿Cómo es que sabe mi nombre? Porque no recuerdo haberlo mencionado. Ahí es cuando mis alarmas se encienden, tal vez todos los Van Brouwer saben quién soy gracias a Sara—. No sé si me recuerdas, nos conocimos en el elevador el otro día, estaba con mi hermano, mencionaste que trabajabas para «Hombres al poder» me encanta conocer a alguien de la revista, así no me sentiré tan sola.

A ver, ¿cómo es eso de «no me sentiré sola»? Y por supuesto que la recuerdo, es imposible

olvidarme de su cara cuando tiene un gran parecido físico con su hermano mayor.

—Sí, claro que me acuerdo.

—Mi hermano está negociando las acciones de la revista. De llevarse todo a cabo estaríamos trabajando juntos ¿Eres el asistente de Margaret?

—No, no. Yo no soy asistente de Margaret, soy uno de los editores de la revista.

—¿En serio? Perdón, es que eso fue lo que ella me dijo ¿O entendí mal? No sé, a veces mi español no es tan bueno.

—No es tu español, estoy seguro de que sí dijo eso, porque lo hace de vez en cuándo ¿Por qué? No lo sé.

—Oh, entiendo. —Eso lo dice con una sonrisa en la cara. —Por cierto, lo lamento tanto, no me presenté formalmente, soy Alice. Alice Van Brouwer. —Me extiende su mano con entusiasmo, a ver ¿Cómo se saluda a una millonaria? ¿Le doy la mano nada más? ¿Hago una reverencia? Yo tomo la primera opción, porque es la más fácil, pero no soy tan simple, así que le beso el dorso.

—Un gusto conocerte, Alice. Yo soy Roger Santana.

—Ya lo sabía. Se lo pregunté Margaret. —¿Cómo que se lo preguntó a Margaret? ¿Y qué más le dijo ella? Margaret es especialista en hacerme quedar mal. —Me dijo que tenías bronquitis y que mejor no me acercara. —Ella se ríe nada más y... ¿qué diablos? ¿Margaret qué? —Y lamento lo de Panqueca, está aprendiendo a comportarse, está en un país completamente desconocido y el cambio lo estresó, pero te juro que no es así normalmente.

—Espera ¿Lo llamaste Panqueca? —Me da un gesto afirmativo y le da un beso sonado al animal en toda la cabeza. —Perdón Alice, pero ahora entiendo por qué carga tanto odio.

La chica se carcajea y el animal vuelve a gruñirme. No lo culpo, lleva nombre de merienda, pero yo no se lo puse, debería dirigir su odio a la persona correcta.

—¿Entonces qué nombre sugieres, Roger? No para Panqueca, claro, digo... para alguna mascota a futuro. Panqueca ya se quedó así.

—No lo sé... tal vez ¿Thor? Algo que le dé personalidad.

Dice que sí, pero entonces una voz nos interrumpe y esa también la reconozco de inmediato. Miro en dirección al auto lujoso que aparcó a la par y, con la ventana abajo, el que llama a la chica es Koen Van Brouwer.

—Alice... —El tipo me está viendo a mí ahora mismo y me saluda con un leve asentimiento, si no tenemos problemas por Sara, los tendremos por su hermana al parecer, pero... a ver, yo no me siento atraído por Alice. —¿Nos vamos?

—Tengo que irme, Roger. Fue un placer verte. —Se acerca y me un beso en la mejilla. A ver, a ver, que yo estoy sudando como puerco, acabo de correr hasta quedarme sin respiración ¿A ella le importa? Pues al parecer no.

—Adiós, señorita Van Bouwer.

—Puedes llamarme solo Alice.

—De acuerdo, Alice.

Me da un adiós con un gesto de mano cuando se sube al vehículo. La mirada del Koen Van Brouwer está sobre mí de nuevo después de que su hermana le dice algo que no logro escuchar. Los vos van en el asiento de atrás. Se van finalmente y hasta ese momento es que siento que puedo respirar tranquilo.

Definitivamente, qué pequeño y bastardo es el mundo.

Cuando regreso al apartamento de Simon él ya se despertó, lleva una bolsa de hielo en la nuca y está parado en la cocina.

—¿Adivina con quién me encontré?

—¿Alguna actriz porno?

—No, Simon, con la hermana de Koen Van Brouwer, dice que se llama Alice.

Ahora sí me está poniendo toda su atención. Se acomoda mejor el hielo en el cuello y con el entrecejo fruncido, me pregunta:

—¿Qué hace la hija de un millonario holandés en un barrio de simple mortales como éste?

—Y yo qué sé. Su mini perro me atacó, se acercó a disculparse y me contó que Margaret le dijo que soy su asistente. —De paso me rio por lo absurdo que suena eso. Al parecer, tengo dos trabajos y Margaret solo me paga por uno. —No me pasé tantos años en la universidad para que Margaret le diga a los demás que soy su asistente.

—¡Cógetela! —Yo en ese momento me estoy sirviendo café y casi se me cae cuando lo escucho: —¿Qué? Solo folla con ella y ya está.

—¿A Margaret?

—No pendejo, a la hermana de Van Brouwer, bueno, también puedes cogerte a Margaret si quieres.

Mi cara de asco es suficiente respuesta.

—Estás demente. Y lo digo por las dos cosas ¿Por qué me cogería a la hermana de un tipo con el que me pusieron el cuerno?

—¡Exacto! Es que es perfecto. Koen se coge a tu ex y tú a su hermana.

—Definitivamente no. Está demasiado joven, además.

—¿Te imaginas las cenas familiares con los Van Brouwer? Tú y Sara de frente, ella con Koen y tú con Alice. —Suelta una carcajada. —Suena a novela de esas chinas cargadas de drama.

Se sigue riendo, ahora deja la bolsa de hielo a un lado y se queja por el dolor de espalda.

—Estás loco, de verdad.

—Bueno, si no lo haces tú, lo haré yo en tu nombre. Ya la investigué y es mayor de edad, así que estamos bien. Dale mi número la próxima vez que te hable. —Me mira, bueno... mi ropa en realidad. —Oye ¿esa es mi camiseta Under Armour?

Entonces me miró a mí mismo.

—Te la pedí prestada esta mañana, me dijiste que sí podía usarla.

Por supuesto que eso no es verdad, pero él se la cree.

—No te bebas ese café. No sé cuánto tiempo tiene de estar ahí. —Entonces lo escupo de regreso ¿Qué diablos? —¿Te parece si vamos al Starbucks que está en la otra cuadra? Por cierto, no se me olvida que te fuiste a correr sin mí.

—Estabas dormido y bastante cómodo, no iba a despertarte.

Lo de «bastante cómodo» es puro sarcasmo.

Nos vamos caminando al local que menciona y, de milagro, es él quién accede a hacer la fila y yo solo tomo el lugar en una de las mesas. Estoy viendo mi celular cuando a lo lejos escucho un gritito femenino y después a alguien decir:

—¿Ese es Roger?

Y a otra contestar:

—Sí es.

Entonces veo al grupo de chicas corriendo hacia mí. Todas llevan ropa de deporte. Toda la mesa es invadida por las amigas de Kate, quienes después de un «hola» en coro, me preguntan si pueden acompañarme. Yo les digo que sí.

Toman todos los sobres de azúcar. A ver, yo tomo café sin endulzante, pero tal vez deberían

preguntar y se los digo así, en tono de broma, claro:

—¿Qué tal si yo iba a necesitar azúcar para endulzar mi café?

Ellas están poniéndole a los suyos que acaban de comprar.

—Pues ups. —Es la que se llama Brenda quién me contesta, además pregunta: —¿Estás solo?

—No, Simon está en la fila. —Todas ellas conocen a Simon creo, porque lo buscan con la mirada. La chica, Linda, ni siquiera se inmuta, además, viéndola así de cerca y a la luz del día, no parece alguien a quién le interese un follador como Simon.

—¿Tienes planes para hoy? —Es ella misma la que me pregunta.

—¿Dormir temprano cuenta? —Todas jadean en coro. Le sigue un elocuente «No» y después Linda saca un lapicero de su cartera y anota algo en una servilleta. —Si no tienes planes, deberías ir a mi fiesta de cumpleaños, ahí está la dirección.

—¿Hoy es tu cumpleaños?

—No, pero eso qué importa. Celebro mi cumpleaños cuando se me da la gana. —Caramba —Kate vendrá, por cierto.

El hecho de que mencionen a Kate y de esa forma sospechosa...

—Hablando de ella ¿Por qué no está aquí con ustedes?

—Hoy tenía turno desde las cuatro de la mañana. —Es la que lleva el mismo nombre de la jefa dragón quién contesta. —Oye ¿Tú follas con Kate?

Dios mío ¿Qué? Y me río, porque... no sé, a ver, de tantos pretendientes que una doctora puede tener ¿Por qué yo?

—¿Eso es un sí?

—No, es un no. Yo no follo con...

—¿No follas? ¿Eres de los románticos que hacen el amor?

—¿O prefieres la palabra «coger»?

—No, no follo, ni hago el amor, ni prefiero la palabra coger, o como quieran llamarle... con Kate ¿De acuerdo?

—¿Estás seguro? No nos estás mintiendo ¿Verdad? ¿Kate no quiere que sepamos?

—No tengo nada con Kate.

—Ah genial, solo te queríamos decir que, si le rompes el corazón, nosotras te rompemos las pelotas. —Me quedo viéndolas a las tres, yo creo que sí están hablando en serio. Qué suerte que Simon nos interrumpe, aunque se detiene y dice:

—¿Roger rodeado de mujeres? Eso es casi un sueño. —Se abre paso entre medio de Linda y Brenda. Me entrega mi café y de paso me compró un croissant. Mira, a pesar de tener el cuello tieso, está de buen humor.

—Al menos ya sabemos que no se folla a Kate. —Le contesta Margaret. Simon suelta una carcajada y como si no fuera suficiente les dice:

—Roger solo ha follado con una persona en toda su vida. —Que alguien me agarre porque lo mato.

—Simon... —le advierto, pero él continúa:

—No hay nada de malo con eso, Roger. Relájate.

—¿En serio solo has follado con una persona? —De nuevo toda la atención en mí. Aunque yo solo estoy viendo a Simon, a quién al parecer esto se le hace de mucha gracia —¿En pleno siglo XXI?

—No, tuve otra novia antes de Sara.

—Otra con la que estuvo muchos años también. Roger es el hombre del proceso. Entonces

creamos una misión para conseguirle un ligue de una noche. ¿Quieren apuntarse? —Vuelvo a repetir: ¿En qué momento me hice amigo de Simon?

—¿A ser el ligue de una noche de Roger? Podemos acomodarnos en días, yo estoy libre los martes. —Por supuesto que Brenda está bromeando, pero las otras chicas le siguen la corriente.

—Es solo un maldito artículo que tengo que escribir para la revista, algo sobre ligues de una noche y bla bla bla.

—Entonces se nos ocurrió hacer estudio de campo...

—A Simon se le ocurrió hacer un estudio de campo —aclaro yo.

—Roger, déjame hablar. Bueno, después de que su novia le pusiera el cuerno con un tipo millonario...

—Simon, ya basta. —Definitivamente, no puedo tener una vida privada con Simon. Si renuncio a la revista de Margaret, lo borraré a él de mis contactos. Puedo hacer otro amigo en otro lugar y esta vez voy a ser más selectivo.

—¡Estuvo cinco años con ella!

—¡Pero qué perra!

—Perra es poco.

—Decirle perra es un insulto para las perras.

Cada comentario es de cada una de las chicas presentes, no puse atención a cuál dijo cuál, porque yo no he despegado la mirada del idiota de Simon. Estoy molesto y él lo sabe, ¿a él le importa? No, en lo absoluto.

—Creo que me voy.

—Roger... —Ese es Simon intentando detenerme. Además, que se está riendo. —Vamos, solo tómate las cosas con humor.

—Maldito seas, Simon. —La que le dice eso es Linda y no me deja ponerme de pie. —Por tu culpa ya no querrá ir a mi fiesta de cumpleaños ¿Quién mejor que una mujer para decirte como ligar con una mujer? Tú ni siquiera sabes cómo ligar.

El coro de «Uhhhh» de las otras dos chicas me hace quedarme. Tal vez puedo soportar a Simon un rato más.

—Vamos, Simon, defiéndete. —Esa es Brenda y está viéndolos a los dos atenta revolviendo su café.

—No es mi culpa no ser el príncipe azul de los cuentos de hadas que quieres.

—No, tú no llegas ni a duende.

Otra vez el «Uhhhh» de parte de las otras dos chicas. Dios mío. Me rio nada más, pero me llevo al croissant a la boca solo para estar ocupado en algo y no decir lo que tengo en mente. Creo que esta vez es Simon el que agradece que nos lleguen a interrumpir. Un camarero trae una ensalada para una de las chicas y después la mesa queda en silencio.

Definitivamente, aquí hay más que un «Linda no le paró bola a Simon».

¿La mejor parte? Pude comer tranquilo y lo mejor de lo mejor, es que puedo volver solo al apartamento, porque él me dice que tiene algo que hacer, rápido me doy cuenta de que ese «algo que hacer» es discutir con Linda. Las otras dos chicas la esperan en el auto en el que llegaron a una distancia prudencial y escucho a una de ellas gritarme:

—¿A dónde vas? Podemos llevarte.

—Solo estoy a un par de cuadras, pero muchas gracias.

—¿Vas a ver a Kate?

—No, voy al apartamento de Simon.

La sonrisa pícara que esbozan las dos me ponen nervioso, pero les repito que solo voy a

recoger mis cosas al apartamento de Simon, como el mencionado me está viendo camino más rápido antes de que cambie de opinión.

Definitivamente, creo que hoy es el día perfecto para volver a mi apartamento, y me termino de convencer cuando un desastre es el que me recibe. No había visto la botella de vidrio quebrada en la cocina y Simon no hizo nada para recogerla. Molesto levanto los pedazos sin cuidado y termino cortándome la palma.

P... madre. Me lavo nada más, y estoy sacando la bolsa de basura cuando me doy cuenta de que estoy sangrando mucho, a tal punto de dejar una marca en el pomo de la puerta. Okey, esto requiere atención inmediata. Busco algo con qué tapar la herida y lo primero que encuentro es papel de cocina. Entonces salgo otra vez, agarrándome la mano, pero me doy cuenta de que es una herida profunda. Entonces veo a Kate llegando a su apartamento y yo estoy viendo el papel empapado de sangre.

—¿Qué te pasó?

—No es nada —contesto yo. O tal vez sí, porque la sangre no para. —Estoy bien.

—Eso no parece a que estás bien, Roger. —Se acerca a mí y me revisa la palma. Al menos la hemorragia ya está cediendo, pero a Kate le parece que no. —Ven conmigo.

Entonces lo hago, porque de todas formas no me sirve de mucho protestar. Cierro la puerta. Cuando estoy en su apartamento me doy cuenta de que algunas cajas ya desaparecieron. Solo me dice que puedo sentarme y después la veo perderse tras la puerta de lo que creo es su habitación. Me quedo ojeando un rato las fotografías que colgó en su pared, en ellas están sus amigas, creo que su familia y el mismo tipo con quién la vi aquel día en el bar. Cuando regresa trae una caja en manos y golpea con la palma de su mano el sitio libre a su lado sobre el sillón.

—Dame tu mano. —Se está poniendo unos guantes y cuando me siento ella se arrodilla frente a mí. Me inspecciona la herida y dice: —Creo que necesitarás una puntada ¿Podrás soportarlo?

—Pues con todo lo que he soportado estos últimos días, creo que una puntada no es nada.

Kate suelta una risita y después toma un sobrecito que creo es... ¿alcohol? Sí, lo confirmo cuando me lo pone sobre la herida y siento que me quema hasta las entrañas. Está preparando una aguja... okey, lo de la puntada va en serio.

—Una vez, cuando era niña... —Comienza a hablar. La miro solo un ratito, porque esos ojos suyos me intimidan. Su relato es pausado, tanto que me intriga y sí le pongo atención. —Tuve un accidente. Mis padres tenían una finca en un precioso lugar que íbamos a visitar a menudo. Un día quise probar qué era manejar una moto de cuatro ruedas y me subí a una sin permiso. Me fui a un abismo y casi pierdo los dos brazos.

—Eso no es verdad.

—No lo es, pero al menos no te dolió ¿eh? —Miro la herida y ya está ahí el famoso punto del que hablaba. Me hace soltar una pequeña risa y ahora me siento estúpido. —Te unté un poquito de anestesia local, solo un poco nada más.

—Usaste en mí técnicas para niños ¿Verdad?

—Pero sin incluirle a *Peppa Pig*. —Sonríe triunfante. Como ya había mencionado, Kate tiene una sonrisa bonita. Se va de regreso a su habitación y vuelve con un dulce en manos. No puedo evitar reírme. —Por cierto, quiero preparar Lasaña, ¿Te quedas a almorzar conmigo?

Capítulo 16

Le acepto la invitación a la doctora.

Aunque voy a admitir que pienso solo quedarme un rato, porque necesito tiempo para mí y prepararme mentalmente para volver a mi apartamento. Tal vez debería buscar otros lugares para vivir, ahora que ya no estoy con Sara no necesito un lugar ostentoso, pero me acuerdo del contrato de un año que firmé. Mierda.

En fin, hoy es uno de esos días en los que quiero solo dormir, pero lo que pienso que será solo una hora o dos con Kate, de pronto se convierte en casi un día entero en su piso, en su cocina más específicamente, sentados uno frente al otro en el comedor, dos platos de lasaña y dos copas de vino.

Kate es una persona Alegre, entusiasta y optimista, es divertida demás y es imposible no sentirte arrastrado por esa ola de emociones y buenas vibras que transmite. Me siento extrañamente cómodo, tanto así que cuando me doy cuenta ya es bastante tarde y cuando miro por la ventana está comenzando a oscurecer.

Se suponía que yo me mudaba del apartamento de Simon hoy.

No sé cuántas horas pasamos charlando, porque hace mucho tiempo habíamos terminado de comer, pero seguimos aquí, sin movernos, conversando y riéndonos. Después de hablar sobre recetas de cocina y darme cuenta de que tenemos bastante en común —en libros y series de televisión— la conversación se volvió más personal, sobre ella y sobre mí. Ella tiene más que contar, yo solo aprovecho el espacio para quejarme del trabajo, de mi jefa y de Simon. Gracias a él ahora todas las personas de su círculo social conocen mi vida sexual mejor que yo.

—¿Por qué eres amigo de Simon? Lo pregunta es con todo respeto. —Es que ni yo sé. —Son tan distintos ¿Crees en eso de que las personas se juntan solo con sus parecidos? Porque ahora que te conozco a ti, sé que no tienes nada en común con él.

—Simon y yo somos totalmente distintos. Ni siquiera yo sé cómo llegamos a ser amigos. No nos llevamos bien al principio, pero después las cosas comenzaron a encajar.

Kate es de esas personas que siempre mantiene el contacto visual mientras conversa y yo del tipo que no puedo sostener la mirada a los ojos, mucho más cuando son tan verdes, tan enigmáticos e inquisidores. Aun así, hago mi mayor esfuerzo mantener la conversación con la vista puesta en sus ojos.

—Entiendo.

—¿Sabes? Pienso lo mismo sobre ti y tus amigas. Me las encontré hoy en la cafetería y hasta hoy me parece que todas tienen personalidades distintas.

—Eso es verdad. —Kate suelta una risita, le da un trago más a su copa y ya a esta hora tal vez lo dos ya nos pasamos de vino. —Pero cuando las conozcas mejor te vas a dar cuenta que son las mejores personas que podrás conocer en tu vida.

—De eso no me cabe duda.

—Cada una es a su manera ¿Pero nos dejamos caer? Jamás.

Yo nunca he sido muy bueno para hacer amistades femeninas. Yo siempre fui del tipo que creció con la nariz hundida en los libros, leía desde historia, cómics, ensayos, thrillers, comedias, hasta novelas románticas y eróticas. Podía leer desde Bukowski hasta Jane Austen, desde John Katzenbach hasta Stephenie Meyer. Honestamente, nunca fui popular entre el sexo femenino, nunca tuve ligues o amores de verano, nunca me he fijado en el físico de una mujer con morbo, fui criado por mujeres, así que siempre tuve una idea distinta sobre lo que significaba salir con

una mujer.

Y ese es uno de los motivos por el cual no puedo avanzar con el bendito artículo, porque no puedo escribir algo que no me termina por convencer a mí. Simon y ese maldito artículo me tienen histérico, y me acuerdo de que también me comprometí a ayudarlo con el suyo sobre los «glow-ups» y toda esa mierda. En fin, yo soy una persona con una concepción del amor romántica, del tipo pasional, monógamo, con pétalos de rosas, flores y chocolates. Una tontería, tal vez, pero creo fielmente que lo que va a pasar pasa, y lo que no, también.

Me arrepiento de inmediato cuando le cuento todo eso a Kate.

Solo debí decirle que Simon y yo no somos iguales, no ponerme a explicarle el por qué, aunque me sonríe nada más cuando le digo:

—Y perdón de nuevo por hacerte escuchar cosas que tal vez no te interesan.

—Sí me interesan. Honestamente, son muy pocos los hombres con ese pensamiento y me encanta. Mala suerte tu ex que se buscó a un tipo que folla con cualquiera, pero a veces la ambición por el dinero es más grande. Sin juzgarla.

—Juzgarla es lo que hemos estado haciendo todo este tiempo.

Kate suelta una carcajadita y yo tal vez debería irme. Estoy comenzando a sentir que este alcohol está comenzando a llegarme y yo tengo que conducir, no soy un inconsciente tampoco, así que mejor lo dejo aquí.

Joder, no entiendo como el tiempo se fue volando, pero en el trabajo con Margaret parece que congelan los relojes. Me pongo de pie y tomo los platos de la mesa para dejarlos dentro del lavaplatos. Kate me detiene y dice que ella va a hacerlo.

—Eres mi invitado, solo siéntate.

—A ver, que sea tu invitado no significa que voy a dejarte los platos sucios. —Entonces tomo los dos en una sola mano y los levanto lo más que puedo para que no los alcance Kate. —Si los puedes alcanzar son tuyos. —Le divierte e intenta dar saltitos para agarrarlos. No lo logra. Kate tiene un buen tamaño, pero aun así yo le llevo varios centímetros. —No puedes ¿Lo ves? Déjame hacerlo a mí.

—Esto es injusto, Roger. —En el último salto se tropieza con mi propio pie, está descalza y en un intento vago por sostenerla yo me tropiezo yo con ella. Maldición. No sé cómo logro pararme firme, a ella la sostengo de la cintura y agarro los platos con todas mis fuerzas. Madre mía. Al menos todos logramos sobrevivir.

Se está riendo, agarrada de mi torso, cuando ya me pasa el susto me comienzo a reír también. Joder, eso estuvo cerca.

—¿Ya ves que casi me dejas sin platos? —Me riñe, aunque sigue riéndose. Me doy cuenta de que estamos muy cerca y mi mano sigue en su cintura, los dos brazos de ella me están rodeando a mí. Dejo los platos con cuidado dentro del lavavajillas y ella inspecciona mi mano, donde está la herida específicamente. —¿Te lastimaste?

—Naah, estoy bien. —No deja que vaya ahora por las dos copas y para evitar un accidente dejo que sea ella quién las termine de lavar. En ese momento se vuelve a mí y me dice:

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Le digo que sí y me preparo mentalmente para lo que sea, digo... hoy hablé demás. —¿Tienes nuevos proyectos como escritor?

—¿Cuentan los artículos que creo para la revista?

—No, hablo de novelas propias.

—No. Tengo mucho tiempo de no escribir absolutamente nada.

—¿Y eso por qué?

—Tal vez porque me ha rechazado demasiado que perdí la fe en mí mismo. —Yo no debería

hablar con tanta honestidad. Hay cosas que uno debe guardarse para sí. —Y bueno, tengo un bloqueo también, no he podido escribir nada nuevo desde hace rato.

—¿Sabes? Simon me ha hablado mucho de ti.

—Eso ya lo sé. Cosas no tan buenas supongo.

—No, en realidad fueron cosas muy buenas, de tus escritos y de lo bien que se te da crear historias. Tal vez es un pendejo cuando estás cerca, pero a tus espaldas te defiende a capa y espada, créeme.

—Simon apenas leyó la historia de romance erótico que les comenté ayer. La que creé para aquel concurso.

—¿Y de verdad se te perdió o solo no quieres mostrarla? —Me está viendo a los ojos cuando dice eso y yo no puedo mentirle a Kate si me mira de esa forma. —¿No la tienes por ahí? Me encantaría leerla.

—No, no. Definitivamente no.

—¿Entonces sí la tienes?

—Tal vez.

—¿Tal vez? ¿Por qué no quieres que la lea? ¡Vamos! Prometo no reírme.

El que se ríe soy yo e intento cambiar de tema para evitar continuar con esto, porque no hay forma de volver a ver a Kate a los ojos si lee algo de lo que escribí ahí. Entonces cambio la conversación y se me ocurre hablar de Star Wars cuando veo una taza de café con la forma de Darth Vader.

Después pasamos una hora más hablando de eso y tomando café.

—Ahora sí tengo que irme, me pasé casi todo el día aquí.

—Y yo no tengo ningún inconveniente.

Le sonrío y ahora sí me voy directo a la puerta. Antes de salir, me giro para verla y no me doy cuenta que está detrás de mí, así que chocamos y yo de la imprevisión me tiro para atrás golpeándome la cabeza contra la puerta.

Dios, yo podré tener muy mala suerte, pero nunca me había pasado lo de quedar como estúpido.

—Perdón. —Eso lo decimos los dos al mismo tiempo. Ella se está riendo más que yo, es que yo sí me golpeé la cabeza. Soy yo el que lo vuelve a repetir: —Perdón, en serio.

—No pasa nada ¿Estás bien? —Extiende su mano para despejarme el cabello del frente y ese contacto me hace recorrer un escalofrío por toda la columna vertebral. Le digo que sí y me cercioro primero de que no estoy mareado o algo por el estilo. —Perdón, de verdad.

—No, no te preocupes. Gracias por compartir tu día conmigo. Me sentía como la mierda antes de venir aquí, bueno... todavía me siento como la mierda, pero ahora es por el golpe que me di en la cabeza.

Kate suelta una carcajada y yo mejor me voy.

—Recuerda que si la vida te da limones, solo busca a alguien que tenga vodka y haz una fiesta —me dice. No puedo evitar reírme con ella y en el momento que abro la puerta miro la llamada de Simon en mi celular. Le cuelgo.

—Puede ser importante —dice Kate. Ambos sabemos que nada de lo que Simon tenga por decir es importante.

—Solo quiere que vaya a una cita con alguna persona que me buscó por internet. No le interesa si amanezco descuartizado en Rusia.

—¿Por qué Simon se empeña en conseguirte cita?

—Por el maldito artículo que te comenté. Además, él tiene otro pendiente y yo me

comprometí a ayudarlo. —Suelto un bufido. —Solo le diré que no y ya está. Simon no tiene nada mejor por hacer que fastidiarme la vida.

Otra llamada de Simon.

—Tengo que irme. —Me estoy comenzando a fastidiar, pero definitivamente hoy me regreso a mi apartamento. —Tengo toda una mudanza por delante.

—Buena suerte con eso.

—Buenas noches, Kate.

—Buenas noches, Roger, y buena suerte.

—Creo que esa sí voy a necesitarla. Por cierto, me avisas cuando tengas tiempo, ahora es mi turno de mostrarte que no solo tú eres buena para cocinar.

—Guao ¿Quieres superarme? Más te vale se saques tu mejor receta.

Le digo que sí y con una sonrisa llego al apartamento de Simon. Giro la manecilla y el muy pendejo está ahí. Me mira de pies a cabeza y me dice:

—Roger, tienes una cita hoy.

—No quiero, perdón.

—¿Qué?!

—Que no quiero, Simon, estoy hartito, y me voy.

—¿Por qué? Nos la pasábamos bien juntos. —No es que me la pase mal con Simon, pero necesito mucha energía para estar con él y ahora mismo necesito recargarme. —¿Te vas solo porque les dije a las chicas que habías tenido sexo con una sola persona en toda tu vida? Oye, a mí no me molestaría si le dices a las personas con cuántas mujeres me he acostado.

Entonces tomo mis cosas y me está viendo atónito. Pareciera que es mi pareja y lo estoy dejando. Tiene hasta los ojos rojos.

—Ve tú a esa maldita cita, dijiste que la habías elegido para ti por si yo no quería ¿Verdad? Te doy permiso para que le digas que tengo viruela.

—No me jodas, Roger.

Abro la puerta del apartamento de mi compañero de cubículo, y veo a Kate ahí recostada en el marco de la suya, está hablando con la señora del piso de en frente y cuando me ve esboza una sonrisa divertida.

Gesticula algo que no logro comprender, pero su mirada de malicia me hace intuir que aquello no es nada bueno así que niego con la cabeza de manera sutil y me vuelvo a Simon cuando lo escucho:

—Ya vas a regresar cuando me extrañes.

Cabe destacar que eso lo dice en voz alta, aunque sé que también con ironía porque, precisamente, esa es una frase que se presta a muchas malas interpretaciones. Yo sé que está bromeando, pero la anciana que vive en el apartamento contiguo parece estupefacta.

Ahora todo mundo va a creer que somos una pareja gay.

Simon dramáticamente cierra con un portazo. La anciana me mira de pies a cabeza, se acomoda las gafas, me hace mala cara y se encierra dentro de su apartamento. Maldito Simon. Escucho la risa de Kate que me contagia y cuando paso frente a elle, le digo:

—Tengo que irme antes que todos tus vecinos crean que estoy terminando una relación con Simon. —Buenas noches, Kate.

—Buenas noches, Roger.

Cuando llego a mi auto, me doy cuenta de que ya comienzo a sentirme diferente. Lo único que me estresa es Simon, pero el tema de Sara y el sujeto millonario holandés ya comienza a sentirse diminuto. Genuinamente me siento tranquilo y esa sensación de paz me acompaña todo

el camino hasta mi apartamento. Ni siquiera veo el mensaje de Simon que aparece en mi pantalla. Aparco y me voy directo a mi apartamento. Siento que necesito dormir dos días completos, pero entonces me encuentro con la última persona que quisiera ver hoy.

Jonathan, le hermano de Sara.

Suspiro lento y buscando el autocontrol que no tengo cuando miro al tipo calvo frente a mí. Está hojeando unos papeles de mi librero. Pongo mi maleta a un lado y lo más calmado posible, le digo:

—¿Qué diablos haces hurgando en mis cosas? —A él no le importa mi presencia. Sigue sacando papeles y tirándolos al suelo con poca educación. Maldito sea. Después de todo sí estaba mejor con Simon. —Te vuelvo a preguntar ¿Qué diablos haces aquí?

—Primero que nada, te vas a dirigir a mí con respeto, señor Escribano para ti ¿Entendido? —¿Qué carajo? Levanta el brazo, no sé si es para mostrarme el bícep lleno de esteroides, ¿pero se supone que eso tiene que atemorizarme? ¿O qué es lo que quiere? —Estoy buscando el contrato de arrendamiento de este apartamento, porque vas a pagarle a Sara todos los meses que te mantuvo con un techo sobre tu cabeza.

—¿Ya le preguntaste si ella pagó algo? Porque todos los recibos están a mi nombre, con mi cuenta bancaria.

—No te quieras pasar de *chistocito*. Estás tratando con una familia de abogados ¿Cuántos meses llevaban de vivir en este feo lugar? Solo falta una demanda de su parte para que pagues dólar por dólar todos estos meses que te mantuvo.

Me río irónico, no puedo evitarlo. Miro a Jonathan tomar de mi librero todos los libros relacionados con Leyes que le pertenecen a Sara y dejar caer los míos al suelo. Estoy comenzando a molestarme... bastante.

—No sabes nada de leyes y tampoco sabes quién pagaba las cuentas. Deja de hablar tonterías y lárgate.

—A mí no me vas a hablar así. Por suerte mi hermana consiguió un mejor partido, alguien que la lleva a pasear en helicóptero y le regaló un Ferrari. No un idiota fracasado con un trabajo de mierda en una revista para niños que creía hacerla sentir especial regalándole flores.

Me queda claro que a Jonathan le importa poco morir. Típico niño *bully* que su padre defendió en la escuela y de adulto se convirtió en un bueno para nada. El señor Escribano debe estar orgulloso —claro que eso lo digo con sarcasmo—.

—¿Eso se supone que es ofensa? Porque te recuerdo que tú y yo estamos en las mismas. Ay no, yo sí tengo trabajo, tú no.

Lo siguiente no lo veo venir, todo pasa en cámara lenta. El tipo se me lanza y me da un puñetazo en la cara. Definitivamente lo subestimé, porque sí que golpea fuerte el maldito enano. Cuando reacciono, no lo hago de la mejor manera, se lo devuelvo, sin rencor, con odio y me da una tremenda satisfacción dejarme mis nudillos repintados en ese feo rostro. Intenta pegarme de nuevo, pero creo que se le olvidó que gran parte de mi vida fui campeón de Jiu Jitsu. Lo inmovilizo con el brazo en su espalda, hasta que comienza a gritar:

—Voy a demandarte, Roger ¡Te juro que voy a demandarte!

—Pues te veo en la cárcel, porque te recuerdo que tengo cámaras.

Lo suelto y se va por fin. Entonces me apuro a guardar el video de lo que acaba de pasar porque sí los creo capaz de conseguir a alguien que lo borre. Definitivamente, hoy no es uno de los mejores días de mi vida, pero me puedo dormir en paz.

Al parecer eso era lo único que me faltaba, poner en su lugar al calvo ese para ahora sí continuar con mi vida.

Capítulo 17

No puedo decir exactamente qué es lo que me despierta esta mañana.

Solamente abro los ojos y me quedo ahí un tanto desorientado, desubicado y aturdido. No recuerdo exactamente qué es lo que estaba soñando, pero ciertas cosas comienzan a reproducirse como un *gif* dentro de mi cabeza.

Me despierto sudado, pero no está haciendo calor, todo está calmo, ni un ruido, ni un murmullo, ni un movimiento, ni rastro de la sensación de tener brazo derecho. Me muevo y agito la mano. Okey, tenía todo mi cuerpo sobre él, así que ahora que la sangre me circula mejor, siento el hormigueo hasta mis dedos.

Siento leve ardor en mi pómulos derecho y entonces me acuerdo que en realidad lo que se reproducía en mi mente no era un sueño —o pesadilla— el hermano de Sara sí estuvo aquí en mi apartamento, y además de insultarme y golpearme, me amenazó y se largó.

Maldito enano.

¿Ahora qué hago con ese golpe en la cara?

Me pongo de pie y me miro en el espejo del baño. Sí, ahí está y no puedo llegar a la revista de Margaret con eso, va a comenzar a hacerme preguntas. Enciendo mi celular y veo solicitudes de amistad de las tres amigas de Kate. Las acepto a todas claro y después veo la nueva historia que la doctora publicó. Está con sus amigas y supongo que es la fiesta a la que Linda me invitó ayer. Joder, lo olvidé por completo. Y sí, tengo un mensaje de la misma Linda que dice:

«Espero tengas una buena excusa para no haber venido a mi no cumpleaños».

No está conectada ahora mismo, pero sí le dejo mi respuesta:

«En realidad sí. El hermano de mi ex se apareció en mi casa insultándome, me golpeó y se fue. No lo dejé así, claro, entonces ahora es muy probable que meta a la cárcel».

La chica sí se conecta rápido:

«¿Qué diablos?

Me apunto a ir a enterrar su cuerpo cuando tú mandes».

Me pongo a reír y le dejo el último texto:

«¿Conoces a alguien que pueda maquillar golpes en la cara?»

Su única respuesta es:

«Sí».

Eso es todo. Miro que se desconecta y yo me meto a bañar, cuando salgo miro otro texto suyo que dice «Voy en camino» ¿Cómo que va en camino? ¿A dónde? Y cuando se lo pregunto no me contesta. Entonces termino de vestirme rápido y solo unos minutos después ya está frente a mi puerta. Eso fue rápido, pero la pregunta más importante es:

—¿Cómo es que saben mi dirección? —Bueno, no dudo que Simon se las haya dado, y hablo en plural, porque la otra chica, Brenda, está con ella. Las miran mi pómulos y dicen que eso necesita mucho trabajo. —Déjenme adivinar, Simon.

—No, Linda puede ver dónde estás sin necesidad de que le digas, Roger.

—¿Cómo diablos? —Entonces las dos chicas entran. Ninguna de las dos me contesta, solo están viendo alrededor. Las dos al mismo tiempo dicen «Guao». A ver, según mi ex y su hermano, este sitio es horrible.

—¿Vives solo aquí? Este apartamento está de lujo.

—Honestamente me gusta más el apartamento de Kate. —Entonces las dos chicas me miran. Esbozan una sonrisa grande y yo intento recomponer lo que dije. A ver, que no fue nada malo

¿Acaso no puedo conocer el apartamento de alguien más sin una connotación sexual? Es verdad, mi apartamento es más grande y está ubicado en un buen lugar, pero yo no necesito esto para mí solo. —En realidad este lugar lo eligió mi ex.

—¿Podemos preguntarte si es verdad que la tipa te dejó por un sujeto millonario?

—Sí, pero no es algo de lo que quiera ponerme a hablar.

—¿Por qué no? Podemos romperle la madre.

—¿Qué? —No puedo evitar reírme. —No van a romperle la madre a nadie, ni siquiera sé qué significa eso.

—¿En realidad es tan zorra? ¿Quién te va a dejar a ti por otro tipo? —No sé qué significa eso, pero me río irónico. Es que de seguro no me están viendo la cuenta bancaria. Digo, a la par de la de Koen Van Brouwer yo soy un indigente.

—Me dijo que ella quería a alguien con un salario de seis cifras al año... en dólares. Yo no gano eso ni haciendo horas extras, ni trabajando dos turnos.

—Ni por todo el dinero del mundo. Solo mírate. Si no fueras de Kate, yo no dudaría en ser tu ligue de una noche. Por cierto ¿Cómo vas con tu artículo?

A ver, sé que las dos están bromeando y ¿Cómo es eso «si no fueras de Kate»?

—Necesito una explicación, ¿de dónde sacan que me acuesto con Kate?

—¿Y es verdad que solo has follado con ella, con tu ex? —Esto es culpa de Simon. —Entonces, ¿Sí eres medio virgen?

—Eso ni siquiera existe. —A ver ¿no es que venían a ayudarme a tapar este golpe? Según Linda, Brenda experta en eso. Y, bueno, para que sí, porque Brenda me dice que me tome lugar, porque va a demorarse. —Y no, tuve otra novia antes, pero se ganó una beca fuera del país. No salto de relación en relación, por si es lo que se preguntan.

—Entonces, ¿Tú y Kate sí están juntos?

—Definan «juntos». —Brenda saca su maleta de cosméticos, yo solo quiero una mano con el moretón, no ser maquillado para un certamen de belleza. —¿Qué es «estar juntos» para ustedes dos?

—Prometemos no decir nada.

—Bueno, estuvimos juntos ayer.

—¡Lo sabía! —Esa es Linda y le dice a Brenda: —Me debes cincuenta dólares. Te dije que lo más seguro es que estaban follando por eso él no llegó a la fiesta y Kate se apareció casi al final.

—A ver, a ver... no. —Definitivamente no estamos en la misma sintonía. —No juntos en ese sentido ¿Okey?

—¿Follan a menudo? —Oh por Dios.

—Qué Kate y yo no follamos, aclaro.

—Está bien, llámale «Hacer el amor» —Y aquí vamos otra vez ¿Vale la pena discutir con una mujer? No creo. Ahora, hay que imaginarse discutir con dos al mismo tiempo.

—No, tampoco «Hacemos el amor»

—Nos estás mintiendo.

—¿Vinieron a arreglar este moretón o a averiguar mi vida sexual?

—¿Entonces eso es un sí?

—Es un no.

—¿Por qué Kate no quiere contarnos? —Ahora es Linda la que habla.

—Tal vez porque no follamos, o hacemos el amor, o como quieran llamarlo.

Me doy cuenta que en realidad Simon como amigo no es tan complicado. Nunca me somete a

interrogatorios de esta magnitud. Aunque cuando conocí a Simon ya estaba con Sara, así que nunca me preguntó sobre mi vida sexual u otras mujeres. Es hasta ahora que me pone hasta los cojones por el maldito artículo.

En fin, sí me terminan de maquillar el golpe y por suerte dejan de preguntarme sobre Kate, bueno hasta que a mí se me ocurre volver a tocar el tema:

—¿Por qué tantas preguntas sobre Kate? ¿No tiene novio? ¿Amantes? ¿Cualquier otra cosa?

—Claro que no, y es muy reservada, por eso te preguntamos a ti. ¿Te gusta Kate?

Ay, por Dios.



Para sorpresa mía, llego a la revista a tiempo.

Tal vez es porque me desperté muy temprano, pero aunque las chicas se tomaron un buen tiempo para maquillarme el golpe, estoy llegando a mi escritorio a la hora que es, sin rastro de haberme peleado con el enano hermano de Sara, y cuando voy al baño me encuentro a Simon.

Cometo un error y es contarle lo que pasó con Jonathan.

A Simon nunca le ha caído bien, y eso es recíproco. En realidad, el enano solo le cae bien a su familia, ni siquiera entiendo cómo es que logra engañar a mujeres con suficiente dinero para mantenerlo.

—Te lo dije. Estabas mejor en mi apartamento. —No le contesto, se detiene a mi lado con la intención de usar el urinario a la par. —¿Sabes qué? Hubiera pagado por ver eso. ¿Por qué no le preguntaste si necesitaba su calcetín para ser libre?

Voy a admitir que eso me hace soltar una carcajada. Desde el primer día que conoció a Jonathan lo apodó «Dobby», como el elfo de Harry Potter. Nunca se aprendió su nombre, porque para él siempre fue Dobby y voy a admitir que me merecía el infierno, porque es la forma que lo llamamos Simon y yo por mucho tiempo.

—Por cierto, hoy llegan a cambiar la cerradura de mi casa. —Estoy terminando de orinar cuando él se saca la «bestia» y comienza a hacer círculo. —Simon, qué asco.

—¿Qué? Tú también tienes un pene, úsalo. Ya que no vas a usarlo de otra forma por un buen tiempo.

Respiro hondo y creo que es mejor volver a mi escritorio antes de que Simon termine de irritarme. Hoy aparte de despertar con la mejilla roja y los nudillos inflamados, también parece que voy a resfriarme. Me duele la cabeza y todo el cuerpo, apenas tengo fuerzas y cada minuto que pasa me siento peor.

—Bueno, te veo después.

—Una última pregunta. —Se fija que no haya nadie en los inodoros y me pregunta: —Honestamente ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

—¿Y eso te importa?

—¡Claro que me importa! Todos los hombres tenemos necesidades y estoy esperando que te llegue ese día para ver si opinas de la misma forma sobre los ligues, al menos que... —hace una pausa misteriosa— quieras... —hace un gesto con su mano que simula una masturbación—. Ya sabes, estuviste cinco años con alguien teniendo sexo cuando querías. ¿Qué vas a hacer cuando quieras sacarte toda esa tensión?

—En serio, agradezco tu preocupación —le contesto irónico. Y no, no tenía sexo cuando quería, no se lo digo claro. Comienza a hablar algo sobre la relación entre la salud y el sexo. Como dije, necesito mucha paciencia con Simon. Mejor me voy de aquí.

—¿Dónde estuviste ayer, por cierto? —Me detengo un momento pensando si debería decirle o no. Él me alcanza y me adapto a su paso para atravesar el pasillo. No tengo ni necesidad de pensarlo bien, obviamente no voy a decirle.

—Huyendo de ti. —No estoy mintiendo tampoco.

La mente de Simon es como un agujero negro de pornografía, no me quiero ni imaginar las cosas que pasarían por su cabeza si le digo que estuve toda la tarde en el apartamento de Kate.

—Sabes que cancelé la cita con la pelirroja ¿Verdad? Porque ella quería conocerte a ti no a mí ¿Quieres saber qué le dije yo? Que tú quieres mantenerte virgen hasta el matrimonio, ¿y sabes qué contestó? Que por ti se sacrifica y que le avises cuando quieres casarte. Roger ¿sabes cuántas oportunidades te estás perdiendo?

Simon se deja caer sobre su silla giratoria una vez que llegamos al cubículo. Enciende su Mac y yo me siento en mi lugar.

—No me estoy perdiendo de nada, pero gracias por tu preocupación. En fin, tengo mil cosas que hacer, no me hables, por favor.

Como sé que va a hacerlo, entonces me pongo unos auriculares y reproduzco cualquier canción que aparezca en mi lista de Spotify. Sí, no me equivoco, está hablando, pero yo no lo estoy escuchando.

En fin, miro el encabezado de mi artículo:

¿Cómo conseguir un ligue de una noche?

No tengo nada, ni una sola palabra. Esta es la primera vez en toda mi vida que no tengo idea de cómo iniciar un maldito artículo, estoy acomodándome cuando mi celular suena y miro el mensaje de Kate en mi pantalla. Solo espero no sea algo que sus amigas le hayan dicho y ahora yo esté en problemas.

No, no es nada de eso.

Suelto el aire que mis pulmones inconscientemente estaban reteniendo cuando me doy cuenta de que solo es una respuesta al mensaje que le dejé camino al trabajo. Le pregunté qué podía tomar para el resfriado y ella acaba de enviarme el nombre de una pastilla, además dice que puedo pasar por su oficina si quiero y puede conseguírmelas gratis.

Entonces le contesto:

«Me siento un poco mejor, pero puedo pasar por ti»

Dejo el teléfono sobre mi escritorio, no está conectada ahora mismo, así que me pongo manos a la obra con el bendito artículo. Entonces una voz me sobresalta. Demonios. Sí, es la jefa dragón.

—¡Roger! —Quiero decirle que no estamos en el ejército y no hay necesidad de que me hable de esa forma. —Sígueme.

—Buenos días, Margaret. Te recuerdo que mis oídos están sanos, no necesitas gritar.

—Por lo que veo amaneciste con ganas de bromear. Qué bueno, porque necesito que vengas conmigo.

No me espera, solo se va en dirección al elevador. Respiro hondo y me guardo los auriculares para seguirla. Se detiene y me mira, yo apenas estoy tomando mi libreta de apuntes, parece que está comenzando a cabrear, pero me da igual. Ella siempre se va primero, pero esta vez me espera, tiene su bolso entre las puertas del elevador para que no se cierren, así que me veo en la obligación moral de apurarme.

—¡Hasta que por fin! —dice.

No le contesto, es ella quién presiona el botón del último piso y me preparo para cualquier cosa con la que me encuentre ahí. Al llegar todo parece estar normal. Pasamos por un grupo de

personas que saludan a Margaret y después se me quedan viendo a mí, solo espero que la jefa dragón no les haya dicho que yo soy su asistente.

No le pregunto a Margaret qué hacemos aquí, solo la sigo hasta que llegamos al final del pasillo. Pasa directo a tocar la última puerta y hay un silencio abrumador. Quiero preguntarle de qué se trata esto, pero no me da tiempo, cuando quiero abrir la boca la bendito puerta se abre y una joven nos indica que entremos. La mujer que me encuentro sentada detrás del escritorio de vidrio es la pelirroja que conocí en la última reunión a la que fui con Margaret, la diseñadora de modas, Monique.

Joder, yo no asistí al evento del lanzamiento de su línea de ropa. En mi defensa, se me olvidó.

—Bien, aquí tienes a Roger. —La jefa dragón hace una pausa y se gira hacia mí. —¿Te acuerdas de Monique?

—Sí, por supuesto. —Entonces me acerco a ella y le extiendo la mano, se pone de pie para tomarla y, definitivamente, Monique es muy distinta a la jefa dragón, pero es Margaret la que habla y me dice: —Monique quiere hacerte una propuesta.

La pelirroja asiente con una sonrisa.

—Puedes sentarte, si gustas. —Lo de sentarse me lo dijo a mí, no a Margaret. De todas formas, mi jefa toma un lugar a la par. Ya no dice nada más, parece querer restarle importancia viendo su Tablet.

—Por cierto, no asististe al lanzamiento de mi línea de ropa. Un exitazo, por cierto.

—Perdón, se me olvidó.

—Roger ha estado pasando por situaciones personales complicadas. —Esa es Margaret. A ver, no sé si me está ayudando o solo quiere generar lástima.

—Entiendo —dice Monique. Entonces yo miro a mi jefa esperando una explicación, pero ella está concentrada en lo que sea que mira en ese aparato electrónico. —Bueno, ¿Ya Margaret te comentó algo?

—No. —Me aclaro la garganta. A ver ¿de qué se trata todo esto?

—Bueno, mi línea sigue viento en popa y ahora voy a lanzar una exclusiva para hombres y necesito un modelo. No uno de esos que vemos en las agencias de modelaje quiero un hombre de verdad ¿Me entiendes? No digo que ellos no sean de verdad, pero mi línea va dirigida a hombres corporativos ¿Me explico? Y creo que tú eres perfecto, excelente porte, rostro y unos ojazos.

Me atraganto, no puedo evitarlo, y lo peor de todo es que es con mi propia saliva. Esto solo puede ser una broma y de muy mal gusto. Por Dios ¿Qué?

—Espera... ¿qué?

—Quiero que seas tú la imagen oficial de mi línea. —De acuerdo, de acuerdo, alto ahí. La asistente de la mujer me pasa un vaso con agua que no dudo en pasarme entre espalda y pecho. —Y, por supuesto, hay una remuneración muy buena por usar tu imagen.

Okey, me perdí. Esto debe ser una broma. La asistente de ella me da un y lo tomo vacilante para darle un vistazo.

—¿Qué es esto?

—Es el contrato. Tómate tu tiempo para leerlo, si gustas.

Miro la cantidad de letras, no las leo en sí solo las estoy viendo, es hasta que espabilo que me encuentro con una cantidad de dinero bastante considerable ¿Acaso voy a venderle uno de mis órganos y no me doy cuenta? ¿Dónde está la letra pequeña?

—¿Esto es en serio? —Sueno hasta incrédulo. Es que, a ver, Margaret está aquí y es capaz de que solo se esté burlando de mí y su amiga la esté ayudando ¡Nah! Aunque de Margaret sí lo creo,

de Monique no.

—¿El pago no te parece bien? —La mujer barre la mano en el aire y de inmediato la chica se acerca tendiéndole un lápiz y su chequera. —Podemos negociarlo. ¿Quieres un aumento? ¿O quieres un adelanto?

¿Aumento? ¿Adelanto? ¿Qué?

—No no, es que solo que... A ver, agradezco esto, Monique, de verdad, pero yo no soy modelo, ni siquiera puedo posar para fotografías.

Monique suelta una carcajada y me dice:

—Sí, pero siempre hay una primera vez para todo ¿No? No nacemos aprendidos, querido Roger. —La miro, escribe algo en su libreta y después su asistente me pasa un papel. —No me hagas rogarte. No veo a otro rostro luciendo mi colección.

—No sé... —Miro lo que me entregó la muchacha y escucho a Monique:

—¿Qué parece esa cantidad? —Es mucho más grande que la anterior. —¿Necesitas pensarlo? No tengo ningún problema. —Miro de nuevo los papeles y sí, definitivamente, necesito pensarlo para leer todo con calma. —Piénsalo un par de días ¿Te parece? Date tu tiempo para analizar todo el contrato y una vez que tengas tu respuesta mi puerta está abierta siempre ¿De acuerdo?

—Sí, claro. Entendido.

—Te daré mi número, cualquier cosa me llamas. —Toma su bolso, extrae una tarjeta de presentación y me la entrega. —Y si hay algo no te parece me dices, o si encuentras algún punto que te gustaría negociar también siéntete libre de comentármelo. Piénsalo muy bien, Roger. La oferta expira.

Capítulo 18

Cuando salgo de la oficina de Monique estoy aturdido.

No sé qué pensar o qué hacer. Me paso toda mi hora de almuerzo buscándole el «pero» al contrato ¿Sí es legal? El estómago me ruge, pero lo ignoro.

Mi cabeza está dando vuelta en tres cosas: Modelaje, Dinero, Monique. Sigo pensando que todo esto es una broma, que firmaré el maldito contrato y llegaré ese día, me probaré la ropa de Monique, y un tipo con una cámara —o Margaret— saltará desde bastidores diciéndome que caí en la trampa.

Por suerte, Simon no está.

No le conté nada tampoco. Va a querer preguntar hasta el último detalle y yo todavía no lo puedo digerir. Además, lo conozco, se va a querer meter en mi cabeza para hacerme aceptar la bendita propuesta. No, Simon no va a saber de esto por un buen tiempo.

Leo de nuevo el contrato y sigo en la búsqueda de las letras pequeñas, pero todo se ve formal y yo no soy abogado, pero sí entiendo estas cosas y este se ve legítimo... o eso creo, tal vez debo buscar ayuda más profesional, alguien que me garantice que no me están tomando del pelo, pero no conozco a ningún abogado que pueda asesorarme. Lo único que se me ocurre es sacar mi celular y dejarle un mensaje a la doctora —es que no conozco a nadie más—:

«¿Conoces a algún abogado?»

Mis ojos de nuevo se enfocan en los números plasmados ahí y después los que Monique escribió sobre un papel de color rosa. Intento taparlos mentalmente, esto no va a entorpecer mi decisión. Suspiro y levanto la mirada un momento cuando me encuentro con los ojos de Margaret mirándome tras sus gafas de pasta de leopardo. Solo pasa directo a su oficina y se encierra.

Últimamente no entiendo la actitud de Margaret y no es que me importe para ser honesto, pero lo último que ella misma le dijo a Monique fue:

—¿No te estarás intentando robar a mi muchacho, cierto? —Estaré quedando loco, pero hasta escuché un poco de recelo en su voz. Honestamente, escuchar eso de Margaret es casi como ver un cerdo vestido con falda de tul volando en el hemisferio norte.

—Sólo si él quiere. —Le contestó Monique y las dos se rieron.

Margaret parecía molesta y ya no me habló más, bueno, sí me dijo algo como:

—Si no quieres hacerlo no lo hagas. Sé que es mi amiga, pero es una completa perra cuando se trata de trabajo.

¿De verdad? ¿Cómo tú? Pero no se lo dije, claro.

Creo fielmente que no existe peor jefa que Margaret, me trata como un esclavo, les dice a los demás que soy su asistente no uno de los editores de la revista, se hizo amiga de mi exnovia y ahora toma champagne con el prometido de ella en un penthouse. Me llevó a una fiesta solo para que la mirara besándose con Koen Van Brouwer y jura todavía que ella no sabía nada.

Margaret no se merece nada de compasión.

—Además —me dijo también, se estaba retocando el labial en el espejo de la pared lateral y le agregó: —No creo que haya estado en tus planes ser modelo ¿O sí?

No, no lo estaba. Así como muchas otras cosas, pero aquí estoy... sobreviviendo.

—Margaret, ha pasado mucho en mi vida últimamente que definitivamente no estaba en mis planes. Así que no creo que esto me cause un dolor de cabeza, es trabajo después de todo ¿Por

qué?

Yo hablo con seguridad y ni siquiera estaba pensando aceptar el bendito contrato, pero escuchar a Margaret queriendo hacerme rechazar la oferta despertó un genuino interés en mí.

—No es por nada en específico. Solo espero que no afecte tus horas laborales, es todo. No quiero tener que tomar acciones correctivas. Tienes un artículo pendiente y mucho trabajo.

«¿Acciones correctivas?» ¿Despedirme? Y yo suelto una risita.

—No creo que afecte en nada.

—Bueno, es tu decisión después de todo.

Entonces aquí estoy tomando mi decisión.

Tamborileo mis uñas contra el escritorio al mismo tiempo que le doy un vistazo de nuevo a los papeles. Necesito más café. Me pongo de pie para ir a la cafetería que está en el piso, pero antes de apagar mi computadora me llega una notificación. Es un mensaje de Kate. No es la respuesta a mi pregunta anterior, es una imagen... una fotografía, creo, y vuelvo a sentarme esperando que cargue.

Okey, es una selfie suya con una enorme sonrisa, sostiene un objeto que a simple vista no logro reconocer. Cuando amplió la foto no puedo evitar soltar una carcajada y además agrega: Tengo un regalo para ti.

Para: Kate

«¿Es en serio? ¿Una taza de Chewbacca? ¿Pretendes que me vea como un completo Friki mientras trabajo?»

Ya de por sí tengo parezco un Friki.

De: Kate

«No es una taza, es una jarra de cerveza de estilo alemana».

Para: Kate

«¿Una jarra de cerveza?»

De: Kate

«Levantas la cabeza de chewie y disfrutas tu bebida»

No puedo evitar reírme cuando me envía otra foto mostrándome como se usa, tiene un cierre metálico y sí, es exactamente como una jarra de cerveza alemana. Dios mío, no me veo a mí mismo tomando algo desde un envase de un Wookiee.

De: Kate

«Ven por él cuándo puedas»

Para: Kate

«¿Es que esto es en serio?»

De: Kate

«¿Parece ser una broma?»

Para: Kate

«¿Sabes qué? Es el regalo más feo que me han hecho».

No puedo evitar soltar una risa. Claro que este tipo de comentario solo se lo hago a ella, porque conozco su sentido del humor. Es que Kate en realidad no es el tipo de persona que me había imaginado en la cabeza. Es seria cuando debe, y no cuando no —y no sé si eso tiene algún sentido—. Su respuesta me lo confirma:

De: Kate

«Apuesto es el único regalo que te han hecho».

Para: Kate

«Touché».

Suelto una carcajada y hasta ese momento es que me acuerdo sobre lo que le pregunté, porque es ella misma la que me envía:

«Perdón, no había visto este mensaje ¿Un abogado para qué? ¿En qué lío te metiste ahora? Digo, para saber si te mereces que te saquen de la cárcel»

En fin, así es Kate.

Le estoy sonriendo a mi teléfono cuando escucho la puerta de la oficina de Margaret abrirse, me capta con el gesto de diversión en la cara y de inmediato cambio la expresión. Ella está conversando por celular mientras se cuelga un bolso al hombro y yo finjo estar realmente

ocupado para que no me diga que tengo que acompañarla a alguna parte, pero no... se va directo al elevador y una vez que ya no es visible vuelvo a tomar mi teléfono.

Para: Kate

¿Estás libre? Necesito a alguien con quién hablar una cosa.

De: Kate

«Siempre y cuándo no sea nada ilícito, estoy libre en quince minutos»

Para: Kate

«Lamentablemente no es nada ilícito. Llego en quince minutos».

Bueno, no llego en quince minutos.

Es que, a ver, me fui a una cafetería para tener algo que llevarle a Kate, no debe ser fácil estar desde temprano encerrada en un hospital y ni siquiera tener tiempo de ir a tomar un café, entonces se lo traigo yo. El lugar estaba abarrotado de personas, así que le di un vistazo a la tienda que estaba a un costado mientras preparaban lo que ordené. Entonces me encontré un llavero bastante peculiar, de color celeste y en forma de estetoscopio.

No pude evitarlo, compré el bendito llavero y me lo traje para dárselo a Kate. Ahora mismo la estoy esperando en su oficina, pero esta vez no se tarda nada. Entra rápido, entonces yo le digo:

—Te traje algo. —Le doy el llavero primero. Kate lo toma con una expresión divertida y esboza una sonrisa enorme cuando le pone más atención. —Lo vi y pensé en ti.

—¿Un estetoscopio? —Se ríe. —Tiene un mono de colores.

—Perfecto para una futura pediatra ¿No? —Me da las gracias, lo hace con un abrazo efusivo que correspondo entre risas y también le digo que le traje comida y un café. De hecho, compré para los dos, porque yo tampoco he tenido tiempo para almorzar. —No quiero quitarte mucho tiempo, pero lo que tengo que decirte es de vida o muerte.

—No me asustes, Roger, que trabajo en emergencias.

—Bueno, no de este tipo de vida o muerte, aclaro.

Entonces se ríe más aliviada y toma la bolsa de comida, le da un sorbo al café y yo le ayudo a quitarse la bata. Ninguno de los dos tiene tiempo de sobra, así que nos quedamos en el comedor del hospital.

Yo solo espero que Margaret no se aparezca antes.

—A ver, ¿Qué es eso que tienes que contarme? ¿Por qué necesitas un abogado? ¿Y a qué se debe tanta urgencia? No estás escondiéndote de un mafioso ¿Verdad?

—Pues espero que no. —Saco el contrato y se lo entrego. —Sé un poco de leyes y eso se ve legítimo, de todas formas, me gustaría encontrar una segunda opinión solo para asegurarme de que no me están jugando una broma.

—¿Qué es esto? —Kate lo toma y ahora lo comienza a leer detenidamente.

—Un contrato.

—¿Modelaje?

—Lo sé. Increíble ¿Verdad?

—Pues yo sí lo creo. En realidad, sí pareces modelo, tienes la estatura y el porte.

No puedo evitar reírme. Tal vez sí tengo estatura, pero definitivamente no el porte. Continúa leyendo y ahora mismo está poniéndole el llavero de mono a su manojito de llaves. Extiendo mis manos para ayudarle y sin querer nuestros dedos se rozan. Intento ignorar la corriente eléctrica que me recorre la espalda y lo que me produce mirarla a los ojos. Me aclaro la garganta bajando la mirada para concentrarme en lo que estoy haciendo.

Cuando lo logro, agito el manojito de llaves y se lo entrego.

—Debería tomarme toda la noche para pensarlo ¿Verdad?

—Yo digo que no, se ve bastante real para mí, y es Monique la Roché. Sabes quién es esta mujer ¿Verdad? Su marca no la encuentras en cualquier tienda, solo en lugares exclusivos.

Entonces tomo el contrato de nuevo y le doy otro vistazo. A ver, es que en mi vida me hubiera visualizado a mí mismo es una situación así, ahora no sé qué hacer.

—Creo que voy a tomarme toda la noche para pensarlo.

—Me parece una excelente decisión, pero si quieres mi opinión yo te diría que lo hagas. Inténtalo al menos. Nunca sabes dónde podría estar tu número de la suerte. Además, creo que lo harías genial. Sería una lástima no sacarle provecho a ese buen físico que tienes.

No puedo evitar reírme, aunque no digo nada, mira su reloj y yo hago lo mismo por instinto. Mierda, es tarde. Me pongo de pie y la acompaño hasta su oficina. Me entrega la jodida taza de Chewbacca y me pongo a reír.

—Muchas gracias por tu tiempo, Kate, y por la taza también.

—No es nada. Muchas gracias a ti también por todo.

Nos miramos a los ojos y mantenemos el contacto visual un momento hasta que alguien la llama al teléfono de su oficina. Bueno, ahora sí me voy. Camino a mi auto termino por decidirme: Definitivamente voy a aceptar la propuesta de Monique.

Capítulo 19

Ni siquiera sé cómo resumir los cuatro últimos días de mi vida.

Tal vez debería iniciar con el martes cuando le entregué el contrato firmado a Monique, o con el día miércoles que Margaret se comportó como una completa perra o el Jueves, cuando me escribió pidiéndome disculpas mencionando que estaba «muy estresada» o con el viernes que se cumplieron dos semanas exactas desde que Sara me dejó.

Okey, tal vez debería ir por partes:

El martes después de entregarle el contrato firmado a Monique y que me diera un generoso cheque que significaba el cincuenta por ciento del total del contrato, tuve que contarle a Simon. Es que es un chismoso de primera, me quitó el papel que llevaba en las manos y, aunque al inicio no me creía, después bromeó:

—No me estás mintiendo y en realidad te andas prostituyendo, ¿cierto?

La verdad es que ni siquiera sé si me estoy prostituyendo, pero Linda, la amiga de Kate, me dio una mano para darle una validez más legal al documento. No, ella no es abogada, pero me llamó solo para decirme que se follaba a alguien que sí.

No quise preguntar más y no le menciono eso a Simon, claro.

En fin, le conté todo, con lujo de detalles y me hizo invitarlo a unos tragos a lo que accedí y al día siguiente —el miércoles— amanecí con una resaca y el estómago revuelto. Yo solo fui para estrenar mi nueva taza de Chewbacca, el regalo de Kate, cuando Simon me preguntó no le dije quién me la regaló y cambié rápido de tema.

Ese día Kate estaba de turno en el hospital, pero igual le llené el teléfono de fotografías de mí mismo tomando cerveza con la taza. Tal vez tomé demás, pero es que la taza lo merecía, pero me desperté con un dolor horrible atravesándome la sien y llegué tarde, lo único positivo de trabajar para Margaret es que ella siempre llega mucho más tarde, entonces casi nunca se da cuenta si te pasas un par de minutos... o media hora.

Ese miércoles se sentía como el mismísimo infierno y a Margaret se le ocurrió aparecerse con mal carácter, Simon no apareció toda la mañana y fui yo quien se llevó una reprimenda por los dos. Estoy comenzando a cansarme de Margaret y bastante.

Aunque no lo sé, presiento que la molestia de Margaret iba más allá, porque no estaba molesta con otras personas, solo conmigo. Vi cómo le cambió cuando me vio hablando con Monique y, por primera vez en mucho tiempo, me hizo quedarme hasta tarde. El miércoles solo me pasé un minuto de mi horario de comida y me la encontré esperándome en mi escritorio.

—Llegas tarde —Por un minuto nada más y me cercioré mirándome el reloj. —Espero que tu nuevo empleo te pague lo suficiente, porque estás tomándote demasiados atrevimientos.

—Guao, no sabía que un minuto era tomarse mucho atrevimiento ¿Qué pasa cuándo tú me dejas aquí por horas sin pagarme extras?

No me dijo nada, pero sí que se encabronó. Más tarde me hizo llegar un correo donde me pedía trabajar horas extras el fin de semana. Ese era el día que ya tenía programada la primera sesión fotográfica con la línea de Monique. Okey, comenzaba a entender su comportamiento raro, pero ese día sí se pasó en creces cuando llegué a su oficina para intentar «negociar» lo de las horas extras.

—Perdón Margaret, pero ese día no estoy disponible. Es mi fin de semana y en mi contrato no dice nada sobre trabajar en mi día de descanso si no quiero.

—Espero no estés hablando en serio. —Para iniciar, yo no le había contado nada sobre

aceptar la propuesta de Monique, pero sé que ella se lo dijo en algún punto. Ni siquiera me miraba, tecleaba algo en su computadora dándome poca importancia. —Dijiste que tu nuevo trabajo no afectaría tus horas laborales.

—Sí, pero esas no son mis horas laborales. Conozco mis derechos, Margaret, no haré más horas extras que de todas formas no terminarás pagándome. —En ese momento sí dejó de teclear para mirarme fijo, no dije nada que no sea verdad. —Si tanto te urge, reasigna esas horas a alguien más.

—Es tu responsabilidad quedarte, es tu trabajo Roger, no el de alguien más.

—Ah mira, no sabía que era el único trabajando aquí.

—Bien, ahora porque saliste por cinco años con una abogada crees saber todo sobre derechos ¿no? También deberías saber tus obligaciones.

Definitivamente, ni de coña venía a ayudarle.

—No lo haré. Tengo otros planes y punto.

Me doy media vuelta y cuando estoy a punto de salir de su oficina a ella se le ocurre soltar:

—Oh vamos, no es como que tuvieras una grandiosa vida social, Roger. Yo en tu lugar, estaría mejor en mi silla de trabajo, revisando documentos, ganando dinero, y no fingiendo ser un chef, aunque la cocina se me dé del asco. Preferías aburrir a tu novia con tontos programas de televisión y provocándole intoxicaciones solo porque no querías gastar dinero en un restaurante caro. Eso me parece humillante.

—Al parecer hablas mucho con Sara.

¿Es que quién más? Es la única persona que tenemos en común y que, para desgracia mía, todavía mantiene su amistad con ella, porque a mí Margaret no me conoce ni un poco como para pensar que eso es lo que me gusta hacer.

—Solo comentó en una reunión entre amigos que tuvimos y todos sintieron lástima por ella, hasta yo. Después nos reímos y comentamos lo terrible que es vivir con un hombre pobre y aburrido. Y bueno, muchas otras cosas que prefiero no decírtelas por tu bien emocional.

—Gracias por preocuparte por mi salud emocional, Margaret, pero guárdate la lástima para ti misma que ni siquiera puedes pagarle las horas extras a tus empleados. Por mucho que quieras ofenderme no voy a trabajar el fin de semana y punto. Estoy seguro de que aquí hay más personas que harían un mejor trabajo que yo ¿No? Y si quieres despedirme, hazlo. Te recuerdo que yo tengo la cantidad más grande de seguidores y solo basta un post mío mencionando que me voy a otro lugar y la mitad de tus lectores te dejan. Qué lástima ¿Verdad? No voy a trabajar el fin de semana, que tengas buen día.

No sé qué fue lo que tiró, pero escuché que algo se cayó de su escritorio ¿Me di la vuelta? No. Yo seguí con la frente en alto y la mirada al frente hasta que cerré la puerta de su oficina. Y al día siguiente —el jueves— pensé que iba a despedirme, pero no, me dejó un correo electrónico disculpándose, que estaba estresada y bla bla bla.

No, no le contesté. Como ya he mencionado otras veces: La vida sigue ¿No?

No me despedió, aunque sí quise que lo hiciera cuando al día siguiente —ayer— me desperté con un terrible resfriado, con la cabeza a punto de estallarme y diez llamadas de Margaret que preferí no contestar. Entonces le pedí a la doctora que me inventara una enfermedad rara para no asistir al trabajo, porque en realidad me sentía terrible y sin ganas de soportar a Margaret.

—¿Te parece un herpes genital? —Eso me lo preguntó Kate cuando llegué a su oficina, con su libreta en manos, recostando sus caderas sobre su escritorio y viéndome con una ceja enarcada. Yo llegué específicamente porque ella me lo pidió, me dijo que iba a revisarme por si aquello era más que solo un resfriado y que no me preocupara por ir a soportar a Margaret.

Kate se comenzaba a ganar un lugar muy importante en mi vida.

—Por supuesto que no me apetece tener herpes —le contesté. Kate se rio y aunque no tenía ánimo de ni siquiera mover un brazo, la acompañé. Me sacó el termómetro de la axila y después de mirarlo me dijo:

—Tienes fiebre. —Rodeó su escritorio y se sentó al otro lado para comenzar a escribir en un papel. —No te has abrigado correctamente ¿cierto?

—No me he abrigado en realidad. —Entonces levanta la mirada, tal vez no debí decirle eso. Es que, a ver, nunca lo vi necesario ¿Okey? Yo no me resfrío a menudo. —Solo dame cianuro y ya está.

Soltó otra risa y me dijo que no.

—Esto es lo que tienes que tomar ¿Okey? Es algo viral, así que... —Me miró seria. —Por cierto, sí te tomas los medicamentos ¿Verdad?

Sí que me pensé la respuesta.

—Sí, sí, claro que sí.

—No me convences.

Entonces ese mismo día a las seis de la tarde Kate llegó a mi apartamento para asegurarse que sí estaba tomando todo en orden. Okey, me vi obligado a tomarme al menos el medicamento de esa hora. Voy a admitir que hasta me alegró su presencia, excepto cuando me dio una cátedra sobre el porqué no comer helado cuando estás resfriado y el clima está tan frío.

Dejando eso a un lado, hoy sí me siento notablemente mejor.

Aunque me es imposible no sentirme nuevamente enfermo cuando me miro en el espejo y la imagen que me devuelve es terrorífica y abrumadora. Estaba comenzando a pensar que debí haber perdido el raciocinio en alguna parte. Llevo un par de horas intentando reconocerme debajo de toda esta carísima ropa de la línea de Monique. Con las manos dentro de los bolsillos me doy un último vistazo y me pongo la bufanda azul. Me resalta los ojos y el color de piel. Tal vez deba usar este color más a menudo.

El estilista que trabaja con Monique presuntamente es uno de los mejores y vino desde Europa —eso según lo que él mismo me comentó mientras me arreglaba el cabello— también hay personas asistiéndome hasta si quiero tomar un vaso de agua. Todavía no me acostumbro, cabe mencionar.

Sé que Monique está llegando cuando todo mundo comienza a correr de un lado a otro.

—¿Y bien...? —Sí, ahí está. Ella se detiene de golpe y me mira de pies a cabeza. Esboza una gran sonrisa, una amplia y gigante que no se borra a medida que sus ojos me repasan: —Guau. Definitivamente, sí eres ese hombre que me imaginé en mi cabeza cuando creé esta línea.

Monique barre su mano en el aire y de inmediato su asistente aparece detrás de ella, comienza a dictarle cosas que la chica no duda en comenzar a escribir y, aunque quisiera saber qué es lo que le está diciendo, prefiero quedarme en mi ignorancia por si aquello no me gusta.

—Sabía que no me equivocaría —dice finalmente. El estilista se va en dirección a ella y después se gira para verme dando su aprobación. Tanta atención va a provocarme un tic nervioso y prefiero ver mi teléfono para buscar distraerme en otra cosa. Tengo varios mensajes, de Simon, de Kate... solo le contesto a ella.

De: Kate

«¿Estás mejor?»

Para: Kate

«Esa sopa de pollo que me preparaste ayer fue milagrosa».

Le sonrío a la pantalla de mi celular y lo dejo de regreso en el bolsillo de la chaqueta que

traía antes de convertirme en lo que sea que parezca ahora. Escucho a Monique hablar y levanto la mirada para verla conversando con dos chicas. Después se vuelve a mí y ambas jóvenes, dedican su atención a mi persona:

—Chicas, él es Roger. Roger, ellas son parte de la campaña.

Con un asentimiento le digo que sí y después me presento con ellas.

Pero cuando Monique mencionó que eran parte de la campaña, no me imaginé que las fotografías debían de ser ellas a horcadas sobre mí, o mis manos sobre sus piernas, o su boca en mi cuello, o sus piernas sobre mi hombro, lo más decente que sostuve fue un trago de whisky que no dudo en pasarme entre espalda y pecho cuando me dicen que la sesión fotográfica ya terminó. Me cambio unos veinte veces más en tiempo récord y termino exhausto, aturdido y desorientado, con un número de teléfono en manos de la modelo a la que le toqué las piernas unas quince veces y de remate me guiña el ojo cuando estoy saliendo.

En fin, la vida sigue. Ese es mi mantra de estos últimos días.

Ya es bastante tarde, estoy cansado y cuando un mensaje me llega a mi teléfono celular no dudo en sacarlo de mi chaqueta la cual llevo colgada en mi antebrazo. Monique me dijo que eligiera tres trajes de su colección y uno de ellos fue el último que llevaba puesto, porque no tenía ganas de cambiarme —y tampoco quería hacerlo en frente de todas esas chicas—. Además, entre más rápido desaparecía, más rápido llegaría a casa, fingiría que esto nunca pasó y me quedaría dormido si es posible hasta el día que tenga que ir a trabajar de nuevo.

Pero los planes nunca salen como uno espera y creo que eso ya lo he mencionado varias veces, porque cuando estoy revisando mi teléfono celular mientras atravieso el parqueo, veo la cantidad de mensajes, más de Simon a quién todavía no le contesto y otro de Kate a quién le doy prioridad. Su texto es de hace veinte minutos mostrándome una caja de chocolates y dice:

«Ahora que eres modelo es muy probable que estés a dieta. Es una lástima»

No puedo evitar que una risa se me escape al mismo tiempo que desactivo la alarma de mi auto y abro la puerta. Estoy tomando mi lugar frente al volante cuando le escribo de regreso y le doy enviar en el momento que me encierro en mi vehículo.

Para: Kate.

«¿Dieta? ¿Qué diablos es eso?»

Casi de inmediato me responde:

De: Kate.

«¿Entonces te espero?»

Tamborileo mis dedos sobre el volante mientras con mi otra mano escribo:

Para: Kate.

«¿Estás en tu apartamento?»

Me contesta que no está en su apartamento, pero me envía la ubicación. No está tan lejos, pero me parece que nunca he estado ahí. Dejo el GPS activado mientras pongo en marcha el vehículo y le envío un audio:

—Te mando un mensaje cuando llegue ¿Va?

Capítulo 20

Tardo un momento en dar con el sitio que me compartió Kate.

Cuando lo hago y me cercioro que sí estoy en la dirección correcta, miro el lugar que tengo en frente y lo primero que hago es marcar su número. Nunca había estado aquí, porque es uno de esos lugares elegantes que prefiero no visitar, no porque tenga una fachada costosa, si no, porque no soy un fanático de las fiestas o cualquier cosa que incluya tantas personas como las que caben en este sitio.

Al primer tono contesta, casi no puedo escucharla por la música, pero sé que este es el lugar, porque es la misma canción que escucho hasta aquí. Lo único que entiendo es que saldrá en un momento y la llamada se corta, así que confiando en que comprendí salgo de mi vehículo y me quedo ahí recostando mis caderas sobre el capó.

—Guau. —Dirijo mi atención en dirección a esa voz que logro reconocer de inmediato y miro a Kate. Tiene una sonrisa en el rostro a medida que camina hacia mí y me mira de pies a cabeza con un gesto picarón que me hace reírme. —¿Ropa de diseñador, peinado perfecto y un nuevo teléfono? ¿Quién eres?

—Lo del teléfono fue una emergencia, el otro dejó de funcionar.

Bueno, tal vez no dejó de funcionar del todo, pero sí que se había convertido en la excusa perfecta para cambiar mi número de teléfono cuando esta mañana recibí una llamada mientras conducía en dirección al estudio de Monique. La llamada provenía de un número desconocido y me sorprendió escuchar la voz que me habló del otro lado:

—¿Roger? —Era el padre de Sara. Reconocería esa voz a kilómetros de distancia si fuese posible. Él y yo no nos llevábamos bien, pero tampoco tan mal que digamos. Nos limitábamos a saludos cordiales, pero nunca hablamos sobre absolutamente nada, no teníamos nada en común. —¿Roger Santana?

—Sí, él habla. —Me obligué a aparcarme en un algún sitio para poder charlar con calma. Iluso de mí, con ningún Escribano se puede charlar con calma.

—Me di cuenta de que golpeaste a Jonathan. —Joder. —¿Sabes las consecuencias de la violencia ¿Verdad?

—Sí, es lo que debería repetirle a su hijo, señor Escribano.

—Muy chistoso, Santana, pero sabes que te puedo llevar a juicio ¿Verdad? Y hasta a la cárcel si se me da la gana. —Entonces me reí irónico y eso pareció molestarlo más todavía: —Agradece que no lo voy a hacer, porque mi esposa siente lástima por ti. Porque de no ser por ella, ahora mismo estaría levantando una orden en tu contra.

—Se lo agradezco, señor Escribano, pero puede hacer lo que se le da la gana. Yo tengo un video que muestra que fue su hijo quien me agredió a mí y se lo menciono solo para que sepa, así que básicamente fue defensa propia, no quiera pasarse de listo conmigo que yo también sé cómo funciona esto. Tal vez debería hablar con Jonathan para que deje de andar hurgando en casas ajenas, que eso sí es penado por la ley. Buenas noches, señor Escribano.

Entonces me deshice de ese celular y solo compartí mi nuevo número con las personas más cercanas.

—Hola, Kate. —La saludo yo. Tal vez estoy muy elegante para este sitio, pero es que no tuve tiempo de cambiarme. Llevo el jersey de cuello alto de la nueva línea de Monique y ni siquiera sale a la venta, además de un pantalón blanco con raya diplomática, pero entonces miro a Kate,

lleva una chaqueta encima, pero veo que está usando vestido brillante entallado al cuerpo y tacones altísimos. Okey, sí estoy a la altura de tremenda mujer tan guapa. —Estás preciosa.

Ella me sonríe y abre la chaqueta con sus manos dentro de los bolsillos dejando a la vista un vestido corto que resalta todas sus curvas, se da media vuelta de manera lenta y después un movimiento rápido hasta quedar de nuevo frente a mí con un gesto coqueto.

—¡Oh, vaya! —Exclamo con ironía, pero la verdad es que eso fue excelente, mucho más porque tiene un bonito y largo cabello que va perfecto con todo. —¿Esa es tu jugada para ligar en una discoteca?

—Tal vez deberías incluirla en tu artículo. —El maldito artículo, joder, no voy a terminarlo nunca.

Casi puedo visualizar a Margaret, sentada de piernas cruzadas en su escritorio, con una taza de café cargado en una mano y el borrador del artículo en otra. Leyendo a carcajadas el documento y, después, llamando a Sara para contarle sobre las estupideces que escribí.

—Claro —le digo con ironía—. De seguro se verá genial en un hombre hacer ese tipo de movimiento frente a una mujer.

Suelta una carcajada y camina hacia mí. Un abrazo fuerte es el saludo entre los dos y un beso en la mejilla, primero ella y después yo. Además, huele delicioso. Toma mi mano y casi tira de mí de regreso al local. Un hombre de seguridad me pide la identificación y después nos abre la puerta. Es un lugar abarrotado de personas y la música es tan alta que siento que me taladra los oídos.

Y quiero irme.

—¿Qué hacemos aquí, por cierto? —Le pregunto a Kate. Ella se detiene y se gira hacia mí. Cabe destacar que para poder comunicarnos tenemos que gritar muy cerca del oído del otro.

—Es el cumpleaños de Fernanda, mi jefa. —Entonces me señala hay un grupo de personas, creo que esos son los compañeros de trabajo de Kate. —Por allá están mis compañeros, al menos los que no están de turno. Además, hay algunos amigos y familiares de Fernanda. Me dijo que te invitara.

—Espera, ¿es su cumpleaños y no me dijiste? Kate, debí traer un regalo.

—Le trajimos un regalo especial entre todos, así que no te preocupes por eso. —¿No preocuparme? ¿Quién llega a un sitio que fue invitado sin nada en las manos? Continuamos avanzando hasta la barra cuando sus palabras se reproducen en mi cabeza otra vez y le pregunto:

—¿Un regalo especial?

—Sí. —El lugar queda completamente a oscuras y antes de poder decir algo solo las luces de un pequeño escenario se encienden. El resto del sitio queda con un leve alumbrado en verde. Sé que estoy con Kate porque estamos tomados de la mano, pero no veo nada. Me vuelvo a ella para preguntarle algo, pero antes de poder hacerlo más luces comienzan a bailar alrededor y dos tipos se llevan Fernanda, la jefa de Kate, a la mitad de la tarima.

Es hasta que la música inicia de nuevo que me doy cuenta de lo que está pasando, unos sujetos —dos, para ser más específico— salen de la parte trasera de unas cortinas. Uno se acerca por adelante y el otro se aparece por detrás. Los sujetos, vestidos de vaqueros, comienzan a bailar y se sacan la primera pieza de ropa. En ese momento todos comienzan a gritar... Okey, ahora entiendo lo del regalo especial.

Hasta me dan ganas de soltar una carcajada cuando miro el regocijo de la jefa de Kate al ver los dos sujetos bailándole en frente. El grito es unánime cuando los dos tipos se arrancan el pantalón y comienzan a bailar en interiores. Pero no queda ahí, se tapan con una toalla y se sacan el bóxer.

—¿Es en serio? ¿Este es el regalo especial? —Ella me dice que sí, que es lo que Fernanda pidió: Un par de bailarines nudistas. Agrega que la jefa lo dijo en broma, pero a nadie se le olvidó, entonces ahí están gastándose una buena pasta en ese regalo de Fernanda.

Le tapo los ojos cuando aquel sujeto toma las manos de Fernanda y comienza a pasárselas por todo cuerpo hasta ponérselas en la «bestia», o eso parece por el grito de la jefa, entonces ella comienza a intentar quitarme las manos de cara.

—¡Roger! Ese regalo también salió de mi salario, merezco ver un poco.

Me rio fuerte y la llevo conmigo a la barra, pero se sienta viendo directo a la tarima. Escucho los gritos, las risas, y es que los dos sujetos están bailándole más sensual a la jefa de Kate.

—Es la peor forma de gastarse el salario, doctora.

—Para nada, solo míralos. —Y sí miro, ahora solo uno de ellos está frente a Fernanda poniéndole casi toda la «bestia» en la cara. Kate se pone de pie un momento y cuando regresa trae consigo la caja de chocolates que me mostró en la fotografía. Casi no puedo escuchar lo que me dice por el bullicio, pero no es necesario entender cuando abre la caja frente a mí.

Tomo un chocolate y me pregunta:

—¿Y cómo te fue en la sesión fotográfica? —Estamos hablando muy cerca. Sus piernas están rozando las mías y me tengo que acomodar mejor para que no sea ella la que tenga que acercarse más cuando me habla. Entonces sus dos piernas quedan entre medio de las mías y me obligo a ver en otra dirección cuando siento el impulso de pasar mi mano por sobre esa piel que se ve tan tersa, suave y firme. El vestido se le subió unos centímetros y ella se cruza de piernas para seguir con la conversación.

—Tengo el número de una de las modelos, así que Simon dirá que me fue bien ¿No?

—¿Por qué tienes el número de una de las modelos?

—No sé, ella me lo dio.

Se ríe, pero no dice nada más y se concentra en el baile en la tarima. Tal vez no debí mencionar eso, pero yo no soy del tipo que oculta cosas a los demás, excepto a Margaret, claro. Parece que el baile ya terminó, porque ya no hay música, solo personas gritando. Fernanda ya se está poniendo de pie, con una sonrisa de oreja a oreja, al parecer sí fue un buen regalo.

—¿Y qué hay de ti? —Escucho de nuevo a la doctora. —¿Te gustan las supermodelos?

—No son mi tipo.

—¿Una supermodelo no es tu tipo? ¿De qué planeta vienes, Roger? —Me hace soltar una risa genuina, voy a admitir. Me acomodo mejor para quedar frente a frente y sus piernas cruzadas siguen entre medio de las mías.

—Una mujer tiene que atraerme más allá que su aspecto físico. Yo no soy nada fácil. —Kate suelta una carcajada, obviamente eso lo he dicho con un tono de broma que sé que no pasó desapercibido por Kate. —¿Y a ti que tipo de hombre te gusta? ¿Doctores?

—¿Por qué específicamente los doctores?

—Está bien, ¿Entonces los enfermeros? —Kate se vuelve a reír.

—No, no me gustan los doctores o enfermeros. No me importa a qué se dedica siempre y cuando no sea un completo idiota, eso es todo lo que pido.

—¿Qué no sea un idiota?

—Sí, ya sabes... de ese tipo, por ejemplo. —Me señala a un tipo que está abordando a un grupo de mujeres. Está muy cerca de ellas, casi incomodándolas. Sostiene un trago en manos y por todos los gestos que hace se parece mucho a Simon.

—Alguien como Simon, entiendo. —Kate me dice que sí y después señala a otro tipo en la sala, me comienza a decir las cosas que comúnmente los hombres hacen para acercarse a una

mujer y todas las situaciones que a ella le resultan completamente incómodas. —Según tu vecino, esas son jugadas brillantes para todas las mujeres.

—Definitivamente Simon no sabe de mujeres.

Y me rio, porque si él escucha eso se arma la tercera guerra mundial. El regalo de la jefa de Kate se terminó y ahora es Mek it bunx up que comienza a sonar. Las personas vuelven a aglutinarse en la pista de baile. Se tocan, se frotan, se meten mano, no entiendo qué es bailar estos días.

Mi celular suena en mi bolsillo y cuando lo saco de ahí, me doy cuenta de que es un mensaje de él, Simon, me sigue preguntando si no conocí modelos hermosas y además le agrega si la próxima vez puedo llevarlo a él.

Le estoy diciendo que no, pero la doctora me habla al oído:

—¿Bailas?

—No, por supuesto que no bailo, Kate. —Entonces se está poniendo de pie y deja el vaso de la bebida que sostiene sobre la barra. Vuelvo a decir que no entre risas cuando me está tomando de la mano y está tirando de mí en dirección a la pista. —¿En serio quieres pasar vergüenza conmigo en la pista de baile?

—Solo te paras ahí y te mueves. No es mucha ciencia. —Definitivamente, voy a hacer el ridículo, pero me termina por convencer y me dejo arrastrar a dónde no quiero. Al menos la pista está llena de personas así que supongo nadie va a notarme... o eso espero.

Yo soy bueno en Jiu Jitsu, no bailando una bachata de Romeo Santos.

—¿Y ahora qué?

—Mira a los demás y cópiate.

No me jodas, Kate. No se lo digo así claro, pero no me deja pensar muy bien sobre de qué bailarín voy a copiarme, porque ella ya se está moviendo a mi alrededor, suelto una carcajada cuando comienza a deslizarse hacia debajo de manera sensual con su espalda contra mi torso. Cabe destacar que yo nada más estoy ahí, de pie, con ambas manos en la cintura y me llevo una a la cara para reírme tranquilo.

Kate también se está riendo y sus manos se envuelven alrededor de mi cintura, se ríe con su cara en el hueco entre mi mandíbula y la quijada, nos quedamos así unos minutos más... varios de hecho, hasta que finalmente me dice:

—¿Nunca saliste a bailar con alguien? ¿Una amiga? ¿Tu exnovia?

—Mi ex odia bailar... —Entonces recuerdo que vi un video suyo moviéndose al son de una cumbia en el Instagram del hijo del millonario holandés, así que rectifico mis palabras: —Bueno, odiaba bailar conmigo. Es que no es lo mío, honestamente.

—¿Cómo sabes que no es lo tuyo si no lo haces?

—No, no lo intentes. Me niego a seguir haciendo el ridículo, doctora. Lo siento, pero mi dignidad es primero.

Kate suelta una risita y me pregunta:

—Entonces ¿Te inscribirías a clases de baile conmigo? Me hace falta un compañero.

—Por supuesto que yo no soy un buen compañero. —Su gesto es una mezcla de asombro con diversión que me resulta bastante gracioso—. Otro día hacemos el ridículo ¿Podemos ir a por algo de tomar? Tengo sed.

—¿Un Gin Tonic?

—Estás planeando emborracharme para después aprovecharte de mí, ¿cierto?

—¡Diablos! Me descubriste.

Ahora soy yo quién tira de ella para salir de la pista de baile, cuando estamos cerca de las

banquetas mi teléfono suena otra vez, Kate me dice que pedirá unas bebidas y yo le digo que sí, que solo contestaré un mensaje a Simon. Al sacarlo de mi bolsillo no me percaté de lo que pasa a mi alrededor hasta que en ese momento siento que alguien choca conmigo. Voy a disculparme, pero entonces la persona que me encuentro ahí es a la última mujer que me gustaría ver en este momento.

Wendy, la mejor amiga de Sara.

Ella también se sorprende al verme, pareciera que está intentando reconocerme... no sé. Se calla todas las cosas que estaba a punto de decirme y se aclara la garganta nada más. Toma a su pareja del brazo y se van lejos.

Cabe mencionar que el tipo que está con ella es uno distinto al que la acompañaba el último día que la vi.

—¿Estás bien? —Me pregunta Kate viendo en dirección a Wendy—. ¿La conoces?

—Sí, nadie importante, es la mejor amiga de mi ex. La última vez que la vi me dijo que estaba feliz, porque Sara se consiguió un mejor partido. Wendy es tan cínica que fingía ser mi amiga cuando le ayudaba a mi exnovia a ocultar su relación con el holandés. Por favor, dime que esta mujer no es familiar o amiga, o lo que sea, de Fernanda.

—No, debe salir con Byron, el hombre que está con ella. Es oncólogo.

—¿Es doctor con especialidad? No me sorprende.

—También es casado. —Bueno, eso tampoco me sorprende. No es la primera vez que tiene un rollo con un hombre casado, tal vez sea esta la cuarta vez o la quinta y nunca pareció importarle.

Cuando nos sentamos en las banquetas del bar, el bartender pone las dos bebidas frente a nosotros y tomo una para darle un trago largo cuando escucho a Kate hablarme:

—La chica nos está viendo. —Toma la bebida que tengo en manos y la deja de nuevo en la barra. Posteriormente, toma mis manos y las pasa alrededor de su cintura. —Finge que te la estás pasando genial conmigo.

—¿Qué?

—No voltees a verla. Solo vamos a darle algo de qué hablar la próxima vez que mire a tu ex. Ellas son del tipo de mujer que quieren tener a los hombres llorando y doblegándose por ellas. No vas a darles ese gusto. Comúnmente no soportan cuando ya las superan, así que vas a dejarle un mensaje y qué mejor canal que su amiga que te dijo que estaba feliz que ella se encontró un mejor partido. Sígueme la corriente.

No le puedo ni contestar, porque mi mente está concentrada en su mano bajando por mi espalda y casi rozándome el trasero. Quiero replicar, pero entonces las palabras se me quedan atoradas en la garganta cuando sus labios se adhieren a mi cuello y comienza a dejar una línea de besos húmedos que, aunque no quiera, me hacen soltar una carcajada.

Una risa escandalosa, genuina y sincera, que tenía mucho que no dejaba salir. Esta es una de las zonas intocables para mí y creo que acabo de dejárselo saber a la persona equivocada. Estoy seguro de que esto va a ser usado en mi contra después.

—¿Qué estás haciendo?... —Intento alejarme, pero no me lo permite. —¡Kate! No hagas eso ¡Kate...! ¡Por Dios!

Estoy a punto de tirarme al suelo en carcajadas, cuando ella también se suelta a reír y finalmente termina la tortura. Me duele el abdomen y, aunque quiero, no puedo reñirla, porque no me salen las palabras. Nos quedamos así, abrazados, riéndonos el uno del otro, hasta que la escucho decir:

—No puedo creer que seas tan débil. —Ni siquiera puedo contestarle. En ese momento

Wendy pasa a la par nuestra junto al sujeto que la acompaña, pero no me percató de la dirección a la que va. Mi mente todavía procesa lo que acaba de pasar y que también me ha puesto duro. Mierda. Me acomodo de forma que Kate no pueda sentirme y casi quiero agradecerle cuando se separa de mí y vuelve a tomar la banqueta en la que estaba.

Capítulo 21

El lunes por la mañana, mi imagen ya está por todas partes.

Y cuando digo que está por todas partes me refiero a sitios web, anuncios de tv, vallas publicitarias y todo tipo de vía que utilice el marketing como herramienta. Sabía que a Monique le gustaba trabajar a lo grande, pero no pensé que aquello iba a pasar tan pronto. Solo habían pasado dos días ¡Dos días! y mi rostro ya estaba como spam por todos lados, anunciando el lanzamiento de la línea de ropa de Monique y una grandiosa fiesta a la que se suponía yo tenía que asistir, pero estaba viendo la forma de fracturarme ambas piernas para tener una excusa.

Ni siquiera me había preparado psicológicamente para verme en una enorme pantalla en el centro de la ciudad. Yo venía relajado tarareando una canción, realmente cómodo en el respaldo de la silla de mi vehículo mientras daba golpecitos suaves al timón, solo estaba esperando que el semáforo cambiara de color y justo en el momento que enciende la luz verde y aprieto el acelerador ¡Bam! Me veo ahí y choco mi auto contra un Volkswagen rosa que tengo en frente.

Entro en pánico, no sé si es porque veo la placa que le pertenece al cuerpo diplomático o cuando me doy cuenta que la mujer que lo conduce tiene la cara de lunática como la mismísima Harley Quinn, no sé en qué concentrarme en realidad porque, a pesar del caos que acabo de ocasionar, mi mente solo está pensando en la imagen de mí mismo que tengo en frente, con un traje de raya color beige, una camisa de cuello alto oscura y una bufanda más cara que tres meses de mi apartamento.

También hay una modelo detrás de mí y solo se pueden ver sus brazos aferrándose a mi torso. Cuando veo a la conductora Volkswagen caminar directo hacia mí, me bajo de mi vehículo y dispuesto a aceptar las consecuencias tartamudeo lo siguiente:

—Yo... en serio lo lamento. Llamaré a la compañía de seguros y... —Lo peor de todo esto es que voy a llegar tarde al trabajo... de nuevo. Margaret va a despedirme. Pero esto también es culpa de Simon en parte, porque se apareció en mi apartamento a las cuatro y media de la mañana ¡Las cuatro y media de la mañana! con ropa deportiva y cuando le abrí la puerta medio dormido me dijo que fuera a cambiarme. Le dije que no, pero entró, tomó las llaves, ropa deportiva de mi armario y me sacó a empujones.

En fin, me desvié, el punto es que la mujer se me está acercando, está molestísima y yo continúo:

—Solo me distraje un momento ¿Okey? Un momento, y su auto estaba ahí.

Me interrumpe. Noto que el rostro feroz se le suaviza al verme la cara. Es una mujer bastante joven para pertenecer al cuerpo diplomático, tal vez está en sus treinta, y me dice:

—No te preocupes, no es nada.

A ver, ¿qué?

La miro a ella y después al auto, para suerte mía, mi Impala se llevó la peor parte, pero no era más que un golpe. El Volkswagen está casi intacto. —Pero... si quieres llamar a alguien... —Hace una pausa, vuelve a auto y regresa con una libreta y un bolígrafo, escribe algo que me entrega sin vacilar. Es su número, en letras brillantes y un corazón con la siguiente palabra: Llámame. —No dudes en llamarme a mí y tomamos un café mientras hablamos sobre esto.

¿Qué diablos? Entonces se queda viendo la pantalla donde está mi foto y después se voltea a mí y me da un adiós con la mano, se sube al Volkswagen y se va. Joder, ¿qué es lo que acaba de pasar? En fin, me encierro y luego me veo obligado a moverme de ahí cuando el claxon de un montón de autos detrás del mío comienza a sonar pidiéndome que me largue.

Cuando llego a las oficinas, las cosas no son diferentes. La gente me mira y yo no estoy acostumbrado a este montón de atención. La gente me saluda, otros detienen el elevador para que yo pase. A ver, solo son unas fotos nada más, no me convertí en el heredero de nada.

Al medio día ya me comienza a apresar el pánico e incluso salgo a almorzar con el gorro de mi abrigo puesto sobre la cabeza. Por supuesto que Simon es del tipo que ama la atención, por eso mi actitud le parece bastante exagerada y tiene que repetirme dos veces:

—¿Vamos a almorzar?

Quiero decirle que no, pero el hambre puede más que la vergüenza.

Me voy a comer con él.

También a él le debo el hecho de que todos mis movimientos son torpes y meticulosamente estudiados para evitar caerme. Me hizo hacer una rutina de cuerpo completo a las cinco de la mañana, cuando solo había tenido cuatro horas de sueño y lo único que había comido era una barrita energética. Me rugía el estómago y era capaz de comerme una vaca entera cuando salí del gym, pero entonces recordé que todavía tengo trabajo y tuve que posponer el desayuno para llegar a tiempo.

—Relájate Roger, nadie va a reconocerte.

—Estoy en todo el maldito internet, Simon, y en una pantalla en el centro de la ciudad.

—No solo en el centro de la ciudad.

—Gracias por recordármelo.

—Lo que te quiero decir es que ni siquiera pareces tú en esa fotografía. Está una mujer tocándote, a partir de ahí yo dudaría que seas tú. —Lo dice con burla, pero yo no me río. Llegamos al primer piso y saca una bebida gaseosa de su mochila, me la regala a mí. —Por cierto, te han seguido unas quinientas personas más en Instagram.

Las redes sociales no me importan.

De todas formas, le arrebato el celular y miro mi supuesto perfil. Son fotografías antiguas, de cuando iba al gimnasio y hacía rutinas de tres horas, aunque nunca andaba tomándome foto, sí tengo unas cuantas de cuando iba a la playa, aunque en la mayoría aparecía mi ex y Simon se encargó de recortarlas todas. También están las de la campaña de Monique que ahora están por todas partes.

—¿Qué carajo?

—Esas últimas son las que tienen más *likes*, ahora imagínate una en ropa interior.

—Por supuesto que no me voy a tomar una foto en ropa interior, Simon. —Él rueda los ojos y le devuelvo el celular para abrir mi bebida que me regaló y darle un trago, dejo que un poco de gas salga del orificio cuando lo escucho decir: —Y adivina quién te está siguiendo.

—¿Quién? —Me concentro en él para evitar verme en el reflejo de las puertas metálicas del elevador. Esta vez llevo una camiseta roja, pero sobre ella una chaqueta con gorro de color oscuro, tal vez la más grande que tengo para esconderme.

—Wendy, la amiga sexy de Sara. —Casi regreso la bebida dentro de la lata. Como dije, para Simon toda mujer es sexy. No es que Wendy sea fea, de hecho, es una mujer guapa, pero con casi todo falso, hasta la personalidad, incluso Sara se operó los senos por influencia suya. —Lástima que le gusten los pitos forrados de dinero.

—¿Wendy? —Me dice que sí. Entonces me acuerdo de lo que pasó este último sábado, pero no es a ella a quién recuerdo en sí, si no, a Kate. Kate y su juego con esos labios carnosos sobre mi cuello que me desconcentraron el resto de la noche. —Wendy me odia.

—Ajá, pero no te preocupes, como tu *Community Manager* me encargaré de publicar tus mejores fotos —Oh por Dios. —Para eso son los amigos, ¿no? si puedes tomarte algunas

sugerentes, qué sé yo, solo con una toalla alrededor de la cintura, mucho mejor. Las mujeres aman eso. Recuerda llevarme contigo a la próxima sesión de fotos, soy tu representante.

—Yo no estoy buscando un representante, Simon.

—Bueno, tu contacto en Instagram es mi correo, así que soy tu representante. —Creo que Simon se está tomando todo esto demasiado a pecho. —Además, tengo que conocer a esas modelos guapas que trabajan con Monique ¿Las has visto? Son mejores que las modelos de Victoria Seacret.

—Tengo el número de esa modelo que estaba detrás de mí ¿Lo quieres?

—¿Tienes el número de una modelo? —Me pregunta, por no decir: grita. Gira todo su torso hacia mí exactamente en la puerta de entrada del edificio. Me vuelvo a Simon quién tiene la mirada incrédula puesta en mi persona y le respondo.

—La chica se acercó a mí y me dijo que me dejaba su número «por cualquier cosa».

Simon no contesta, solo camina detrás de mí sin decir una palabra y me vuelvo a él para preguntar qué diablos le pasa. Suspira, pero sin despegarme los ojos, y me dice:

—¿Una modelo te dio su número y no la has llamado?

—No es mi tipo. —Simon suelta un bufido y me detengo cuando no escucho sus pasos detrás de mí. Lo veo ahí de pie con la mano sobre la frente, respira hondo, me mira y dice:

—¿Qué es lo que está mal contigo, Roger?

Bueno, le acabo de ofrecer el número de una supermodelo y prácticamente me está recriminando. No entiendo a Simon en realidad.

—¿Entonces es un no?

—Es un «¿Qué diablos tiene Roger en la cabeza para darme el número de una supermodelo que podría llamar él mismo?»

—Entonces, asumo que no.

Continúo mi camino, pero entonces cuando él me alcanza y va a decirme algo, somos interceptados por un grupo de tres jovencitas a la salida del edificio. Cabe destacar que yo al menos no las conozco de nada, pero al parecer, ellas a mí sí, me doy cuenta cuando una de ellas le habla a Simon, pero después se vuelve a mí y me dice:

—Hola Roger, así es tu nombre ¿Verdad? —Simon sí las conoce. Lo sé por la familiaridad con la que les habla y como saluda a una por una con un beso en la mejilla, pero eso no es algo para asombrarse, porque él conoce a todas las mujeres de este edificio y el siguiente.

—Sí. Hola.

—Genial. Con las chicas estábamos pensando almorzar en el restaurante de comida china que está en la esquina ¿Les gustaría acompañarnos? —Entonces, al escuchar eso, Simon se gira hacia mí, tal vez esperando mi respuesta o diciéndome que vamos a ir sin importar lo que yo opine. Estoy seguro de que va a irse por la segunda opción.

—Claro —Lo sabía. La verdad, ya estoy comenzando a molestarme y entonces lo contradigo:

—Me encantaría, pero quedé de verme con alguien en un par de minutos, lo lamento. — Simon gira la cabeza, de una forma que le haría competencia a la niña del exorcista y una expresión que me deja pensando que en realidad él debería hacer un casting para un remake por lo bien que le sale. Es más que obvio que él sí quiere ir, pero yo no, y gemelos siameses no somos, así que puede ir por su cuenta.

Además, nunca me pregunta, él hace planes en mi nombre solo porque sí.

—De acuerdo. —Dice la chica que inicialmente hizo la invitación, las otras dos se miran entre sí, tal vez no esperaban esa respuesta. —Pero si no puedes ahora está bien, haremos una fiesta esta noche en casa de Melanie. —Señala a la chica detrás de ella. —Podemos dejarles

la dirección, en caso de que quieras o puedas ir.

Me miran de nuevo, las tres. Como no digo nada, escriben la dirección y me la entregan.

Las chicas se retiran murmurando cosas entre ellas y cuando quito la mirada del papel me encuentro con los ojos furiosos de Simon. Si pudiera tirar rayos láser con ellos lo más seguro es que yo ya no estuviera aquí para contarlos.

—¿Qué? —Me doy media vuelta, para suerte mía nosotros íbamos en la dirección contraria.

—¿Cómo que qué? ¿Es en serio, Roger? ¿Acabas de rechazar una invitación de tres chicas interesadas en ti? Ni siquiera estaban interesadas en mí, estaban interesadas en ti ¿Es que acaso no lo vistes? Hasta un ciego podría verlo y...

—¡Es que ni siquiera me preguntas! Haces planes como si eres el dueño de mi tiempo, eso está mal. Haz planes para ti, pero no para mí, por favor. Ya basta. —Entonces sigo mi camino y cómo él está todavía detrás de mí, antes de que diga algo le advierto: —Quiero comer tranquilo, por favor, así deja ese tema de una buena vez.

—¿Al menos sí irías a esa fiesta?

—No lo sé, tengo pensarlo. —Suelta un bufido, me mira un momento y después simplemente comienza a caminar pero no sin antes decirme:

—Bien, si tu plan es parecer un piano embrujado tocándote solo, adelante.

—¿Qué diablos?

—Exacto, ¿Qué diablos? —Entra a la cafetería y yo me quedo ahí viéndolo perderse tras las puertas de vidrio del local pensando en serio si almorzar con él o mejor regresar a mi cubículo.



Al final, el hambre pudo más que la razón, así que almuerzo con Simon.

Tengo que poner condiciones, porque me está comenzando a aturdir con el tema de conocer mujeres y yo ya me estoy cansando. Para mi suerte, hace caso y hablamos cualquier otra cosa que no tiene que ver nada con ligues o el maldito artículo, y eso es algo para agradecerle —al menos—.

Hablando del artículo, no tengo nada para mostrarle a Margaret.

Las dos horas después del almuerzo me dedico a crear aunque sea una introducción para engañar a Margaret, pero estoy seguro que hasta ella debe saber cómo conseguir un ligue de una noche mejor que yo, así que comienzo a borrar todo lo que había escrito para poner ahí algo más coherente y comienzo de nuevo intentando armar algo relativamente atractivo y se me ocurre que debería iniciar con una frase de seducción.

Después solo tengo que agregar más palabras y comenzar a unir todas las cosas que ha dicho Simon con otras que investigué por mi cuenta.

No debe ser tan complicado ¡Vamos! Suelto un suspiro, miro la lámpara que está en el techo todavía con las manos sobre el teclado y vuelvo a concentrarme en la pantalla de la computadora cuando escucho el sonido de una notificación que llega a mi red social. El sonido proviene de mi teléfono, pero entonces me conecto desde la Mac aprovechando que nadie me está viendo. La notificación es de Kate y es una fotografía que me etiquetó, una de los dos juntos en su apartamento.

Ayer después de mediodía ya había recuperado mis horas de sueño y recibí una invitación de Kate sobre una jornada de donación de sangre. Yo acepté, porque soy un donante regular y,

además, un buen candidato: No me he hecho un tatuaje, tampoco piercings, ni estoy contagiado de enfermedades venéreas y, además, no he tenido relaciones sexuales desde hace mucho tiempo. Tal vez, esa fue la parte vergonzosa, que fuese ella quién me hiciera esas preguntas y tener que contestar específicamente esa última con un:

—Ni siquiera me recuerdo.

Pero es que es verdad, no me acuerdo, y tampoco me iba a poner a sacar cuentas en ese momento. No sabía si habían pasado semanas o meses desde la última vez que me acosté con alguien... bueno, con Sara.

Tal vez eso no debí mencionarlo. A este punto Kate debe pensar que soy terrible en la cama, tal vez lo soy, pero tampoco es para andarlo hablando por ahí con una mujer, así que me hice una nota mental: No hablar demás frente a Kate. Nunca.

Pero antes de todo eso, nos habíamos reído por la coincidencia de nuestra vestimenta: Jersey negro, vaqueros azules, un abrigo largo de color gris, entonces, cuando llegamos a su apartamento, Kate me pidió una fotografía antes de cambiarse y esa es la que estoy viendo ahora. Me llamó a su recámara y me dijo que me ubicara detrás de ella frente al espejo y la verdad es que no había visto el resultado hasta hoy y, aunque no soy fanático de las fotografías, ésta en especial me gusta y la comparto yo mismo en mis redes sociales.

Después de eso fuimos por helado, más tarde a comer cerca de mi casa, también caminamos por el parque que está a unos metros de su apartamento y nos tomamos más fotografías. Entonces, le devuelvo el gesto, tomo mi celular y elijo publicar en mis historias una en la que los ojos de Kate se ven hermosos. Es una selfie de los dos. Yo estoy detrás de ella sosteniendo un helado, pero mi figura es opacada por esa mirada tan atractiva, y ayer se lo había dicho, que me gustaban sus ojos, y ella me contestó:

—A mí me gusta tu sonrisa. Bueno, todo tu rostro en realidad.

—Tu cara es preciosa también, pareces una muñeca de porcelana, y no te lo digo solo para devolvarte cumplido ¿Okey? Es la verdad.

Se rio de nuevo y mantuvimos el contacto visual. Miro la fotografía y casi puedo ver a sus amigas haciéndome todo tipo de pregunta, porque aquella imagen se prestaba a malas interpretaciones, por algún motivo nuestros dedos están entrelazados, mi mano libre sobre su cintura, mi mejilla parece descansar sobre su cabeza, pero eso no es todo, claramente se ve que es su habitación de fondo y su cama a unos centímetros.

—¡Roger! —Escucho a Margaret caminar hacia mí y entro en pánico, cierro mi red social y todas las páginas web abiertas en este ordenador. Levanto la mirada con una falsa calma y la veo a ella vestida de rojo, subida en algunos tacones de quince centímetros, el cabello rubio recién pintado en un moño alto y los labios del mismo color de su ropa ejecutiva. —Ven conmigo.

Me entrega unos papeles y aunque arrugo el entrecejo antes, bloqueo la pantalla del ordenador y tomo mi teléfono para caminar tras ella quién me está esperando frente a las puertas del ascensor. Cuando pasamos al interior, presiona el botón del último piso. La miro a través del reflejo, ella me observa a mí también, pero entonces aparta la mirada y se concentra en arreglarse el cabello. Le pongo atención a los papeles que me dio y entonces un mensaje me llega al celular, es una imagen de parte de Kate y dice:

De: Kate

«Olvídalo, me equivoqué al decirte que te mirabas bien en todas las fotografías»

Aprieto los labios para no reírme cuando miro aquella foto mía comiendo helado, con nada de delicadeza, la nariz arrugada y un gesto bastante fuera de sí, si yo fuera una persona que le

importan las buenas fotografías, ahora mismo estaría en su dirección para obligarla a borrar esa foto. En realidad, no sé qué había pasado ahí, pero definitivamente, era el momento equivocado para la fotografía equivocada. Voy a replicar, cuando entonces escucho a Margaret:

—Es muy probable que encuentres personas que no quieres ver aquí, Roger, pero confío en tu buen juicio.

Pero cuando Margaret me dice eso en la última persona que pienso es en la que me encuentro ahí: El padre de Sara. Cuando llegamos al piso y damos un paso dentro del salón de reuniones, el señor Escribano está ahí y frente a él Koen Van Brouwer, en medio de ellos dos hay una serie de documentos y ahí lo comprendo todo, también lo están usando como parte de un interés propio.

Sé que él me reconoce en el momento que me mira entrar, no sé en realidad qué gesto es el que hace, porque de inmediato que sus ojos se postran en mí decido pasar de él, tomo lugar al lado de Margaret y me concentro en lo que sea que tengo que hacer aquí con ella. Me doy cuenta de que esta posiblemente sea la reunión más larga en la que he estado y aunque quiero preguntarle a Margaret a qué hora salimos de aquí, prefiero no hacerlo.

Me quedo con ellos ahí todo el rato, anotando las cosas que la jefa dragón me dice, es algo sobre la venta de las acciones de «Hombres al poder» y el señor Escribano es el que lleva la parte legal de todo el proceso y, por lo que logro escuchar, también Sara, pero para suerte mía ella no está aquí. Cuando termina la bendita reunión, finjo que no tengo ganas de salir corriendo y, aunque Margaret se quedó hablando con algunas personas, la espero a un lado, tomando una botella de agua de las que están sobre una mesa y entonces, saco mi teléfono celular para contestar el mensaje de Kate que olvidé por culpa de Margaret.

Para: Kate.

«También tengo un par de malas fotografías tuyas, no me hagas mostrarlas».

Su respuesta no tarda en llegar, miro mi reloj y me doy cuenta de que es bastante tarde, es muy probable que ella no esté ya en el hospital, aunque no tiene un horario específico tampoco mencionó que hoy estaría de turno. Y yo, bueno, aquí estoy, haciendo horas extras, que no me van a pagar estoy seguro.

De: Kate.

«Hasta no verte, no creerte»

Para: Kate.

«¿Es tu excusa para decir que quieres verme?»

De: Kate

«Chico listo»

Dejo la botella de agua sobre la mesa. Pienso un momento lo que voy a escribir y, entonces, escucho la voz de Margaret:

—Roger... —No me había percatado de su presencia, de inmediato cambio el gesto para verla y me dice que le entregue los papeles con apuntes. Tomo mis notas del lugar que las dejé y se las dos. Mira mi teléfono y después a mí para agregar: —Puedes irte.

Le digo que está bien y no dudo en terminar de enviar mi mensaje frente a ella:

Para: Kate.

«¿Dónde estás?»

De: Kate.

«En mi apartamento ¿Quieres venir?»

Capítulo 22

Ni siquiera había notado que últimamente me siento notablemente mejor.

Es como si de repente empezaba a olvidar todo aquello que me estaba agobiando hasta hace poco, como si todo comenzara a importarme en lo más mínimo. Como si encontrarme a Jonathan, el hermano de Sara, en la puerta de mi apartamento no fuera algo totalmente frustrante. Mucho más cuando los ojos del enano se postran sobre los míos y me mira con toda la rabia que ha podido recoger en este momento, pero ese gesto se suaviza al ver a la persona que está a mi lado: Kate.

No me causa ninguna impresión encontrarlo ahí, de hecho, mi sexto sentido me estaba avisando que podía encontrarme con una sorpresa nada grata y, por tal motivo, no quería venir aquí. Aunque estaba a gusto en el apartamento de Kate, Simon me llamó e insistió que llegara a una pequeña reunión a su casa en la playa, que no está lejos de aquí, pero tampoco tenía ganas de ir porque sé que para Simon «pequeña reunión» es amanecer él mismo vomitando en mis zapatos y yo llevando a casa a su ligue; pero no es así como suena, cuando digo que yo tengo que llevar a casa a su ligue, me refiero a que yo tengo que llevar a una chica ebria hasta la casa de ella misma.

Le había dicho que no unas diez veces cuando entonces comenzó a escribirle a Kate, porque según él, convenciéndola a ella me convencía a mí y sí que tuvo razón, quince minutos después estaba conduciendo a mi casa, quejándome de Simon y de la camiseta que había manchado con sirope de chocolate. Necesitaba cambiarme, pero entonces, para mi mala suerte, me encuentro a Jonathan aquí.

Pero no es todo, cuando estoy más cerca y a punto de abrir la puerta, veo la huella de su bota sucia sobre la madera blanca.

—¿Qué diablos hiciste? —Le pregunto, ahora sí un tanto alterado por la obvia razón que ha intentado tirar mi puerta abajo. Sabía que había hecho bien cambiar la cerradura a tiempo, no quisiera ni pensar en tener que llegar otra vez y encontrármelo en mi sala, aunque la solución de Simon había sido: Déjalo que conserve las llaves, solo tira condones usados por ahí y compra algunas bragas de Victoria Secret para regarlas por la sala— ¿Por qué pateaste mi puerta? ¿Acaso tienes diez años? ¿Después vas a llorar con tu padre diciendo que yo te golpeo cuando tú estás aquí abusando de mis cosas?

Pero el enano hermano de Sara no dice nada, su vista se clava en la persona a mi lado y su gesto se suaviza un poco, se aclara la garganta y se acomoda la chaqueta. No sé si es nada más por la mera presencia de Kate, pero él no se altera como de costumbre, no me dice alguna frase hiriente para sentirse victorioso, no habla y hasta creo que no respira. No sé qué rayos puede estar haciendo frente a mi puerta, vestido con una chaqueta de cuero sin mangas, mostrando sus brazos llenos de anabólicos, queriendo verse amenazante con su metro sesenta, pero la verdad que ya me estaba comenzando a cansar y esto que hoy me sentía notablemente de buen humor.

—Cambiaste la cerradura. —dice eso tan calmo, como si fuese algo totalmente normal entrar a la casa de otra persona sin su permiso. Como si este fuera su sitio y lo compartiera conmigo. Hasta se ve amable, ni siquiera pareciera el niño de papi que se inventó un maltrato físico para conseguir una jugosa pensión de su ex esposa. Para mi desgracia, Sara le había dado una copia de su llave por una temporada que estuvo viviendo con nosotros. Aunque yo le había dicho que no, aunque él hubiese invadido nuestra privacidad en varias ocasiones y aunque hubiese usado

nuestro apartamento como motel para sus ligues. Al parecer, todavía no logra entender que ahora ya no puede entrar y salir de aquí cuando se le dé la gana sin mi permiso—. Solo necesito sacar unas cosas pero tu jodida puerta no se abría.

—¡Por supuesto! Porque esta no es tu casa y entiende que no puedes entrar cuando quieras. —Hasta separo eso último en sílabas en caso de que su pequeño y musculoso cerebro me capte.

—Estás secuestrando las cosas de Sara. Eso ni siquiera es legal ¿Te parece si llamamos a mi padre? Me gustaría saber qué opina al respecto.

Me río irónico, no puedo evitarlo. Quiero decir una frase sarcástica pero Kate está aquí y me da vergüenza que esté presenciando esta tontería. Creo que entre más rápido termine con esto, mejor. Solo espero que se lleve todo y no vuelva a aparecerse nunca más por mi vista.

—Cariño, ¿Te importa si entro? Necesito usar el baño. —De pronto la voz de Kate me llama la atención, y... mi mente vuelve a reproducir lo que acaba de decir. Por un momento me quedo sin hablar nada hasta que siento su mano quitarme las llaves de mi apartamento. Le digo que no hay problema con toda la naturalidad que he podido recoger en este momento. Y ella, abre la puerta, entra a mi apartamento, se quita el abrigo, lo deja sobre el sillón de la sala y se pierde en dirección a mi habitación. Todo lo hace con una familiaridad fríamente calculada a propósito, como si se moviera por este sitio a menudo y sé el motivo por el que lo está haciendo.

Miro a Jonathan y él la está viendo a ella, creo que no se da cuenta que mis ojos están puestos en él desde hace rato y no ha despegado su mirada de Kate, pero no puedo culparlo, Kate se ve excepcionalmente guapa hoy, lleva una falda corta de color oscuro y una blusa sin mangas de algodón, además, unos zapatos de tacón que le hacen lucir unas piernas interminables, tersas y tonificadas. Tal vez sea porque arreglarse de esa manera le asienta verdaderamente bien, o porque el color verde olivo de su blusa le resalta los ojos o tal vez sea su cabello que roza sus caderas, en realidad Kate fue premiada con una buena genética. Aunque ella tenía una respuesta distinta, cuando estábamos en su apartamento le dije que me gusta como se ve, entonces, me contestó:

—Estoy menstruando, a todas las chicas nos pasa en estos días. —Y yo me reí, ya sabía que precisamente no es una mujer con pelos en la lengua pero aquello me había resultado gracioso—. Es la verdad, Roger.

Ella estaba haciendo en ese momento una ensalada de frutas que me ofreció mientras yo le ayudaba a arreglar unos libros que todavía estaban dentro de unas cajas. Había llegado a su apartamento después de la reunión de Margaret, me dijo que estaba arreglando un poco mientras tenía tiempo libre antes de entrar a sus exámenes finales, dentro de unas semanas ya gozaría de su título en Pediatría y yo... bueno, era la imagen de la marca de Monique, ¿es algo, no?

Exactamente eso le dije a Kate, nos reímos un rato y nos burlamos al respecto antes de que me dijese que iba a tomar una ducha y regresara vestida de la forma que lo hace ahora. Cuando le hice el cumplido y me hizo carcajearme con su respuesta me entregó el tazón de frutas y se sentó a mi lado sobre la alfombra.

—¿Y no has pensando en hacer más trabajos como modelo? —me preguntó, pinchó un pedazo de fruta con el tenedor y se lo llevó a la boca. Alcanzó uno de los libros en el estante y lo abrió para sacar un sobre—. Me parece que te ves excelente en esas fotografías de la campaña de Monique. Casi visualizo a todas las mujeres saboreándose mientras miran esas fotos.

Me reí, no pude evitarlo. Algo que tampoco pude evitar fue ver la forma en que la falda dejó al descubierto unas bonitas y tonificadas piernas después que se acomodó sobre la alfombra. Voy a admitir que eso casi logra desconcentrarme, pero intenté desviar mi atención al bowl de frutas en mis manos, entonces le pregunté con picardía:

—¿Es eso es una anécdota personal? —La miré solo un momento mientras dejaba el libro de nuevo en el estante. Soltó una risa, se puso de pie y me dijo:

—Lo es. —Me contestó con un tono cargado de sarcasmo. La miré irse en dirección a la cocina, después se giró hacia mí y habló—: Por tentaciones como tú hay pecadoras como yo.

No sé si fue la forma en que soltó esas palabras que me hizo carcajearme, o como elevó una ceja con esa necesidad de lanzarme una mirada coqueta o la forma sensual en que se giró como ella acostumbra hacerlo cuando bromea conmigo. Me dejó una sonrisa impregnada en el rostro y preferí callarme la siguiente frase que se me pasó por la mente.

Jonathan se da cuenta que mi mirada está clavada en su persona y de inmediato se concentra en mí. No entiendo por qué no da un paso adelante y saca las cosas que quiere de una buena vez, así salimos de esto rápido y fingimos que nunca pasó. Me apresuro a hablar cuando me doy cuenta que planea quedarse como una estatua:

—¿Y bien? ¿Sacas eso que dices o no? —Lo digo todo con una calma tan natural que yo mismo desconozco. Entro a mi apartamento, mantengo la puerta abierta para que pase y vacilante da un par de pasos al interior—. Apresúrate. Solo tengo diez minutos.

No tengo diez minutos en realidad, tengo el tiempo que quiera porque la casa de Simon puede esperar, sin embargo, no quiero verlo aquí y quiero dejarle en claro que su presencia no es bienvenida. Entro al piso y dejo la puerta abierta para caminar hacia el librero, las cosas que todavía quedaban de Sara eran las que él mismo había dejado regadas sobre la alfombra el día que le pareció buena idea darme un golpe en el ojo. Esa basura la había dejado a un lado del estante, por tal motivo, no me costó encontrarla y le entregué todo a él que no tuvo necesidad de buscar siquiera.

—¿Algo más? —Me dice que no, pero no me despega la mirada de encima, como si quisiera soltar alguna tontería suya, como si deseara que yo mismo cometiera una locura para tener la excusa perfecta y meterme en la cárcel, o pedirme dinero. Entonces, simplemente se va en dirección a la puerta de entrada y se pierde tras ella dándole un fuerte azote.

Idiota.

Finalmente puedo respirar tranquilo y me paso la mano por la cara para despejar la frustración. Me voy a la cocina para tomar una botella de agua que dejo sobre la encimera para posteriormente extraer una manzana del refrigerador. Dejo las dos cosas cerca del lavabo y buscando un vaso en el compartimento superior siento dos brazos rodearme la cintura desde atrás, para después tomar la manzana y la botella de agua.

—Eso es mío. —Le digo, cuando se ha quedado ahí, rodeándome con sus brazos—. Cariño. —Hago énfasis en esa palabra. Escucho una risa de su parte y se separa de mí para después arrastrar una banqueta y ubicarse frente al desayunador.

—¿Entonces qué palabra hubieses preferido? ¿Bebé? ¿Panquecito? ¿Peluchito?

—¿Peluchito? ¿Qué carajo...? —Suelto una carcajada. Extraigo otra manzana del refrigerador y tomo el lugar a su lado cuando está revisando un mensaje que le llegó a su celular. Se pone de pie, dejando el aparato desbloqueado sobre la mesa, sin querer veo el fondo de pantalla que tiene ahí. Es un chico. Un chico tomado de la mano con ella frente a una playa. Es alto, fuerte, con el cabello negro y logro visualizar un tatuaje en su brazo.

—¿Puedo comer helado de chocolate? —Me interrumpe, yo me estremezco y dejo de ver su celular para poner toda mi atención a ella. Aunque no capté muy bien lo que dijo, creo que sé qué es lo que me ha preguntado cuando veo mi envase de helado en sus manos.

—Igual vas a comerlo aunque diga que no. —Sé que es verdad y la sonrisa maliciosa en sus labios me lo confirma. El celular se bloquea frente a mis ojos y entonces, me quedo un rato

perdido en la pantalla oscura del aparato hasta que veo sus llaves que descansan a un costado. Observo que de ellas cuelga el pequeño estetoscopio llavero que le regalé el otro día y a la par un pequeñísimo álbum en forma de libro que llama mi atención.

Lo tomo entre mis manos para ver lo que hay en el interior y me doy cuenta que son varias fotografías en tamaño miniatura y el primero en aparecer en mi campo de visión es el mismo sujeto que está de fondo de pantalla en su teléfono y cuando quiero pasar a las siguientes, hay más fotografías de él, junto a otras personas, pero siempre él está ahí... en cada una, tomado de la mano de Kate, compartiendo un almuerzo, sin camisa en una piscina.

—Ese es mi hermano. —Escucho a Kate a mis espaldas. De la impresión se me caen las llaves de las manos y con ello el pequeñísimo álbum de fotografías junto al estetoscopio. Oh por Dios. Ni siquiera me había percatado que ella estaba ahí o de que siquiera me estuviera viendo. Ahora, siento vergüenza. El objeto está cerca de sus pies y los dos miramos el mismo sitio—. ¿Estás viendo mis penosas fotografías sin permiso?

—¿Lo... siento? —me río un poco, más por pena que diversión en realidad. Kate me entrega una taza con helado de chocolate y recoge el álbum con sus llaves que precisamente han quedado abiertas en la fotografía que estaba viendo. Ella se ríe también y creo que es de mí en realidad—. ¿Así que tienes un hermano? —me apresuro a pregunta, intento evitar que ella diga algo al respecto, así que buscando más conversación mientras me pasa el bochorno creo que es lo más inteligente.

—Mellizo en realidad.

—¿Qué? —La miro sorprendido—. ¿Estás hablando en serio?

Kate asiente, toma el lugar a mi lado y continúa:

—Y también dos hermanos mayores. Todos hombres. Ya te puedes imaginar el caos que significó eso toda mi vida. —Hago una mueca, porque no me quiero siquiera imaginar por la situación que han tenido que pasar los chicos que han salido con Kate. Si con tan solo el hermano enano de Sara era suficiente para hacerme la vida imposible, no quiero ni pensar cómo hubiese sido con tres.

—¿Qué tan mal les fue a los chicos con los que has salido? —Pregunto con mofa mientras me río un poco, pero igual me resulta curioso en partes iguales. Me llevo a la boca un poco de helado de chocolate cuando Kate me extiende el álbum y ahí, hay una fotografía de los tres chicos.

—¿Lo dices por... —Hace una pausa, sé que se refiere al idiota calvo hermano de Sara. Entonces le digo que sí, en realidad, y todo lo que se me había pasado anteriormente por la cabeza sobre el sujeto que lleva el nombre de Jonathan—. Bueno, mis hermanos son geniales y... maduros, principalmente. Te encantará conocerlos. —La miro un momento y me río un poco, pero no digo nada y continúo viendo las fotografías que me está mostrando. Me doy cuenta que en las siguientes están sus padres y el grupo de personas que miraba antes son todos ellos juntos. Todos tienen el cabello negro y aunque no puedo apreciarlo bien, la única que parece tener los ojos claros, como ella, es su madre. Me muestra una fotografía de la señora Rinaldi más joven y me doy cuenta, que es el mismo retrato de Kate.

—Oh, ¿Ella es tu madre? —Kate me dice que sí y no puedo evitar que una risa pequeña se me escape al recordar un comentario antes de dejar la reunión de Margaret. Me había llegado una notificación que provenía de algo escrito en la fotografía que me había etiquetado Kate esta mañana. Una oración simple: «Uhuh ¿Quién es ese bombón?». Cuando vi el nombre del que provenían esas letras, me llamó la atención en especial el apellido: Virginia «Rinaldi». Justo cuando llegué al apartamento de Kate, eso fue lo primero que le pregunté. Sin nada de asombro

me contestó:

—Es mi madre. —Tomó mi teléfono, se sentó en el sillón para leer los comentarios y después de ver lo que había escrito, se carcajeó y me dijo—: Sabía que iba a escribir algo así, es algo muy... ella.

No paso desapercibido el hecho de que para mostrarme estas fotografías y comentarme sobre su familia, ella está detrás de mí, con su barbilla sobre en mi hombro y su mano alrededor de mi cintura. Pero ese contacto en realidad no se me hace incómodo del todo, de hecho, es algo que me resulta familiar últimamente y mis dedos se entrelazan con los suyos sobre mi abdomen, un gesto al que no sé cómo nos estábamos acostumbrando y ya incluso me resultaba bastante normal estar así con ella en público.

—Te pareces a ella, mucho voy a admitir. —Además del mismo color de ojos que poseen las dos, tienen muchas facciones en común aunque Kate es como una versión más joven y... más atractiva... me atrevo a decir. Me da un afirmación, se separa de mí al mismo tiempo que dice:

—Esa es la historia de mi vida. Hasta he considerado recurrir a las cirugías plásticas para que dejen de decirme cuánto nos parecemos —¿También he mencionado que le gusta pensar solo en decisiones extremas? Esta es una de ellas. La miro en ese momento y me río un poco por su respuesta, tampoco habla en serio, lo sé—. ¿Y cómo es tu madre? ¿Te pareces a ella?

Continúo dándole un vistazo al pequeño álbum y pienso un momento sobre la respuesta a esa pregunta, la verdad que no tengo idea. No sé en realidad si me parezco a ella, tal vez no, porque en varias ocasiones me dijo: «El karma de mi vida, es que te parezcas a tu padre», ni siquiera tuve la necesidad de preguntarle absolutamente nada y ya sabía que las cosas entre ellos no habían terminado nada bien.

Y eso es lo que le digo a Kate. Otra de las cosas que tal vez no debí mencionarle sobre mi vida pero ya lo había hecho. Ahora le había dejado en claro que hasta mi padre me había abandonado... incluso antes de nacer. Aunque se hizo relativamente responsable de mí, desde hace mucho tiempo habíamos perdido todo tipo de contacto, desde que asumió que ya no necesitaba de él, aunque en realidad, nunca lo he hecho.

Me pongo de pie para ir por mi cámara y buscar fotos de mi madre para mostrarle a Kate. Tengo muchas ahí del tiempo que hemos compartido juntos y bueno... ¿Qué se puede esperar de una señora de más de cuarenta que le gusten las selfies? Montones de fotografías.

—¿Y dónde está él ahora? —La escucho cuando estoy sacando la cámara de la gaveta de mi mesa de noche en mi habitación. Cuando la miro está recargada en su hombro contra el marco de la puerta. Sé que se refiere a mi padre, entonces no puedo evitar soltar un bufido y decirle la verdad: No tengo idea—. ¿Lo has visto últimamente?

—¿Por Facebook cuenta? —me río un poco. Reviso la cámara mientras camino en dirección a la sala y escucho los pies de Kate detrás de mí, me giro un poco antes de sentarme en el sillón y continúo—: Antes le daba «Me gusta» a mis fotos, pero desde hace un buen tiempo que no posteo nada nuevo ni uso redes sociales, así que no sé nada más de él. —La verdad es que no me importa saber poco de él—. La única información suya que conozco es que tiene esposa y dos hijos.

—¿Conoces a sus otros hijos? Tienes más hermanos, Roger.

—En realidad no. Me invitó para navidad hace unos cuatro años, pero... bueno, para ese entonces estaba con... —hago un pausa, al mismo tiempo que me dejo caer en el sofá. Kate se queda de pie y cuando la cámara se está encendiendo la toma de mis manos y la verdad es que temo que vea todas las fotografías que tengo con Sara—. Bueno... no... no había tocado esa cámara desde un buen rato y hay fotografías personales ahí.

Me había desecho de todas las fotos de mi celular y de las que estaban en mi mesa de noche. Pero había olvidado que en la cámara hay cinco años de recuerdos que no me acordé de eliminar. Lamentablemente, no me tomaba fotografías solo, así que en todos mis viajes, mi graduación, cumpleaños... estoy con ella.

—¿Desnudo?

—Por supuesto que no... —Entonces me río, no quiero hacerlo pero termino por soltar una risa de esas nerviosas que se me hacen totalmente ridículas—. Bueno, eso creo...

Estoy haciendo memoria si alguna vez me tomé alguna foto comprometedor, pero creo que no lo hice... No lo sé... pero entonces, cuando miro a Kate mostrarme una sonrisa y... me percató... que pudo encontrar algo ahí. Me pongo de pie de un salto e intento quitarle la cámara pero no me lo permite.

Entro en pánico, entonces empiezo a forcejear con ella hasta que queda entre la pared y mi cuerpo. Se está riendo en este momento, lo más seguro es que debe de ser de mí y lo que sea que vio en esa fotografía. La inmovilizo, pero entonces me percató de la cercanía de nuestros rostros, por un momento siento su respiración rozar con delicadeza la mía, cuando deja de reír mis ojos se conectan con los suyos y... por un momento... siento una sensación abrumadora revolverme el pecho y de inmediato miro en otra dirección, algún punto sobre la pared y después le quito la cámara de las manos.

Esta vez no hace resistencia, me entrega el objeto y rápidamente me fijo qué es lo que está viendo. Suspiro cuando me doy cuenta que en realidad, no es nada. Al menos nada totalmente vergonzoso o eso creo, solamente es una fotografía mía que tomé de la casa de mi madre. Yo de niño, con un diente faltante, la primera vez que gané mi primer medalla en Jiu Jitsu.

—¿Practicaste artes marciales? —Escucho a Kate en ese momento y dejo de ver la foto para mirarla a ella.

—Soy cinturón negro en Jui Jitsu. —Levanta ambas cejas en un gesto que se me antoja sorprendido... o incrédulo—. Pero fue hace mucho tiempo en realidad. Tendría algunos diecisiete o dieciocho cuando gané el último torneo, fue hace casi diez años.

—Oh, vaya. —La miro a ella en ese momento, esboza una sonrisa que le devuelvo cuando nuestros ojos se topan. Bajo la mirada un momento para desviar la tensión que me ha generado estar tan así de cerca y decido volver de regreso al sillón y me dejo caer ahí para continuar aquella imagen que me trae muy buenos recuerdos—. Tienes tus secretos bien guardados ¿eh?

—No es un secreto. —Me río un poco—. Además fue hace mucho y... casi nadie lo sabe o lo recuerda. —Si Jonathan lo supiera, no jugaría tanto con fuego de esa forma que lo hace siempre que me mira—. Qué importa ya.

—¿Y me enseñarías algo?

—Ni siquiera yo lo recuerdo.

—¡Oh! ¡Vamos! —Kate se inclina hacia mí con una sonrisa y, entonces, una de sus manos se postra en mi pierna. Miro donde en el lugar donde se ubicó su mano, toma mi cámara y pone el lente frente a mi rostro.

—No bajes la mirada. —La escucho y me toma por sorpresa cuando con su propia mano me hace levantar el rostro sosteniendo mi barbilla, de una manera suave. Se acerca más a mí de cuclillas, quedando entre mis dos piernas. Había tomado mi teléfono hace unos segundos, pero entonces, ella me lo quita y lo deja sobre la mesa que tenemos en frente.

—Espera... ¿Qué... Qué estás haciendo, Kate? —No puedo evitar que eso me cause gracia y suelte una risa cuando el flash se dispara frente a mí. Kate me acomoda el cabello con su mano. El contacto de su piel en mi cuero cabelludo me provoca algo intenso por dentro, entonces me

dice que mire la cámara—. Kate ¡Vamos! No...

—Solo mira a la cámara. —Me repite y cuando me mira de esa forma a los ojos no puedo negarme a nada. Hago lo que me dice y saca un par de fotos más. Cuando mira una de las fotografías me sonrío y después se deja caer a mi lado sobre el sillón sin despegar sus ojos de la pantalla.

Me muestra lo que ha tomado y, por un momento, no parece que sea yo. Me miro bastante bien y me pregunto qué le ha hecho esta mujer a mi cámara.

—¿Ya te había dicho que me encanta cuán fotogénico eres, cierto? —Me río y le quito la cámara para ver mejor la fotografía. Me agrada, creo que ya tengo nueva foto de perfil de Facebook—. Deberías continuar en esto, creo que el modelaje es lo tuyo, Roger.

—Odio el modelaje. —Me apresuro, porque sé que puede estar bromeando. Solo he estado en una campaña y ya no me quedan nada de ganas de volver. Kate se ríe y niega con su cabeza cuando recuesta su mejilla sobre mi hombro y nos quedamos en silencio, viendo la fotografía.

—Así de bien te ves cuando miras a los ojos ¿Ahora entiendes por qué nunca debes bajar la mirada cuando hablas? —Se endereza, yo la miro un momento intentando comprender lo que me ha dicho. Señala la fotografía y me señala a mí—. Siempre mantén el contacto visual cuando hablas, vas a ser capaz de muchas cosas.

—¿Qué? Yo... siempre... —Una parte de lo que dijo no logro procesar pero la otra parte me hace cerrar la boca porque en realidad... a ver... no es que evite el contacto visual con todas las personas, es con los ella en realidad porque me resulta verdaderamente intimidante y no me ha pasado así con ninguna otra chica, al menos no en esta magnitud, tal vez sea esa mirada coqueta que posee, o esa forma suya capaz de cambiarme el ánimo, o tal vez porque es una doctora graduada en Harvard—. De acuerdo, ¿Cuál es tu punto?

—Que aparte de ser atractivo, si demostraras seguridad... como en esa fotografía... cualquiera caería rendida a tus pies, Roger. Incluso tu jefa.

Hago una mueca de desagrado y suelto un bufido ante lo último que mencionó. Todo iba genial... rozando lo interesante... hasta que menciona a Margaret, la jefa dragón, la misma mujer que se había encargado de decirme que Sara que casaba el siguiente mes, aunque en realidad no me lo dijo a mí, lo mencionó por teléfono estando yo ahí presente. Aunque, para mi sorpresa, aquello no me había importado en lo más mínimo.

—¿Sabes? Esto me resultaba interesante hasta que mencionaste a Margaret... —me pongo de pie—. Además, primero que nada, yo no quiero que nadie caiga a mis pies. El día que lo necesite, entonces lo tomaré en cuenta. Mientras tanto, seguiré viendo otro lugar mientras me hablas.

Kate me mira con diversión y suelta una risa que me resulta bastante graciosa en realidad. Me acerco a ella y ahora soy yo quién pone el lente frente a su rostro.

—Claro, escribe eso en tu artículo. —Se burla. Espera mi respuesta, con una sonrisa de esas diabólicas que solo a ella le salen tan bien, que la hacen ver hasta adorable e inocente, eso es lo que muestra la fotografía que le acabo de tomar y para evitar quedarme viendo aquella imagen por mucho tiempo finjo indignación y le digo:

—¿Te estás burlando de mi artículo? —Tal vez fue mi gesto demasiado exagerado porque ella suelta una carcajada que no hace más que una risa bastante cómica se me escape, hasta que ambos paramos de reír y nos quedamos en silencio es que recuerdo la gravedad del problema de ese maldito artículo—. Tengo una semana y seis días para terminarlo ¿Qué me sugieres aparte de mantener el contacto visual?

Kate me mira en ese momento, de esa forma que me indica que está pensando en algo y me

da terror y pánico por cualquier cosa que se le ocurra. Entonces, se pone de pie, se quita los zapatos y me dice:

—Voy a ayudarte con tu artículo.

Capítulo 23

Para el viernes por la mañana, tengo casi todo el maldito artículo de ligues completo.

Digo casi, porque todavía no estoy seguro si esto es lo que quiero mostrarle a Margaret, en realidad, no parece algo que yo escribiría y sé que Margaret va a notarlo. Desde ayer estoy dándole vueltas intentando encontrarle algún fallo por el que la jefa dragón pueda matarme luego... o en el peor de los casos, reírse mientras se toma una taza de café junto a satanás como me lo he imaginado todos estos días. Desea que se le olvide el estúpido artículo, que me diga que ya no es necesario hacerlo, que vamos a publicar algo diferente porque esto le ha parecido una completa tontería —porque lo es, seamos sinceros—. Sin embargo, esa idea se va al carajo cuando me encuentro con ella frente a las puertas metálicas del ascensor y me dice:

—Y bien... ¿Cómo va tu artículo, Roger? —La miro solo un momento sin saber qué contestar. Habíamos estado algunos diez segundos sin decir nada mientras esperábamos que descendiera el elevador. Pero ella tuvo que cortar ese magnífico silencio con un: «¿Cómo va tu artículo, Roger?». Había notado que, por algún motivo extraño, Margaret desde hace un tiempo atrás me llama por mi nombre.

Toco el botoncillo que llama al ascensor, de nuevo, y sin querer mis dedos se rozan con los de la jefa dragón quién al parecer había pensado en hacer lo mismo. Quito mi mano enseguida y con indiferencia veo al frente. De reojo observo que Margaret me da un vistazo, pero paso de ella y me apresuro a contestar:

—Ya casi está listo. —Lo digo con una seguridad que yo mismo desconozco, sin pretenderlo hago contacto visual con ella a través del reflejo que nos devuelven las puertas de metal del elevador. La verdad que no le estoy mintiendo, sí había trabajado en el artículo por más de dos días y sí estaba casi listo. Pero, por supuesto, no mencioné que tal vez había recibido un poquito de ayuda, que ¿Cómo conseguir un ligue de una noche? tenía un autor intelectual y era una chica. Que tal vez lo único mío que llevaba era la narración porque fui muy cauteloso en ese aspecto. Margaret era capaz de distinguir entre algo escrito por mí y algo escrito por cualquiera otra persona. Según ella misma, de esa forma evitaba que fuese yo quien creara los artículos de Simon.

Tan así de bien lo conoce.

En fin, tan desesperado estaba por el bendito artículo de mierda que le permití a Kate ayudarme, aunque sabía que eso no estaba bien porque era yo quién se iba a quedar con todos los créditos. A ella pareció no importarle en lo absoluto, pero mantenerlo en secreto tenía un precio:

—Si me enseñas Jiu Jitsu prometo no decirle a nadie. —Me dijo, en ese momento yo estaba un tanto desconcentrado por culpa de ella misma quién se había sentado sobre mis piernas. Fue el lunes después de que Jonathan dejara de molestar y se largara finalmente. Después de que ella me dijo que iba a ayudarme con mi artículo no pensé que hablara en serio, confesé que no tenía ni una palabra y me senté frente a mi escritorio, me tomó por sorpresa cuando ella tomó lugar sobre mí. Al parecer no le importaba en lo absoluto estar en esta posición conmigo. Tengo que confesar que, incluso a mí, me estaba comenzando a gustar esa cercanía—. ¿Qué dices? Lo tomas o lo dejas.

Me reí, por supuesto, y también me arrepentí de haberle revelado que soy cinta negra en Jiu Jitsu. No logré sacarle de la cabeza querer aprender artes marciales... conmigo, aunque le repetí una y otra vez que tenía mucho de no practicar absolutamente nada. Ni siquiera a Simon había

accedido a enseñarle, porque la única vez que lo intenté (que no fue una clase formal tampoco) terminó con una luxación en el hombro que él mismo se provocó pese a todas mis advertencias. La verdad es que... o Simon es un terrible aprendiz o yo soy un mal entrenador.

—No creo que seas mal entrenador. —Me dijo cuándo le comenté sobre eso. Todavía estaba sentada sobre mis piernas y dejó de ver la pantalla de mi computadora para girarse y volverse a mí. Así de cerca como estábamos—. Eres la persona más paciente que alguna vez haya conocido.

—No es verdad.

—Solo mírate. —Volvió al teclado y continuó—: Soportaste una relación monótona por cinco años de tu vida. Tienes una jefa insoportable a la que, a pesar de todo, sigues obedeciendo y un trabajo que no te gusta pero continuas ahí aunque sea algo que no te mires haciendo por el resto de tu vida.

—Mi trabajo no es malo. —Me defendí. Vale, que mi trabajo no era el mejor del mundo pero tampoco me incomodaba tanto. Al menos antes, cuando no tenía que hacer un artículo como este —. Es genial, de hecho... si tuviera otra jefa y... —hice una pausa, haciendo énfasis en esa última letra— si no tuviera un maldito artículo de ligues qué hacer.

Kate se rio y de inmediato añadió:

—De acuerdo... si tú lo dices...

—Es la verdad. Y en cuanto a mi antigua relación... no fue monótona... —Hice una pausa pensando en si Kate tiene razón en esto y, bueno, al menos los primeros años no lo fueron.

—¿Estás seguro? Porque si opinas eso en serio necesitas a alguien como yo que te muestre lo que es una verdadera relación. Una de esas pasionales... salvajes y atrevidas... —Y me reí, no pude evitarlo. Tal vez fue por la forma en que dijo eso o quizás la manera en que se carcajeó sin terminar la frase completa. Voy a admitir que me la pasaba muy bien con Kate, creo que es la primera persona del sexo femenino con quién tengo una amistad que me hace sentir bastante cómodo.

—Espera... ¿Me estás invitando a una cita? —Bromeé, a lo que de inmediato ella añadió:

—Si me enseñas Jiu Jitsu, prepárate para las mejores citas de tu vida, bebé. —Me miró y arqueó una ceja.

De acuerdo, acepté enseñarle Jiu Jitsu.

Últimamente, por algún motivo extraño, siempre que pienso en Kate es como si estuviésemos conectados porque de inmediato mi celular suena y por la melodía sé que se trata de un mensaje suyo. He notado que pasa muy a menudo en estos últimos días y se lo había dicho el martes, cuando me llamó por teléfono y yo justo al descolgar me recosté sobre respaldar de mi silla giratoria y le dije:

—¿Por qué siempre me llamas cuando estoy pensando en ti? —Todavía estaba en el trabajo, no me había apresurado a salir porque de todas formas ella estaría de turno y no tenía nada que hacer en casa. Pero siempre manteníamos comunicación, era algo a lo que nos habíamos acostumbrado últimamente, incluso, no podía iniciar mi día sin enviarle un mensaje de buenos días—. ¿Qué clase de brujería es esta?

—¿Estás admitiendo que estabas pensando en mí? —Esbocé una sonrisa y miré la pantalla de mi ordenador acomodándome el cabello hacia un lado.

—¿Cómo no hacerlo cuando tengo un mensaje de tu madre preguntándome si soy del tipo de hombre que planea casarse?

—¿Qué? —Y escuché su risa, una carcajada más bien y yo me reí con ella. De hecho, esa mañana me había aparecido una solicitud de amistad de la señora Rinaldi que acepté sin pensarlo y horas después tenía un mensaje suyo que me tomó por sorpresa. Uno que después de un saludo

me preguntaba si yo era del tipo de hombre que planeaba casarse, formar una familia y si creía en la monogamia. Hasta ese día no había escuchado a nadie mencionar esa palabra—. Bueno, es mi madre, ¿Qué más podías esperar?

—En todo caso ya le dije que sí, que soy de ese tipo, que quiero una familia y que prefiero la monogamia. —Hice énfasis en esa última palabra—. ¿Hice bien?

Y Kate se rio de nuevo. Casi la visualicé con esa expresión diabólica y divertida que le gustaba mostrarme, la misma que había capturado en la fotografía que le tomé el pasado lunes. La misma foto que no había podido dejar de ver ese mismo día cuando regresé a mi apartamento después de dejarla a ella en el suyo. Esa foto que, voy a admitir, me atrae demasiado, y que ahora era su foto de contacto en mi teléfono, de esta forma, cada que ella me llame lo primero que vería sería esa imagen suya.

Margaret dice algo pero no le presto atención, estoy concentrado en extraer el teléfono de mi bolsillo cuando su celular la interrumpe y comienza a sonar con alguna balada en otro idioma que no conozco y tampoco prefiero conocer. Lo saca de su bolso Channel y me sorprende ver que después de mirar el teléfono, hace una mueca y corta la llamada, eso es algo muy inusual en ella, sin embargo, comienza a manipularlo y después, la escucho decir:

—Por cierto, Moniq... —Justo en ese momento, me estoy sacando el celular de mi bolsillo y sus palabras quedan suspendidas en el aire cuando algo sale disparado de mi bolsa y choca contra su pierna: Un paquete de preservativos.

Santa mierda.

Miro el paquete en el suelo. Maldito Simon. Ya me presentía que algo iba a salir mal cuando esta mañana, después de llegar juntos al Starbucks de la esquina, él tomara —más bien me arrebatará— mi billetera y me mostrara una ristra de preservativos en frente de las dos mujeres que nos estaban atendiendo.

—Simon ¿Qué diablos estás haciendo? —Le dije, casi murmurando porque aquello se me hacía vergonzoso. Comenzó a guardar en mi billetera una cantidad bastante grande, algunos diez o quince artículos que apenas cabían en mi cartera—. ¡Simon! ¿Puedes hacer eso... después... en otro momento... o —hice énfasis— en otro lugar? Además, ¡Eso es demasiado! —Señalé la cantidad y él nada más me miró y rodó los ojos.

—¡Buuu! Está bien. —Me dijo, pero entonces, contó cinco, los cortó y los acomodó dentro de mi cartera—. ¿Qué? —habló, con esa inocencia suya que me dan ganas de tomarlo del cuello y sacudirlo algunas veces—. Algún día vas a agradecerme.

—¿Puedes... simplemente... —Forcejeé con él para tomar mis cosas por el grupo de personas que nos estaban viendo. Entonces, el paquete de preservativos se cayó de mi billetera y me tuve que inclinar a recogerlos y guardármelos en el bolsillo para evitar que más personas presenciaran esta escena. No me percaté que fue el mismo donde llevaba mi teléfono celular. Mal asunto. Después me olvidé de ellos, dejé a Simon flirteando con una de las chicas que nos habían atendido y yo había llegado aquí, a comenzar mi día de la peor manera: Golpeando a Margaret con un paquete de condones.

—Lo siento. —Le digo a ella. La jefa dragón también mira lo que ha chocado contra su pierna, que ahora está cerca de su zapato y yo tengo que levantarlo de ahí, con la cara cubierta de vergüenza y fingiendo toda la cordura que en este momento haya podido recoger—. Yo... no... no... pensé... yo... —Mejor me callo.

Sin ver a Margaret, tomo la ristra de preservativos y rápidamente me los llevo al bolsillo, pero en el intento de hacer eso, no doy con el espacio y el paquete cae de nuevo al piso. Cierro los ojos un momento tirando lejos las ganas que tengo de salir corriendo.

—Hombre precavido vale por dos. —La escucho, quitándome la mirada da un paso al interior después que las puertas del ascensor se abrieran frente a nosotros. Desea por primera vez en mi vida irme por las escaleras, pero sería imposible cargar con toda esta vergüenza hasta el piso número tres. —¿Y bien? ¿Vienes o no? —Me pregunta y recogiendo el paquete le digo que sí y me ubico a su lado.

Ni siquiera quiero verme en el reflejo de las puertas metálicas cuando se cierran porque me siento patético. Agradezco que el elevador esté vacío y le doy gracias a Margaret en mi interior por no hablar absolutamente nada. Toca el botón de nuestro piso y me acomodo el gorro de mi chaqueta para ver mi teléfono celular e intentar olvidarme del bochorno que justo acabo de protagonizar en estos momentos.

—Escúchame Roger, es muy probable que los padres de Sara frecuenten este edificio. —Escucho a Margaret de pronto. Ella hace una corta pausa para continuar—: Ellos están llevando la parte legal de la venta de acciones a Koen Van Brouwer, pero creo que eso ya lo sabes. Solo quiero decirte que confío en tu buen juicio.

—Sí. —Digo con indiferencia. Y la verdad que me salió tan natural que hasta a mí mismo me sorprende—. Ya me lo has dicho.

—Solo quería advertirte, en caso de que, ya sabes... van a estar aquí y es muy probable que junto a Koen Van Brouwer, en una actitud bastante amistosa porque se llevan muy bien. Eso creo que ya te lo imaginas. —La miro solo un momento y me apresuro a contestar:

—Sí, lo sé y lo entiendo. —Sé a qué quiere llegar, porque no hay otro motivo si ya me ha dejado en claro que le importa una mierda lo que yo opine, estoy casi seguro que está haciendo esto solo para dejarme en claro que ellos sí se llevan bien con el sujeto holandés. Claro, yo también lo hubiese hecho si mi padre fuera un empresario importante y tuviera millones en mi cuenta bancaria.

—Solo te aviso en caso de que te molestes o... —la interrumpo antes de que acabe:

—Margaret, no me interesa lo que hagan esas personas en lo absoluto. —Lo digo con tanta seguridad que hasta a mí me sorprende que esas palabras salgan de mí de esa forma y vuelvo a concentrarme en mi celular.

Margaret no me dice nada más pero siento su mirada puesta en mí, aunque no despego los ojos de mi teléfono, no me muevo, pretendo que ella me interesa poco y lo que estoy haciendo en este aparato es mucho más interesante, y es que en realidad lo es, cuando miro una notificación de Kate en la fotografía que subí esta mañana, una que me había tomado después de darme una ducha. Era una selfie de espaldas frente al espejo de mi baño, solo con una toalla alrededor de la cintura —pero que, para suerte mía, eso no lograba apreciarse—. Me vi tentado varias veces a borrarla, pero me miraba bastante bien y eso que admitir algo así para mí es casi un milagro. Hace meses que había dejado de ir al gimnasio pero todavía tengo la espalda tonificada. Por tal motivo, me había decidido por compartirla en mis redes sociales y después me obligué a no pensar en ello. Ahora es la fotografía con más reacciones que tengo después de no publicar nada nuevo en los últimos dos años.

Tengo casi cincuenta notificaciones, cuarenta y dos solicitudes de amistad y más de cinco mensajes privados. Uno de Simon que, estoy seguro, tiene que ver con esa fotografía y otros de chicas que ni siquiera conozco de algún lado, dos de ellas logro reconocer que son de este piso, pero el resto no las recuerdo de nada. Ignoro todo eso y me voy directo a la notificación de Kate. No puedo evitar que una sonrisa se me dibuje en el rostro cuando leo: «Bombón» en letras mayúsculas y tengo que apretar mis labios para evitar llamar la atención de Margaret, aunque creo que tal vez haya sido muy tarde, porque cuando levanto la mirada, ella tiene sus ojos

puestos en mí. Observo de nuevo mi celular ignorando a la jefa dragón y comienzo a teclear una respuesta cuando escucho a Margaret:

—¿Estás saliendo con alguien? —Su pregunta me toma por sorpresa. De todo lo que Margaret alguna vez se pudo cuestionar de mí creo que tal vez esto haya sido lo último que me esperaba. No por la pregunta en sí, si no, porque me ha dejado en claro que no le interesa mi vida privada en varias ocasiones y, además, me ha dicho que soy pésimo para conquistar mujeres. Creo que eso tiene que ver con los comentarios de mi ahora ex, quién al parecer nunca pudo quedarse callado nada frente a Margaret. Mi respuesta es arrugar mi entrecejo y levantar la mirada para encontrarme con su reflejo a través de las puertas metálicas del ascensor—. Lo pregunto por...

—¿Los preservativos? —Tal vez no debí adelantarme.

—No, por tu interés en tu teléfono celular últimamente... —Sí, no debí adelantarme. La miro un momento directamente a ella y saca un labial de su bolso para retocar el rojo de sus labios. Todo ese momento no me está viendo a mí, solo el reflejo que le devuelve el espejo a un costado—. En realidad, Jonathan comentó algo frente a mí... ayer.

Alto ahí. ¿Qué?

—¿Qué? ¿Jonathan?

—Estaba indignado. —Relame sus labios después de delinearlos y continúa—: Parecía que fuese él quien compartió cinco años de su vida contigo. Dijo que cómo era posible que tú ya estuvieras con alguien más si solo habían pasado unas cuantas semanas desde que Sara y tú terminaron. —Margaret suelta una risita y guarda el labial de regreso a su bolso—. ¿Puedes creerlo?

—¿Estamos hablando de Jonathan? ¿El hermano de...

—La futura señora Van Brouwer, sí. —No puedo pasar desapercibido que ha llamado a Sara «la futura señora Van Brouwer» frente a mí a propósito. Y me río, no sé si por lo patético que me ha sonado eso último dicho por Margaret o por el hecho de que Jonathan esté preocupado porque yo salga con otra persona.

—Eso es una tontería. —No sé en realidad a cuál de las dos cosas me refería como tontería, pero da igual, ambas lo son.

—Lo sé, pero si te sirve de algo, le recordé que su hermana iba a casarse y que tú podías follarte a quién se te daba la gana si así lo querías —Hace una pausa y yo solo pienso en qué información quiere Margaret de mí porque ella no es de las que cuentan cosas porque sí o peor aún, que me defienda. Me limito a ver al frente sin decir nada, ante mi silencio la jefa dragón agrega—: ¿Hice bien?

—Así es. Gracias. —Margaret me mira otra vez y aunque yo no le presto atención a ella sé que se queda con la mirada en mí por un buen rato—. Bueno, como te dije, me importa poco todo lo que tenga que ver con Jonathan o con sus padres. Creo que al final de todo Sara me hizo un favor en realidad.

Margaret se queda callada. Tengo que agradecerle esos segundos de silencio porque ya comenzaba a irritarme.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dice finalmente. Quiero decirle que no, porque ya me imagino qué es eso que quiere preguntarme. No tengo idea de qué contestar, sé que su pregunta tiene que ver con el hecho de creer que yo estoy saliendo con alguien ¿Debería decirle que sí? ¿O tal vez no? Mierda ¿Qué haría Simon en este caso?

—Está bien. Dime. —Sueno tan relajado en realidad, acomodándome mi chaqueta de cuero, esperando lo que sea que a Margaret se le ocurra aunque yo estoy al borde de una crisis mental

pensando mi siguiente respuesta.

—¿Es Monique? —Dejo lo que estaba haciendo y la miro.

—¿Qué cosa?

—¿Sales con Monique?

—¿¡Qué!? —Vale, de acuerdo ¿Qué es todo esto? Me río, pero esta sí que es una risa de diversión en realidad. He compartido varias fotografías en redes sociales junto a Kate y ella piensa que salgo con una mujer a la que no he visto desde las fotografías de la campaña. Bueno, ahora que lo recuerdo, Margaret no está en mi lista de amistades. Ella misma me había rechazado cuando se la envié hace un par de años y la verdad es que me dio igual—. ¿Monique? ¿Es en serio?

—Bueno, a ella le gustan los jovencitos. Y tú ahora estás soltero, pero te aviso desde ya que ella no es de ese tipo que prefiere una relación formal y tú eres de los que se comprometen hasta la médula, así que...

Me carcajeo, no puedo evitarlo. Claro, Margaret aconsejándome, preocupándose por mí. Nunca una plática con la jefa dragón se había puesto tan divertida. Creo que mis risas se las ha tomado a mal, por la expresión en su rostro cuando la miro, así que me apresuro a decir:

—No, no salgo con Monique. —Y vuelvo a reírme. En todo caso, eso no tendría que importarle. Según ella misma, mi vida le importa muy poco—. Además, creo que eso es personal. Salga con quién salga, nunca te lo diría. —Quiero agregarle que nunca volvería a cometer el mismo error. Estoy lo suficientemente arrepentido de haberle presentado a mi ex hace algún tiempo que no quiero volver a tropezar con la misma piedra.

En ese momento mi celular suena otra vez, lo tengo en mi mano cuando entra una llamada y la fotografía de Kate es la que invade mi pantalla. Justo en ese instante las puertas de elevador se abren en nuestro piso, no paso desapercibido el hecho de que Margaret se ha quedado viendo mi teléfono más tiempo del necesario, sutilmente alejo el celular de la vista de la jefa dragón y ella reacciona de inmediato, extendiendo mi brazo indicándole la salida y le digo que yo voy tras ella. Margaret se aclara la garganta, se acomoda el bolso en su hombro y se aleja con esa postura de guardia que siempre mantiene. Cuando pasamos cerca de mi escritorio y me doy cuenta que he perdido la llamada de Kate, Margaret se gira hacia mí acomodándose las gafas de pasta y me dice:

—Más te vale que tengas el artículo completo, te quiero en mi oficina en diez minutos.

Capítulo 24

Margaret había leído todo el maldito artículo sobre ligues completo, ahí frente a mí.

Ni siquiera me dejó irme a mi escritorio, ni siquiera me permitió moverme, ni siquiera pude ir por un poco de café para pasar ese mal rato —aunque estaba pensando quedarme encerrado en el baño todo ese tiempo, voy a admitir—. Margaret había decidido torturarme más a fondo, leyendo el maldito artículo en mi presencia para burlarse en mi cara, para decirme lo patético que le parecía, porque sé que aunque sean buenas palabras hace lo posible por ridiculizar mi esfuerzo, si no tiene errores entonces se los inventa. En eso Kate sí tiene razón, le he soportado demasiado a Margaret pero creo que algún día mi paciencia llegará a su límite.

Aunque hasta ahora, Margaret se ha quedado en silencio, ha leído todo el artículo —o al menos lo que tengo de él— sin ningún tipo de gesto, sin ninguna expresión que delate que aquello le estaba resultando terrible. Nada más se limita a concentrarse en aquellas páginas, se acaricia la barbilla y después me mira a mí. Sé que quiere decirme algo, sé que tal vez aquellas palabras que salgan de ella no sean nada buenas, quizá está pensando en todas las preguntas que tiene por hacerme y una de esas, estoy seguro, es si yo había escrito el artículo.

¿Qué voy a decirle si me pregunta eso? Ni siquiera puedo mentir sin sentirme completamente patético o miserable. Pone el documento sobre la mesa y cruza sus brazos sobre el escritorio después de acomodarse las gafas.

—¿Esto lo escribió Simon? —La escucho decir entonces. De acuerdo, no había pasado dos noches en vela agobiándome a mí mismo, tratando con aquel artículo tan cautelosamente para hacerlo sonar mío, como para que ahora Margaret crea que es de Simon.

—¿Qué? Por supuesto que no. —Entonces me mira fijo y casi entro en pánico. Sabía que aquellas palabras no sonaban mías, ni siquiera yo me miraría haciendo algo de lo que ahí estaba escrito, pero vamos ¿Simon? ¿En serio Simon? Simon escribiría cosas como «Fóllatela hasta el amanecer». Actúo con una seguridad que hasta yo mismo desconozco y me atrevo a decir—: Él y yo ni siquiera tenemos una narración parecida, tú misma lo has dicho.

Vale, si algo bueno tenía esto, es que no tengo que decir mentiras, tampoco es que esté diciendo la verdad pero al menos no le estoy mintiendo, Simon ni siquiera sabe de la existencia de este artículo. Pero bueno, si Margaret tanto se jacta de conocernos, es algo que ya debería saber.

—Parecen cosas que Simon escribiría, sí. —Hace una pausa, chasquea la lengua y vuelve de nuevo a tomar el documento y concentrarse en el artículo—. Pero con palabras más suaves. Me agrada como abor das el tema sin que suene algo vulgar. Por eso, también dudé que esas líneas provinieran de Simon. Aunque, siendo sincera, también dudaría que son tuyas porque no te imaginaría a ti, Roger Santana, ligando con una chica.

¿Entonces por qué diablos encargarme a mí específicamente un maldito artículo sobre ligues?

¡Por supuesto! Porque lo que ella quería era reírse a mi costa, tal como me lo había imaginado. Después de todo no era una exageración mía como Simon me había dicho, sí era mi sexto sentido avisándome de la catástrofe. Incluso se lo había dicho a Kate, el lunes, cuando todavía sentada sobre mis piernas y mirábamos la serie de palabras que ya había escrito, a mí ni siquiera se me hubiesen ocurrido aquellas letras y ella en un rato ya había terminado dos páginas completas. Le comenté que odiaba el artículo, principalmente porque ya conocía las intenciones de Margaret, además tuve que ser sincero:

—Yo no soy así. —Entonces Kate se giró hacia mí, todavía estaba concentrado en el documento y le hablé nuevamente. —¿Cómo es posible que a ti esto te resulte tan fácil?

—Bueno, crecí entre hermanos varones, recuérdalo.

—No, no quiero recordarlo. —Kate se rio, se levantó finalmente de mis piernas y se dejó caer de espaldas en mi cama. La miré ahí por un rato y sonreí cuando la vi cerrar los ojos.

—¿Cómo es que eres así, Roger? —abrió los ojos y me miró a mí entonces. Arrugué mi entrecejo. —Incluso pareces irreal. —Solté una risa y la miré a los ojos. —Eres tan distinto al resto de hombres que alguna vez haya conocido.

No sé si aquello era bueno o malo, no sé qué tipo de hombre estaba hablando. Entonces, me reí de nuevo y me apresuré a responder:

—No puedo volar o caminar sobre el mar. Así que no, no soy distinto. —Kate me esbozó una sonrisa y negó con su cabeza con una expresión divertida.

—¿Lo ves? Sí lo eres.

La voz de Margaret me saca de mi trance cuando la escucho parlotear y después, me obligo a ponerle más atención solo para escucharla decir:

—Pero entonces me dije: Si yo logré escribir poemas de amor sin haberme enamorado, entonces Roger puede escribir un artículo sobre ligues. Todo buen escritor debe salir de su zona de confort, así que agradéceme ¡Enhorabuena!

No sé qué es peor, enterarme que Margaret escriba poemas o escucharla decir que tengo que agradecerle por ese maldito artículo que me tiene de los pelos, o tal vez, darme cuenta que acaba de felicitarme por una tontería.

—Ok, gracias. —Supongo. Tamborileo mis uñas sobre el escritorio de Margaret en un gesto ansioso. Para nada oculto las ganas que tengo de salir corriendo—. ¿Puedo irme ya? Tengo trabajo que hacer.

No le importa en lo absoluto, se acomoda las gafas de pasta, vuelve su vista a la lectura y nada más me dice:

—Cualquier cosa puede esperar. —Oh genial, quisiera escuchar lo mismo cuando me está presionando a última hora del día y amenazándome con no irme a casa si no termino mi trabajo a tiempo—. Esto es más importante, es el artículo del mes.

Qué deprimente.

Si algo tenía que agradecer de todo esto, es que mis artículos iban firmados bajo un pseudónimo. Nadie, nunca, me imaginaría a mí detrás de todas esas letras. En realidad, no quisiera saber la reacción de mis lectores si algún día se llegasen a enterar que yo, su supuesto mentor, soy un fracaso con las mujeres.

No le digo nada a Margaret... como siempre. Entonces me quedo ahí viendo hacia algún punto fijo en la pared deseando que esto se termine. Le doy un vistazo de nuevo a ella y, si no la conociera lo suficiente, diría que incluso parece intrigada, para nada aburrida como siempre se mostraba cuando leía algo mío, no sé si lo hacía a propósito o no, pero eso nunca me lo tomé personal porque también pasaba cuando leía cualquier artículo de Simon. O cualquier otra cosa, en realidad. Pero esta vez, logro notar algo genuinamente distinto, incluso parece que aquello le ha resultado interesante. Tal vez es un tema que está pensando poner en práctica, no lo sé, pero de ella puede esperarse cualquier cosa.

—El aroma es fácil de establecer en la memoria y recordar. —Lee Margaret en voz alta, contengo la respiración por cualquier cosa que se le ocurra decir sobre eso, ella continúa con la vista clavada en los papeles hasta que la escucho decir—: Interesante que hables de lo importante que es para un hombre oler bien. Debería mandarle este artículo a mi ex una vez que salga a la

venta.

De acuerdo, no sé si había querido soltar eso como una broma o tal vez lo ha dicho para sonar sarcástica, no lo sé, ¿Quizás espera mi respuesta? ¿Quiere que me ría? ¿Necesita un comentario? ¿Alguien que la anime? Prefiero no hacer nada y me limito a un simple: *Ok*, sonando indiferente, incluso aburrido aunque no lo pretendo.

Me recargo sobre el espaldar de la silla y miro al techo, cuando miro a Margaret ella me está viendo a mí y vuelve a concentrarse en el documento, habla de nuevo y continúa comentando el artículo:

—La seguridad, el lenguaje corporal... —¡Diablos! Vamos Margaret, puedes leerlo en silencio si gustas, o cuando yo no esté aquí, quiero evitar cualquier cosa que haga salir a flote mi vergüenza y nerviosismo. Continúa —: Los chistes malos, evítalos. Esa me agrada. ¿Conociste a mi ex?

—No, ¿Por qué? —A este punto, no sé por qué estábamos hablando de su ex.

—Esto parece un manual estratégicamente diseñado para él.

De acuerdo, algo me dice que esa relación no terminó para nada bien.

Vuelve a la primera página. Oh mierda. Cuando creí que finalmente este martirio estaba por terminar, Margaret comienza a leer el bendito artículo desde el inicio. Ahora más cómoda, cruza una pierna sobre la otra y su espalda choca contra el respaldo de su silla giratoria. Toma su taza de café, le da un sorbo y vuelve a ponerla sobre la mesa pero esta vez frente a mí.

Justo en ese momento me llega un mensaje que me saca de mi trance, sin verlo ya puedo saber de quién se trata. También puedo imaginarme que tiene que ver con el mismo tema, le había dejado un texto corto a Kate después de perder su llamada, cuando Margaret me estaba arrastrando a esta tortura, mis palabras textuales para ella fueron:

De: Roger.

Lamento no contestar, estoy siendo arrastrado al infierno.

Su respuesta fue:

De: Kate.

Asumo que hablas del despacho de tu jefa.

Tan así de bien nos entendíamos y esto que todavía no conocía a Margaret en persona.

—¿Puedes pasarme más café? —Escucho a la jefa dragón hablarme, levanto la mirada y le doy un vistazo a la cafetera que, debo aclarar, está a dos metros de ella en realidad. Quiero soltar algo completamente sarcástico pero tiene mi artículo en manos, leyéndolo de una forma tan minuciosa que me aterra. Yo tengo alguna hora de estar intentando no entrar en un colapso nervioso por el pánico que me provoca verla inspeccionar aquellas letras con tanta paciencia. Así que prefiero callarme, porque justo en este momento tiene todo su poder sobre mí mientras siga revisando mi documento—. Necesito una buena dosis de cafeína, tal vez no debía trasnochar ayer, pero... —hace una pausa—... unos amigos —con solo la forma que menciona eso me doy cuenta a quiénes se está refiriendo—. Me invitaron a una fiesta, no pude negarme... era en un yate.

No era necesario que me comentara eso, tampoco que especificara que fue en un yate, pero sé por qué lo está diciendo. Así es ella. Tal vez no esté mal hacerle un café y escupir dentro como hacen en las películas.

—Genial. —Le digo, con tanta indiferencia que hasta yo mismo me asombro por lo natural que ha salido aquello.

—Por favor. —Empuja la taza un poco, hasta que queda cerca de mí. Vale, que ahora sí pienso entrar en pánico, Margaret, nunca, jamás, ha pedido algo con un «Por favor». ¿Qué

diablos está pasando?

Me pongo de pie y tomo su taza para ir por lo que me pide sin despegarle los ojos de encima. En realidad no es porque quiera obedecerle, si no, porque tal vez la palabra mágica proveniente de ella me ablande el corazón y vea la necesidad de ir a traerle el maldito café. O quizás es porque no quiero ver a Margaret leer de nuevo mis palabras y cualquier cosa es mejor que estar frente a ella.

Cuando estoy delante de la mesita donde está ubicada la cafetera, miro el estante de fotografías frente a mí, estoy vertiendo el líquido oscuro dentro de la taza y no dudo en darle un vistazo a los portarretratos estratégicamente ubicados por tamaño: Margaret con sus títulos en manos, Margaret en encuentros con empresarios, Margaret haciendo labor social (aunque aquello no le salía para nada natural) Margaret en Inglaterra, Margaret en Toronto, Margaret en un helicóptero.

Esto es algo así como un espacio para su egocentrismo que nada más con darle un vistazo a las primeras imágenes estaba comenzando a cansarme.

Diviso un portarretratos que está caído hacia adelante y mi parte obsesiva compulsiva quiere acomodar el objeto estratégicamente ubicado como los otros. Cuando lo levanto para ponerlo junto al resto, me doy cuenta que es muy probable que hubiese estado así a propósito.

Es una fotografía de Margaret, lo que no es nada sorpresivo en este sitio donde pone en evidencia que se ama a sí misma, pero no es todo, junto a ella está Sara, mi ex, de fondo hay una serie de palabras que se leen: «Primera despedida de soltera», también a su otro costado está Wendy y a la par de esa última está una de las chicas con las que acostumbraba salir a menudo últimamente, nunca la llegué a conocer cabe destacar, porque en los últimos meses solo existían excusas, hablaba que necesitábamos espacio y ya no me incluía en sus vacaciones.

No puedo evitar ver a Sara, pero no porque sienta algo o me provoque algún afecto, en realidad es porque ya no me despierta absolutamente nada. No hay algo dentro de mí que la extrañe como lo hacía hace tres semanas. Sara está mucho más delgada, se ha teñido el cabello en un tono mucho más claro, se inyectó los labios por lo que logro notar y también lleva la piel bronceada. Tal vez ese sea el motivo por el cual no puedo sentirla como aquella persona que amaba hace un tiempo, porque incluso parece otra mujer en realidad. Dejo el portarretrato como estaba cuando escucho a Margaret ponerse de pie y le doy un rápido vistazo para darme cuenta que está tomando una serie de papeles sobre su mesa.

Mi teléfono me anuncia una notificación, recuerdo el mensaje de Kate hace un momento y cuando lo extraigo de mi bolsillo lo primero que veo ahí es el texto que me llegó hace unos minutos, su nombre parpadea en el centro pantalla y me hace esbozar una sonrisa cuando leo:

De: Kate

¿Sigues vivo? ¿Tengo que ir buscarte a la morgue?

Dejo la taza de Margaret sobre la mesita para contestarle:

Para: Kate

Para mi desgracia sigo vivo. Ahora tengo que prepararle café a mi jefa. Pero si no contesto por la tarde, ve por mí a la morgue

De: Kate

¿Y busco signos de violación?

Para: Kate

Prefiero tirarme por la ventana antes que dejarme tocar por Margaret

Kate me envía un emoticón de risa que incluso a mí me divierte, escucho la voz de Margaret a mis espaldas causándome un susto de muerte haciendo que mi celular caiga cerca de los pies de

la jefa dragón. Agradezco que se apague en el acto, porque Margaret lo está viendo y casi me provoca un paro cardíaco pensar que por poco logra ver esa conversación que me declararía por muerto. Casi estoy hiperventilando cuando la escucho decir:

—Te preguntaba si sabes cómo puedo recuperar la contraseña de mi email. —Sin ningún tipo de expresión, pasa del teléfono directo a la fotocopidora que tiene en su oficina. Cuando me he recuperado del shock y levanto el aparato del piso, mi cerebro reproduce la pregunta suya y me apresuro a responder:

—No, pero conozco a alguien que sí. Si te interesa. —Y esa persona era Linda, la amiga de Kate.

La verdad que no sabía que aquella chica es Ingeniera Informática y trabaja para alguna empresa extranjera multimillonaria desde su casa. Ayer cuando fui por Kate después de mi jornada de trabajo terminó convenciéndome de acompañarla a casa de Linda. Me había enterado de la profesión de la chica cuando ella misma me dijo que me había enviado una solicitud de amistad a mi red social y Kate me advirtió:

—Si recibes algún link de parte de Linda en un mensaje, no lo abras. —Arrugué mi entrecejo y las miré a las dos. Estábamos en el balcón de la casa de Linda, y cuando probé el asado que había preparado las ganas de irme se esfumaron. También estaban Brenda y la otra amiga de Kate que desgraciadamente me recordaba a mi jefa, pero ellas estaban con sus respectivos acompañantes, por tal motivo no nos estaban poniendo atención ni un poco.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté curioso. Kate se rio y cuando estaba a punto de decirme algo, Linda corrió hacia ella y le tapó la boca.

—¡Kate! ¡Cállate! —Entonces miró alrededor, no entendí en ese momento, pero después me imaginé que estaba buscando al sujeto abogado que según ella misma solo se follaba nada más, se había disculpado para ir al baño solo unos segundos antes—. Julio no tiene que enterarse. ¿Acaso tú no quieres saberlo?

—Esperen... ¿De qué están hablando? —pregunté, un tanto alarmado también. Entonces, Kate quitó la mano de Linda de su boca y me dijo:

—Linda puede entrar a tu computadora.

—¡Kate! —Otra vez le tapó la boca y un tanto desconcertado me volví a ella. —Ahora no sabremos qué tipo de pornografía es la que le gusta a Roger.

—Yo ni siquiera miro pornografía.

—Y eso es verdad. —Recalcó Linda, cuando finalmente se separó de Kate y se sentó en la banqueta frente a nosotros. También añadió—: Roger me permitió ver su computadora el último día que fuimos a su apartamento. Pero igual, pensé que era un error del sistema ¿Qué hombre no mira porno? ¿Por qué no miras porno?

—Porque no me interesa ver porno. —Hice memoria sobre el momento ese que dice le presté mi computadora, pero hasta ahora no lo recuerdo—. ¿Por qué hurgaste en mi computadora?

—Solo fue curiosidad. —Entonces, para cambiar el tema, desvió la conversación—: A Simon le gusta ver pornografía con tríos.

—¿Qué?

—Pero no le digas que te dije esto, por favor.

Espero que Margaret me dé una respuesta en el momento que estoy encendiendo mi teléfono y respiro aliviado cuando aquella pantalla aparece frente a mis ojos. Margaret está sacando unas fotocopias de algo y entonces, sin volver a mí, me dice:

—¿Puedes pasarme su contacto? —Le digo que sí. Aunque tenía que advertirle a ella antes lo que supone trabajar para Margaret, aunque sea por unas cuantas horas—. Por cierto, ¿Podrías

prepárame dos cafés más? Tendré visitas y creo eso ya lo sabes, actuarás como mi asistente. Harás todo lo que yo te diga y solo límitate a escribir las cosas importantes que escuches como en todas las reuniones que vas conmigo. —Detengo mi labor de buscar cualquier falla de mi teléfono debido a la caída y la miro.

—¿Qué? Por supuesto que no. —Entonces, se vuelve a mí. Con una mirada de furia que no me pasa desapercibida, pero ahora, por algún motivo extraño, aquello no se me hace nada intimidante. En lugar de eso, me provoca querer decirle que no de manera más contundente por que no pienso hacerlo—. Si no mal recuerdo, estoy contratado para crear artículos en tu revista, no para servir café o ser tu asistente ¿O me equivoco?

Margaret da un paso adelante, con tanta determinación que en otro momento y otra ocasión, o incluso, hace unas semanas atrás, me hubiese intimidado. La jefa dragón se planta frente a mí, mirándome directamente a los ojos y dice:

—Últimamente te gusta jugar con fuego ¿No es así? Porque te recuerdo que puedo quitarte ese trabajo que tienes si quiero. Solo has tenido este empleo, fui la primera persona que te ofreció algo, al menos relacionado con tu carrera universitaria. Sabes que bastaría una mala recomendación de mi parte para que no vuelvas a trabajar en años ¿Cierto? ¿No lo habías pensado?

Estoy comenzando a odiar a Margaret y ese no es ni siquiera un sentimiento muy usual en mi persona.

—Entonces voy a correr el riesgo. —Vale, como dije una vez, no es común que yo le hable de esta forma a Margaret, al menos antes. Hace unas semanas, incluso, ni siquiera me hubiese atrevido a llevarle la contraria. Pero como también había mencionado, sabía que en algún momento mi paciencia iba a comenzar a agotarse. A veces pienso que es mejor quedarse sin empleo que trabajar para Margaret—. ¿Puedo irme?

Alguien toca la puerta de la oficina de Margaret y su siguiente acto es dar un paso hacia atrás, sin despegarme los ojos de encima, sin importarle quién está allá afuera, es después de un rato que suaviza sus facciones y grita:

—Adelante. —Solo es en ese momento que deja de verme. Y entonces, prefiero irme de ahí antes de que las ganas de salir corriendo y no volver a poner un pie en este piso se apoderen de mi persona. Después de todo tengo que pagar la renta de alguna forma.

La puerta se abre, primero es un hombre vestido de negro el que hace acto de presencia y, posteriormente, Koen Van Brouwer, pero no es todo, junto a él están las dos últimas personas que me gustaría ver hoy: El señor y la señora Escribano.

Elizabeth, la madre de Sara, está tomada del brazo del hijo del empresario holandés. Ambos señores se percatan de mi presencia y, aunque no lo pretendo, hago contacto visual con ambos. La señora Elizabeth, me saluda con una sonrisa incómoda que yo intento corresponderle aunque más bien parezca un gesto forzado que ni siquiera me importa mejorar. Admito que hace algún tiempo le tuve bastante cariño a esta señora, iluso de mí, después de haber sido testigo de cómo Sara me ponía el cuerno con este sujeto, ahora se pasea por la misma empresa que yo trabajo del brazo suyo.

Prefiero ignorarlos, obviar el hecho de que los conocía de algún lado y me despido de ellos como lo haría con cualquier desconocido. No es mi intención mirar hacia atrás cuando estoy cerrando la puerta de la oficina de Margaret a mis espaldas, sin embargo, cuando doy un vistazo para nada intencional me encuentro a la madre de Sara mirándome fijamente hasta que la pierdo de vista en el instante que la madera blanca queda entre nosotros.

Camino hacia mi cubículo y me dejo caer en mi silla giratoria después de soltar un suspiro.

Me recargo en el respaldar viendo la lámpara en el techo justo sobre mi cabeza y una llamada entra a mi teléfono en ese instante, lo saco de mi bolsillo para encontrarme con el nombre de Monique brillando en mi pantalla. Frunzo el ceño y entonces descuelgo sin dudar.

—Hola. —Saludo, no escucho a nadie por un momento del otro lado. Hasta que finalmente se escuchan unos pasos y después la voz de Monique inunda mis oídos.

—Roger —me habla, con ese entusiasmo tan característico suyo que me aterra. Ella siempre es así, es como si todo el tiempo estuviese de buen humor, todo lo contrario a Margaret en realidad—. ¿Has leído el correo que te envié?

—Espera, ¿Qué correo? —Vale, que había estado encerrado en la oficina de Margaret por más de una hora, no había podido revisar absolutamente nada. —Ahora mismo estoy llegando a mi cubículo.

Enciendo la Mac al mismo tiempo que escucho a la pelirroja hablar, estoy esperando que el aparato se encienda, de inmediato me voy a la dirección de mi correo y en instantes estoy poniendo mi contraseña:

—¿Margaret no te ha dado mi recado?

Solo con escuchar el nombre de Margaret ya sabía que tenía algo que ver en todo esto.

—No, no lo hizo. —Entonces la escucho suspirar. Algo me dice que Margaret no quiso decirme nada de su parte a propósito.

—Bien, no importa. No me sorprende en realidad. Entonces léelo con calma, escúchame, esto es algo muy importante. Piénsalo bien. Una vez que acabes de leer el correo, avísame ¿Te parece?

Le digo que sí, entonces cuelga. Creo que me he quedado conteniendo la respiración más tiempo del que debería y comienzo a sentirme mareado cuando estoy leyendo las primeras líneas del correo de Monique. Algo llama mi atención en el cuerpo de ese mensaje, algo ahí resaltado en negrita me hace volver a leer de nuevo, tal vez unas tres veces más para cerciorarme que lo que estoy leyendo es real y no es una jugada de mi confundido cerebro al reconocer ahí dos palabras: Paco Rabanne.

Cuando me considero que sí, he leído todo correctamente, comienzo a teclearle mi respuesta a Monique, preguntándole qué diablos es esto de lo que me está hablando, por supuesto que se lo digo con palabras más sofisticadas y profesionales, pero igual lo borro y lo vuelvo a redactar unas dos veces más hasta que considero que está listo y se lo envío.

Estoy leyendo de nuevo el correo, esta tal vez sea la cuarta vez y hasta creo que ya me lo estoy comenzando a memorizar. La respuesta de Monique solo tarda un par de minutos y lo único que me pide es llegar a su oficina con cierta urgencia. Y es lo siguiente que hago, aprovechando que Margaret no está disponible y el elevador está vacío.

Justo cuando las puertas se abren en el piso de la empresa de Monique, lo primero que mis ojos encuentran es mi fotografía para la campaña, esa que se publicita por todos lados. Todavía no me acostumbro a verme ahí, en grande, así que ignorándome a mí mismo y esa mirada de hombre de revista bajo unas gafas, camino directo al despacho de Monique. En el camino, varias personas me saludan con una familiaridad que me aterra, una de las chicas me dirige a la nueva oficina de Monique y mantiene la puerta abierta para que yo pase. Casi de inmediato me doy cuenta que yo estoy en la pared de la oficina de la diseñadora, junto a mí hay otros modelos con los que ha trabajado anteriormente, o eso creo. Monique se pone de pie de inmediato, con una gran sonrisa se acerca a mí, pero no está sola, a la par de su silla está una mujer rubia, delgada, con traje ejecutivo que se pone de pie y me regala una sonrisa.

—Es él. —Le dice a su acompañante. Monique me un beso en cada mejilla, un

saludo europeo al que todavía no terminaba de acostumbrarme. Se da media vuelta tomándome del brazo—. Él es Roger, la estrella de mi campaña. Roger, ella es Judith, la representante de Paco Rabanne.

La mujer me saluda con un asentimiento y rodea la mesa para saludarme a mí, por su acento sé que también es extranjera. De acuerdo, no pensé que la mujer iba a estar aquí pero creo que estoy comenzando a entender más cosas. Margaret sabía de esto, por ese motivo no quería que yo leyera el correo, no quería que yo estuviera aquí mientras la representante de Paco Rabanne estaba presente, por eso había preferido encerrarme en su oficina con la excusa del maldito artículo. Tal vez Simon me dijera que estoy exagerando, pero como dije, mi sexto sentido jamás me falla.

—Hasta que finalmente te conozco en persona. —La mujer que ahora sé que lleva el nombre de Judith me habla. Rodea la mesa de nuevo y toma el lugar que estaba. Monique me invita a tomar lugar frente a la rubia. La observo sacar un puñado de papeles, después, cruza sus brazos sobre el escritorio y entonces, me dice:

—Si ya leíste nuestro correo entonces mi propuesta no debe ser ninguna novedad. Roger, queremos que tú seas la imagen de nuestra nueva fragancia: Invictus.

Capítulo 25

Para el viernes por la tarde, estoy firmando el contrato con Paco Rabanne.

Me había pasado toda la tarde de ayer, parte de la noche y la madrugada del día de hoy meditando en lo que iba a hacer y por qué no debería hacerlo de todas formas. Pero aquí estoy, firmando con una de las marcas más importantes, aunque cuando dejé la oficina de Monique ya estaba pensando en aceptarlo porque las palabras de Margaret todavía estaban frescas en mi mente. Mucho más, cuando al llegar a mi piso me encontré con la jefa dragón y las otras tres personas que prefiero no mencionar, riéndose a carcajadas, hablando todos con una familiaridad que no se me hace desconocida, todos ellos me vieron llegar, especialmente los padres de mi ex que por algún motivo se me quedaron viendo más tiempo del necesario y, me di cuenta que, si tengo que estar pasando por esto el resto de mi vida definitivamente no quiero seguir trabajando para Margaret.

Tampoco es que quisiera ser modelo, eso ni siquiera estaba en mis planes, tampoco me vería ejerciendo de eso el resto de mi vida. Ni siquiera me gustan las sesiones fotográficas, ni las redes sociales, mucho peor las selfies, pero Kate tenía razón en algo, por ese motivo últimamente no se me ocurría tomar una decisión sin consultárselo a ella antes, Kate es de ese tipo de persona que sabe exactamente qué palabras decir para verle el lado bueno a las catástrofes así como también convencerte para lanzarte a una.

—Guau. —Fue su primera reacción cuándo le conté todo y le mostré el contrato. La había llamado exactamente cuando dejé la oficina de Monique, incluso antes de entrar al ascensor camino de regreso a la revista de Margaret. Estaba tal vez un ochenta por ciento decidido a aceptarlo, pero siempre necesitaba una opinión cuerda, una que no fuera cegada por las palabras de Margaret como la mía—. Definitivamente tienes que hacerlo, Roger.

—Ya estaba esperando esa respuesta. —Aunque la esperaba después de que le contara sobre mi altercado con Margaret, pero al final me decidí por guardarme aquello para mí mismo. Así que sentados en aquella mesa de la cafetería del hospital, le había dicho únicamente todo lo relacionado a la propuesta que había recibido esta mañana—. No lo sé...

—¡Es Paco Rabanne! Si no aceptas no te lo perdonaría... nunca —Me reí y tomé el contrato de nuevo en manos. Le di un vistazo otra vez y entonces, la escuché mencionar algo que después de meditarlo un poco, me di cuenta que es muy probable que no sea tan descabellado como parece—. Míralo de esta forma —se acomodó en su lugar frente a mí y cruzó sus brazos sobre la mesa para mirarme fijo—: Es publicidad para ti mismo, tus redes sociales están creciendo. Crearás una base de seguidores, esto te llevará a que otras compañías se interesen en ti, y quién sabe, puedes conseguir un trabajo que sí te apasione.

No tuve un argumento en contra de eso. Entonces me limité a ver de nuevo el bendito documento legal y dije, más bien, pregunté:

—Entonces ¿Me estás aconsejando hacerlo? —Sin cambiar de posición, nada más asintió con la cabeza y después le agregó:

—¡Por supuesto! Además es Paco Rabanne. —Dejé el contrato de nuevo sobre la mesa y tomé la misma pose suya, con los antebrazos cruzados importándome poco que tenía el documento debajo de mí. La miré a los ojos con una media sonrisa y Kate, nada más, enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—Entonces voy a hacerlo. —Kate dio un aplauso en el aire, me apuntó con su dedo índice y

entonces añadió:

—Pero no te comprometas mañana después de tu jornada de trabajo.

—¿Qué hay mañana después de mi jornada de trabajo? —Tomé el contrato de nuevo en mis manos y la escuché decir:

—Mis clases de Jiu Jitsu. —Me reí, sin poder evitarlo. Creo que nunca va a olvidar las clases de Jiu Jitsu, más me vale a mí mismo comenzar a actualizarme, no sé cuánto tiempo tengo de no practicar absolutamente nada de artes marciales. A mi ex novia le parecía demasiado arriesgado y hablaba sobre no estar tranquila si yo practicaba esas cosas, por eso lo había dejado. Aunque mi excusa en ese momento fue el problema en mi rodilla, el verdadero motivo fue Sara.

—Vale, de acuerdo. —Y extendió su mano indicándome que tenía que cerrar el pacto y la tomé sin vacilación con una sonrisa. Ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que tuve planes un viernes por la noche, pero era bueno salir de la rutina aunque fuese solo para unas clases de Jiu Jitsu—. Mañana después del trabajo. ¿En tu apartamento o en el mío?

—En el tuyo o en el mío, da igual. ¿Dónde te sientes más cómodo?

Al final acordamos que sería en su apartamento.

Cuando he terminado de firmar todos los documentos con las pautas establecidas por Paco Rabanne y otras que me aconsejó el abogado de Monique (porque ella misma me puso a disposición su abogado en caso de que yo necesitara ayuda en algún asunto de lo establecido. Algo que no debe saber Margaret por supuesto porque sin duda se inventaría cosas absurdas) la mujer rubia sigue hablando más cosas de la campaña, de la nueva fragancia, explicándome cómo vamos a trabajar y sobre el acuerdo del jugoso adelanto que figura en el contrato.

Cuando finalmente todo queda claro y miro mi reloj, salgo disparado del despacho de Monique porque no quiero tener que darle explicaciones a Margaret, ella debería estar en una reunión ahora y no está demás llegar antes que ella para evitar problemas y tener que hablarle de lo que estaba haciendo. Aunque a este punto ya debe saber que puedo estar con Monique, porque me ha visto hablar con ella esta mañana mientras abordábamos el elevador, después había llamado a su amiga por teléfono y según me dijo Monique, ella le había preguntado sobre mí y el contrato con la marca de perfumes:

—Margaret me preguntó si habías aceptado la oferta. —Me dijo, cuando llegué a su piso a la hora que habíamos acordado. Monique estaba en la oficina cerca de la entrada y se aproximó a mí para guiarme hasta su despacho. Monique es una persona distinta a Margaret, siempre me saluda con entusiasmo, me hace sentir relajado y no me siento incómodo con su presencia, al menos ya no—. Le dije que estaba en una reunión e iba a llamarla después. La verdad que no estoy nada contenta con ella después de dejarme esperando y me aseguró que te daría mi mensaje, no lo hizo.

—Margaret es así. —Eso fue lo único que le dije. Seguí sus pasos y se giró hacia mí al mismo tiempo que abrió la puerta. Continuó:

—Me hace pensar que no quiere que dejes de trabajar para ella, nunca. Se siente horrorizada con el hecho de que estés consiguiendo mejores oportunidades. Debes de ser un asistente muy eficiente para que Margaret se comporte de esa forma. —Entonces me reí, no sé si por lo que dijo antes o por lo último que soltó, así que me apuré a aclarar una cosa:

—Yo no soy su asistente.

—¿En serio? Es lo que ella dice. —Monique me tendió la mano en dirección a la silla frente a su escritorio, tomó unos papeles y se sentó en su respectivo puesto cuando yo también tomé el lugar indicado—. Deberías aclarárselo antes que lo riegue por todo el edificio.

—¡Oh! Lo he hecho, al parecer no es muy efectivo.

—Entonces, no entiendo por qué se comporta raro cuando estoy hablando contigo, por un momento creí que se debía a que teme que yo me robe a su asistente.

—Creo que... —hice una pausa, pensando si decir esto o no. Me decidí por lo primero—. Eso se debe a que ella piensa que tú y yo salimos.

—¿Por qué dices eso? —Parecía interesada cuando mencioné esas palabras, dejó de ver los papeles y se concentró en mí acomodándose las gafas de pasta.

—Me lo preguntó, ayer. Así tal cual, si yo salía contigo...

—¿Qué? —Entonces Monique soltó una carcajada. Dejó los papeles a un lado y se cruzó de piernas recargándose en el respaldo de su silla giratoria—. Es la excusa más tonta que he escuchado de su parte para intentar sacarte información sobre tu vida. Te apuesto que lo que quería saber en realidad era si salías con alguien y si es posible sacarte un nombre.

—¿Eso crees? —no suena descabellado después de todo.

—Sí, porque Margaret conoce a Krista... mi novia. —Y yo enarqué una ceja, no sé si en realidad fue por saber que Margaret quería información sobre mi vida o por darme cuenta que en realidad a Monique le gustan las mujeres.

—¿Novia?

—Sí, prefiero a las chicas. —Me sorprendí, claro que lo hice. También cuando me mostró una foto de ellas dos juntas, me di cuenta que la chica parece una modelo y me dijo que trabaja como productora de televisión en Los Ángeles, California—. Aunque soy perfectamente capaz de ver cuando un jovencito es apuesto y bromear con ello. Pero es todo, así que me parece absurdo que Margaret me use para estas tonterías.

A mí también me parecía un completo disparate y hasta hoy no lograba comprender el motivo de Margaret. No es como que en realidad le importara mi vida, ella misma me lo había dejado claro en varias ocasiones, así que no, no terminaba de comprender esa actitud.

—Por cierto, ni se te ocurra hacer planes mañana. Es la fiesta del lanzamiento de la línea y tienes que estar ahí sí o sí.

Mierda, tenía la esperanza que la maldita fiesta hubiese sido cancelada.

En fin, cuando estoy entrando al elevador mi celular suena indicándome un mensaje. Me doy cuenta que es un texto de Linda, la amiga de Kate, ayer le había dado su contacto a Margaret y me di cuenta que sí se había comunicado con ella cuando me envió un mensaje preguntándome si Margaret seguía siendo una perra, le contesté: Siempre. Cuando presiono el botón que indica mi piso, miro la pantalla de mi celular y observo las palabras de la chica ahí:

De: Linda

¿Adivina qué tipo de pornografía le gusta a tu jefa?

Arrugo el espacio en mi entrecejo y antes de poder escribir algo un nuevo mensaje me interrumpe.

De: Linda

Hombres negros con pollas de treinta centímetros.

Me quedo viendo el mensaje un largo rato y por un momento me siento perdido. ¿Qué rayos?

Para: Linda.

¿De qué estás hablando?

De: Linda

Tu jefa es una golosa.

Ni siquiera sé que contestarle ahí. Ahora el hecho de saber que Margaret mira porno me ha descolocado, aturrido y desorientado. Entonces, comienzo a teclear lo primero que se me viene en mente.

Para: Linda

¡Oye! No puedes andar por ahí hurgando la computadora de las personas.

De: Linda

¿Qué? ¿Acaso no querías saber?

Para: Linda

¡Por supuesto que no! Ahora cada que mire a Margaret recordaré que le gusta ver pornografía con sujetos súper dotados.

De: Linda

¿Súper dotados? ¿Por qué no dices «polla grande» y ya?

Para: Linda

No me gusta esa palabra.

De: Linda

Oh Dios, está bien, tipos «súper dotados»

Ahora bien, ver porno es algo normal ¿Por qué tú no miras porno?

Para: Linda

¿Para qué quiero ver porno? Ni siquiera tengo pareja.

De: Linda

¿Entonces si tienes pareja sí miras porno?

Para: Linda

Si tengo pareja no tengo necesidad de ver porno.

De: Linda

¡Diablos! ¿Pero sí has visto porno al menos?

Para: Linda

Sí he visto porno, como cualquier persona. Pero no le encuentro el sentido. ¿Qué satisfacción puedes encontrar con ver dos personas follar nada más?

De: Linda

¿De qué planeta vienes, Roger? Pareces un robot que no disfruta del sexo.

Prefiero no contestar y estoy a punto de guardar mi teléfono de regreso en mi bolsillo cuando otro mensaje suyo abarca mi pantalla y me veo obligado a responder cuando miro:

De: Linda.

Por cierto, Margaret te ha buscado en Facebook. Todos los días.

Para: Linda

¿Qué?

De: Linda

Ni siquiera son amigos en Facebook ¿Por qué buscarte para ver solamente tu foto de perfil y tu portada?

Me quedo pensativo un momento, hasta que vuelvo a recibir otro mensaje suyo.

De: Linda

Está llegando a la oficina. Te sigo contando después.

Para: Linda

¿Margaret?

De: Linda

Sí y está preguntando por ti.

Oh Dios, significa que ya dejó la bendita reunión y no fue todo el día como había dicho. Solo espero no encontrármela en el piso cuando llegue y poder decir que estaba en el baño o pasar desapercibido, pero para mi mala suerte cuando las puertas metálicas se abren a la primera que

miro es a ella, a una distancia prudencial hablando un tipo encargado de maquetación. De inmediato los ojos de la jefa dragón me enfocan a mí y me mira fijo cuando doy un paso dentro de la sala.

Vuelve a concentrarse en el sujeto que tiene en frente sin siquiera darme una mirada de reproche, me sorprende en realidad, tal vez sea la nueva actitud de indiferencia que he adoptado con ella o quizá hoy es uno de esos pocos días que ella está de buen humor, no lo sé, pero me da tiempo de ir a la cafetería del piso, prepararme una bebida y volver a tiempo para recoger una pila de papeles revisados de mi escritorio que le pertenecen a la jefa dragón.

Ella me hace un gesto con su barbilla cuando me mira aparecer de nuevo. Le da un vistazo a los folios que tengo en manos y me indica que los deje en su oficina. Camino en dirección a su despacho, solo escucho sus pasos detrás de mí y abre la puerta antes que yo llegue hasta ella. Algo extraño en realidad.

—Por cierto, ¿Dónde rayos estabas? —Oh genial. La puerta se abre y observo ahí a Linda, sentada en el escritorio de Margaret, cuando me mira pasar esboza una sonrisa y me saluda desde lejos. Hago lo mismo y la jefa dragón me indica donde dejar cada cosa—. Se supone que deberías estar aquí, haciendo tus quehaceres.

—Y ya están hechos. —La interrumpo. Ella no dice nada, se limita a observar los papeles que he dejado cerca de su computadora. Le doy un trago a mi café y la escucho decir:

—Por cierto, recibí el artículo completo. —Ni siquiera recordaba el maldito artículo. Pero sí, ayer había logrado terminarlo todo, revisarlo y quitarme de encima las ganas de borrarlo y volverlo a hacer. Se lo había enviado, a tres semanas completas desde que Margaret me otorgó ese castigo. Me sentía tan bien por terminarlo a tiempo que cada que lo recordaba me daban ganas de abrazar a Kate en agradecimiento—. Voy a admitir que superé mis expectativas.

—Genial. —Eso es todo lo que le digo, tal vez debí decir gracias pero me importa poco, no tengo porqué agradecerle algo que utilizó para martirizarme por tres semanas—. ¿Puedo irme? —Por un momento no dice nada, sigue con sus ojos clavados en los papeles que está revisando hasta que finalmente los deja en su lugar y me dice:

—¿Estás disponible hoy? Después de las seis. —¿Hoy? Después de las seis. Ni de coña—. Tengo una reunión importante y necesito que me acompañes para...

—Lo siento, no puedo. —Le corto, con una seguridad que sigo desconociendo en mí, pero no voy a hacerlo, ya fue suficiente tiempo siendo la marioneta de Margaret que no me quedan fuerzas ni ganas para continuar. Aunque no tuviera planes para hoy, no lo haría. Hay tantas personas en este piso como para ser el único que tenga que hacer horas extras porque a Margaret así se le apetece.

Entonces, antes que la jefa dragón pueda hablar, Linda interrumpe:

—Roger tiene compromisos. —Los dos la vemos a ella, tiene la vista clavada en el monitor y teclea a toda prisa sin prestarnos un poco de atención. Margaret me mira de nuevo a mí y después otra vez a ella para preguntar:

—¿Contigo? —Margaret ni siquiera ha terminado de hacer la pregunta cuando Linda se apresura a responder:

—Por supuesto que no. Él folla con una de mis mejores amigas. —Y me atraganto, justo en ese momento estaba tomando un trago de café y creo que se me ha ido por el orificio incorrecto. Oh por Dios ¿Es en serio? Linda ¿Es en serio? Y lo peor de todo es que sé por qué lo que está haciendo—. Los chicos de las amigas están prohibidos.

Margaret se ha quedado sin decir nada y yo logro controlarme en casi un instante porque no puedo, de paso, hacer el ridículo. Toso una vez más para aclararme la garganta y Margaret se

vuelve a mí:

—Ah, genial. Veo que hay cosas más importantes.

—Por supuesto —Linda otra vez y temo por lo que sea que se le ocurra decirle ahora — ¿Quién va a preferir trabajar que encerrarse en una habitación con una doctora guapa?

En ese preciso instante tocan la puerta. Yo todavía no me he recuperado del shock que me ha causado Linda y creo que Margaret tampoco, por la forma en que me mira y porque tarda varios segundos hasta que finalmente dice: Adelante.

Tras la puerta aparece el hombre que siempre está con Koen Van Brouwer y detrás de este aparece él, el hijo del millonario holandés, a su lado está Alice, su hermana, quién al verme esboza una sonrisa que correspondo. Aprovecho para salir del despacho de la jefa dragón y me voy directo a mi escritorio donde Simon está tecleando bastante concentrado, al menos solo por un momento porque justo en el instante que levanta la mirada y me mira llegar, se pone de pie y cuando me doy cuenta lo tengo de frente, se quita las gafas de pasta y me dice:

—¿Tienes un contrato con Paco Rabanne y no me habías dicho? —Arrugo el espacio entre mis cejas y me apresuro a preguntar:

—Espera... ¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo lo sé? —Paso a su lado para tirar de mi silla giratoria. En el proceso, enciendo la Mac y me giro hacia él cuando lo escucho decir, más bien gritar—: ¡Todo mundo lo sabe en este piso! Soy el último en darme cuenta.

—¿Cómo es posible que todo mundo lo sepa? —Suelta un bufido y yo me dejo caer en mi lugar sin quitarle los ojos de encima.

—Si Margaret lo sabe ¡Todo el mundo lo sabe, Roger!

—¿Margaret lo sabe? ¿Fue ella quién te lo dijo?

—¿Eso qué importa? —Reposa sus caderas en mi escritorio y continúa—: ¿No es que éramos amigos? ¿Por qué me ocultas estas cosas? —Me arrebató mi café y solo miro cómo se lo lleva a la boca. No le cuesta nada caminar unos metros y prepararse uno.

—No lo oculto, simplemente no lo consideré importante.

—¿No lo consideraste importante? ¡Es Paco Rabanne! —Ruedo los ojos. Simon le da un sorbo a mi bebida, de inmediato hace un gesto y devuelve el líquido de regreso al envase—. ¿Por qué tomas café sin azúcar?

Me lo devuelve y yo incrédulo miro el líquido oscuro con su baba dentro del vaso descartable.

—¿Qué carajo? —Entonces, me tengo que poner de pie de nuevo para depositar el café dentro de la papelería. Después de Margaret, Simon es el que me toca los cojones más a menudo —. ¿Por qué diablos tomas mi café si sabes que me gusta sin azúcar?

—¿Cómo diablos conseguiste un contrato con Paco Rabanne? —Me ignora como siempre, en cualquier momento haré lo mismo.

—No lo sé, creo que fue obra de Monique. No tengo idea.

—Eres un maldito suertudo. —Se regresa a su sitio. Se deja caer en su silla y comienza a manipular su computadora. En ese momento mi celular suena y al sacarlo de mi bolsillo me encuentro con un mensaje de Kate que inconscientemente me hace esbozar una sonrisa y de inmediato comienzo a teclear mi respuesta:

De: Kate

Paso a recordarte que hoy tienes planes a las seis.

Para: Kate

¿Nunca vas a olvidarlo?

De: Kate

Jamás.

—Roger. —Escucho a Margaret en ese instante. Levanto la mirada para encontrármela a ella ahí, sin verme, depositar unos papeles sobre mi escritorio. Me da su libreta de apuntes y me habla—: Ven conmigo.

Ruedo los ojos cuando da media vuelta y se comienza a alejar. Suelto un suspiro y me paso la mano por la cara repetidas veces para despejar la frustración. Me pongo de pie después de tomar mis cosas y está esperándome, como siempre, en medio de las puertas del elevador para que no se cierren.

Todo el camino hacia la sala de reuniones lo pasamos en silencio, Margaret no dice nada, yo tampoco, lo que es genial porque no hay nada que hablar en realidad y no quiero que me pregunte tonterías. Yo ya sé a quienes voy a encontrarme aquí y ella ya sabe que lo sé, de otra forma Margaret no me trajera con ella seamos sinceros. En fin, me limito a ver hacia el frente mientras ella revisa su teléfono celular, pero en un instante en el que estoy viendo el techo la escucho decir:

—Admiro que hayas avanzado rápido, Roger. —Arrugo mi entrecejo y me concentro solo un momento en ella—. Me refiero a que... nos estabas comenzando a preocupar, pensamos por un momento que esa ruptura te estaba golpeando fuerte. No sabes cuánto me alegra saber que nos equivocamos.

—¿Nos?

—Sí, tu ex, sus amigas y yo.

Suelto una risa irónica, no sé si en realidad sea por escucharla decir quienes se «preocuparon» por mí o por el hecho de que en algún momento fui tema de conversación entre esas personas. Ni siquiera me atrevo a pensar qué cosas pudieron decir de mí en su momento de «preocupación» y no quiero saberlo tampoco. Así que buscando la mirada de Margaret a través del reflejo que me devuelve el metal de las puertas del ascensor, me apresuro a responder:

—La verdad es que nunca pude estar mejor que ahora, Margaret. Creo que de todas las cosas que alguna vez Sara hizo por mí, irse fue una de las mejores decisiones que pudo tomar por el bien de ambos. Me siento mucho mejor sin ella. Creo que ya te lo había dicho.

Eso basta para cerrarle la boca a Margaret, quién solo me queda viendo fijo y en ese momento exacto, las puertas metálicas del elevador se abren en la sala de reuniones. Sí, lo dije con un propósito, conozco el nivel de amistad que tiene con Sara y sé que va a ir a decirle esto, incluso se me ocurre que va a aumentarle un poco, lo que es genial. Nunca me imaginé que tendría que hacer estas cosas, pero antes pensaba que estaba compartiendo mi vida una mujer adulta.

Le extiendo la mano a Margaret para que pase antes que yo y, entonces, ella da un paso al frente después de acomodarse el cabello sin darle una respuesta a mi comentario. Sin hablar absolutamente nada más avanzo detrás de ella hasta la mesa con un grupo de personas aglomeradas y como pensé, los padres de Sara están aquí. Margaret se detiene a hablar con ellos y yo paso de largo para sentarme en el extremo contrario de la mesa hasta que la reunión termine. Solo los escucho mencionar al holandés y a Margaret decir que estaba arreglando algo de su laptop con «la nueva Ingeniera Informática que había contratado».

Todo el tiempo que duró la bendita reunión estuve viendo mi reloj esperando que terminara lo antes posible. Escuchar al padre de Sara alabarse a sí mismo no es uno de mis pasatiempos favoritos y estuve a punto de quedarme dormido. Siempre hace lo mismo, no puede hablar de algo sin jactarse de cosas que ha hecho y yo ya me sé todas esas historias de memoria. Cuando

todo acaba y miro que ya es mi horario de salida le digo a Margaret que voy a retirarme, pero ella me dice que espere un momento y ese momento son exactamente veinte minutos.

Maldita sea.

Saco mi teléfono celular al ver que Margaret lo único que está haciendo es hablar con algunas personas, nada productivo en sí. Marco el número de Kate y cuando llevo el teléfono a mi oreja casi de inmediato esa suave voz suya invade mis oídos.

—Hola guapo. —No puedo evitar que una pequeña risa me salga al escucharla hablarme de esa forma. De hecho, no es la primera vez. Lo ha hecho cada que la llamo o nos vemos en persona por los últimos cinco o seis días, no estoy seguro e incluso estoy comenzando a acostumbrarme pero no deja de resultante intimidante en partes iguales—. Estaba a punto de llamarte.

—Margaret no me deja ir. Estoy a punto de tirarme por la ventana. —Escucho una risa adorable de parte suya y después el sonido de una puerta abrirse seguido de algunos saludos con otras personas—. ¿Estás saliendo?

—Ahora mismo. ¿Te espero en mi apartamento, de acuerdo? —Miro mi reloj una vez y le doy un vistazo a Margaret—. Por cierto ¿Qué prefieres? ¿Pizza? ¿Comida China? ¿Tailandesa? ¿Comida italiana? Hay un restaurante italiano muy cerca de donde vivo.

—¿Qué quieres tú?

—Comerte a ti, pero ya que no me lo permites.

—¡Kate! —Entonces no puedo evitar soltar una risa. Una que se mezcla con esa suave, dulce y para nada inocente carcajada suya. Entonces me acomodo en mi lugar y bajo la voz para decir lo siguiente—: Además nunca lo has intentado, no sabes si te lo permito o no.

—Eso era todo lo que quería escuchar para preparar mi cuarto rojo.

—¿No estábamos hablando de comida?

—No sé en qué momento comenzaste a pensar otra cosa, Roger. ¡Por supuesto que seguimos hablando de comida! —Y me río de nuevo, sostengo mi frente y tengo que taparme la cara para poder carcajearme tranquilo. También escucho la diversión en su voz cuando me habla—: De acuerdo, ahora sí hablando en serio, será comida italiana. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo.

Definitivamente Kate no es ese tipo de mujer a la que estoy acostumbrado.

Capítulo 26

Había olvidado que hoy se cumplían exactamente tres semanas desde el día que Sara se marchó. Un viernes, hace veintiún días exactos estaba siendo arrastrado por una ola de depresión por culpa de mi ex y ahora estoy aquí sin rastro de ese sentimiento agobiador y no sé si sentirme culpable por no lamentar su abandono a tan corto tiempo. Sara tenía razón, desde hace mucho tiempo que esa relación que compartíamos era tan monótona, tan aburrida y más de lo mismo. Tanto así que ni me quedaban ganas de recordarla siquiera.

Como se lo dije a Margaret, dos veces, Sara me había hecho un favor en realidad e incluso hasta escuchar su nombre de la boca de mi jefa estaba comenzando a cansarme. Yo ya no quería que Margaret sacara a relucir ningún tema relacionado con ella de nuevo, pero Margaret quería insistir, como si mi respuesta en el elevador no había sido suficiente o como si le habían saltado más dudas, no lo sé, pero después de la maldita reunión, camino al parking, me preguntó:

—¿Vas a decirme a mí que ya no la extrañas... del todo? —Desde que escuché esas palabras, supe que no había forma que esta conversación con la jefa dragón acabara de la mejor manera. Estaba realmente cabreado, hambriento y exhausto hasta la mierda por la hora y se suponía que yo ya no tenía que estar en este sitio. Al parecer a Margaret no le había bastado con haberme retenido por más de una hora en una sala de reuniones haciendo absolutamente nada, quería seguirme irritando y bastante, presiento que a Margaret le gusta molestarme a propósito y creo que sí lo estaba logrando en serio— digo, ¿Tan rápido se puede olvidar a una persona con la que compartiste cinco años de tu vida?

En mi defensa, yo había abandonado el edificio solo pero tuve que regresarme cuando me di cuenta que la batería de mi teléfono estaba por morir y el cargador se había quedado en mi oficina. Fue tanta mi mala suerte que cuando tomé el elevador de regreso, Margaret estaba ahí.

Aunque no me dijo nada todo el recorrido hasta el primer piso, cuando se dio cuenta que yo estaba dejándola atrás por mi poco interés en hablar con ella reclamó mi atención y me preguntó eso, si extrañaba a Sara. Me tuve que detener por ella, no voy a mentir que no medité mi respuesta, lo hice, especialmente porque no se me había ocurrido pensar en eso antes y llegué a una conclusión: No la extrañaba ni un poco. Por muy extraño que pareciera, por mucho que a Margaret se le haya descompuesto el gesto ante mi respuesta, la verdad es que no echaba de menos a Sara.

Tal vez no debí ser tan sincero, quizás debí darle a Margaret otra respuesta, algo que ella quería escuchar, aunque a este punto yo no sabía qué era lo que ella ansiaba oír en realidad. Pero de algo que sí me di cuenta es que no le habían gustado nada mis palabras. Mucho más cuando contesté la segunda de sus preguntas con un:

—¿Por qué no? —Todas mis palabras hasta ese momento las había soltado con tanta indiferencia que, estoy seguro, a Margaret no le había pasado desapercibido. La verdad es que en ese momento me importaba poco todo lo que pudiera salir de su boca porque, como mencioné, mi celular estaba muriendo, yo solo quería un buen plato de comida italiana y descansar, aunque no iba a descansar específicamente pero igual, pasar tiempo con Kate era suficiente para relajarme un poco. El último mensaje que le había enviado a había sido hace poco menos de media hora y temía que creyera que todo esto era una excusa para evitar las clases de Jiu Jitsu. Estaba más preocupado en otras cosas que en Margaret en realidad. Entonces, me giré un poco solo para verla e hice otra pregunta cargada de sarcasmo—: ¿Debería?

Margaret había soltado tantas cosas frente a mí en los últimos días con el único propósito de hacerme sentir miserable, lo había logrado al principio, pero ahora cualquier cosa que pudiera salir de su boca me parecía irrelevante, en especial aquellas que involucraran a Sara. Me urgía llegar a mi auto para ponerle un poco de carga a mi teléfono y poder llamar a Kate, pero Margaret estaba de mí, siguiéndome, casi parecía un espectro. Me di cuenta del terrible poder de autocontrol que todavía tengo para soportar a Margaret incluso fuera de mis horarios de oficina.

—Solo te preguntaba porque ha pasado... No sé... ¿Cuánto? ¿Un mes? —Creo que era la primera vez que Margaret se sentía tan interesada en hacer plática con algo que me involucrara, también pude notar que la forma en que dijo esas palabras sonaron como si lo que yo dije fue algo totalmente malo. Me reí por lo irónico del asunto ¿Por qué ahora todos parecen dolidos por una supuesta relación que ni siquiera tengo cuando mi ex está por ahí acostándose con otro? Pero no con cualquier otro, si no con el tipo que ella misma se follaba aun estando conmigo y, lo peor de todo, es que todos (Margaret principalmente) lo sabían—. Creo que incluso han sido días.

—Tres semanas en realidad... creo. —Me apresuré a decir. Hasta ese momento fue que me di cuenta que hoy se cumplían exactamente esa cantidad de tiempo y me sorprendí porque ni siquiera me acordaba. Hasta el viernes anterior incluso, me había despertado recordándolo y hoy, sin querer, había pasado de largo ese hecho que, sin duda alguna, había marcado un antes y un después en mi vida—. ¿Cuál es tu punto, Margaret?

—¿No te parece que moverte así de rápido pueda ser contraproducente? —En ese momento sí me giré hacia ella, hasta olvidé la pobre carga de mi teléfono celular y me lo guardé en el bolsillo cuando repetí con una risa irónica:

—¿Contraproducente? —Y me reí de nuevo—. Cuando ella superó esa relación unos cuatro o cinco meses antes de terminarla. La vida sigue, Margaret. No voy a estancarme solo porque ella quiso follarse a un tipo por los millones en su cuenta bancaria. —Nunca me hubiese atrevido a hacer esa elección de palabras para hablar de mi ex novia si no hubiera estado realmente cansado, molesto con Margaret y aturdido. La jefa dragón estaba comenzando a sacar lo peor de mí y creo que si hubiera continuado en ese sitio mis siguientes palabras hubiesen sido peores, así que me apresuré a decir—: Ahora sí ¿Puedo retirarme?

Margaret nada más me miró a los ojos, no hubo una respuesta para eso porque estoy seguro que hasta ella sabía que tenía razón, aunque con mejor ánimo tal vez no lo hubiese dicho de esa forma... *tal vez...* pero ya me daba igual. Mi jefa se acomodó el bolso Channel en el hombro y cuando me di media vuelta dispuesto a largarme, la escuché decir:

—¿Sabes? Me haces pensar que en realidad no estabas enamorado como decías, más bien estabas en esa relación por comodidad.

Recordé en ese momento una conversación que había tenido con Kate el lunes, el mismo día que se había sentado sobre mis piernas y habíamos pasado bastante tiempo juntos creando el artículo. Cuando se dejó caer sobre mi cama y tomó de regreso la cámara fotográfica, se encontró con las fotografías de Sara que todavía guardaba en ese objeto y me preguntó:

—¿Es tu ex? —Le dije que sí con indiferencia cuando me mostró la foto a la que se refería. Continué leyendo el artículo y con mis manos sobre el teclado iba redactándolo a mi forma en otro documento—. Es guapa.

—Lo es, pero insistió en realizarse cirugías estéticas. —Le contesté. Desde la Sara que conocí desde que tenía quince, a la que existía ahora, había bastante diferencia. Ni siquiera era yo del tipo de hombre que se preocupara por el aspecto físico de una mujer, pero ella decía querer sentirse bien consigo misma, así que tampoco pude oponerme—. ¿Tú te has hecho cirugías alguna vez?

—No —respondió y siguió viendo más fotografías. La miré a través del espejo que estaba en la pared de mi recámara y dejando la cámara sobre su abdomen hizo contacto visual conmigo a través del reflejo—. ¿Debería?

Solté una pequeña risa sin dejar de verla a los ojos.

—Por supuesto que no. Tú eres... —hice una pausa buscando el adjetivo correcto para describirla sin llegar a hacerla sentir incómoda... quería decirle que en realidad si ella creía que Sara era guapa, probablemente ella era el doble, porque en realidad sí, Kate tiene un atractivo que fascina a cualquiera pero no me atreví a mencionarlo. Sé que ella ya lo sabe porque es imposible que no haya notado la atención que recibe de parte del sexo masculino en todas partes, algo que raramente o casi nunca me pasó con Sara—. Preciosa. —Volví a concentrarme en el monitor y continué—: Aunque esa confianza que irradian te hace todavía más atractiva que cualquiera.

Y ella se rio entonces y miré de nuevo al espejo. La observé tomar la cámara para sentarse sobre el borde del colchón y se cruzó de piernas para mirarme fijo. Como ya he dicho en otras ocasiones, esa forma de mirarme lograba desconcentrarme por completo y ella lo sabía, por eso lo hacía cada vez que tenía la oportunidad de torturarme, así que mejor volví a mi computadora y me atreví a preguntar:

—¿Has tenido alguna relación que haya terminado realmente mal? —Se puso de pie, sosteniendo mi cámara, me rodeó y tomó lugar sobre mi escritorio.

—No, creo que no. —Dejé la laptop a un lado y me concentré en ella. No voy a negar que sus piernas así de cerca me habían provocado una sensación casi abrumadora que no era muy común en mí, así que tuve que buscar otra cosa a la que darle mi atención en el momento.

—¿No? ¿En serio?

—Todas las relaciones que he tenido se han disuelto de la mejor manera. —Ni siquiera sé lo que significaba eso, porque solo había estado en una relación y, bueno, aunque quisiera aquello no había terminado ni por cerca de la mejor manera—. Nunca existió drama de por medio, no hubieron lágrimas ni infidelidades. Si en algún momento me encuentro con alguno de ellos es muy probable que nos saludemos y continuemos con nuestras vidas. —Hizo una pausa y me preguntó—: ¿Y qué hay de ti? ¿Qué hubo de tus otras relaciones?

Entonces ahí no supe que contestar. Sentí vergüenza por no tener una larga lista de relaciones amorosas como la mayoría de hombres a los veintisiete, pero al mismo tiempo alivio porque no he tenido que pasar por esto en otras ocasiones ¿Quién en su sano juicio quiere tener el corazón roto varias veces? Ahora comenzaba a comprender a Simon, salía con quién quisiera una vez y no volvía a verla para evitar pasar por esto. Aunque yo, definitivamente, no pudiera hacerlo.

Me quedé meditando mi respuesta, buscando palabras que no me hicieran sonar como un completo perdedor, pero antes de poder decir algo, Kate me interrumpió:

—Entonces... ¿Es verdad? ¿Solo has salido con una chica? —Mi silencio fue suficiente para confirmárselo, en realidad estaba buscando la forma de decirle que sí sin sonar como un inepto y mi mente estaba maldiciendo a Simon al mismo tiempo por andar soltando tantas cosas personales sobre mi persona. Entonces soltó una pequeña risa, se bajó de mi escritorio y me preguntó—: ¿Ni siquiera un rollo de cama?

Yo ni siquiera sabía qué rayos era un rollo de cama. O sea, sí sabía qué era un rollo de cama —*al menos teóricamente*— pero nunca había tenido uno.

—Ella ha sido mi único rollo de cama... —Tal vez, debería evitar confesarle a Kate cosas que no debía y concentrarme en alardear de aquellas que sí había logrado. Aunque pensándola bien, no tengo ni de qué alardear siquiera, pero debería remarcar la nota mental que me había

hecho desde hace mucho tiempo: No hablar demás frente a Kate. Entonces me reí, no sé si por vergüenza o porque mi realidad es tan triste como esa y me apresuré a decir—: Te lo dije. Soy un fracaso con las mujeres.

—No lo eres, nunca siquiera has probado ligar con una. Solo por teléfono harías correrse a cualquiera ¡Vamos! —Y me reí de nuevo, relajé mi espalda en el respaldar de mi silla y ella continuó—: Admite que tienes una voz provocativa y podrías usarla a tu favor cuando te convenga.

—No es verdad... —Kate se rio conmigo y entonces en ese momento, con un tono algo serio, me preguntó:

—Crees que si tu ex regresa ¿Serías capaz de volver a retomar tu relación con ella? —Le contesté lo más honesto que pude: No. Porque además no creo que Sara regrese si está a punto de casarse con un sujeto millonario y, a decir verdad, tampoco me imaginaba mi vida otra vez con ella. Al menos ya no, no después de haberme dado cuenta que prefiere el dinero a una relación estable, no es que esté diciendo que no tenga una buena relación con el holandés porque en realidad no lo sé, tal vez él sea mucho mejor novio que yo, tal vez sí la trata como ella quiere, quizás él sí la lleva a los lugares que a ella le gustaría, de lo único de lo que puedo dar fe es que ella encontró a quién presumir en sus viajes y yo encontré esa paz que antes no sentía, estábamos a mano y yo ya no tenía ganas de volver a vivir aquello. Entonces, en ese momento fue que Kate mencionó exactamente las mismas palabras que la jefa dragón:

—¿Sabes? Yo creo que en realidad estuviste en esa relación por comodidad.

Y no supe qué contestarle, solo me quedé meditándolo y llegué a la conclusión que podía ser verdad, nunca había conocido otra relación, nunca me había dado el tiempo de conocer a otra chica. Por eso me sentía bien con Sara, aunque a veces me molestaran un poco sus reglas, sus salidas continuas sin incluirme en sus planes, sus excusas de «viaje de chicas» todos los fines de semana, pero seguía ahí por eso: Comodidad. No se me pasaba por la cabeza dejar esa relación, tal vez ya no era buena para ninguno de los dos. Por tal motivo, cuando escuché decir a Margaret exactamente lo mismo, no dudé en darle la razón y decir:

—Sí, yo también creo lo mismo.

En fin, el cabreo con Margaret se había esfumado una vez que llegué al apartamento de Kate. No importaba lo fastidiado que estuviera, o las ganas que tenía de tirarme o tirar a Margaret por la ventana, Kate es de ese tipo de persona capaz de cambiarte el día incluso a través de la pantalla de un teléfono celular, podía enviarle un mensaje cuando mi jefa comenzaba a irritarme bastante y de inmediato recibía una respuesta de esas suyas que me hacen apretar los labios para evitar soltar una carcajada. Me bastaron cinco minutos de su presencia para olvidarme de lo enfadado que estaba con Margaret y al cabo de diez minutos ya ni siquiera me acordaba. Me fascina la forma de ser de Kate voy a admitir... tan pícara, tan provocativa... tan... ella misma, tanto así que darle clases de Jiu Jitsu me estaba comenzando a suponer un verdadero reto.

—De acuerdo. Escúchame con atención. —Le digo, habíamos apartado todos los muebles de su sala para despejar un poco el espacio, aunque el lugar es pequeño es suficiente para unas cuantas clases de defensa personal como me lo había pedido. Estoy detrás de ella, tengo su cuello rodeado con mi brazo y solo miro su expresión divertida a través del espejo. Kate no es muy alta, pero tampoco es pequeña, alcanza llegarme a la altura de los labios considerando que yo mido un metro ochenta y ocho. Bastante bueno para la estatura de una mujer—. Primero, ¿Qué es lo que haces si te encuentras en esta situación?

—Patearle las pelotas, tal vez. —Me río un poco y flexiono mi brazo con más fuerza—. ¡Roger! ¡Mi cuello!

—Tú eras la que quería aprender esto ¿No? Lo siento, pero nadie va a atacarte pensando en tu cuello, Kate. —Y se ríe, intenta liberarse de mi agarre forcejeando conmigo y, efectivamente, como me había dicho, intenta golpearme las pelotas—. Primero, estás perdiendo energías, si presiono un poco más me tomaría siete segundos dejarte inconsciente aunque creo que eso ya debes saberlo. Una vez inconsciente, puedo hacer contigo lo que quiera.

—Eso sonó erótico.

—Kate... concéntrate. —Y me río otra vez. Presiono entonces con más fuerza pero no lo suficiente para lastimarla tampoco y continúo—: Antes que nada, protege tu cuello con tus manos —Tomo sus manos con la mía libre y le muestro como hacerlo para seguir—: Este pie al frente, el otro entre medio de nuestros cuerpos. —Señalo la pierna de la que estoy hablando sin tocarla y dejo que se ubique. Una vez en la posición que le menciono, prosigo—: Ahora, usa todo el peso de tu cuerpo para dar media vuelta y me empujas. Vamos... Uno... dos... tres... —Presiono con fuerza.

—¡Roger!

—Te lo dije, tu atacante no va a tenerte compasión, Kate.

—Es más fácil patearte las pelotas.

—Si tienes suerte y logras patearme las pelotas. —Reafirmo, todavía no logra moverse, entonces, le pido que lo haga de nuevo pero esta vez con más intensidad y firmeza, unas tres o cinco veces hasta que lo logra, o al menos lo intenta porque en realidad cuando logra liberarse de mi agarre lo único que consigue es tropezarse con su propio pie y caer al piso, entre risas aunque metí mis manos para evitar que eso pasara, igual acabó ahí y aunque no quiero reírme, lo hago y hasta tengo que sostener mi abdomen para burlarme tranquilo—. ¿Lo ves? No es así de fácil.

—Esto es una mierda. —Y sigue riendo echa un ovillo en el suelo. Le extiendo mi mano para ayudarle a ponerse de pie pero entonces ella tira de mí metiendo su pie entre los míos, provocando que ahora sea yo quien caiga rodando a su lado. Si no estuviera riéndome a carcajadas hubiese podido evitar esto, pero ahora yo también estoy sobre la alfombra y todavía no entiendo qué está haciendo hasta que se ubica a horcajadas sobre mí y me aprisiona con fuerza entre sus piernas—. De acuerdo, ¿Qué haces en este caso?

—Fácil. —Tres pasos y en segundos ya la tengo debajo de mí, inmovilizándola usando mis brazos. Ahora soy yo quién la aprisiona debajo de mi cuerpo pero en una posición distinta, en esta yo estoy entre sus piernas, llevo mis manos a su garganta pero sin hacer presión para continuar—: Ahora dime tú qué harías en esta situación.

—No lo sé, pero esta posición me está excitando.

—¡Kate! —Y me río de nuevo. Incluso pierdo fuerzas por lo cual me dejo caer a su lado otra vez. Ella se ríe conmigo, no sé cuánto tiempo nos carcajamos los dos pero definitivamente, viéndolo desde este punto, entrenar a Simon es más fácil... mucho más fácil—. A ver, de acuerdo... —le digo respirando profundo para proseguir. Le pido que se ubique sobre mí en la misma posición para mostrarle como salir de este caso, algo que opino cualquier mujer debería aprender en caso de que se vea en un escenario como este y se lo digo, está de acuerdo conmigo, así que continuamos—: Con tu mano derecha sostienes el antebrazo del agresor y la izquierda la cruzas hasta el hombro izquierdo. Flexionas tu pierna hasta quedar a la altura de la ingle y la utilizas para acomodarte perpendicularmente y empujarte. Subes la otra hasta el hombro del atacante y la pierna que ha quedado libre la usas para llevarla hasta el cuello. ¿Lista? —Cuando asiente, lo hago, suave para evitar que se golpee y en segundos ella está debajo de mí, riéndose, forcejeando debajo de mis rodillas.

—¡Guau! —la escucho exclamar, entonces la libero de mi agarre.

—¿Lo ves? Así de sencillo. ¿Quieres intentarlo? —Me dice que sí, así que me ubico sobre ella de nuevo. Le explico una vez más, paso a paso, lo que tiene que hacer y va practicándolo lento hasta que logra tumbarme al suelo. En el segundo intento, al creer poderlo hacer con prisa, falla en algún paso y terminamos rodando por el piso, uno sobre el otro, no sé cómo llegamos a pegar contra la pared. Ni siquiera me había percatado de la cercanía de ambos hasta que me doy cuenta que estoy riéndome, con la frente sobre su hombro y cuando levanto el rostro me encuentro con esos ojos verdes muy de cerca.

—De acuerdo, ni siquiera se logró lo que se pretendía. —Le agrega una risita suya de esas adorables y divertidas. Sé a lo que se refiere porque seguimos en la misma posición y por un momento, cuando la diversión se acaba, nos vemos a los ojos. Puedo sentir como su aliento roza levemente el mío, ninguno de los dos se mueve, ninguno de los dos hace nada en realidad. Siento que el corazón se me acelera y me palpita con fuerza. Trago saliva y tengo que contener la respiración un momento para poder apartarme con toda la fuerza de voluntad que no había podido recoger hasta hace un segundo.

Kate se pone de pie de inmediato y yo hago lo mismo después de ella. Se va en dirección a la cocina y tomo lugar sobre el sillón sin decir nada intentando acomodar mis pensamientos. Respiro hondo y me froto la cara con ambas manos para despejarme. Consciente de que es muy probable que esa sensación no desaparezca ni un poco, intento distraerme preguntándole algo que hasta ahora no me había atrevido pero igual lo tenía en mente:

—¿Tienes planes mañana después de la seis?

Miro en su dirección en ese momento, está tomando agua desde una botella y está dejando otra sobre el desayunador. La verdad es que desde que Monique me había dicho que podía invitar a alguien para me acompañase a la fiesta cuando estaba en su oficina, la primera que llegó a mi mente fue Kate. Aunque no estaba seguro si ella estuviese disponible, soy consciente que sus horarios de trabajo son bastante impredecibles, entonces le dije a Monique que iba a preguntarle a la única chica que me atrevería a invitar a un evento como este. Me sonrió y dijo:

—Perfecto, Margaret va a volverse loca cuando conozca a tu chica. Incluso a mí me ha intentado sacar información sobre tu vida personal que no estoy dispuesta a darle —Un tanto atónito por su declaración le pregunté:

—¿Es en serio? —Ella asintió. Además quise decirle que en realidad Kate no era mi chica, pero me quedé pensando en lo último que dijo y me imaginé el motivo por el cual Margaret quiere saber sobre mi vida, últimamente hasta pareciera interesada en mí si no es porque eso en mi mente suena como una completa tontería.

—Así que yo en tu lugar disfruto esa fiesta, eres el protagonista. Si Margaret intenta molestarte llamas a seguridad, eso es todo lo que tienes que hacer. —No voy a mentir que después de escuchar eso solté una risa pero de esas irónicas que me salen naturales. Quería recordarle a Monique que para mi desgracia todavía seguía trabajando para Margaret.

—Pero después tengo que volver a la realidad y hacer algo así significa quedarme sin empleo.

—Eso no importa, Roger —replicó ella de inmediato—. Tengo espacio para un redactor en mi línea, si gustas. —La verdad es que no supe qué significó aquello hasta que dejé su oficina y todo el camino en el ascensor medité eso que había dicho ¿En realidad me había ofrecido un empleo en su multimillonaria línea? Tal vez debí preguntarle más pero en ese momento no se me ocurrió nada qué decirle—. Mañana solo disfrútalo. Margaret es en realidad quién tiene que temer, Roger. No tú. Métete eso en la cabeza.

Esa fue toda la conversación, después dejé su oficina y Margaret me torturó en la maldita

reunión, pero no fue suficiente porque continuó en el parqueo. La voz de Kate interrumpe mis pensamientos justo en el momento que la escucho decir:

—¿Qué hay mañana después de las seis? —Toma la botella que estaba sobre el desayunoador y se acerca a mí. Me extiende el agua cuando está a mi lado y después de agradecerle se deja caer sobre el mismo sillón y contesto a lo que me había preguntado:

—La fiesta del lanzamiento de la línea de Monique. —Hago una pausa, mirando la botella en mi mano y jugando con ella entre mis dedos para no verla a la cara—. Me preguntaba si... querías venir.

—¿Va a estar tu jefa? —Por un momento dudo el motivo por el cual me está preguntando por Margaret. Pero entonces, recuerdo que le había contado la conversación que habíamos tenido en el parking, ocultando algunas cosas por supuesto. Esbozo una sonrisa y en ese momento sí la miro, le respondo que sí, que es muy probable que esté presente. Ella sin siquiera meditarlo un poco, me contesta:

—Entonces sí, estoy libre mañana después de las seis.

Capítulo 27

El sábado por la mañana lo primero que mis ojos se encuentran cuando llego al edificio, es a Margaret, tomando un café desde su taza «importada de Escocia», con su carísima cartera de piel de lagarto en su mano mirándome fijo y sonando sus uñas de una forma ansiosa contra su celular. Cabe destacar que yo voy llegando con Monique, casi una hora más tarde, riéndome a carcajadas por algo que ella había dicho y su brazo alrededor de mi cintura. También estoy sosteniendo dos vasos de café de Starbucks en cada mano y el bolso de Monique cuelga de mi hombro.

Vale, no es que Monique se esté aprovechando de mí, como Margaret lo haría. En realidad yo me había ofrecido después de que a medio parking uno de sus tacones de aguja se clavara en una grieta del pavimento, casi se va de bruces contra el suelo y se agarró de mí provocando que ambos casi cayéramos rodando. Me mataría si supiera que estoy contando esto, pero da igual, su humor es bastante bueno y lo había descubierto hoy en el desayuno que acabábamos de compartir, el motivo por el cual estoy llegando tarde. Algo que no le ha hecho nada de gracia a Margaret al parecer y en este momento está viendo el bolso de Monique que cuelga en mi hombro y después el reloj que llevo en la mano izquierda.

Si no supiera todavía sobre la preferencia sexual de Monique y desconociera que Margaret ya lo sabe también, ahora mismo estuviera imaginando todas las escenas inapropiadas pasando por la cabeza de la jefa dragón, pero ahora ya no es nada para preocuparse. El único motivo para entrar en pánico es el hecho que Margaret está aquí desde hace evidentemente un buen rato y yo, bueno, estoy llegando realmente tarde.

—¿Sí le dijiste a Margaret que teníamos que arreglar unos asuntos sobre el evento de hoy y saldría a desayunar contigo, cierto? —Siseo a Monique cuando miro que Margaret baja la vista y da un vistazo a su reloj.

—Lo olvidé. —Oh mierda. No sé qué es peor, la forma tan tranquila en que lo dice o el gesto que ahora tiene la jefa dragón en la cara.

En mi defensa, Margaret me había enviado un mensaje esta mañana y me dijo que no se presentaría hasta las diez, mencionó que iba a asistir a un «suculento desayuno» a casa de los Van Brouwer donde, por cierto, también mencionó a Sara. Está demás decir que ni siquiera respondí porque: 1. No me importó ni un poco. 2. No sé qué respuesta quería de mi parte. 3. Porque había salido a correr con Kate esta mañana y un mensaje de mi jefa en ese momento fue de menor importancia.

En fin, después de ese mensaje de ella fue que recibí una invitación de parte de Monique donde me pedía reunarnos con urgencia para tratar algunos asuntos importantes del evento. Aunque cuando llegué al lugar y le pregunté al respecto, su respuesta nada más fue:

—No te preocupes, no es nada importante. En realidad solamente quería salvarte de una hora de trabajo con Margaret un fin de semana. —Y yo incrédulo, fruncí el ceño y me apresuré a preguntar:

—¿Qué? —Monique se encogió de hombros y aunque me desorienté un momento después me reí porque no podía creer que estaba faltando a mi trabajo por Monique aunque después caí en la realidad y recordé que Margaret era mi jefa—. Ya me estoy imaginando todas esas escenas donde soy despedido.

—No lo creo —me dice, después de una sonrisa—. ¿Sabes? Le dije a Margaret que si algún día te llegaba a despedir me avisara, porque yo necesitaba un redactor de artículos para hablar

sobre mi marca en todos los portales. —Sonrió con suficiencia y agregó—: Acabo de asegurarte tu empleo, aunque no sé si a ese punto eso sea una buena noticia.

No voy a negar que aquello me había dejado un tanto desorientado, pero me agradaba en partes iguales. Monique no le temía a Margaret y eso incluso la jefa dragón lo sabía, aunque me estaba utilizando a mí y ya veía el día que la jefa dragón se molestara y me mandara al carajo con su supuesta carta de mala recomendación hacia mi persona. No es que me importara tampoco.

En ese momento no supe qué contestarle a Monique, pero de todas formas recordé el mensaje que Margaret me había dejado, pensé hacer esto rápido y llegar justo a tiempo antes que ella se apareciera por ahí, pero como dije alguna vez en el pasado «nada sale como esperas» y entonces fui golpeado por mi brutal suerte y tuvimos que hacer contacto visual justo cuando di un paso dentro del edificio.

—¿Cómo estás, Margaret? —Saluda Monique dándole dos besos. Esa fue toda la conversación y presiona el botón del ascensor. No voy a negar que pensé que este sería el momento en el que ella intentaría salvarme o inventarse una excusa realmente buena porque lamentablemente esa mujer diabólica sigue siendo mi jefa. Pienso en decir algo yo mismo pero entonces Monique me interrumpe—: Roger y yo estábamos arreglando unos asuntos del evento de hoy.

—Ya veo. —Corta Margaret de inmediato. No sé cómo tomarme eso o si debería entrar en pánico pero no lo hago, en su lugar, pretendo indiferencia hasta que me encuentro con la mirada de Margaret a través del reflejo de las puertas metálicas del elevador y corto ese contacto visual para darle un vistazo a Monique quién está concentrada manipulando su teléfono.

Definitivamente, hoy es ese día que tendré mi siguiente reporte.

Cuando las puertas se abren Monique está hablando por teléfono, de inmediato sé que está hablando con su novia por el vocabulario cariñoso que usa y casi presiento que lo está haciendo a propósito por la presencia de Margaret. Incluso está sosteniendo mi brazo cuando da un paso al frente y me arrastra con ella, no puedo evitar notar la mirada de mi jefa puesta en nosotros, incluso la veo mirarnos a través del reflejo pero casi de inmediato lleva sus ojos al frente. El ascensor se detiene un piso antes que el nuestro y Monique avanza pero antes se gira para decirme:

—Recuerda enviarme uno de tus escritos, Roger. —Le digo que sí con un asentimiento leve y entonces da media vuelta y las puertas del elevador se cierran. Tal vez no debí comentarle que escribo desde que tengo diez años, o que me gusta narrar historias románticas, pero ella fue la que me preguntó primero mientras desayunábamos y no pude inventarme algo rápido, entonces tuve que decirle la verdad cuando me preguntó:

—Dime algo, ¿Qué es lo que escribes? —Estábamos esperando nuestro pedido en un restaurante en el centro de la ciudad al que me citó Monique, en ese momento no entendí a qué se refería, si a los artículos que hacía para la revista de Margaret o a mi pasatiempo como escritor de ficción.

—¿Te refieres a los artículos que escribo?

—No, me refiero a lo que escribes, tú personalmente. Margaret una vez me comentó que te gusta escribir. Dijo que eras bueno. —Sí, me sorprendí, porque algo así de la boca de Margaret nunca me lo imaginaría. Tal vez pensé que Monique estaba exagerando las cosas porque nada de eso suena a algo proveniente de mi jefa. Además ella nunca ha leído algo de lo que yo he escrito, al menos no algo completo. Ni siquiera Sara lo hizo alguna vez.

—Ammm... —dudé un momento sobre lo siguiente que iba a decirle. Tengo que ser sincero, nunca me he sentido cómodo hablando sobre esto, desde hace mucho tiempo que dejó de

emocionarme tanto, tal vez cuando comencé a pensar que eso no era lo mío—. Sí, solía escribir... romance, alguna que otra novela de misterio, acción. Nada importante.

—¿Solías?

—Sí, lo he dejado desde hace un tiempo.

—¿Porqué? —Estaba algo cansado de mencionar lo mismo cada que alguien me preguntaba algo así. Las amistades de Sara me lo preguntaban, la familia de Sara me lo preguntaba, mi familia me lo preguntaba, pero Sara me prohibía decir la verdad, por supuesto. Así que siempre tenía que repetir un guion creado por ella misma: «Tengo otros proyectos en mente». Sara ni siquiera se interesaba por lo que yo escribía, solo me presionaba porque necesitaba que yo alcanzara algo rápido como el resto de novios de sus amigas, en varias ocasiones me preguntó: «¿Por qué no estudiaste otra cosa? Me refiero a que escribir pudo ser tu pasatiempo, un doctor que escribe es interesante»

—Porque no creo que sea lo mío. —Me sinceré, entonces Monique me miró en ese momento con el entrecejo levemente fruncido. Se acomodó la servilleta en las piernas y me preguntó:

—¿Por qué dices eso? —Mejor hubiese mencionado lo misma respuesta de siempre, la que Sara estaba pendiente de escucharme decir. Le dije la Monique la verdad:

—Por mucho que lo he intentado, nunca he conseguido que me publiquen. Es como si todo el universo conspirara para que eso no suceda por muy duro que trabaje, creo que estoy destinado a trabajar para Margaret el resto de mi vida. Estoy comenzando a pensar que ella me hizo un conjuro o algo así—. Ella se rio fuerte y entonces, de nuevo, hizo una de esas preguntas suyas:

—¿Y alguna vez has escrito guiones?

—¿Guiones? ¿Te refieres a guiones de películas o series?

—Así es... —Con duda porque en realidad no sabía a donde quería llegar con esto, contesté su pregunta:

—No, nunca...

—¿Y te gustaría? —La miré a los ojos, no sé a qué venía todo eso pero no podía negar que una respuesta afirmativa rodaba en mi mente, desde hace mucho de hecho, incluso antes de estudiar Escritura Creativa había pensado especializarme específicamente en eso. Pero después mis prioridades habían cambiado y le dije a Monique:

—Por supuesto. —Ella asintió y me dijo:

—¿Y puedo tener el honor de leer algo que hayas escrito? —Le respondí que sí, aunque no, no pensaba hacerlo, pensé en inventarme una buena excusa después o tal vez corría con suerte y Monique lo olvidaría, yo fingiría como si esta plática nunca pasó pero ahí está de nuevo, recordándome lo que le había prometido y, definitivamente, no creo que vaya a olvidarlo así de fácil.

Margaret finge no mirarnos pero está poniendo atención a cada uno de mis gestos. No le doy indicios de lo tenso que puedo encontrarme ahora, así que relajo los hombros y continúo el corto trayecto ignorándola aunque eso no se me hace nada difícil últimamente. Ella está concentrada en su teléfono, teclea rápido algunas palabras y cuando las puertas se abren da un paso al frente alejándose a toda prisa. El silencio de Margaret es incluso más aterrador que todas las palabras que se le ocurren soltar para hacerme sentir miserable.

Cuando llego a mi cubículo, Simon está ahí en el lugar suyo a mi lado, tomando un sorbo de café desde su taza sabia (aquella que tiene unas letras que se leen «A veces lo único bueno de mi trabajo es que la silla da vueltas») concentrando en lo que sea que está haciendo en su computadora. Levanta la mirada cuando mira a Margaret, pero esta lo ignora y camina directo hacia su oficina, después me mira a mí y me hace un gesto que interpreto como una pregunta

sobre la cara nada amable que lleva la jefa dragón y le contesto lo más sincero que puedo: Ni siquiera me importa.

Me dejo caer en mi silla y enciendo la Mac al mismo tiempo que miro mi teléfono celular, tengo varias notificaciones y justo en el momento que el monitor se enciende, mi red social me envía una notificación sobre un mensaje de Linda. No dudo en darle un vistazo, el mensaje es uno de esos links que Kate me advirtió que no debía abrir más el texto «Procura estar sentado cuando veas esto».

Para: Linda

Ni de coña abriré ese link.

De inmediato aparece que está escribiendo, solo unos segundos después tengo su respuesta frente a mis ojos:

De: Linda

¡Tonto! Es un archivo para que mires algo que me encontré en la computadora de Koen Van Brouwer.

Para: Linda

¿También entraste a la computadora de Koen Van Brouwer?

De: Linda

En realidad fue fácil, el tipo se cree todo, hasta los correos sobre promociones falsas. ¿Sabes? Si quisiera robarle dinero ya lo hubiese hecho, el tipo no es tan listo, pero qué lástima que todo esté a nombre de su padre, ese señor ya intuye que su hijo es un idiota.

Para: Linda

¿Qué diablos?

De: Linda

Abre el maldito link, Roger.

Y lo hago, tal vez no debo hacerlo pero la curiosidad puede más, hago memoria si tengo en este ordenador algo por lo cual preocuparme pero en realidad no, ni siquiera me atrevería a mirar algo prohibido en la computadora de mi trabajo. Aparte de mis artículos aburridos que de nada le servirían no hay nada que ocultar así que pincho el link que me envió y ahí está una carpeta, una que dice Sara y con el entrecejo fruncido no dudo en darle un click para de inmediato darme cuenta que eso es algo que nunca debí haber visto.

Son aproximadamente veinte o más fotografías, ni siquiera las cuento bien porque en realidad no sé qué pensar. Son *nudes*, de Sara, mi ex novia y la primera se remonta al Diciembre pasado, en realidad no habían pasado cuatro meses, si no, siete. Hace siete meses que Sara, mi entonces novia, le enviaba fotos sin nada de ropa a un tipo que acababa de conocer tres meses antes.

Odié haber visto aquellas fotos, cuatro me bastaron para darme cuenta de lo patético que había sido yo todo ese tiempo, no son fotos inocentes, son fotos con el mero propósito de provocar. Una de esas imágenes es en una pose con las piernas abiertas mostrando sus partes íntimas, ni siquiera a mí alguna vez me envió fotografías así y tampoco me hubiese atrevido a pedírselas. Mis ojos se detienen un video que no me atrevo a abrir porque solo ver la figura en miniatura me doy cuenta que se también se trata de ella... sin ropa, solo con unas medias y gorro de santa Claus.

No voy a mentir que me he quedado en shock. Siete meses. Siete meses haciendo eso y yo nunca me di cuenta, soy un imbécil de mierda, definitivamente. Cierro la página web que me había traído a este sitio y me quedo viendo la pantalla de mi computadora, pero nada en sí hasta que el ordenador suena sacándome de mi trance. Respiro hondo y me concentro en lo que acabo de recibir, otro mensaje de Linda y llevo mis manos al teclado para contestar:

De: Linda

Dime que ya no estaba contigo cuando enviaba esas fotos.

Para: Linda

Desgraciadamente...

De: Linda

Es una zorraaaaaaaaaa.

Y tengo más adjetivos, Roger. Muchos más adjetivos nada buenos.

No le contesto de inmediato, entonces casi al instante otro mensaje suyo me salta en la pantalla de la computadora. Cuando lo leo, me veo obligado a contestar de la manera más rápida posible:

De: Linda

¿Filtro esas fotos?

Para: Linda

Por Dios, no.

De inmediato me llega una llamada suya a mi teléfono, no dudo en contestar y evidentemente Linda está más alterada que yo. Incluso parece que Sara es su ex y justo está descubriendo que le enviaba fotografías a un sujeto desde hace siete meses, me di cuenta porque lo primero que hizo fue lanzarle un millón de ofensas para después decirme:

—Voy a hacerlo, Roger. Voy a filtrar esas malditas fotos a la red ahora mismo. Esa cualquiera... —La corto:

—No vale la pena.

—¿No vale la pena? —Ahora grita, genial, está gritando—. ¡Le enviaba fotos desnuda a un tipo estando contigo! —Se escuchan voces, quizás esté en algún café porque recuerdo que me había dicho que trabajaba desde casa para una empresa de informática extranjera, le pregunté si no se aburría estar en casa todo el día y me dijo que cuando eso pasaba iba por un café o llamaba al sujeto abogado para divertirse. Ahora debe estar en un sitio público y está gritando esas palabras decidida a arruinarle la vida a Sara.

—¡Pero no vas a filtrarlas! —Yo podía estar decepcionado, como cualquiera lo estaría al darse cuenta que la mujer con la que compartías tu vida estaba enviándole fotografías desnuda a otro sujeto, pero tampoco sería capaz de dañar su imagen, aunque no fuesen fotos mías, aunque el implicado en todo esto en todo caso sería Koen Van Brouwer. No lo haría—. Además estarías en problemas si...

—¿En serio no sabes lo que hago, verdad? —Me interrumpe ella ahora. Esta vez sí ha bajado la voz—. Por supuesto que no se darían cuenta que soy yo. Si lo investigan llegarán al link de la computadora del tal Koen, yo no he usado su computadora, así que no tendrá ninguna relación conmigo. —No entendí nada de lo que dijo pero obviamente fingiré que sí—. Y además, a ella no le conviene demandar a un tipo tan poderoso como Koen Van Brouwer.

—Solo déjalo y no vayas a filtrar nada.

—¿No estás molesto?

—Lo estoy, pero no vale la pena. Aunque en ese momento estaba conmigo ella ya no forma parte de mi vida. Cada quien paga su propio karma.

—Ese karma quiero ser yo. —De algo me estoy comenzando a dar cuenta y es que las mujeres son terriblemente vengativas. Me alegra no caerle mal a ninguna, hay de aquel sujeto que le rompa el corazón a Linda.

—No... no vas a hacerlo.

—Bien, como quieras. Esperaré que se me pase el enojo y después pensaré qué hacer sin

consultarte nada antes. —Y cuelga. Respiro profundo y me paso las manos por la cara repetidas veces para aliviar la tensión que siento en este momento. Intento sacarme esas imágenes de la cabeza antes de que la rabia se me acumule por dentro. Suelto el aire poco a poco y antes de lograrlo expulsar por completo, mi teléfono celular suena una vez más sacándome el suspiro de golpe. Es un mensaje de Kate, de inmediato leo lo que hay en mi pantalla y tengo que hacerlo dos veces para comprender qué es lo que me está diciendo.

De: Kate.

¿Adivina quién me envió una solicitud de amistad a Facebook? La chica amiga de tu ex, Wendy.

Frunzo el ceño y comienzo a teclear mi respuesta, pero antes me doy cuenta que la Mac me ha alertado sobre una notificación de mis redes sociales y me percató que también proviene de Kate, es una fotografía que justo acaba de etiquetarme y después mi celular suena en mi mano para ver ahí un segundo mensaje de texto suyo:

De: Kate.

En honor a ella acabo de etiquetarte una fotografía en redes sociales.

Asumí dos cosas: Una es que aceptó la solicitud de amistad de Wendy y la segunda es que estoy casi seguro que aquella foto no es nada inocente, casi temo por lo que sea que haya publicado y cuando entro a su perfil, no puedo evitar que una sonrisa se me cuele en el rostro por la imagen que específicamente ha elegido.

Es una selfie, una donde ella me está dando un beso en la mejilla, bastante cerca de la comisura de los labios, donde evidentemente se ve que ella está sobre mí y estamos en la playa. Estoy sonriendo y hasta incluso aquello pareciera una fotografía romántica aunque en realidad no lo fue, pero se miraba tan bien que hasta me daban ganas de compartirla yo mismo por mis redes sociales.

Esta mañana habíamos acordado salir a correr y no hubo un mejor destino a las cinco de la mañana que la playa que está en las afueras de la ciudad y aunque me rehusé primeramente terminé siendo arrastrado hasta ese sitio donde Kate me obligó a continuar con las lecciones de Jiu Jitsu, no planeaba olvidarlo al parecer. Voy a admitir que me estaba acostumbrando tanto al contacto con Kate que ya no se me hacía incómodo en lo absoluto, incluso cuando sus manos se envolvían alrededor de mi cintura y recostaba su rostro en mi hombro, o cuando sus dedos se entrelazaban con los míos y caminábamos así sin percatarnos o cuando su cuerpo estaba tan cerca del mío mientras le enseñaba artes marciales.

Cuando finalmente se cansó se dejó caer sobre la arena y yo lo hice seguido de ella, incluso había traído café y me sirvió un poco junto a un pedazo de pastel de chocolate. Me reí cuando llevó una cucharada cargada del bizcocho a mi boca y después sin decir nada me tragué el bocado que me había ofrecido.

—¿Sabes? El amanecer en la playa es una de mis cosas favoritas en el mundo —dijo, sacó mi cámara de la mochila y se puso de pie para tomarle una foto. El pelo se le revolvió por el viento y me hizo gracia cuando la escuché maldecir. Se volvió a mí y disparó el flash ante mis ojos—. Te ves extremadamente guapo con la luz del amanecer.

Eso posiblemente era sarcasmo, porque apenas me había despertado hace unas horas y estaba ahí, sin haberme arreglado el pelo siquiera, una camiseta de Capitán América y un pantalón deportivo que a decir verdad, tengo mejores. En cambio ella sí estaba guapa, llevaba un top de color rojo y un *legging* a juego, ese es mi color favorito, ahora me gusta más por cómo se miraba especialmente en ella. El color de sus ojos se notaba visiblemente más intenso y para evitar quedarme viéndola más tiempo del necesario intenté desviar la conversación preguntándole:

—¿En serio me has hecho despertar a las cuatro de la mañana para ver el amanecer contigo?
—Por supuesto que preferiría estar aquí que haciendo una rutina de gym con Simon. A quién, por cierto, le había dicho que no iba a poder acompañarlo porque estaba resfriado. Lo que no fue totalmente una mentira porque en realidad sí estaba resfriado un poco pero no tanto como para no ir a un gimnasio—. ¿A mis mejores horas de sueño?

Kate me miró, con una sonrisa en los labios. Entonces sacó una manta de su mochila y tiró de ella hasta extenderla por sobre su cuerpo y después se sentó junto a mí tendiéndome un extremo. Me di cuenta que sí, definitivamente, ese era su plan y me reí acomodándome donde ella me había indicado.

Fue en ese momento que se dio lo de la fotografía, en algún instante que ella puso de nuevo una cucharada de pastel de chocolate frente a mí, por la manta que nos cubría terminó estampando el bizcocho en mi mejilla, su solución fue lamerme la cara. Sí, lamerme la cara.

Me carcajeé porque aquello me resultaba asqueroso pero me causaba gracia en partes iguales, me dejé caer de espaldas sobre la arena y ella continuó hasta dejarme «limpio» aun cuando hice resistencia, aun cuando intenté detenerla ya ahora hasta me sentía familiar con su baba, ahí fue cuando puso la cámara frente a nosotros y me dio un beso en la mejilla para posteriormente disparar el flash quedando la foto que ahora me comparte.

Después de eso logré enderezarme e intenté contener las risas, nos miramos a los ojos un momento, apreté mis labios y entonces en un descuido esa vez fui yo quien tomó un pedazo de pastel y se lo embarró por la cara, después aquello fue una guerra sobre quién llevaba más chocolate y arena en el rostro, el cabello y la ropa. Creo que nunca me había reído tanto y cuando estaba limpiándome con una servilleta, me preguntó:

—¿Has esquiado alguna vez? —Ella estaba con su vista clavada en su brazo de donde estaba quitándose una mancha de chocolate. Cuando la miré hizo contacto visual conmigo y bajé la mirada por instinto, me reí cuando con su mano subió mi rostro para verla de nuevo a los ojos. Hasta olvidé lo que iba a contestar entonces le dije:

—Tal vez algún par de veces.

—¿Y te gustaría ir conmigo? —Entonces le sonreí dándole una respuesta afirmativa. La verdad es que hasta me sonaba interesante porque tenía tanto tiempo de no acercarme siquiera a un lugar así. Me puse de pie pero ella se quedó ahí en el mismo lugar y la escuché decir—: Sobre la cereza del pastel, ¿Te parece si la compartimos mitad y mitad?

—Me parece justo. —Le contesté, sacudiéndome la arena del pantalón y los zapatos. Aquello era un caos, sentía mis pies tan pesados por la cantidad de gravilla dentro de mi calzado.

—Entonces toma tu parte. —Para mi sorpresa se la metió en la boca y la sostuvo entre sus dientes delanteros. Sabía que estaba jugando conmigo, por el gesto divertido que se dibujó en sus facciones. No pude evitar reírme, ella elevó una ceja y me dijo de la forma que pudo—: ¿No aceptas retos?

Le seguí el juego, vacilante voy a admitir. Entonces me dejé caer sobre mis rodillas frente a ella y cuando la miré a los ojos le dije:

—De acuerdo. Si es la única forma de reclamar mi parte. —Miré su sonrisa, me acerqué a su boca y, aunque voy a admitir que aquello me estaba causando un revuelo dentro del estómago, tomé con cuidado la cereza entre mis dientes, lo mordí, haciendo que algo de líquido se derramara sobre mis labios entonces quise apartarme, pero Kate no me dejó, su mano se postró sobre mi cuello y tomó mi labio inferior entre los suyos, le correspondí. Fue algo suave, corto, dulce... tal vez no duró ni diez segundos, cuando sentí que el agarre de ella se aflojó de mi cuello, me aparté poco a poco porque me di cuenta que aquel contacto me había gustado

demasiado, no sé si fue probar esos labios tan suaves o esa forma delicada que utilizó para besarme, pero me percaté que necesité una fuerza de voluntad increíble. De inmediato me obligué a distraerme, entonces le dije a ella con una sonrisa victoriosa y burlona al mismo tiempo —: Olvídalo, yo soy difícil.

Kate se carcajeó, me quedé de cuclillas frente a ella y tomando una de esas poses desafiantes tuyas, me dijo:

—¿Me estás retando? Puedo llevarte a mi cama si quiero, Roger. —Por supuesto que a este punto conozco a Kate lo suficiente como para saber que es capaz de decir algo así en broma. Y ese fue el momento que llegó el mensaje de la jefa dragón interrumpiéndonos. Solté una risa mientras sacaba mi teléfono de mi bolsillo y entonces me apresuré a decir:

—Espera... ¿No habíamos venido aquí a correr? —Y ella también me conoce a mí lo suficiente como para saber que este tipo de expresión es la que uso cuando suelta una de esas frases subliminales tuyas.

—De acuerdo, entonces alcánzame. —Y me quitó mi teléfono celular. Todavía no había visto qué era lo que me había llegado de parte de Margaret y no quería que ella lo leyera tampoco. Comenzó a correr y se detuvo solo cuando me dijo—: También te acaba de llegar un mensaje de Monique. No vas a saber lo que dice si no me alcanzas.

Y ese fue el mensaje invitándome a desayunar.

En fin, miro la fotografía que Kate acaba de etiquetarme de nuevo y voy a dejar un comentario cuando observo que Wendy ya le ha dado Me Gusta a la imagen, fue la primera, lo que me hace pensar que es muy probable que haya estado viendo el perfil de Kate o quizás es porque no hace nada más que estar en Facebook. Me doy cuenta que tengo otra notificación de la misma chica donde al parecer, también le había gustado un comentario que yo había dejado en la fotografía de perfil de Kate, hice solo mención de lo bello de su mirada en esa imagen aunque viendo esta situación con Wendy creo que debí escribir más. La fotografía también la había tomado yo esta mañana y la mano que se logra observar ahí sosteniendo la de Kate es la mía. Ahora creo entender por qué Margaret se quedó viendo mi reloj esta mañana, aunque esto que diré va a sonar totalmente ilógico pienso que Margaret también ha estado viendo el perfil de Kate, necesito charlar con Linda después de esto.

Me sorprende cuando un mensaje de Wendy me salta en la pantalla, es un simple «Hola» que por supuesto no voy a contestar. Cierro la ventana de chat de ella y me aparece una de Kate que dice:

De: Kate

Te veo a las seis, necesito un beso tuyo para mi perfil.

Me río, no voy a mentir que pienso muy bien lo siguiente que voy a escribir pero de todas formas lo hago, mis dedos se mueven con precisión sobre el teclado y le envío:

Para: Kate

¿Esta es otra excusa para besarme?

No puedo negar que espero su respuesta con ansias. Incluso me quedo observando ese «escribiendo» que se muestra en la pantalla de chat. Fue una corta pero ansiosa espera porque casi de inmediato tengo su mensaje:

De: Kate

Es tu culpa por tener labios tentadores.

Ya a este punto ni siquiera me acordaba de las fotos de Sara. Voy a admitir algo, Kate es lo mejor que me pudo haber pasado para sobrellevar todo el caos en el que se convirtió mi vida después que Sara se fue.

Capítulo 28

A las seis de la tarde, como habíamos acordado, estoy frente al apartamento de Kate.

Miro mi reloj y cada minuto que pasa significa un minuto más cerca de la fiesta de Monique. No voy a mentir que tengo ganas de salir corriendo, encerrarme en mi habitación y si es posible no salir hasta que se acabe el mundo. Sin embargo, me obligo a desechar esa idea de mi mente porque de alguna forma tengo que pagar la renta de mi apartamento.

Golpeo la puerta del piso de Kate y sacudo con cuidado una pelusa del saco del traje de la marca de Monique que en este momento llevo colgado en mi antebrazo. Aunque ella me dijo que era mío no podría soportar la idea de que algo le pase a esta bendita prenda que puede costar algunos tres meses de mi salario en «Hombres al poder». Incluso había bromeado con ello frente a Monique y entonces ella misma me respondió:

—Si quieres, después véndelo. —Refiriéndose al traje. Por supuesto que me reí porque no pensé que estaría diciéndome algo así de verdad. Además, ella sabe no conozco a nadie que pueda comprar un traje de marca a ese precio. Monique se puso de pie con una sonrisa y se giró en mi dirección para añadir—: Hablo en serio.

En ese momento estábamos en el mismo sitio que anteriormente había sido la sesión fotográfica de la campaña. Poco tiempo después me di cuenta que era un estudio y que también era de la propiedad de Monique. La miré con atención caminar hacia donde estaban colgados en perchas todos los trajes de la colección y le dije:

—Me lo dices porque sabes que no lo haría. —Escuché una risita suya. Entre sus manos tomó un traje blanco y uno negro, me indicó con una seña a través del reflejo del espejo que me acercara. Me puse de pie y cuando estuve frente a ella, puso el traje claro frente a mi persona. Había olvidado mencionar que los colores de la fiesta eran blanco, negro y gris, a petición de ella, quién mencionó algo sobre la elegancia de que daban esos tres tonos y ve tú a saber qué más.

—¿De qué color vestirá tu chica? —Me preguntó. Mi chica... pensé que se estaba refiriendo a Kate. Me sentí en la necesidad de aclarar antes que nada porque no quería que mencionara eso frente a ella. Así que me apresuré a decirle:

—No es mi chica... —Hice una pausa al mismo tiempo que me daba un vistazo en el espejo con el siguiente traje frente a mí—. Es una amiga.

La reacción de Monique me desconcentró, se rio y después me miró a mí con una sonrisa socarrona.

—Sí, dicen que así se le dice ahora. —Y enarcó una ceja, por más que quise decirle que en realidad yo sí estaba hablando la verdad, supe que era una completa pérdida de tiempo. Entonces lo dejé así, mirando con una sonrisa su expresión y después me miré en el espejo cuando esa vez el traje que puso frente a mí fue el de color oscuro—. Así decíamos Krista y yo «somos amigas» y bueno, el desenlace ya lo sabes.

Preferí ignorar lo que estaba queriendo decirme y mejor cambié la plática.

—¿Debería preguntarle de qué color irá vestida? —Monique asintió y entonces se llevó ambos trajes, los colgó en el lugar que estaban y yo saqué el celular de mi bolsillo para dejarle un rápido mensaje a Kate.

—Quiero que luzcas lo mejor posible, no solo porque seas el protagonista de mi campaña, sino también por las personas que puedes encontrarte ahí. —Miré a Monique, esperando que

especificara a lo que se refería pero entonces ella solamente se giró hacia mí y añadió—: A mí en lo personal me gusta cómo se ven todos los colores en ti, así que cualquiera está perfecto.

En el preciso momento que ella está diciendo eso, la respuesta de Kate me llegó al celular y eran exactamente las siguientes palabras:

«Un vestido negro de infarto».

No voy a mentir que después de eso me olvidé de las palabras de Monique y me quedé pensando todo el maldito día como sería ese vestido de infarto del que hablaba.

Golpeo una vez más la puerta y llevo mi vista en dirección al apartamento de Simon, sinceramente espero que a él no se le ocurra salir, ni siquiera sé si está en casa pero ya estoy rezando para que él no ponga un pie afuera en estos instantes. No quiero que me mire aquí frente al apartamento de Kate, vestido de esta forma, no quiero pensar qué me dirá cuando sepa que tengo una limusina esperándome afuera del edificio. Estoy completamente seguro que vendrá a cuestionarme el por qué no lo llevé conmigo o sobre el porqué sí invité a Kate y no a él, la respuesta es obvia y no quiero tener que darle explicaciones, él no sabía que ya había entregado el artículo y ya casi me imaginaba sus palabras de saber que asistiría con Kate, así que ya lo había decidido, él no se iba a enterar de nada.

Esta mañana me pidió prestado mi teléfono y miró mi fondo de pantalla. Todavía estábamos en la oficina, cuando lo escuché decir que tenía que realizar una llamada y la pila de su celular había muerto. Le di el mío sin prestarle mucha atención porque yo estaba tecleando como loco esperando salir a tiempo de esa tortura que llamaba trabajo, entonces lo escuché soltar una carcajada y después me preguntó:

—¿Por qué tienes esta foto de pantalla?

Hasta ese momento recordé que traía una fotografía de Kate. En mi defensa, yo no la había puesto, ni siquiera sabía que la foto rodaba por ahí hasta que tuve el bendito aparato en manos. Quise cambiar esa imagen, no porque fuese una selfie suya, si no por lo que se mostraba de fondo en aquella fotografía pero al final terminé olvidándolo.

Sentí alivio voy a admitir, aunque aquello no era una imagen para estar orgulloso, al menos sus ataques de risa no se debían a alguna conversación mía con Kate. Me relajé y volví a posar mis manos sobre el teclado.

—Fue Kate esta mañana. —Le respondí restándole importancia—. No he tenido tiempo para eliminarla.

En ese momento esa foto era lo que menos me preocupaba, en unas horas debía estar con Monique y al parecer no había un llamado de atención por llegar tarde pero sí una pila de trabajo dispuesto a retrasarme. No sé cuánto tiempo llevaba maldiciendo a Margaret así que la charla con Simon había pasado a un segundo plano hasta que me preguntó:

—¿Esta mañana? Me dijiste que estabas resfriado. —Mierda, lo había olvidado. No quería decirle que fui a correr con Kate, o que fuimos a la playa porque terminará sacándome más información que no debería compartirle. Así que dejé mi labor, recosté mi espalda en mi silla giratoria y me giré un poco en su dirección fingiendo tanta indiferencia que no sé en qué instantes había logrado recoger.

—Lo estaba, pero... a esa hora ya había mejorado... —Como ya he dicho varias veces, la mentira no es lo mío—. Además, Kate es doctora, con unas recomendaciones y antialérgicos... —Mejor preferí no continuar.

Para suerte mía a Simon, como todo lo que me acontece, le valió un pepino. Me di cuenta que ni siquiera me estaba poniendo atención cuando me interrumpió solo para decirme:

—Tu trasero está de fondo. —Me señaló el trasero en mi teléfono con su dedo índice. Lo

peor de todo es que era verdad.

En la fotografía yo estaba inclinado hacia abajo, en realidad estaba recogiendo el bendito reloj que llevaba puesto de la arena cuando en un intento de ajustármelo cayó a mis pies, tardé un buen rato en recuperarlo y Kate aprovechó para tomarse una selfie, cabe mencionar que se ubicó estratégicamente a una buena distancia y la imagen fue maliciosamente calculada de forma que parece que me está agarrando el trasero.

Así es Kate y ya ni siquiera me asombraba absolutamente nada.

Pero a Simon le provocó un ataque de risa y tuve que soportarlo por un gran rato hasta que finalmente lo olvidó pero lo recordó de nuevo y continuó riéndose de ello camino al parking. Lo único que agradezco es que no me preguntó nada más, tampoco sacó un comentario sarcástico de su repertorio y eso se me hizo un tanto extraño. Tal vez se debe a que después de todo era lo que él quería, verme con una mujer ¿No es así? Aunque esa mujer sea completamente distinta a las que yo alguna vez pensaría llegar a conocer. Sin duda alguna si pudiera devolver el tiempo, no cambiaría nada, volvería específicamente a ese día que conocí a Kate una y mil veces de ser posible.

Estaba pensando en eso cuando atravesaba el parking con Simon. El maldito podía ser un grano en el culo cuando se lo proponía pero también era la mejor persona que alguien podría conocer. Le comenté sobre la cantidad de trabajo que maliciosamente Margaret me había entregado y él mismo me ayudó a terminar. Cuando llegué a mi auto me despedí de él porque el suyo estaba al otro extremo, siguió su camino y antes de que yo ingresara a mi vehículo lo escuché decir:

—Roger... —Me giré al escuchar mi nombre de su boca. Él ya estaba llegando a su Mustang, pero eso no le impidió gritarme—: Solo un recordatorio: Llevas preservativos en tu cartera, úsalos.

Cabe destacar que él y yo no éramos los únicos en ese sitio.

Quito la mirada del apartamento de Simon cuando escucho el sonido de la cerradura que indica que están abriendo la puerta frente a mí. La persona que aparece frente a mis ojos no es ni de cerca la que yo estaba esperando ver. Un sujeto, con un tatuaje extendiéndose por su antebrazo es el que acapara mi campo de visión y aunque en este momento trato de entender el por qué los tatuajes así son la moda últimamente, tampoco puedo despegar la mirada del tipo que está sin camisa, comiendo helado desde el envase con los ojos puestos en mí, se saca la cuchara de la boca para decir, más bien, gritar:

—Frijol, Roger está aquí. —No me pasa desapercibido el hecho que ha llamado a Kate frijol o al menos creo que es a Kate. Miro el número de apartamento de su puerta para asegurarme que no es el incorrecto y me doy cuenta que definitivamente no me he equivocado de piso. Tampoco dejo pasar por alto que él sabe mi nombre y aunque quisiera que todo esto sea una confusión el sujeto si me hace tan familiar que sin necesidad de una presentación formal creo saber de quién se trata—. ¿Sí eres Roger, verdad?

—Lo soy —hablo, aclarándome la garganta. No voy a mentir que esto me ha provocado más ansiedad que la fiesta de Monique en sí. Me extiende su mano como saludo, cuando le correspondo se presenta y me dice:

—Yo soy Kenan. El hermano de Kate. —Lo intuí, sí. Porque comparten tantos rasgos faciales similares que me aterra. Misma mirada, misma sonrisa. Lo noté después de darle un asentimiento en respuesta y que él curvara sus labios y abriera más la puerta para dejarme pasar—. Entra, ya está casi lista.

Doy un paso al frente vacilante, no estaba preparado para esto y no sé qué hacer mientras

espero a Kate así que tomo una piedra que está sobre la mesa cerca de la entrada y la inspecciono.

—Yo se la regalé cuando regresé de Grecia. —Lo escucho a él y levanto la mirada un momento para casi de inmediato ponerla sobre el objeto que tengo en manos—. Me dijo: No me traigas dulces, tráeme algo que vaya a durarme para siempre. Y bueno, miré esa piedra y aquí está.

No voy a mentir que eso me ha causado gracia y no puedo evitar que una pequeña risa se me escape al mismo tiempo que dejo la piedra en su lugar.

—Ingenioso. —Le digo y lo miro llevarse otra cucharada de helado a la boca, deja el envase sobre la mesa frente a la tv y se aleja en dirección a la cocina—. ¿Tú eres su hermano mellizo?

—¿Te ha hablado de mí?

—No exactamente. Miré unas fotografías...

—¿No te habla de mí? —pregunta, estaba a punto de llevarse una botella de agua a la boca y dejó de hacerlo para preguntar específicamente eso con indignación—. Yo he escuchado tu nombre como cinco veces hoy ¿Y ella no te habla de mí?

—¿Qué quieres que le hable de ti? —Escucho finalmente la voz de Kate. Después de eso la observo salir de su habitación, lleva maquillaje bastante intenso en la zona de los ojos que hace resaltar el verde de esa mirada tan enigmática suya, no es común ver a Kate arreglada de esa forma, pero no voy a negar que se mira excepcionalmente guapa. La verdad es que todas las versiones de Kate me atraen bastante—. Que dejaste la universidad cuando estabas en último año de tu carrera y ahora estás en primer semestre de otra que no sabes si vas a dejar también. Que cambias de empleo tan seguido como cambias de novia...

—No... no sigas.

—¿Lo ves? Roger no quiere saber eso. —Esboza una sonrisa cuando hacemos contacto visual y se dirige en mi dirección para posteriormente rodearme con sus brazos, darme un beso en la mejilla y me toma por sorpresa cuando me dice en el oído:

—Te ves tan guapo que me provocas quitarte esa ropa aquí mismo. —Creo que Kate hasta disfruta decirme estas cosas por el gesto que me hace dibujar en la cara cuando escucho algo así de parte de ella. Eso la hace reír y no puedo creer que se esté divirtiendo a mi costa.

Voy a contestarle con sarcasmo, pero entonces me percató que su hermano nos está viendo... a ambos y solo espero que no haya escuchado lo que ella me dijo y también espero que no haya visto ese guiño de ojo coqueto que me regaló antes de separarse de mí e irse en dirección al sillón que está frente a la tv. Aunque creo que es demasiado tarde para desear algo así porque él de inmediato, con un gesto de diversión, dice:

—¿Saben qué? Yo ya me voy. —Se acerca a la mesa de donde toma una camiseta y se saca unas llaves del pantalón que tintinea frente a Kate. No había puesto atención a lo que estaba haciendo ella pero sostiene una aguja en manos y le indica a Kenan, después de tomar las llaves, que tome lugar en un banco que tiene en frente. Yo soy el que respira profundo cuando le atraviesa la piel y le inyecta el líquido en la vena.

—La próxima vez piensa mejor qué cosas sucias vas a llevarte a la boca. —Le dice a su hermano, enarcando una ceja. Él rueda los ojos y se pone de pie después que Kate le pone una curita adhesiva.

—Gracias por prestarme tu auto. —Le habla, dándole un abrazo y un beso en la frente. Caigo en cuenta que nunca se me había ocurrido preguntarle a Kate sobre su vehículo. Asumí que simplemente no tendría o me diría que pronto se haría de uno. La verdad que nunca me importó porque me hacía bien llevarla a todos lados y contagiarme de esa personalidad suya. Si su auto

está de vuelta, significa que esos días se acabaron. El tipo se va en dirección a la puerta de entrada, pero se detiene para decirme—: Fue un gusto conocerte, Roger. Kate me dijo que vendrás a esquiar con nosotros... ¿Sí vendrás, cierto?

Y ahí recuerdo lo que me preguntó Kate esta mañana, sobre ir a esquiar aunque no me dijo quienes nos acompañarían. Después haré más preguntas sobre eso, le digo que sí y él después de esbozar una amplia sonrisa, me extiende su mano para despedirse. Lo observo alejarse y perderse tras la puerta de entrada. Entonces me vuelvo a Kate:

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Mis padres y mis hermanos. —Alto ahí. Voy a protestar, pero antes de que pueda hacerlo ella me interrumpe cuando suelta una carcajada y me dice—: Pero relájate, solo les dije que sí para que dejaran de preguntármelo todo el tiempo y bueno, no mentí, sí te pregunté y me dijiste que sí. —Entonces supongo que puedo respirar tranquilo—. Pero puedes pensarlo si te gustaría ir.

Le digo que no con una risa nerviosa, en realidad el mero hecho de pensarlo me produce jaqueca. Soy terrible conociendo nuevas personas y se lo digo, quiero agregarle que mucho más si se trata de la familia de ella, pero eso me lo guardo para mí. A Kate siempre le causan diversión mis confesiones en cuando a conocer gente se refiere y después de soltar una risita, me dice:

—Solo terminaré de alistarme. Dame unos minutos ¿Está bien?

Le digo que sí cuando ella se pierde tras las puertas de su habitación. Mientras la espero, me acomodo el saco de mi traje sobre el cuerpo. Me miro en el espejo de nuevo y casi no puedo reconocer a la persona frente a mí, me obligo a moverme de ahí porque aquello que ven mis ojos no me gusta nada. Me detengo en uno de los estantes en su sala y veo ahí varias fotografías enmarcadas, todas parecen ser de la familia de Kate.

Les doy un vistazo una por una y me detengo especialmente en una fotografía que me llama la atención: Una niña de algunos siete u ocho años con un diente frontal faltante sonriendo a la cámara, mismo cabello negro y lacio, esa sonrisa pícara, la mirada verduzca y llamativa. Kate no ha cambiado en nada, a diferencia de que antes era una niña adorable y ahora es una mujer hermosa.

Inconscientemente le sonrío al retrato, tomo otro que está cerca donde se puede apreciar a la familia completa y en ese momento un mensaje me llega a mi teléfono celular. Lo saco de mi bolsillo después de acomodar cada una de las fotografías en su sitio y me quedo viendo aquella foto de Kate hasta que tengo el texto frente a mis ojos y doy cuenta que es de Linda, en esta ocasión el mensaje es simplemente:

De: Linda

LAS MATO.

Todo en letras mayúsculas, así tal cual.

Me llama la atención no voy a negarlo y especialmente el link adjunto, aunque por un momento temo por lo que sea que haya en esa dirección web pero la curiosidad puede más cuando segundos después me envía otro:

De: Linda

¿Todavía no quieres que filtre las fotografías?

En segundos estoy dando click en el sitio. Me dirige a un video, uno que según el siguiente comentario de Linda, tomó de las cámaras de seguridad de la casa de Margaret. No sé hasta dónde es capaz de llegar esta chica pero está comenzando a darme miedo. Reproduzco el video que se está mostrando en la pantalla y me toma solo segundos darme cuenta que esto es otra de

las cosas que jamás debí ver.

En el video se muestra a Sara, Wendy y la otra amiga de ellas que nunca llegué a conocer. Margaret aparece después sirviéndole un trago a cada una de las chicas. La plática no es para nada interesante al inicio y cuando estoy a punto de enviarle un mensaje a Linda cuestionándole el porqué del motivo de ese video, escucho mi nombre, de esa voz que soy capaz de reconocer perfectamente: Sara. Me quedo helado cuando aquellas palabras que salen de su boca son las siguientes:

—Roger es tan... —hace una pausa, tal vez buscando la palabra correcta para describirme a mí pero no la encuentra, entonces continúa—: Te apuesto que es muy probable que se quede soltero el resto de su vida. Es tan aburrido y eso para cualquier mujer es frustrante. No tuvimos relaciones hasta casi un año después porque él prefería evitar esos momentos en los que estuviéramos completamente solos ¿Puedes creerlo? Sentía que estaba saliendo con un Monge. Con Koen todo es distinto... desde el primer día que nos conocimos pasó todo eso que teníamos ganas que pasara y cada encuentro era más excitante todavía. Es que es un completo apasionado en la cama que ni siquiera me acordaba quién diablos era Roger.

Sara suelta una risa y se cruza de piernas para, posteriormente, llevarse la copa a los labios. Me quedo viendo la pantalla mientras intento procesar todas esas palabras dichas por ella, no puedo creerlo, fue ella misma quien dijo que le gustaba que yo no corriera a buscar el placer sexual en una mujer como todos los hombres.

Además, me había quedado claro que se acostó con Koen Van Brouwer desde mismo día que lo conoció.

—Hace unos meses no decías lo mismo. —Ahora escucho la voz de la otra amiga suya que está frente a ella. Mi mente está en blanco, aun así soy capaz de comprender lo que están diciendo. —Hasta voy a admitir que me provocaba un poquito de envidia ese novio tan perfecto que decías tener. Todas queríamos un Roger en nuestras vidas ¿Lo recuerdas?

—Excepto yo —habla Wendy—. ¿Es que no lo has visto? Parece un hippie que fuma marihuana y te habla de amor y paz mundial. —Las dos, Sara y Margaret, sueltan una carcajada—. Además, no tiene ni donde caer muerto. ¿Qué vida le puede ofrecer a una respetable abogada socia de un despacho un hombre que trabaja como asistente?

No soy asistente de Margaret, maldita sea.

—A ver... —Sara de nuevo. Mira a la chica que habló antes de Wendy dejando su copa sobre la mesa—. Contaba solo lo que a mí me convenía cuando ustedes comenzaban a hablar de esos novios adinerados que tenían, yo sentía vergüenza mencionar a qué se dedica Roger, no es la persona para mí definitivamente, merezco a alguien a quien pueda presumir frente a mis amistades importantes. No hay nada en él que me haga preferirlo más que a Koen Van Brouwer.

—¿Debería sentir pena por Roger? —Interrumpe Margaret esta vez—. El pobre está al borde del suicidio, no me sorprendería que se emborrache y te dedique serenatas por la radio. Es tan patético ¡Ah! Y le encargué un artículo sobre ligues de una noche. —La jefa dragón se ríe a carcajadas—. Sé que llegará ese día y no tendrá ni siquiera una línea de ese artículo, será la excusa perfecta para despedirlo.

—¿Pero... no sientes nada por haberlo dejado así nada más? —pregunta la otra chica dirigiéndose a Sara—. Es decir, fue la persona con la que estuviste los últimos cinco años de tu vida y lo dejaste por otro hombre. ¿No sientes aunque sea algo de remordimiento?

—La verdad no —responde de inmediato—. Ya era hora, no soportaba un minuto más... quiero un hombre de verdad...

Prefiero detener el video.

Cierro los ojos un momento para intentar buscar autocontrol y comprender que Sara definitivamente no es la persona que yo creía conocer. Cinco años de mi vida. Cinco años y no sabía con qué clase de ser tan ruin estaba conviviendo. De Margaret no me sorprende nada pero ahora tengo unas inmensas ganas de mandarla a la mierda y tengo que respirar profundo antes de cometer una tontería. Agradezco cuando Kate me llama, por un momento se me olvida lo que acabo de ver y me giro en dirección al sitio de donde proviene su voz.

—¿Puedes venir un momento? —Me dice después. Solo miro que la puerta está entreabierta pero no logro divisarla a ella. Le digo que sí y dejo todo ubicado exactamente como estaba sobre el estante para caminar hacia su habitación. Empujo lentamente la madera blanca para evitar encontrarme con algo que no debería pero es Kate quién termina de abrirla y me dice que le ayude con el cierre del vestido.

Puedo ver su espalda, ella está sosteniéndose la prenda por delante y me señala como subiré la cremallera. Se ubica delante de mí, tomo la parte del vestido que me indica y observo como su piel va quedando oculta poco a poco dentro de una tela con transparencias de color negro.

—Listo. —Le hablo, entonces me agradece y se aleja para verse en el espejo. Ahora que tengo una mejor vista de toda ella me doy cuenta a qué se refería cuando me dijo que usaría un «vestido de infarto». La prenda tiene corte corazón y le realza los pechos, yo jamás opinaría sobre el cuerpo de una mujer pero es imposible no darse cuenta de la buena figura que Kate posee y el vestido le favorece bastante. Se entalla en su cintura y cae ligeramente hasta sus tobillos dejando a la vista una de sus piernas a través de una abertura que se extiende a lo largo de la falda. Y cuando me ve observándola, da una vuelta coqueta de esas suyas que hacen que el cabello se le mueva al mismo ritmo y a mí me hace soltar una carcajada.

—Y bien ¿Te gusta? —Ella sabe perfectamente la respuesta a esa pregunta. No tengo necesidad de contestarla pero por algún motivo quiere escucharlo de mi boca. Aprieto mis labios para evitar dejar a flote esa sonrisa que quiere colárseme en el rostro.

—Estás preciosa. —No la miro a los ojos cuando digo esto y casi la visualizo tomándome la barbilla para hacerme mirarla a los ojos. Cuando levanto la vista ella me está viendo a mí y esboza una sonrisa que me sacude todo por dentro. Se deja caer en el borde del colchón de su cama y observo con atención cuando se está poniendo una de sus sandalias.

—¿Te ayudo? —Le pregunto, señalando sus pies. Me mira un momento y después me dice que sí. Me inclino frente a ella para deslizar cada calzado en el pie correspondiente. Sujeto la hebilla de cada uno y cuando termino levanto la mirada para encontrarme con esos ojos mirándome fijo y una sonrisa—. ¿Qué? —pregunto cuando me estoy poniendo de pie y le extiendo mi mano para que ella haga lo mismo.

—Es que... no lo sé... eres tan dulce. —Me río, no sé si a este punto eso sea algo bueno pero qué importa ya. Finalmente se pone de pie para, acto seguido, tomar su teléfono celular y pedirme una foto frente a su espejo. Lo hago como ella me lo pide y el resultado parece una imagen promocional de revista que, voy a admitir, me gusta bastante—. ¿Nos vamos?

Le doy un asentimiento y salimos de su apartamento para ir en dirección al parqueo donde está la limusina que Monique me había asignado. Ella se detiene cuando le muestro el vehículo y me mira con un gesto de asombro que se me hace gracioso y adorable en partes iguales. Suelto una pequeña risa para abrirla la puerta y le indico con mi brazo que suba antes que yo. Me mira una vez más y después de darme las gracias me da un beso en la mejilla con una sonrisa.

Al llegar al sitio donde se llevaría a cabo la fiesta, no puedo creer la cantidad de fotógrafos que hay afuera, miro por la ventana aquella gran cantidad de personas ahí y me trago esas ganas que tengo de salir corriendo.

—¿Estás listo? —me pregunta ella, extendiéndome su mano. Le digo que sí después de respirar profundo y aunque hay personas que abren las puertas por nosotros yo desciendo primero y con mi mano ayudo a Kate a bajar del vehículo. Cuando está en el último escalón, sujeto su cintura con mis dos manos para ayudarla yo mismo a descender y eso la hace soltar una carcajada, una genuina y divertida que me provoca reír con ella hasta que mis ojos se encuentran con los de Margaret en la entrada del lugar.

Verla ahí me hace recordar el maldito video de nuevo, sabía que iba a estar aquí pero no pensé que justo al llegar al sitio tendría que topármela. Prefiero ignorarla, ni un corto saludo, ni siquiera un asentimiento, nada, paso de ella y su vista se clava en la persona que está a mi lado.

—Ella es Margaret. —Le digo a Kate, cuando la jefa dragón mira en otra dirección disimuladamente. Tal vez no debí mencionarlo porque de inmediato su respuesta es:

—Solo espero que nunca llegue a la sala de emergencias y yo esté presente.

Por supuesto que pensé que estaría bromeando, aunque últimamente tanto contacto con mujeres me ha dejado en claro sobre lo vengativas que las féminas pueden ser, así que al menos yo sí espero que esté bromeando.

Un hombre de seguridad me guía hacia Monique y tras bastidores me encuentro a la diseñadora que esboza una amplia sonrisa al verme. Ella me presenta a Krista y yo le presento a Kate. Me gusta la profesionalidad con la que Kate se desenvuelve, me parece alucinante como es capaz de entablar una plática de manera rápida y soltar sus frases sarcásticas sin perder el encanto. No está nerviosa, no es tímida... bueno, es Kate. No sé cómo lo logra, pero absorbe a las personas tanto que de pronto todos parecen más interesados en ella que en el evento en sí.

Definitivamente, no pude encontrarme una mejor compañía.

El lanzamiento se resume en estas cosas: Flashes, desfiles, más flashes, entrevistas, flashes otra vez, *after party* y más flashes. Todo este tiempo he tenido que sonreír junto a Monique en cada *photocall* al que me invita «Al parecer estás muy solicitado hoy» me dijo y me volvió a tomar del brazo para llevarme con ella frente a otro montón de cámaras. Creo que no sabe lo mal que la estoy pasando pero Kate sí y en lugar de darme ánimos su mirada socarrona es la que me lanza todo el tiempo cuando Monique me arrastra con ella.

—¿Sabes? —Escucho a Monique hablarme después de tomarnos una fotografía juntos cerca de un cartel enorme donde estoy yo y unas letras en rojo con el nombre de su marca. Yo estaba viendo a Kate segundos antes y le sonreí cuando me dijo en señas que mirara a los ojos a Monique, comprendí también algo sobre matarme pero tal vez sobre fue el trauma que ya ella misma me había causado, no lo sé, pero me reí, algo que Monique notó al parecer. La diseñadora se interesó por saber en qué tenía toda mi atención en ese momento entonces después de concentrarme en ella me dice—: Tu mejor accesorio esta noche es esa chica. ¿Todavía te atreves a decir que es solo una amiga?

No voy a mentir que sus palabras me han hecho algo de gracia y me río un poco solo para decirle:

—Es que lo es. —No la convence. Lo sé por sus ojos, por ese gesto y esa forma que sus labios se curvan en una malicia. Pero no dice nada más, le extiendo mi brazo en un gesto caballeroso para regresar a la zona VIP donde Krista y Kate se encuentran, justo al llegar me percató que también está Margaret, aunque charlando con otra persona y cuando estamos ahí finge indiferencia, pero no por mucho tiempo porque en el exacto momento que Monique y yo tomamos lugar sobre los sillones de cuero. La diseñadora le pregunta a Kate—: ¿Tú eres modelo?

A lo que inmediatamente ella responde:

—No... —Se ríe un poco y en ese momento observo como Margaret se gira levemente aprovechando que su compañía se ha ido por unos tragos—. Estudié medicina en Harvard.

Y entonces, todos me miran a mí.

¡Vamos! Yo no soy quién se graduó en Harvard.

—¿Harvard? —Ahora Monique parece más interesada. Se lleva a la boca una copa de champagne y vuelve a hablar—: ¡Vaya! Roger sale con una doctora graduada en Harvard y no había mencionado nada.

Alto ahí...

—Margaret... —Llama la atención de mi jefa, quién aunque finge estar absorta en la copa que sostiene sé que está poniendo atención a todo lo que hablamos. Ahí caigo en cuenta, ha llamado a Margaret y cuando esta la mira, le dice—: ¿Sabías esto? La novia de Roger es una guapa doctora graduada en Harvard. ¿Ya la conocías?

Margaret le dice que no y yo quiero pegarme la cabeza contra la pared repetidas veces.

Ambas se saludan, se presentan y casi puedo intuir todas las ideas que están pasando dentro de la cabeza de Kate para usar en contra de la pobre Margaret. Cuando se sienta junto a mí de nuevo yo solo quiero salir de aquí corriendo a la velocidad de flash aunque a ella parece estarle divirtiéndola toda esta escena: El gesto de Margaret, la forma en que nos mira a los dos, las tres margaritas que se ha tragado sin respirar siquiera. Kate entrelaza sus dedos con los míos mientras contesta las preguntas que Monique le hace sobre medicina.

—¿Vamos a la barra? —Le pregunto a Kate cuando Monique se ha retirado con alguien que le pidió una entrevista. Al lugar nos están llevando bebidas pero soy sincero con ella y le digo—: No quiero que Monique regrese por mí para tomarnos más fotografías.

Se ríe un poco y me mira a los ojos, entonces me dice que sí poniéndose de pie conmigo. El sitio está aglutinado de personas, la mayoría de ellos son gente importante, famosos, trabajadores del mundo de espectáculo. Nos toma un tiempo bajar todas las escaleras que dividen los dos pisos y cuando llegamos al lugar Kate pide algo y después se vuelve a mí.

—¿Quieres Sexo en la Playa?

—¿Qué?

—¡La bebida, Roger! —Vale, que la pregunta fue más por el sonido del lugar que no me deja escucharla bien. Sí, sé que es una bebida y también sé que es una de las favoritas de Simon. Le digo que preferiría algo sin alcohol, entonces finge asombro, se lleva la mano al pecho dramáticamente pero termina pidiendo bebidas sin alcohol para los dos.

Tomo una banqueta cuando me dejan la bebida en frente, de pronto, Kate deja su vaso sobre la barra y se pone de pie de un salto automáticamente quitándome el mío y dejándolo a la par del suyo. Me toma de la mano y tira de mí en dirección a la pista de baile. No comprendo nada, hasta que ella me dice:

—Esa es una de mis canciones favoritas. —Me percato de la música que está sonando, entonces, me vuelvo a ella:

—Es *Single Ladies*.

—Es ley general que cuando escuches *Single Ladies* tienes que bailarla. No importa cuántos años pasen. —Entonces hace algunos pasos y me mueve las manos para que lo haga con ella. Suelto una carcajada y la rodeo con mis brazos inmovilizándola contra mi cuerpo.

—No... ni de coña... no pienses que yo voy a bailar eso contigo. —Se ríe ante la gracia que le causan mis protestas y su rostro se pega a la tela de mi saco para carcajearse tranquila. Cuando levanta la mirada tengo ese rostro precioso tan de cerca, entonces me dice:

—Tu jefa nos está viendo. —Toma mis brazos para aferrarlos más a su cuerpo. Quiero ver en

dirección a Margaret pero ella no me lo permite, comienza a dejar besos húmedos desde mi mejilla hasta la comisura de mis labios haciéndome esbozar una sonrisa—. Bésame. —La escucho y yo me río un poco un tanto desconcertado, la miro a los ojos cuando añade—: Es en serio, Roger.

Por un momento no sé qué contestar y relamo mis labios fingiendo pensarla bastante. Enarca una ceja con un gesto divertido entonces me atrevo a decir:

—De acuerdo ¿Cómo te gusta? ¿Pasional? ¿Romántico? ¿Salvaje?

—Sorpréndeme.

Entonces me río de nuevo y tomo su rostro con ambas manos llevando uno de los mechones de su cabello detrás de su oreja. Me acerco a su boca y la beso, de la forma más dulce que alguna vez haya besado a alguien. Kate de inmediato me corresponde de la mejor manera y siento como una corriente eléctrica me recorre la columna vertebral. No sé qué es eso que Kate me provoca, pero es capaz de robarme el aliento con solo un roce de esos labios suyos. Me encanta la forma de besar de Kate, tan delicada, tan suave, tan... ella. Cuando finalmente nos separamos, nos miramos a los ojos y me dice:

—Guau. —Y yo suelto una risa nerviosa, va a decir otra cosa pero entonces le tapo la boca con mi mano porque presiento que no quiero escuchar aquello. Aún ante sus protestas, vuelvo a inmovilizarla con un abrazo y es en ese momento, cuando estoy poniendo mi barbilla en el hombro de Kate, que una figura a cierta distancia llama mi atención. Aunque me cuesta reconocerla porque ahora lleva el cabello claro, es Sara, tomada de la mano del sujeto Van Brouwer quién en ese momento está poniendo su atención a otra cosa pero ella sí me está viendo a mí. Cuando hacemos contacto visual de inmediato le dice algo al tipo que la acompaña y se van en una dirección distinta.

Para mi sorpresa, no sentí absolutamente nada encontrarme a Sara de nuevo ahí.

Capítulo 29

Ni siquiera sé cómo resumir todos los acontecimientos que le procedieron a esa escena durante la fiesta de Monique.

Tal vez debería iniciar con lo que sucedió en el momento justo después que vi a Sara, cuando Monique tomó el micrófono, dijo unas palabras y me mencionó a mí, a mí... a eso le siguieron aplausos, flashes, una botella de champagne y no fue todo... además, me invitó a pasar al frente. Sentí vértigo cuando desde el escenario vi a aquellas trescientas personas mirarme fijo y entre ellos a Kate, con ese gesto burlesco y bonito desde donde me lanzó un beso y tuve que apretar mis labios para evitar soltar una risa.

O quizás debería iniciar mencionando lo que pasó después, cuando bajé del escenario y le ayudaba a bajar el último escalón a la diseñadora. Un sujeto con el cabello rosa se me acercó y no supe de quién diablos se trataba:

—¡Roger! ¡Oh por Dios! ¿Eres tú? —Tal vez debí suponerlo cuando vi aquellas gafas de pasta cubierta de incrustaciones, pero en el momento ni siquiera se me pasó por la cabeza. Tal vez el tipo vio la interrogante que se colaba en mi rostro, así que se apresuró en refrescarme la memoria—: Soy Estebano, Estebano Johns-Webber. Por supuesto que me recuerdas. ¡Pero qué diferente estás!

—¿Conocías a Roger antes? —Inquirió Monique de inmediato. A lo que él contestó con un efusivo y demasiado entusiasmado «Sí».

—¿Has visto la película «El diario de una princesa»? Yo fui Paolo en la vida de Roger. ¡Pero míralo ahora! Una fea oruga se ha convertido en una bella mariposa.

Decir que estaba incómodo era poco, quería salir corriendo de ahí y pegarme la cabeza contra la ventana, o pegar la cabeza de Estebano contra la ventana, ya no sé ni que quería pero estaba seguro que optaba más por lo segundo. Estebano se acercó a mí y me dio dos besos, que no correspondí, porque a este nuevo Estebano yo ni siquiera estaba acostumbrado.

Y no era por el nuevo look con su pelo rosa en realidad, si no, por la nueva forma de tratarme que me confundió un poco. Había notado desde hace un rato la forma tan diferente que ahora me trataban las personas y Estebano no se había quedado atrás. Entonces, le hablé a Kate sobre eso y su respuesta me hizo esbozar una sonrisa:

—¡No es verdad! A mí me han gustado tus dos versiones. —Es algo que nunca olvidaría: Lo amable que había sido desde antes y las palabras que me dijo en ese momento—. Ese aire misterioso por encima de tu buen físico, pero la superficialidad no lo es todo ¿Sabes cuál es tu mayor atractivo?

—No lo sé, tú dime. —Bromeé, entonces su siguiente gesto me pareció bastante dulce: Me miró a los ojos y después llevó su mano a mi cabeza para arreglarme el cabello.

—Eres caballeroso, inteligente, detallista, romántico, fiel y no dudo que seas un apasionado. —Me reí, entonces ella continuó—: Puedo asegurar que esa timidez es algo que dejas a un lado en otras ocasiones.

—¿Otras ocasiones?

—Unas que estoy tentada a averiguar. —Vale, que yo podía ser medio lento pero también entendía todos esos mensajes subliminales e irónicos de Kate. Nervioso me llevé el trago a la boca e hice un gesto cuando aquel líquido me quemó la garganta y todo el esófago provocándole una risa a Kate y me dio golpecitos en la espalda mientras recuperaba el aliento—. ¿Sabes? Esta

es otra de las cosas que me gustan de ti.

Y la miré, porque no podía estar hablando en serio. Kate tomó un pastel de los que nos pusieron en frente en ese momento. Otra de las cosas sobre la fiesta de Monique que merecen ser contadas, es lo que pasó después cuando a Kate no le bastó llevar ese pastel a mi boca para que le diera un mordisco, si no, que tomó con su dedo un poco del dulce e hizo un recorrido lentamente desde mi mejilla hasta la comisura de mis labios.

—Ups. —Fue todo lo que me dijo y se limpió la mano en una servilleta. Solo la miré sin hacer nada, apreté mis labios para evitar carcajearme y entonces sin previo aviso tomé su rostro y con mi mejilla sobre la suya le ensucié toda la cara a ella. Protestó, por supuesto que lo hizo, pero también se carcajeaba fuerte—. ¡Si me arruinas el maquillaje no te lo perdono! ¿Sabes cuánto tiempo y dinero me tomó todo esto?

No me importó, por supuesto, y nos reímos bastante en ese momento, creo que hasta babeé un poco y cuando tomé una de las servilletas para limpiarme la cara, ella tomó una copa de vino y me la ofreció diciéndome:

—Este vino está muy bueno ¿Quieres un poco?

—¿Está dulce?

—No lo sé. —Se llevó la copa a la boca y solo dejó que el líquido le acariciara los labios un poco. Se acercó a mí, cerró los ojos y me dijo—: Pruébalo.

Le sonreí en respuesta, aunque ella no me estaba viendo no pude evitar que mis labios se curvaran y entonces lo hice, fue algo tierno, corto y sí... *dulce*... estaban comenzando a gustarme estos juegos pero es algo que no admitiré frente a Kate... nunca.

—Está dulce. —Le dije entonces y tomé la copa de su mano para llevármela a la boca. Hicimos un contacto visual hasta que yo, como siempre, desvié la mirada y ella me tomó la barbilla para hacerme verla a los ojos. Me dio un corto beso en los labios y se puso de pie para preguntarme:

—¿Te traigo algo de tomar?

—En todo caso, sería yo quién iría por algo de tomar.

—No no, ¡Vamos! Que yo también tengo pies y manos. —Y me hizo sentarme de nuevo, me reí un poco y le permití alejarse entonces—. Sin alcohol, ya lo sé. —La escuché. Me quedé viendo a Kate hasta que llegó al lugar de las bebidas. Y cuando me obligué a mí mismo a ver en otra dirección, me encontré de nuevo con Sara.

Vale, a este punto ya ni siquiera recordaba que ella podía seguir en la fiesta. Tenía los ojos puestos en mí, sin importarle que a su lado estuviera Koen Van Brouwer, sin disimular porque hay personas rodeándonos y que Margaret fácilmente podría darse cuenta. A mí no me importaba su atención en lo absoluto, así que la ignoré nada más y me sorprendí porque ni siquiera me costó hacerlo, ahora tenía a Kate y esta mujer lograba que soltara carcajadas a plena vía pública.

No podía pedir más.

Terminamos la fiesta en una estación de *Subway* a las dos de la mañana y ahí fue que le comenté lo de Sara. Ella solo me miró nada más y después fingió reñirme llevándose la mano dramáticamente a la frente:

—¡Roger! ¿Por qué no me lo dijiste antes? —Para suerte mía solo éramos nosotros dos los únicos en este sitio a esa hora—. Estuve preparando escenarios para ese encuentro en mi cabeza desde... no sé... el primer día que supe sobre esa mujerzuela.

Vale, me reí. No sé si fue por esa forma suya tan irónica y divertida con la que dijo esas palabras o porque fingiera estar molesta abanicándose con sus dedos fingiendo dramatismo.

—A ver... que vio cosas mucho mejores que las que tú y yo podíamos haber planeado.

—¿Estás diciendo que el beso para Margaret no fue estupendo?

—Ese beso fue delicioso, pero... —Entonces me di cuenta de mi elección de palabras justo en el momento que Kate me miró a los ojos y me lanzó una mirada pícaro de esas suyas. Decir que me dio vergüenza fue poco y me reí nervioso, me tomé un trago largo de Coca Cola y ella me preguntó:

—¿Y qué sentiste? —Ahora tenía toda su atención volcada en mí—. Digo... al verla de nuevo. —No sé qué percibí en el semblante de Kate, pero inseguridad no fue ni un poco. Tal vez fue mi respuesta rápida y contundente o el hecho de que a una mujer como Kate no le intimidaría Sara en lo absoluto.

—Absolutamente nada. —Entonces me sonrió y después de alargar su brazo para darme una palmadita en el hombro, me dijo:

—¡Has crecido! —Entendí también la ironía que se colaba en esas palabras. Después de nuestra comida en la madrugada la acompañé hasta la puerta de su apartamento donde, después de abrir, se giró hacia mí y me miró a los ojos para preguntarme:

—¿Eso contó como cena o desayuno?

—Puede ser desayuno, no pienso despertar hasta el mediodía.

—¡Uh! Yo tengo que trabajar mañana.

—Lo siento tanto por ti. —Kate me sonrió. Y no me percaté de su siguiente acto hasta que tenía sus manos sosteniendo mi rostro y sus labios sobre los míos. No supe como corresponder de inmediato porque aquello me había tomado por sorpresa y así de rápido como los labios de Kate se adhirieron a los míos, también se alejó de mí cuando yo no había terminado de asimilarlo todavía. Cuando eso sucedió la miré con una sonrisa y me atreví a preguntarle de manera irónica:

—Espera, no sabía que Margaret nos estaba viendo.

Y las comisuras de sus labios se curvaron hasta que soltó una carcajada. Una que me contagió a mí y tomé su rostro con ambas manos para deleitarme en esos labios de nuevo, uno por uno, sin prisa... no sabía cómo iba a verla a los ojos la próxima vez que nos encontráramos pero en ese momento me estaba importando poco. Cada beso de la boca de Kate valía tanto la pena y fue tanta la comodidad que sentí cuando sus brazos se envolvieron en mi cuello que yo llevé los míos alrededor de su cintura.

—Buenas noches, Roger. —Me dijo, cuando se separó de mí. Pero entonces, volvió a besarme y estuvimos así, entre Buenas noches y besos, por varios minutos, hasta que finalmente entró a su apartamento y antes de cerrar la puerta me dio un adiós con su mano.

—Buenas noches, Kate.

Está demás decir que no logré dormir absolutamente nada y ahora estoy aquí, considerando la opción de inyectarme café directamente en las venas.

Cuando logré conciliar el sueño finalmente ya estaba amaneciendo y de inmediato mi teléfono celular sonó causándome un susto de muerte. Eran las seis de la mañana ¡Las seis de la mañana! Y era domingo. ¿Quién diablos está despierto un domingo a las seis de la mañana?

Por supuesto, mi madre.

Cuando vi el aparato tuve que parpadear varias veces y cuando iba a contestarle, la llamada se terminó y tiré el aparato sobre mi cama. Me puse la almohada sobre el rostro dispuesto a volver a lo que estaba cuando el aparato sonó de nuevo y solté una maldición por mi brutal suerte. Tal vez aquello era una emergencia, entonces tomé el celular y me senté sobre el borde de mi cama, me aclaré la vista y con el entrecejo levemente fruncido descolgué:

—¿Mamá? ¿Qué sucede?

Se escuchaba un ruido de fondo, también sirenas y yo comencé a imaginar cualquier tipo de

escena nada buena dentro de mi cabeza.

—¿Roger? ¡Por Dios! ¡Tengo como cinco horas llamándote!

—Mamá ¡Son las seis de la mañana y es domingo! ¿Cómo es posible que hayas estado llamándome desde hace cinco horas?

—Roger ¿Estás tú saliendo con alguien y no me habías dicho? —Oh Dios, algo que pasé por alto fue el hecho de que tenía a mi madre de amiga en Facebook. Pero vale, en mi defensa, ella ni siquiera entraba a aquella bendita red social porque decía que era una completa pérdida de tiempo. Supongo que ya había visto mis fotos, todas las que compartí de la noche anterior y en una de ellas estoy con Kate besándome la mejilla—. ¿Por qué soy la última en enterarme de todo?

—¿Qué... —Miré mi despertador sobre la mesa de noche y me percaté que todavía eran las seis menos cuarto—. Mamá ¡Todavía son las cinco de la mañana!

—Roger ¿Estás o no saliendo con alguien?

—No estoy saliendo con nadie... ¿Cómo diablos...? ¿No decías que las redes sociales son una completa pérdida de tiempo?

—¿Qué redes sociales y qué nada! Sara acaba de llamar para preguntarme si yo conocía a tu nueva novia... —Vale, me quedé callado. ¿Qué diablos...? Por un momento pensé que había escuchado mal, hasta que ella volvió a hablarme—. Espera... ¿Compartes en redes sociales que sales con alguien y no se lo cuentas a tu madre?

—¿Sara te llamó solo para preguntarte eso?

—¿Y sabes? Yo no sabía nada ¿Qué le iba a decir? Ni siquiera la habías mencionado nunca. Tuve que decirle que sí la conocía, que es una chica muy bonita y dulce ¡Ni siquiera sé si es bonita o si es dulce al menos!

—¿Y te llamó solo para eso?

—No, primero comenzó con pláticas... ya sabes, que cómo estabas tú... bla bla... le pregunté por qué no te lo preguntaba ella... bla bla... me dijo que tú no le contestas las llamadas... bla bla... después poco a poco soltó la bomba y digo la bomba porque yo ni enterada Roger. Entiendo que seas completamente independiente y que tengas tu vida aparte ¿Pero por qué...

—Kate es mi amiga nada más.

—¿La doctora se llama Kate?

—¿Sabes que es doctora?

—Sara lo mencionó. —Oh, genial, eso es lo único que pude decirme dentro de mi cabeza «Genial». Esta situación sí que me superaba en serio. Me puse la mano sobre la frente y después la pasé por mi cara para despejar la frustración—. ¿Pero por qué no le contestas las llamadas a Sara? Según acordaron terminar en buenas términos ¿No es así? Entiendo que las cosas entre ustedes se hayan terminado hace mucho, pero ignorarla solo porque sales con una doctora graduada en Harvard.

—Por Dios ¿Qué? —Vale, alto al mundo. Seguía creyendo que no había entendido muy bien o no capté como debería. Entonces solté una carcajada por lo irónico que me sonó todo esto.

—Todavía no entiendo por qué acabaste tu relación con Sara... es una mujer tan preocupada por ti y tu bienestar Roger, solo quiere saber cómo estás, no tienes porqué ser tan duro con ella.

—Santo cielo. ¿Ella te dijo todo eso?

—¿Por qué le haces eso Roger? No fue la forma que yo te crie. Sara es...

—Mamá... —Le corté, cuando la escuché dispuesta a continuar con aquello que estaba logrando molestarme en serio—. Sara me dejó hace tres semanas por ese sujeto millonario con el

que va a casarse. Solo pasaron días para que anunciaran a todo el mundo que se habían comprometido. La escuché decir que se había acostado con ese tipo un año antes, cuando ella estaba todavía conmigo. ¿En serio crees que es esa persona que dices tú conocer?

No la culpo, ni siquiera yo creí que Sara resultaría ser tan ruin.

Silencio del otro lado, por un momento temí que haya sido un mal momento. No es como que haya sido una gran noticia tampoco, ni siquiera le caía muy bien. La toleraba, como ella me dijo, pero poco a poco comenzaron a llevarse mejor aunque nunca Sara fue de sus personas favoritas.

—¿Sabes? Me está llamando de nuevo. —Me dijo finalmente aclarándose la garganta—. Disculpame, tengo mucho que decirle...

—Mamá... no vayas a...

Y colgó. Genial. Me arrepentí de haberle contado todo y cuando intenté regresarle la llamada lo hice sin éxito. Solté un suspiro y me pasé las manos por la cara repetidas veces. Me di cuenta que entre mis mensajes no leídos tenía uno de Linda y también uno de Kate. Obviamente, corrí al de Kate antes que cualquier otro y leí ahí el texto:

De: Kate.

Buenos días, guapo.

Quiero verte.

Olvidé toda la conversación con mi madre y me concentré en las palabras de Kate. No voy a mentir que pensé mucho mi respuesta y tecleé ahí lo mismo que se me había ocurrido desde que vi su texto, lo borré un par de veces y volví a escribirlo hasta que finalmente terminé por enviárselo:

Para: Kate

Yo igual.

Lo dejé así, aunque quise escribirle más preferí dejarlo así porque tampoco quería parecer uno de esos tipos desesperados, de los que ahuyentan a las chicas. Me fui directo al mensaje que me dejó su amiga y sus palabras fueron:

De: Linda.

¿Quieres ir a la playa? ¿Sol, bikinis, cerveza, música?

Sabía que ya después de esto no iba a poder dormir del todo, pero tampoco se me antojaban esas cosas que ella mencionaba.

Para: Linda

Para nada.

Su respuesta me llegó casi de inmediato:

De: Linda

Kate va a estar aquí.

Me estaba comenzando a dar cuenta que últimamente para todo aquello que implicara una salida a la que sabían que yo no asistiría, mencionaban a Kate. Iba a dejarle un mensaje, pero entonces, la doctora me envió otro texto. Uno que mencionaba la fiesta en la casa de playa que Linda acababa de comprar, le pregunté si la había robado de algún ataque cibernético y después de eso me envió unos emoticones de risa pero agregó que una empresa importante había comprado una aplicación creada por su amiga y, bueno, se lo gastó todo en una bonita casa en la playa.

¡Vaya! Eso fue lo único que se me ocurrió contestar. Estoy en un punto de mi vida donde solo conozco gente exitosa y yo, bueno, intento de escritor. Era lo único que lograba bajarme el autoestima, ni siquiera eran los tipos de las revistas, ni los cuerpos musculosos, ni los ojos azules de Van Brouwer. Simplemente, eran las personas jóvenes y exitosas que conocía últimamente,

así que cambié de tema y le dije a Kate que iba a llegar por ella a la hora de almuerzo pero entonces me recordó el pequeño asunto de su auto y me di cuenta que era mejor cuando Kate no tenía uno. Igualmente, cuando se hizo la hora del almuerzo conduje hasta el hospital y la esperé ahí en el parking hasta que me dijo que podía pasar a su oficina.

Siento sus brazos rodearme por la espalda cuando estoy concentrado una vez más en aquella cantidad de títulos en la pared cerca de su escritorio. Cuatro posgrados... nada más —eso último lo digo con ironía—. Veintiséis diplomas de otras cosas. Reconocimientos de voluntariado en Siria, África y Afganistán. También fotografías que no había visualizado antes sobre visitas a lugares más vulnerables, otras que parecen ser en este hospital, dando conferencias, un reconocimiento por la universidad de Oxford... Inglaterra. Oh vaya.

—¿Cómo es posible que a esta edad hayas hecho todo esto? —Le pregunto, cuando he postrado mis manos sobre las suyas una vez que descansan sobre mi abdomen—. ¿Cuántas vidas te ha tomado? —pregunto con burla.

—Puedo decir que he aprovechado bien esta.

—¿No eres *Carlisle Cullen*, verdad?

—Déjame ver. —Se separa de mí y cuando me giro un tanto curioso, su siguiente acto me toma por sorpresa. Se toma la goma del pantalón azul y tira de él para mirar dentro donde están sus partes íntimas—. No, creo que no lo soy.

Aprieto mis labios para no soltar una carcajada pero igual, no me es imposible. Siento que Kate me supera en todos los aspectos en realidad. No sé si es por la forma irónica que habla o porque hace las cosas con una extrema seriedad que hasta me confunde. Siento que no puedo con ella. Es como si Kate ha sido estratégicamente puesta en mi vida para hacerme ver las cosas de otra forma en mis peores momentos.

—De acuerdo. —No voy a mentir que verla otra vez me provoca una sensación abrumadora y no sé cómo proceder ahora, me refiero a... después de los besos de ayer. ¿Me acerco a sus labios? ¿Tal vez solo un abrazo es suficiente? Por Dios, es que soy tan nuevo en esto que lo único que se me ocurre decir es:

—Te traje comida. —Kate me mira y enarca una ceja. Tomo la bolsa que había puesto sobre uno de los sillones de cuero y saco de ahí lo que había traído para ella. Sé cuánto le gusta la pasta y después de que me dijo que solo atendería una emergencia, *hace un par de horas precisamente*, conduje hasta su restaurante italiano favorito, el que está cerca de su apartamento y le traje eso específicamente—. Es pasta, del restaurante italiano que tanto te gusta.

Sus ojos se agrandan con sorpresa y después mira la bolsa que le estoy extendiendo:

—Oh por Dios, gracias. No... no tenías que hacerlo, Roger.

—Quería hacerlo, está bien. —Le doy una pequeña sonrisa tranquilizadora al mismo tiempo que toma el paquete en sus manos—. También traje rollos de canela. No sé si son tus favoritos pero quise buscar un postre que no tuviera merengue y me lo embarraras en la cara.

Kate suelta una risotada y me mira con una expresión divertida al mismo tiempo que se lleva uno de los rollos de canela a la boca. Me dice que está corta de tiempo y yo menciono que no me importa comer aquí en su oficina siempre y cuando sea con ella. No sé de donde me salió decirle eso, pero ella me devolvió una sonrisa simpática y no me importó esperarla otras dos horas, hubiese deseado que se quedara más tiempo para no tener que ir a la casa de Linda cuando la escuché decir a todos sus amigos: «Chicos, él es mi amigo, Roger. Es modelo»

Los saludé incómodo después de esa presentación y es que para ser Linda una experta hacker es una mujer bastante popular y simpática. Siempre me imaginé a estas personas del tipo que se encierran en casa, no tienen amigos y nunca salen de su habitación, pero me equivoqué. Así

como también me he equivocado con la mayoría de personas que me rodean.

—Roger ¿Puedes ponerme un poco en la espalda? —Me pregunta Kate, me extiende algo que asumo es un protector solar y le digo que sí cuando ella se ubica en frente. Estoy sobre una de las sillas playeras que está frente a una piscina —*porque la casa también tiene una*— meditando sobre el porqué no debí haber venido. Pero entonces, se sentó a mi lado y me hizo esa petición. Kate lleva un top que deja a la vista parte de su abdomen plano y espalda, también está usando un short que me deja apreciar esas largas y tonificadas piernas de cerca. Por mi parte, yo ni siquiera me he cambiado de ropa. Doy un vistazo alrededor y yo soy el único que parece un nerd aquí, con una camiseta de *Games of Thrones* y, al menos, llevo pantalones cortos que por algún motivo tenía dentro de mi auto.

Vierdo un poco del líquido sobre mis dedos cuando me acomodo mejor para esparcir el protector solar sobre su espalda. Llego hasta la mitad, pero ella me pide que lo haga por debajo del borde del short en sus caderas. Le vuelvo a preguntar si está segura y de nuevo me dice que sí con una sonrisa.

—Lo siento. —Le digo, cuando mis manos van por su espalda baja, dejando una buena capa del protector como ella me dijo y siento que he rozado su ropa interior.

—¿Te estás disculpando por tocarme la espalda? —Suelta una risita. Vale, que así suena ridículo. Me disculpo por la zona que estoy tocando en realidad. Agradezco cuando cambia de tema y me pregunta—: ¿Quieres irte a casa, cierto?

—¿Puedo?

—Si te quitaras la camiseta y bailaras un poco no te aburrirías en una fiesta —Me dice. Entonces, se gira hacia mí y toma el borde de mi camiseta para tirar de ella hacia arriba. Hago resistencia, primero porque no entiendo que está haciendo y después porque entiendo qué está haciendo—. Vamos.

—No. —Me río un poco—. Olvídalo.

Pero entonces, entre forcejeos termino cediendo. No sé si fue sentir sus manos sobre mi torso o el hecho de que está a horcajadas sobre mí intentándome desvestirme. Toma el protector solar y después de dejar caer un poco en sus manos, las frota y me las pasa por el abdomen. Debí haber seguido las dietas extremas de Simon y sus entrenamientos intensos, ahora tuviera un abdomen de acero que mereciera ser tocado de esa forma.

—Solo querías tocarme. ¿Verdad? —Entonces, Kate me guiñó un ojo. Algo que ya sabía qué significaba y entonces me reí, solo hicimos contacto visual por un momento y justo en ese instante se puso de pie y me pidió girarme, me senté a su lado con mi espalda frente a ella y solamente sentí sus piernas acomodándose a cada uno de mis costados y acto seguido, sus manos sobre mi espalda—. Prometo volver temprano si tú prometes que continuaremos mis clases de Jiu Jitsu.

Me giro, le devuelvo una sonrisa y le agrega:

—Y si te tomas al menos una cerveza.

Se pone de pie, pero sin esperar mi respuesta se aleja en dirección al mini bar que también ha instalado Linda aquí. Me quedo viendo a Kate, tal vez más tiempo del que debería, quizás un buen rato más del que alguna vez yo me haya tomado en ver a una mujer, pero es que Kate es tan sensual sin pretenderlo y yo nunca siquiera he mencionado la palabra «sensual» para referirme a una mujer.

Es en ese momento que escucho a alguien aclarándose la garganta y cuando levanto la mirada, Linda está ahí, extendiéndome una bebida roja en una copa. Voy a decirle que yo no tomo, pero entonces ella mira en dirección donde mis ojos estaban puestos y suelta una pequeña

risa que me hace entender todas las cosas que no se atreve a decirme pero tampoco le faltan ganas. Tomo la copa sin saber qué hacer y ella se aleja nada más... con una sonrisa en la boca... con un gesto diabólico que me dice que irá a comentárselo a Kate.

En fin, cuando Kate volvió yo ya me había tomado la bebida que Linda me ofreció, que para mi sorpresa, no tenía alcohol. Linda debió saberlo, intuirlo, averiguarlo, no lo sé... pero le agradecí por respetarlo. La cerveza que Kate me llevó me la tomé en todo el camino de regreso a casa... al apartamento de Kate más específicamente. Ella condujo, así que pude relajarme... bueno, no tanto... porque se encargó de jugar con las velocidades y conmigo durante todo el recorrido.

Cuando llegamos a su apartamento, lo primero que hace es quitarse los zapatos. Lleva la misma ropa: El top de color beige y los pantalones cortos de color blanco. Camina hacia la cocina mientras habla por teléfono con quién asumo es su madre, mucho más cuando suelta una risa y dice: «Sí, él está aquí».

Sinceramente, no quiero saber qué es eso de mí que están hablando.

Estoy dejando la lata de cerveza dentro del refrigerador de Kate, todavía sobra la mitad y le dije que pensaba guardarla para más tarde. En ese momento me percaté que se está quedando sin comida y pienso que no sería una mala idea ayudarle a hacer algunas compras tal vez mañana temprano.

Cuando cuelga la llamada y se acerca, me dice que no le ha dado tiempo de ir al supermercado, no le digo nada porque sé que si me ofrezco a ir por ella no va a permitirlo. Estoy tomando una botella con agua cuando siento que ella se cuelga de mi cuello provocando que escupa el agua de regreso en el envase.

—A ver... ¿Qué estás haciendo? —Pregunto entre risas. Fue mala idea enseñarle artes marciales a Kate y se lo he dicho cada vez que me hace cosas que yo mismo le enseñé, como una llave en el brazo —*por ejemplo*—. De haber sabido que iba a ser usado en mi contra, estas clases nunca hubiesen ocurrido—. ¿Qué es esto?

—Defiéndete.

—¿Estás segura? —Sin escuchar su respuesta, tomo su brazo y le doy una vuelta completa hasta que ella queda completamente de espaldas hacia mí. La inmovilizo contra mi cuerpo, por supuesto que nunca hago nada que pueda lastimarla, sin embargo, siempre se queja y he comprendido que lo hace a propósito para hacerme soltar mi agarre y poder alejarse de mí para atacarme de nuevo.

Vuelvo a defenderme, nunca este tipo de clases fueron tan divertidas como lo son con Kate. Se ríe a carcajadas todas las veces que la inmovilizo provocándome una sonrisa y cuando la dejo contra la pared con mi mano sobre su cuello, le pregunto:

—Bien, ¿Cómo te defenderías en este caso? —Intenta forcejear conmigo, pero le es inútil. No es la forma correcta que lo hace y ella lo sabe por mucho que intenta soltarse sin éxito—. Estás perdiendo energías.

—Bien, me rindo. —Le regalo una sonrisa y entonces, comienzo a explicarle como tiene que hacerlo paso a paso—. Ya sabes, usas tu pierna, la fuerza de todo tu torso y golpeas con fuerza mi antebrazo con tu mano derecha. Recuerda que es más fácil ir en contra del dedo pulgar y no el resto de los cuatro dedos. —Señalo mi mano, haciendo referencia a la posición que mis dedos están y presiono con un poco más de fuerza pero no lo suficiente para hacerle algún daño—. Vamos, uno, dos, tres...

Y lo hace, con éxito. Practicamos unas tres veces más hasta que vuelve a usar la llave de brazo que le enseñé en mi contra, pero no es todo, también lo hace con mi cuello debajo de su

antebrazo. Cuando me defiende terminamos en el suelo, aprovecha mis risas para ubicarse a horcajadas sobre mí para inmovilizarme cuando yo estoy sentado recostando mi espalda sobre la pared del desayunador.

—Estás aprendiendo. No sé si reír o llorar. —Le digo hiperventilando, ella suelta una risotada y deja caer su rostro sobre mi hombro buscando controlar su respiración también. Cuando se endereza de nuevo y abro los ojos, me encuentro con ese rostro tan hermoso y sin querer hago un fuerte contacto visual con ese atractivo par de ojos verdes.

Soy consciente cuando Kate se va acercando a mis labios, sin previo aviso, sin una advertencia antes. Acapara mi labio inferior con los suyos y comienza a besarme de una manera tan especial, tan suave y delicada que me eriza todos los vellos del cuerpo.

Siento como una corriente eléctrica me recorre toda la columna vertebral y cuando me separo un poco para ponerme de pie e intentar contrarrestar mis hormonas, voy a decir algo pero antes de que cualquier cosa salga de mi boca, ella me toma la barbilla y de nuevo, comienza a besarme otra vez.

En esta ocasión el beso es más pasional, salvaje, más *demandante*... no sé cómo llamarle siquiera y presiento que si esto continúa voy a perder el raciocinio bastante rápido, Kate está sobre mí, besándome de esta forma, enredando sus dedos entre mi cabello. Envuelvo mis brazos alrededor de su cintura y sin pensarlo mucho la atraigo a mí, la estrujo contra mi cuerpo, ni siquiera me importa que sienta lo duro que me está poniendo, no me importa siquiera que sienta mi erección sobre su entrepierna. Ella no parece ponerle mente del todo e incluso se acomoda mejor para sentirme a plenitud y se mueve sobre mí provocando que el corazón me palpite sin control. «Deberías parar» me grita mi subconsciente, pero Kate no está dispuesta a dejarme ir, lo sé por la forma que me está aferrando a su cuerpo, por la manera que me está besando y está pasando sus manos sobre mi torso. Yo a este punto tampoco quiero que se separe.

Me olvido incluso de quién soy en el momento justo que su mano se cuela dentro de mi pantalón, acariciando mi creciente entrepierna, besándome el cuello, la barbilla, la cara. Entonces baja más y siento la calidez de su boca envolverme el miembro por completo, sus movimientos me dan una sensación placentera, Dios, ahora pasa su lengua por la cabeza y un gemido se escapa cuando me lleva hasta el fondo de su garganta una y otra vez. Joder. Ni siquiera soy consciente cuando sus labios vuelven a mi boca y sus manos continúan acariciándome el miembro. La sostengo con fuerza por la cintura y hago que quede debajo de mí con su espalda sobre la alfombra, le quito la blusa, con una mano me deshago de sus shorts y con la otra deslizo sus bragas hacia abajo. Vuelvo a devorarle los labios una vez más. Me deshago de su sostén y miro el par de pechos perfectos que quedan frente a mí. Mi boca prueba uno de ellos, el gemido de Kate me pone todavía más duro y le devuelvo el favor de jugar con su entrada usando mi lengua. Se abre más para mí y esa forma de gemir me encanta, es que tiene una voz suave y delicada. Es Kate quién me quita la camiseta a mí y yo me deshago del resto de mi ropa.

Tomo mi billetera y busco un preservativo de lo que él mismo me regaló, por primera vez en la vida agradezco algo que el idiota ese haya hecho, pero entonces Kate me lo quita de las manos y dice:

—Uso anticonceptivos y no pareces alguien que tenga una ETS.

No estoy en mis facultades mentales para responder y me vuelve a besar tomándome la cara con ambas manos y hace que nos giremos para ella quedar sobre mí. Entonces lo hace, yo paso mis manos de sus piernas hasta su cintura y es ella quién guía mi miembro a su entrada. Su interior me comienza a envolver completo y comienza a moverse de arriba abajo con una delicadeza que me da escalofríos.

Kate parece una diosa. La tenue luz del atardecer la ilumina y pareciera que su piel está brillando. Tiene los pechos perfectos, una cintura pequeña, el cabello le cae a cada lado de la cara, tiene los ojos cerrados y sus pechos comienzan a moverse a medida que va aumentando el ritmo. Definitivamente, aquí se esfuma cualquier cordura que me queda. Siento que estoy a punto de volverme loco con el placer que la fricción que su interior me está proporcionando por esos movimientos. Cuando su ritmo se vuelve intenso, salvaje... estoy completamente perdido, la sostengo fuerza con mis brazos para girarme sin salir de ella. Comienzo a besarla cuando la tengo debajo de mí y lo siguiente soy yo moviéndome sobre ella, devorándole el cuello, la barbilla, volviendo a los labios, ahogando sus gemidos en mi boca.

A medida que me acerco al clímax, mis movimientos son más vehementes. Soy consciente que ha alcanzado el orgasmo por la forma que me hace vibrar y me estruja entre sus brazos. No tardo mucho en sentir como la sensación entera de placer me sacude por dentro y siento que exploto. Mi corazón está lo suficientemente acelerado como para creer que quiere hacerse un hueco en mi pecho y salir corriendo. Es hasta ese momento de lucidez que soy plenamente consciente... que acabo de acostarme con Kate y que lo acabamos de hacer sobre la alfombra.

Descanso mi rostro en el hueco de su mandíbula. Todavía no salgo de su interior porque temo que cualquier movimiento vaya a provocar tener que vernos a los ojos y enfrentar lo que acaba de pasar. Casi estoy seguro que esto va a cambiar algo entre nosotros dos y no quisiera perder una amiga como Kate. Pero es entonces, cuando estoy intentando recuperar el aliento para enfrentarme a lo que sea que venga ahora es que la escucho decir:

—¡Vaya! Y yo que creí que eras de esos románticos que hacían el amor... —Entonces, de inmediato le tapo la boca con mi mano para evitar escuchar el resto.

—No, no digas nada.

Suelta una risa, una de esas que me contagian y termino carcajeándome con ella.

Capítulo 30

Al día siguiente despierto con un terrible dolor de espalda.

Arrugo mi entrecejo y me obligo a girar sobre mi torso cuando siento que tengo todo mi peso recargado sobre mi brazo derecho, solo ese pequeño movimiento me advierte que me duele el cuerpo y siento que un leve hormigueo se extiende desde mi hombro hasta las uñas indicándome que finalmente me comienza a llegar la sangre hasta los dedos. Es en ese momento, cuando intento abrir los ojos que la luz me golpea con fuerza y caigo en cuenta que esta no es mi habitación y, definitivamente, esta no es mi cama.

Cierro los ojos otra vez y parpadeo para adaptarme poco a poco a esa claridad que proviene de la ventana, en mi habitación hay cortinas oscuras porque despertar de esta forma no es precisamente una de mis actividades favoritas, me provoca ponerme la almohada sobre la cara pero al recordar el propósito por el que estoy aquí, en un lugar que no es el mío y un olor que definitivamente no me pertenece, me quedo viendo el techo, después la ventana y por último, a mi lado, la cabellera negra de Kate que yace tendida sobre la sábana blanca. Ella está de espaldas a mí, puedo ver además parte de la piel tersa de su espalda e inconscientemente mi cerebro comienza a proyectar como un gif todas las imágenes de la noche anterior.

Me paso ambas manos por el rostro para intentar despejarme de esos pensamientos inoportunos porque mi parte racional no puede dejar de pensar en tres cosas: 1. ¿Qué procede ahora? 2. ¿Cómo voy a poder verla a los ojos cuando se despierte? 3. ¿Es conveniente nada más ignorarlo y seguir con nuestras vidas? Y tengo que agregarle una número 4. ¿Qué va a hacer ella?

Creo que mejor voy a esperar a tener una respuesta a esta última.

Me doy cuenta que estoy pensando demasiado, pero nunca antes he estado en una situación similar y no sé qué continúa, siempre he sido una persona que no piensa con la otra cabeza aunque ayer hubiera demostrado lo contrario. Quise aclarárselo a Kate, cuando estaba buscando mi ropa para vestirme y le dije:

—Escúchame, yo no soy así de acuerdo... no sé qué ser acaba de poseerme. —No la miré cuando hablé y aunque no pretendía que aquello sonara gracioso al parecer sí lo había sido. Kate soltó una carcajada y me sonrió aunque no pareció importarle mis palabras.

—Pues, tengo que agradecerle a ese ser entonces. —Y me guiñó un ojo, intenté no concentrarme en el hecho de que solo se había puesto las bragas y se había girado mientras se amarraba el cabello en una coleta—. ¿Recuerdas lo que te dije? Que te llevaría a mi cama cuando quisiera. —Entonces, me di cuenta y creo que bastante tarde, que es muy probable que toda la insistencia por traerme aquí tenía un detrás un propósito.

Definitivamente, nunca volvería a ver las clases de Jiu Jitsu de la misma forma.

—Pero no me tienes en tu cama. —Le dije, con tono retador, victorioso y con cierta picardía. Entonces giró sobre sus talones con una mirada maliciosa, me sonrió de nuevo y le agregó:

—No por mucho tiempo.

Y sí, al final, sí acabé en su cama.

Me quito las manos de la cara para ver mi reloj, aunque primero estoy desorientado no tardo mucho en recordar que hoy es lunes y... ¡Santa mierda! Son las ocho menos cuarto y yo debería estar camino a mi trabajo. Margaret va a matarme, principalmente, por la reunión que me avisó desde el viernes que tendríamos a las nueve en punto el día de hoy. Tengo que ir hasta mi

apartamento porque no tengo nada con qué vestirme aquí y solo ese recorrido más el que me llevo hasta las oficinas suman más de treinta minutos.

Definitivamente, hoy van a despedirme.

Me pongo de pie de un salto al mismo tiempo que busco mi ropa como loco por toda la habitación, hay prendas en el suelo, precisamente porque en algún momento de pérdida de cordura tropecé contra el cesto de ropa sucia, me golpeé el dedo pequeño del pie y definitivamente me di cuenta que yo estoy destinado a arruinarlo todo.

Llevo ropa interior nada más y lo único que logro divisar aquí son mis zapatos. Es muy probable que Kate también esté tarde, aunque sus horarios son impredecibles siento que no estaría bien si no la despierto solo para confirmarlo, Kate es del tipo de persona responsable que estoy seguro no olvidaría poner el despertador, pero bueno, yo tampoco pero ayer incluso hasta me había olvidado de mi existencia.

Me acerco a ella y me siento sobre el borde de la cama, pienso un par de minutos como voy a hacerlo, qué voy a decirle, intento tocarle el brazo pero me detengo, tal vez debería acariciarle el cabello, o tal vez la mejilla, recuerdo que estoy perdiendo parte de mi tiempo decidiéndome sobre una tontería y antes de que pueda hacer algo, ella abre los ojos.

Parpadea un par de veces y se gira hasta quedar bocarriba, se frota los ojos y en ese momento me enfoca a mí ¿He mencionado que sus ojos son usualmente de un verde mucho más pálido al amanecer? Acabo de confirmarlo.

—Son casi las ocho de la mañana. —Le digo. Me esboza una sonrisa que se me hace tan dulce y adorable en partes iguales.

—Vaya, esa es la frase más romántica con la que me hayan dado los buenos días alguna vez. —La escucho decir. Entonces me río un poco y dejo de verle los ojos cuando hacemos contacto visual para concentrarme en mi zapato. En realidad es porque estoy un tanto avergonzado y no puedo dejar de pensar en...—. Espera... ¿Las ocho de la mañana?

—Sí ¿Tenías que ir al hospital? —No he ni siquiera terminado la pregunta cuando ella se está poniendo de pie de un salto. Está en bragas, de encaje fino, color negro, contrasta con su piel y le combina con el cabello, toma una blusa del primer cajón de ropa y yo me obligo a mirar a otro lado porque... bueno... no ayuda a mi estado en lo absoluto—: Oye, en realidad son casi las ocho con treinta, tu reloj debe haberse averiado.

Y miro mi reloj de nuevo, no se ha movido desde que lo vi por última vez y ya deberían haber pasado algunos minutos, sí está dañado y lo ha hecho en el peor momento. De acuerdo, ahora sí es hora de entrar en pánico. Me pongo de pie alarmado y busco lo que llevaba puesto ayer por todos lados, tomo un vaquero que me encuentro y me doy cuenta que ni siquiera me pasa del pie, tiro de él con fuerza pero nada más logra engancharse en mi talón.

—¿Qué... qué estás haciendo? Estoy casi segura que no llevabas eso ayer. —Kate me pregunta soltando una risa. Entonces la miro a ella interrogante y me dice—: Ese pantalón es mío.

Y miro la prenda, tiene una flor bordada en el bolsillo.

—¿Qué? ¡Oh mierda! —Suelta una carcajada e intento sacarme el pantalón pero ahora no puedo.

—Dejaste tu ropa en algún lado de la sala. —Ahora que lo recuerdo mejor, llevaba el maldito short con flores tropicales. El pantalón se ha trabado en mi tobillo y cuando intento tirar de él no cede en ningún momento. Kate tiene que ayudarme y después somos los dos tirando de la bendita prenda que se ha quedado atorada en mi pie, creo que tal vez es la rapidez por la hora, pero esto es una escena bastante cómica en realidad.

Terminamos en el suelo, riéndonos a carcajadas por el bendito pantalón que tuvimos que cortar con tijeras para poder zafarlo, le había arruinado una pieza de ropa a Kate y le prometí que iba a compensárselo y entonces me dijo:

—No te preocupes, después de todo eso que hiciste anoche puedes arruinarme toda la ropa y no me importaría...

—No... —Le tapé la boca de nuevo, porque definitivamente no quiero comentarios respecto a eso.

Cuando estoy llegando al edificio son las nueve y quince minutos. Estoy tarde, jadeando, con gafas de sol porque apenas había dormido y aquello se sentía como la resaca misma, ni siquiera había podido parar en el Starbucks de la esquina, necesito un café bien cargado para terminar de despertarme correctamente o algo que me llene mi pobre estómago vacío y para mi mala suerte, cuando estoy llegando al elevador pensando en escaparme para ir a comprar algo: Margaret está ahí.

Ella me da un vistazo nada más, uno corto pero nada amable vistazo aunque puedo asegurar que también está llegando tarde. Espero esa reprimenda suya, pero en su lugar, para mi sorpresa lo primero que me dice es:

—Ni te apures, Koen Van Brouwer todavía no llega. Debe estar muy ocupado. —Un tanto desconcertado arrugo mi entrecejo y le doy un asentimiento, no digo nada. Ella continúa ojeando su Tablet y yo sigo esperando su típico: «Llegas tarde»— Llegas tarde.

Ahí está.

Pero no me riñe esas palabras, tampoco me está viendo de mala gana y no le sigue un mal gesto. Tal vez sea porque se nota a leguas que me había atravesado todo el parking corriendo por nada.

—Por cierto... —habla, dejando el aparato dentro de su bolso—. No publicaremos el artículo sobre cómo conseguir un ligue de una noche este mes.

Aquí cobra fuerza lo dicho por ella misma en el video que Linda me envió, Margaret me había otorgado ese artículo por el mero propósito de tener un motivo para despedirme. El maldito artículo por el que trasnoché y me llevé horas editando, todo mi esfuerzo había sido en vano. Respiré hondo y entonces, contra toda fuerza de voluntad le digo a Margaret que no hay problema, pero le agrego:

—¿Y cuál es el motivo? —Finjo inocencia, como si nunca la escuché decir cuál era su objetivo.

—El otro mes ya estaría bajo el mando de los Van Brouwer. —Finjo ponerle atención y que la plática está interesante, aunque mi mente se ha quedado trabada en: No publicaremos el artículo. Y yo solo tenga ganas de lanzar a Margaret por la ventana—. Ellos van a decidir si quieren publicar el artículo. Aunque no lo creo, Koen no es de ese tipo de hombre que se interese por los ligues, no es muy probable que quiera lanzar la primera edición bajo su sello con ese artículo específicamente. Pero enhorabuena porque hiciste un excelente trabajo, hasta Sara se sorprendió.

Levanto la mirada y la veo, lo sabía, sabía ya que eso era lo que pensaba hacer desde el minuto uno. Aprieto mis labios para evitar decirle todas las cosas que se me pasan por la mente y en lugar de eso prefiero guardar la calma y continuar con mi indiferencia. La dejo terminar de hablar aunque la sangre me hierve y el pulso se incrementa detrás de mis orejas, las puertas del elevador se abren y pienso seriamente si subir con ella.

—No le parecías de ese tipo de hombre capaz de tener un ligue de una noche. Al parecer, ni siquiera ella con quién estuviste por cinco años te ha podido conocer a plenitud. ¿Has tenido tus

cuantos ligues, cierto? —Y yo me río con ironía ¡Claro! ¡Porque yo tengo ganas de contagiarme de una enfermedad de transmisión sexual en una discoteca! Obviamente, eso es sarcasmo.

—Stephen King escribe sobre payasos asesinos y eso no significa que él sea uno, Margaret. —Doy un paso al frente y toco el botón de nuestro piso, la jefa dragón se ha quedado callada y cuando me giro observo al sujeto que me devuelve el reflejo del metal del ascensor, no me había dado tiempo de arreglarme el cabello y se había secado sin ningún orden en todo el camino hacia mi trabajo. Me saco las gafas y comienzo a intentar peinarme con los dedos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Escucho a Margaret a la par mía. Quiero decirle que no, que estamos bien en silencio, pero asiento y me encuentro con su mirada a través de las del reflejo—. Dime la verdad ¿Ya conocías a la doctora desde antes de terminar con Sara?

Ya sé lo que sigue: Buscar la forma de echarme parte de la culpa de la infidelidad de Sara a mí o peor aún, decir que yo fui infiel desde mucho antes.

—No, la conocí días después. ¿Por...? —Finjo no saber su propósito y continúo peinándome el pelo. También me acomodo la camiseta azul de las mangas porque apenas me había vestido cuando llegué a mi apartamento, ahora la ropa incluso comienza a quedarme más ajustada. Mal asunto.

—Porque es muy rápido para que...

—Vamos Margaret... —la interrumpo, con un tono que demuestra lo harto que estoy de estas conversaciones y continúo—: En serio estoy cansado de estas tonterías. Sara tenía razón, un día llega esa persona que en unos pocos días te hace sentir todo aquello que otra no pudo en cinco años. ¿Qué están intentando averiguar? ¿Si yo le fui infiel a Sara? —Le agrego una risa irónica—. Tienes que ser una persona completamente miserable para engañar a la mujer que está compartiendo su vida contigo. Yo no soy ese tipo de ser humano Margaret y eso ya lo sabes.

Hay un silencio después de eso y un corto contacto visual cuando la miro pero de inmediato me concentro en mi reflejo de otra vez, saco mi teléfono celular para tomarme una fotografía, no es que ahora sea un adicto a las selfies pero esta camiseta es de Simon y quiero comparar mi progreso con el suyo usando una fotografía que se tomó en este mismo. A tiempo las puertas se abren y deja a la vista las oficinas de Hombres al poder, tiendo mi mano para que Margaret pase primero y cuando lo hace finalmente yo camino detrás de ella. Lo primero que mis ojos enfocan cuando estoy llegando a mi escritorio es al señor Escribano, parece estar impaciente frente a la oficina de Margaret, algo me dice que no le gusta nada la falta de puntualidad del holandés y la verdad es que Koen nunca llega tarde a ningún lado.

El señor abogado mira a Margaret primero y después me mira a mí, decido pasar de él y dejo caer mi mochila sobre mi escritorio. Me voy directo a la cafetería porque necesito mi buena dosis de café para sobrevivir, no es el mejor pero al menos cumple su propósito de mantenerme despierto. Miro la fotografía que me tomé en el elevador y el resultado me gusta bastante, así que la publico en mis redes sociales.

Estoy subiéndola a mi perfil cuando entro al lugar que funciona como cafetería o lugar de reunión de los trabajadores de este sitio, hay un tv plasma, mesas con sillas, un oasis y varias portadas de la revista colgadas en las paredes. Simon está aquí. Junto a él está una chica que recuerdo haber visto en Recursos Humanos desde la primera vez que yo llegué a este lugar. También me acuerdo que me envió solicitud de amistad a Facebook hace poco, después de tantos años trabajando en el mismo piso, a este tipo de cosas es a las que me refiero, de pronto todos quieren ser parte de mi círculo social y yo no tengo ganas de hacer amistades.

La chica me sonríe y yo no sé cómo corresponder eso siquiera así que hago lo mismo y le agrego un asentimiento al mismo tiempo que Simon extiende su puño en mi dirección y yo choco

mis nudillos contra los suyos en el momento que me dice:

—Roger ¿Ya conoces a Camila? —Tomo un vaso de cartón y la miro a ella. Simon está señalando a la muchacha y cuando le digo que sí —aunque no sabía el nombre voy a admitir— me concentro en la cafetera y presiono el botón para dejar caer un poco del líquido oscuro dentro de mi envase—. Quiere tu número.

—Simon... —Le riñe ella. Para suerte mía estoy de espaldas a ellos cuando Simon dice eso y no son capaces de ver mi gesto—. ¡Vamos!

—¿Qué? —replica él de inmediato. ¿Ya he mencionado esa inocencia con la que responde cuando sabe que la ha cagado? Ahí está de nuevo—. Te dije que iba a preguntárselo y lo estoy haciendo.

—Pero... no... diablos... hablamos después. —Está molesta con Simon puedo percibirlo. Me giro y la observo perderse tras la puerta de la cafetería. Simon se queda viéndola por un largo rato hasta que finalmente se vuelve a mí y no duda en preguntarme:

—¿Se lo doy? Está linda. Es parte de Recursos Humanos y será en algún momento la jefa de ese departamento, según ella misma. A ti te gustan las mujeres empoderadas, así que ahí tienes una.

—No, gracias.

—Yo se lo dije, le advertí que si tenías el número de una modelo y nunca la llamaste, mucho peor que ibas a ponerle atención a ella. Le dije que querías ser sacerdote.

Cierro los ojos un momento intentando encontrar la paz que Simon me roba todas las veces. Mejor continúo en lo que estaba, me giro otra vez para tomar solo una bolsita de azúcar y verterla en mi café porque creo que hoy lo necesito.

—¿Por cierto, donde has estado todos estos días? —Lo escucho decir a mis espaldas, aprovechando que no me mira pienso una excusa rápida pero no se me ocurre nada. Cuando quedo de nuevo frente a él se apresura a preguntar—: ¿Estás saliendo con alguien?

—¿Qué? No. —Me río, no estoy mintiendo, yo no salgo con Kate. Lo que me lleva a preguntarme de nuevo ¿Qué somos ella y yo?

—Pensé que era el motivo por el cual ya no llevas tu cara de culo.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Es un cumplido. Siempre estás de mal humor y mal encarado, es extraño verte como un semblante distinto. ¿Hay algo nuevo? —Vale, Simon solo puede estar bromeando—. Por favor, dime que no volviste con Sara.

—Por supuesto que no, Simon. ¿Estás de mente?

—Esa... —habla, por no decir, grita, señalándome con su dedo índice—. Es la reacción que quería desde el primer día. Te está haciendo bien convertirte en modelo, ir al gym y dedicar tu tiempo a otras personas ¿Ya lo ves? —Abre sus manos en señal de victoria —Estoy tan orgulloso de ti.

Finge lloriquear al mismo tiempo que se acerca y me estruja entre sus brazos.

Prefiero ignorar a Simon, le pido que se separe de mí y cuando finalmente lo hace me concentro en revolver mi café. Un mensaje me llega a mi teléfono celular y lo tomo de la mesa cerca de la cafetera. Es... de Wendy... son dos en realidad y no estoy seguro si leerlo o no, finalmente me decido por darle un vistazo nada más y en su texto están las siguientes palabras:

De: Wendy

Hola Roger ¡Pero qué cambiado estás!

De: Wendy

Haré una fiesta en mi casa este fin de semana, si quieres venir estás invitado. No estará Sara

si así lo deseas, además creo que mi compañía será suficiente ;)

Creo que si el cinismo llevara nombre se llamaría Wendy.

—Por cierto, tienes diez mil seguidores en Instagram. ¿Podemos celebrarlo con una foto tuya en bóxer? —escucho a Simon, arrugo el especio en mi entrecejo y contesto de inmediato:

—¿Qué? Por supuesto que no.

Simon bufa, rueda los ojos y se lleva un trago de café a la boca. Yo estoy eliminando los mensajes de Wendy y cuando regreso al inicio, lo primero que me aparece es una linda fotografía de Kate, es una selfie suya con su barbilla recostada sobre el dorso de su mano, parece ser sobre su escritorio y la luz le da de frente en el rostro enmarcando más esos preciosos ojos verdes.

Voy a comentarle algo, pero entonces una notificación suya aparece, me voy directo al comentario que ha dejado en mi fotografía y sus palabras son exactamente:

«Pareces alguien que tuvo una muy buena noche».

Vale, que su madre está entre mis amistades de Facebook y va a ver estas cosas. Pienso muy bien la respuesta que voy a dejarle y cuando estoy escribiéndolo ni siquiera reparo a revisar lo que tecleé ahí porque lo más seguro es que me arrepienta:

«Parezco alguien de quién se aprovecharon en clases de Jiu Jitsu».

Kate me contesta de inmediato, ni siquiera termino de darle un sorbo a mi café cuando ya tengo ahí entre mis comentarios:

«Pareces alguien a quién no le importó en lo absoluto».

Me río y agradezco que Simon esté tan concentrado en el juego de fútbol que hay en la tv entonces me da tiempo de salir de ahí sin que él me mire el semblante, con mi café en manos me río afuera tranquilo. Le dejo un mensaje privado a Kate, uno que dice lo siguiente:

Para: Katheryn Rinaldi

¡Kate! ¡Tu madre está entre mis amistades de Facebook!

Su mensaje está casi de inmediato en mi teléfono.

De: Katheryn Rinaldi.

Me he dado cuenta, acaba de enviarme el Kamasutra.

Oh por Dios. Por supuesto que no creo que eso sea verdad, creo... o espero... Un mensaje de Whatsapp me interrumpe, es de Linda y es otro link, yo solo espero que no sea nada más de Wendy o Sara o Margaret siquiera. No me importa ninguna de esas mujeres en lo absoluto y se lo digo, pero entonces me envía:

De: Linda

No es ningún video, son fotografías... mías.

Frunzo mi entrecejo ante sus palabras, cuando levanto la mirada está Margaret de pie a un lado de mi escritorio y me hace una seña con su barbilla, me pide seguirla pero no se queda a esperarme. Estoy contestándole a Linda cuando recojo mi mochila y le envío:

Para: Linda

¿Para qué quiero ver fotos tuyas?

De: Linda

Vas a agradecerme.

A este punto, ya no sé qué se puede traer esta mujer entre manos.

Para: Linda

¿No son nudes tuyas, verdad? ¿O mías?

De: Linda

No son nudes, Roger ¡Abre el maldito link!

Lo hago... vacilante, pero antes entro al elevador con Margaret, el señor Escribano y otro de

los abogados de su grupo de trabajo. No voy a mentir que estos sitios web a los que ella me envía me provocan ansiedad y pánico, así que me espero hasta salir del elevador para ver lo que sea que esta chica me ha enviado. Es cuando me estoy ubicando en el otro extremo de la mesa una vez que hemos llegado al piso de reuniones que miro la página web y sí es ella, Linda, en una cama, con una sonrisa de oreja a oreja, es una selfie.

Parece que se está levantando, no le importa ni un poco que en la fotografía se note su cabello en todas las direcciones y lleve el rímel corrido. Está tapándose la parte delantera con una sábana y cuando voy a preguntar sobre el motivo de esa imagen reparo en la figura de un hombre que está de fondo... es Koen, Koen Van Brouwer.

Arrugo el espacio entre mis cejas y parpadeo para asegurarme que no me estoy equivocando. Sujetos rubios y parecidos puede haber montones, pero esa cantidad de tatuajes en los brazos definitivamente solo le pueden pertenecer al holandés. Cuando hago zoom y confirmo que es él definitivamente, comienzo a escribirle con tanta velocidad que hasta hoy yo mismo desconocía.

Para: Linda

¿Qué diablos...?

Su mensaje no tarda en llegarme:

De: Linda

Es Koen Van Brouwer, está en mi cama.

Me quedo estático, temo que hasta haya dejado de respirar por un momento y miro de nuevo la fotografía, oh por Dios.

Para: Linda

¿Qué carajo?

Hay otro link que me envió hace unos segundos, son fotos, no sé por qué me envía un link y no simplemente la foto a mi Whatsapp. No dudo en ir directo al sitio y esta vez es uno que muestra a Linda tocándole el trasero al sujeto Van Brouwer. Él está dormido, le ha bajado la sábana y le estoy viendo el culo pálido. De inmediato otro mensaje suyo aparece en mi vista y dice lo que ya me había supuesto yo mismo:

De: Linda

Me acosté con Koen Van Brouwer.

No sé qué es peor, lo que acaba de decirme o que hayan aquí personas esperándolo mientras él está dormido, en la cama de otra mujer que no es su prometida. No parecen montajes, aunque espero que sí lo sean. Estoy escribiendo, pero siento que las palabras no van a alcanzarme en un solo mensaje. Entonces, otro texto suyo aparece en la pantalla y me dice:

De: Linda

¡Este hombre es más fácil que el código para descifrar contraseñas de Facebook!

Me llamó porque su computadora estaba teniendo problemas (obvio que yo lo causé con ese propósito) entonces lo invité a mi casa. Trajo champagne y aquí estamos.

Más emoticones de risa. Qué diablos...

Para: Linda

¿Te acostaste con Koen Van Brouwer?

Vale, que me ha quedado claro pero mejor es estar seguro.

Me está llamando, genial, me está llamando y es una video llamada. ¡Yo estoy en una reunión con gente que espera a Koen Van Brouwer! Tengo que alejarme a una buena distancia, por suerte aquí hay mucho hacia dónde ir y contesto. Su cara es la que aparece en grande y me dice:

—Qué no vas a adivinar lo que me dijo... —Está susurrando esas palabras, muy cerca de la

cámara así que solo le veo los ojos enormes y la frente. Yo ni siquiera puedo hablar y me quedo en silencio cuando la escucho seguir—: Que está harto de su novia, que no piensa casarse con ella, que Sara es la que insiste. Típico de los hombres malditos. ¡Koen Van Brouwer es un insecto, Roger! Sara se lo merece, son tal para cual. Ah y la tiene pequeña.

Yo todavía intento procesar todo lo que acaba de decirme, me llevo la mano a la frente, pero antes de que yo pueda decir algo enfoca a Koen Van Brouwer durmiendo plácidamente, un flequillo rubio le cae en la frente e incluso parece estar tan cómodo que ha babeado un poco.

—¿Cuánto te mide, Roger?

—¿Qué? —Vale que sí puedo intuir a qué se está refiriendo.

—Es que la de este tipo tal vez serán unos diez centímetros. —Se ríe, se ha encerrado en lo que parece ser un baño y continúa hablando—: Aunque el sexo con él no es tan malo, he tenido mejores. Incluso Julio folla mucho mejor que Koen Van Brouwer.

Recuerdo que el tal Julio era el supuesto abogado con el que salía, o sale... o estuvo saliendo, ya no lo sé. Pero si tiene al sujeto Julio ¿Por qué está con Koen Van Brouwer?

—¿Acabas de acostarte con Koen Van Brouwer? —Musito, no es una pregunta como la hice sonar, es una afirmación en realidad. Quiero que me diga que es broma.

—Ladrón que roba a ladrón... Completa la frase.

—Oh por Dios. —Bien ¿Qué procede ahora?— ¿Quieres que te felicite por lo que hiciste?

—Un gracias no estaría mal. Te dije que me encanta ser el karma.

No me creo esto todavía, lo peor de todo es que estoy escuchando a Margaret y al abogado —el mismo padre de Sara— decir:

—Estoy seguro que Koen Van Brouwer está ocupado, tal vez salió de urgencia fuera del país y no pudo avisarnos.

—¿Qué hay de Sara sabe algo? —Lo bueno de ser un heredero millonario es que al parecer a nadie le importa que estés tarde, todos van a moverse a tu ritmo y apuesto que si no se aparece hoy, volverán a hacer todo el papeleo cuando él lo decida.

—Dice que su teléfono está averiado, lo más seguro es que tuvo un imprevisto pero no debe tardar en comunicarse con nosotros.

Y ese imprevisto tiene nombre y apellido.

—Están esperándolo aquí. —Le hablo a Linda, también le digo que es importante y que tiene que firmarle unos papeles a Margaret. Entonces ella suspira, lo llama por su nombre, el tipo solo se remueve y se acomoda de otra forma, una que deja ver su desnudez a plenitud y yo tengo que cerrar los ojos.

—Ya va a llegar, no te preocupes.

Y cuelga, así nada más.

No sé nada más de ella ni del tal Koen el resto de la tarde, es hasta las cuatro y media de más o menos que me envía un texto y dice:

«Vamos a celebrarlo. Una disco, cerveza y sin Koen Van Brouwer»

Voy a dejarle una respuesta, pero no es para nada afirmativa. Entonces, antes de que yo pueda decir algo, recurre a la técnica de siempre:

«Kate va a estar ahí»

Media hora después recibo un mensaje de la doctora, uno que me habla sobre acompañarla a la discoteca con sus amigas, no puedo decirle que no y eso es algo que Linda ya sabe. Llego más de una hora tarde porque al sujeto holandés se le ocurrió llegar después de las cinco. Estaba empezando a no caerme bien en lo absoluto, no es que antes lo haya hecho tampoco pero hay algo que no pude evitar notar y fue que el tipo se presentó a la sala, leyó los papeles pero no

firmó ninguno; después vi a Margaret pasearse de un lado a otro y preguntarle al señor Escribano:

—¿Hay algo mal en el contrato? ¿Está incluido todo lo negociado verdad?

Él le dijo que sí, que todo estaba como Koen había insistido, entonces ella volvió a andar de un lado a otro pidiéndole que lo revise de nuevo.

Cuando llego al sitio que Kate me había compartido, algún lugar nuevo, bohemio y bastante bonito voy a admitir, nada lujoso, con luces de colores y nada de autos del año en el parking. Logro divisar a Linda, junto a la otra chica que se llama Brenda en una mesa de la esquina, Brenda está con alguien, Linda también y no es Koen Van Brouwer. Miro alrededor intentando encontrarme a Kate y no tardo en reconocerla en la barra junto a su amiga que comparte nombre con la jefa dragón. Kate está de espaldas, lleva un vestido negro, corto, que se le entalla perfectamente a todo el cuerpo. La primera en verme es Margaret que está frente a ella y de inmediato ella voltea en mi dirección esbozando una sonrisa.

La saludo con un asentimiento y tomo lugar en la mesa que está Linda hablando animadamente con un chico, cuando me mira vuelve a presentarme de la misma forma: «Carlos, él es mi amigo Roger, es modelo» Y yo quiero decirle que es mentira. Le dice al sujeto que vaya por unas cervezas y entonces me da una copa para brindar por Koen Van Brouwer.

—¡Me ha estado llamado todo el día! —Me dice, soltando una carcajada cuando el tipo que la acompaña se ha alejado lo suficiente—. Definitivamente, no es mi tipo de hombre. Si le quitas los millones es un hombre cualquiera, insignificante, poco inteligente, no es el dios del sexo y tampoco es tan atractivo. ¿Quieres saber todos los detalles sucios?

—No, gracias. Prefiero que te guardes esos comentarios. —Es en ese momento que Kate llega junto a Margaret, aunque primeramente no me percató de su presencia es hasta que estampa sus labios en mi mejilla que me percató que es ella y cuando siento ese olor de su perfume que ayer se me quedó impregnado en la ropa. Toma el lugar a mi lado y me vuelvo a Linda para preguntar—: ¿Tú le contaste algo sobre Margaret?

—No, ¿por qué?

—Llegó a las oficinas, miró los documentos que iba a firmar y se fue antes de llegar a un acuerdo. Margaret está tirándose de los pelos ahora mismo.

—Su hermana no tolera a Margaret, algo así me comentó. De algo debió enterarse, no lo sé. —En ese momento que Linda me está diciendo todas esas palabras, es que siento la mano de Kate subiendo desde mi rodilla hasta cerca de la entrepierna. Me estremezco y casi dejo caer mi teléfono celular que todavía tenía en manos—. Por cierto, le gustas a Alice.

Había dejado de ponerle atención a Linda, entonces vuelvo a concentrarme en ella y preguntarle de nuevo:

—¿Qué cosa?

—Alice Van Brouwer. Le gustas. Te busca en google casi todos los días, incluso ha googleadado: «Roger Santana desnudo» —Y hace las comillas con sus manos.

—Por Dios ¿Qué? —Linda suelta una carcajada. Y aunque quiero que eso sea una de sus bromas me dice que es verdad y yo preferiría no haber sabido nada de eso en lo absoluto.

—¿Debo preocuparme? —Escucho a Kate, con un tono socarrón y de picardía. La conozco muy bien como para saber que ella no preguntaría nada así en serio, además, porque su mano sigue su recorrido sobre mi humanidad aprovechando que nos oculta una mesa. Suelto una risita nerviosa cuando su mano está exactamente sobre mi masculinidad, me está acariciando ¡Santo Cielo! Estoy poniéndome duro, ahora tengo ganas de follar y yo ni siquiera he usado esa frase «Tengo ganas de follar».

Retiro su mano apretando los labios para evitar que una carcajada nos delate. Ella también tiene esa expresión de diversión en el rostro, una que me dice que está disfrutando torturarme de esta forma. Entrelazo sus dedos con los míos para evitar más travesuras, entonces después es con la punta de su sandalia que está acariciando de manera sensual mi pantorrilla.

—Kate... basta. —Le susurro como advertencia, pero me estoy riendo en realidad. Nadie nos está poniendo atención para suerte mía y de pronto todos empiezan a reírse, me he perdido de algo importante tal vez pero después me doy cuenta que fue un chiste de nerds que yo ni siquiera entendería.

Kate se pone de pie y le doy un vistazo rápido hacia el lugar que se está alejando, no me dijo nada, solo se levantó y caminó hacia la barra, pero en realidad va más allá de ahí. En ese momento es que recibo un mensaje de texto y es suyo, cuando levanto la mirada ella me está viendo y me hace una sutil seña sobre seguirla y es lo que dice el texto también.

Me pongo de pie disimuladamente, aprovechando que ya dejé de ser el centro de la plática y miro la dirección a la que Kate se está alejando. Cuando estoy llegando a lo que creo es la zona de los baños, siento una mano tomar mi antebrazo y tirar de mí hasta un cubículo.

Primero me toma por sorpresa cuando nos encerramos en el minúsculo espacio donde está una letrina. Kate me besa, me devora los labios y después la barbilla, el cuello y comienza a desabotonarme el pantalón, no sé cómo logra descontrolarme tan rápido, pero no han pasado ni sesenta segundos cuando ya estoy comenzando a perder la conciencia. Estoy dejando besos por su clavícula, por la parte de la piel de sus pechos que se asoma de su vestido. Estoy consciente que estamos en un baño público, pero eso no es algo que parezca importarme en lo absoluto.

—Fóllame. —Me susurra en el oído de una forma que me hace estremecerme y me muerde el lóbulo de la oreja provocando que una corriente eléctrica me recorra toda la espina dorsal.

—¿Aquí? —digo, entre toda la excitación logro soltar una risita y mirarla con diversión—. ¿Estás segura? —Me dice que sí, con una sonrisa y no tengo necesidad de preguntarle nada más cuando sus piernas ya se están enrollando alrededor de mi cintura.

—¿Nunca lo has hecho en un baño público?

—No.

—Yo tampoco —me besa otra vez, con pasión, con ternura y fervor. Mis manos se cuelan en su trasero y voy deshaciéndome de sus bragas al mismo tiempo que devoro su boca, ella me baja la goma de la ropa interior y después de prepararme me abro paso dentro de ella. Definitivamente, con Kate se acabó la monotonía de mi vida. Sus gemidos se mezclan con la música de la discoteca y a un punto tengo que taponarle la boca porque dos personas entran al baño y parecen ser mujeres, genial, estamos en el baño de mujeres y yo ni siquiera me había percatado.

Los dos nos reímos cuando llegamos al clímax en completo silencio mientras escuchamos una plática sobre herpes vaginales. Definitivamente, este no es ni por cerca uno de mis lugares favoritos, pero fue bueno, voy a admitir. Tenía tanto tiempo de no divertirme tanto teniendo relaciones sexuales que incluso cerca de una letrina me ha sabido a gloria. Cuando las mujeres dejan el baño de damas, estoy jadeando sobre el hombro de Kate y es entonces que me atrevo a preguntarle:

—Kate... ¿Qué somos tú y yo? —Su respuesta no me la esperaba, me hace soltar una carcajada cuando la escucho decir:

—Soy tu ligue de una noche.

—¿Mi ligue de una noche? —Me río de nuevo y ella con una sonrisa termina de confirmarme que no he escuchado mal.

Vale, que si las cosas serían así siempre entonces quiero ser el ligue de muchas noches de Kate.

Capítulo 31

Ni siquiera sé cómo resumir todos los acontecimientos que me acompañaron estos tres últimos días de mi vida.

Tal vez debería iniciar con el hecho de que he tenido una vida sexual más activa en las últimas setenta y dos horas que en los últimos dos años de mi existencia. Tal vez estoy exagerando, pero es así como se siente en realidad. Yo nunca he sido del tipo de hombre sexual, podía pasar meses sin ningún tipo de contacto físico, había leído que el sexo era importante entre las parejas, pero Sara y yo nunca tuvimos esa chispa, ni siquiera al inicio de nuestra relación, pero yo estaba bien con eso y ella también, en algún momento, lo estuvo. Cuando descubrí que se acostaba con otro tipo pensé que entonces el problema era yo, llegué a pensar que la falta de intimidad entre ella y mi persona se debía a mí, pero entonces conocí a Kate y me hizo replantearme todas esas cosas que yo pensaba sobre mí mismo.

Es que Kate es... tan diferente... tan divertida, tan perspicaz, tan coqueta, sensual, provocadora... todo lo contrario a mí, todo lo contrario a cualquier mujer que haya conocido en realidad, es que somos como agua y aceite pero eso es lo que más me atrae a ella. Kate es... Kate, en todos los aspectos y no creo llegar a conocer otra mujer así nunca, de hecho jamás me imaginé conocer a alguien como ella y me siento bien, con todos sus sarcasmos, sus ironías, su coqueteo, su forma de reclamar mi atención, esa manera de caminar suya, de mirarme, de reírse, me gusta todo de ella en realidad y no le cambiaría nada, ni siquiera la forma ni la situación que nos conocimos, después de todo, Kate fue lo mejor que me pudo haber pasado.

Y se lo había dicho el lunes, después de quedarnos un rato dentro del servicio sanitario esperando que las dos mujeres presentes finalmente se largaran, por supuesto que no le dije que ella fue lo mejor que me pudo haber pasado, eso me lo guardaré para el futuro, lo que le mencioné fue que definitivamente no había conocido a una mujer como ella nunca y entonces me contestó:

—¿Y eso es algo bueno o malo? —Estábamos susurrando dentro de aquel pequeño espacio. Escuchamos la puerta abrirse y nos percatamos que nos quedábamos solos de nuevo.

—No hay cosa mala en ti, Kate. Así que sí, es un cumplido. —Kate me sonrió y entonces sacó un pintalabios rojo del pequeño bolso que colgaba de su hombro, retocó su maquillaje y después pegó sus labios a mi mejilla. Sé lo que estaba haciendo y cuando protesté solamente soltó una carcajada y me dijo:

—Es la marca, que todas las sedientas allá afuera sepan que eres mío. —Vale, por supuesto que sé que se estaba burlando, pero entonces le dije que yo también tenía que tener una marca específicamente para ella, me dijo que no le importaba en lo absoluto, que incluso podría tatuarse mi nombre, que no le importaría recordarme el resto de su vida porque eso significaba que se acordaría del buen sexo en unos baños públicos.

Entonces le pedí que mejor no lo hiciera.

Cuando finalmente escuchamos el silencio del lugar —ni tanto, porque la música electrónica resonaba entre las cuatro paredes— Kate se asomó primero, cuando me aseguró que no quedaba nadie salí del pequeño espacio y me planté frente al espejo, la vi ir hacia la puerta y dejé caer un poco de agua entre mis manos para limpiar sus labios pintados en mi mejilla. Entonces ella regresó y me dijo que estaba lleno de personas allá afuera, me alarmé, porque eso significaba que tendría que quedarme ahí encerrado más tiempo.

—¿Estás diciendo que vamos a estar aquí el resto de la noche? —La idea no me gustaba nada. En los momentos de lucidez es que te das cuenta que aquello que hiciste totalmente apasionado fue una mala idea, al menos el lugar fue una mala idea porque el resto fue lo más glorioso que alguna vez yo haya podido hacer.

—Al menos que... —Señaló algo a mis espaldas y yo miré en dirección a lo que ella estaba viendo. Era una ventana, una pequeña ventana que tampoco estaba muy alta. Supe de inmediato qué quería decirme y me pareció una terrible idea, la otra opción era encerrarnos en el sanitario entonces mejor opté por la ventana.

—Vale, búscame del otro lado, sal de aquí por la puerta como si...

—¿Y perderme esta experiencia? —me interrumpió—. Olvídalo.

Entonces, me pidió que tomara su bolso y se quitó los zapatos de tacón. Cuando se los acomodó en la mano, me dijo—: Estoy lista, vamos.

Hay cosas que me fascinan de Kate, dejando a un lado su aspecto físico, su personalidad es lo que más me atrae de esta mujer.

Yo fui primero, aunque no quería hacerlo porque mi educación fue de siempre cederles el paso a las damas primero, también me vi en la obligación de intentarlo antes para saber dónde caeríamos al otro lado. Además, Kate tenía razón, si alguien entraba a este sitio al menos ella podría salir por la puerta, si me pillaban a mí, sería obligado a dejar el lugar con un guardaespaldas acompañándome hasta el parqueo. Lo que sería totalmente vergonzoso.

Pero algo salió mal, como todas las cosas que hago y me resbalé cayendo de golpe sobre unas enormes bolsas de basura que preferí no saber qué guardaban dentro. Al menos era esto y no grava como el resto del terreno. Tal vez debí detenerme a analizar como bajaría antes, pero la adrenalina hizo que me lanzara sin pensarlo, ese impulso me había provocado un posible esguince en el tobillo al que en ese momento le resté importancia cuando vi a Kate buscando la forma de bajar y le ayudé para evitar que se llenara de mugre pero de igual manera los dos terminamos rodando por el suelo. Entre carcajadas, bolsas de basura y hojarasca seca.

Definitivamente, mi vida dejó de ser monótona con Kate.

—¿Estás bien? —Me preguntó, todavía nos estábamos riendo. La observé ponerse de pie, sacudirse la falda del vestido y me extendió su mano para ayudarme a levantarme. Mi tobillo reclamó mi atención y un quejido se me salió de repente cuando intenté apoyarlo.

—Creo que no lo estoy, pero voy a fingir que sí. —Kate me invitó a sentarme en una de las bancas cerca del parking y me quitó el zapato, ahí mismo, sin importarle que hubieran personas cerca de nosotros. Me inspeccionó el tobillo y palpó con sus dedos, presionó un sitio que me hizo jadear.

—Solo necesitas un poco de hielo y analgésicos, vas a estar bien.

—¡Diablos! Desea haberme fracturado para evitar asistir a la sesión fotográfica de Paco Rabanne. —Kate fingió indignación, llevándose la mano al pecho dramáticamente haciéndome soltar una risita. Me puse de pie y tomé su rostro, besé sus labios con ternura, con cariño, me correspondió de la manera más dulce y fue en ese momento que comenzó a caer un aguacero, tan así que sentí como de inmediato se me pegaba la ropa al cuerpo y se me empapaba el cabello.

Tuvimos que correr y atravesar todo el parking debajo de la lluvia, aunque a esas alturas ya estábamos mojados de la cabeza a los pies, me quité la chaqueta de cuero para ponérsela a ella sobre los hombros. Le pregunté si volveríamos allá adentro y después de mirarnos el uno al otro, concluimos que no. Ya no estábamos presentables y, además, hacía un frío tan tremendo que me provocaba querer encerrarme en una habitación con Kate. Como si estábamos sincronizados, ella me dijo las mismas palabras que yo me había imaginado en mi cabeza: «Preferiría encerrarme en

una habitación contigo», entonces me guiñó un ojo, se acomodó el cabello mojado y comenzó a caminar en dirección a su auto de esa manera tan sexy y provocativa que hace a propósito.

—¿Te veo en mi apartamento? —Me preguntó, cuando abrió la puerta de su coche—. El que llegue de último, preparará el desayuno mañana.

—No es una competencia muy legal, ya estás en tu auto.

—Entonces apresúrate. —Se encerró en su vehículo, arrancó y pasó junto a mí, bajó la ventana y me dijo—: Buuu... perdedor.

Y se fue. Me quedé sonriendo sin voltear a verla y entonces tuve que apresurarme y correr hasta mi coche que, cabe destacar, estaba al otro lado del parqueo.

Está demás decir que no logré alcanzarla.

Al día siguiente tuve que hacer el desayuno, al parecer la apuesta iba en serio. Aunque Kate estuvo conmigo y pasamos un rato excelente en la cocina inventando una receta de panecillos. Yo me la sabía a mi manera, ella a la suya, mezclamos las dos recetas para llegar a un punto medio en la discusión y ¡bam! Fue un fiasco, terminamos desayunando en el restaurante italiano cerca del apartamento de Kate y por su cara de felicidad sospecho que alteró la receta a propósito para que acabáramos en este sitio. Kate me cambia el humor, me pone feliz y me hace sentir extremadamente bien, tanto así que ni siquiera me percataba del tiempo cuando estaba con ella e incluso se me había olvidado que debía presentarme al estudio de Paco Rabanne ese mismo martes a las diez de la mañana.

Logré llegar a tiempo, o eso creí porque los ascensores estaban abarrotados, habían personas por doquier, gente corriendo de un lado a otro, extasiados, estresados, aburridos y todo lo que se ve en un detrás de cámaras. Alcancé el piso que ellos me avisaron unos seis minutos tarde y aunque me había inventado una excusa realmente convincente a nadie pareció importarle que llegara tarde. De inmediato, una mujer con el cabello naranja, me tomó del brazo y me guio a un camerino.

Como en todos los comerciales, ese no era la excepción, había una cantidad insospechable de modelos femeninas y cuando me dieron un guion me di cuenta que aquello era un video que consistía en caminar a lo largo de un pasillo, llegar a un vestíbulo que está en la última puerta, tomar un envase de perfume que posteriormente pulverizaría en mi cuello. Ahí estarían las modelos, las chicas se desmayarían con mi presencia. Genial. Así de ridículo iba a verme en televisión nacional.

Agradecí cuando la estilista me dejó verme al espejo, porque me di cuenta que había hecho un trabajo estupendo y no parecía ni de cerca al Roger Santana de todos los días, así que nadie, absolutamente nadie, podría conocerme. O eso fue lo que esperé yo en realidad, así que el miércoles a medio día, mientras estaba en el Starbucks de la esquina entré en pánico cuando escuché a una chica murmurarle a otra:

—Él es... ese es Roger Santana... —Casi escupí el líquido oscuro de regreso. Habían pasado horas nada más no era posible que ya estuviera el comercial en marcha. Un tanto cohibido me fui de regreso al edificio de la revista y me puse el gorro de la chaqueta en mi cabeza cuando la mayoría de mujeres del piso se me quedaron viendo. Cuando llegué a mi cubículo, se lo comenté a Simon, a quién por supuesto le valió una mierda y tiempo después me di cuenta del motivo y aquello no tenía que ver nada con Paco Rabanne, todo era culpa de él mismo: Simon.

Había posteado una fotografía mía en sus redes sociales.

Ni siquiera yo subía fotos semi desnudo en mi perfil y Simon se había encargado de postear una en el suyo, con la descripción: Mujeres dejen sus mejores comentarios. Estaba yo con una toalla alrededor de la cintura, frente al espejo de cuerpo completo que está en el cuarto de Kate,

acababa de tomar una ducha y quise fotografiarme porque ya se comenzaban a notar los avances de las malditas rutinas que Simon me obligaba a hacer en el gym. Cometí el error de mostrársela y después no me percaté en qué momento robó mi foto para mostrarla en todos sus perfiles.

Me enteré demasiado tarde y eso me encabronó bastante. Ya había más de doscientos comentarios, la imagen se había compartido más de mil veces y la gente comenzaba a preguntar mi perfil de Instagram.

Maldito Simon.

Pero esa fotografía había pasado a segundo plano ayer por la mañana.

Era jueves y aunque yo no iría a trabajar hasta las ocho, me había despertado temprano porque Kate tendría que estar en el hospital mucho antes. Me había ofrecido a preparar café cuando ella estaba tomando una ducha, se le hacía tarde así que de paso le había preparado el desayuno.

—Roger, ¿qué estás haciendo? —Me preguntó, cuando llegó a la cocina con una bata ajustada por la cintura, se secaba el cabello con una toalla y se detuvo cuando me vio en la cocina poniendo un plato sobre el desayunador.

—Tu desayuno. —Entonces se quedó callada, me miró poner unos huevos revueltos sobre su plato y después me dijo:

—Roger, no era necesario.

—Tú misma me has dicho que a veces no tienes tiempo para desayunar siquiera. No te preocupes, yo no tengo ningún problema. —Me acerqué y le di un beso en la frente. Soy consciente que no soy el mejor cocinero del mundo pero al menos las cosas me quedan en el punto de cocción indicado.

Kate se cruzó de brazos, me sonrió entonces y se me quedó mirando un buen rato mientras iba y venía por el pequeño espacio de la cocina. Me detuve y divertido le pregunté:

—¿Qué?

—Nada —respondió, subiendo sus manos al aire pero sin cambiar aquel gesto simpático de su rostro. Se acercó y me dio un beso en la punta de la nariz provocándome una risa. Después comenzó a dejar sus labios por toda mi cara haciéndome soltar una carcajada—. Gracias. —Más besos—. Muchas gracias. —Más besos—. Eres el mejor.

Me dejó libre cuando le recordé la hora y se perdió de nuevo tras la puerta de su habitación. Me serví café y me fui directo a la mesa de la sala que está frente a la tv donde descansaba mi teléfono celular. Me di cuenta en ese momento que Simon no había eliminado la fotografía de sus redes sociales y dispuesto a darle una reprimenda, comencé a teclear un texto nada amable que le dejaría en su Whatsapp.

Fue en ese momento que sucedió lo que jamás hubiera pensado, algo inimaginable, incomprensible, inentendible, algo que nunca me hubiese imaginado vivir siquiera... no ahora... no de esa forma, no en esta situación. La puerta de entrada se abrió y di un respingo provocando que el líquido de mi taza se me derramara por el brazo.

Una mujer se había detenido frente a mí con los ojos bien abiertos por la impresión, supe de inmediato de quién se trataba, la había visto en fotografías, la tenía de amiga en redes sociales, además su parecido con la doctora era tan increíble que era imposible no imaginármelo, la persona que tenía frente a mí era la madre de Kate.

Si no hubiese sabido que ella era la única mujer entre sus hermanos, hubiese pensado que era una hermana suya en realidad. La señora Rinaldi es una mujer alta, esbelta, con el cabello negro muy al estilo Kris Jenner y los ojos verdes enigmáticos como los de Kate. No parecía una mujer en sus sesenta, en realidad. Se llevó las manos al pecho en sorpresa y a mí se me cayó el teléfono

de las manos.

No fue el hecho de encontrármela ahí sin previo aviso que me causó tanta impresión, tal vez me hubiese podido recomponer al primer segundo si no es porque yo estaba ahí de pie frente a ella... en ropa interior.

No sabía si esconderme en un hueco detrás del sofá o salir corriendo en búsqueda de mis prendas de vestir que en ese momento ni siquiera sabía dónde estaban. Entonces lo primero que hice fue tomar un cojín y ponérmelo justo ahí... al frente... para ya saben... esconder mi «bestia». La madre de Kate bajó su vista por mi torso desnudo, miró el cojín, después mis piernas y llegó hasta los dedos de mis pies. Volvió a recorrerme de regreso hasta llegar a mis ojos y esbozó una sonrisa.

No sé qué gesto debí tener en ese momento, pero ni siquiera podía sentir mi corazón latir.

—Tú debes ser Roger. —Me habló. Maldita sea, yo no sabía qué hacer en ese momento. Esta señora era algo así como mi suegra tal vez... y ahí estaba yo... semi desnudo conociéndola por primera vez usando solo una prenda de vestir—. Pero qué gusto conocerte.

Me aclaré la garganta, dejé la taza de café sobre la mesa y todavía sosteniendo el cojín firme le estreché mi otra mano a ella. De manera cortés, ignorando que estaba casi desnudo, le dije:

—El gusto es mío, señora Rinaldi. —Ella entonces me dio su mano y me dijo:

—Oh no, llámame Virginia. —Le sonreí, a pesar de que lo único que quería era ir a cavar mi tumba y dejarme caer ahí adentro. Me rodeó y llamó a Kate, entonces después se volvió a mí y me dijo—: Y no te preocupes, que ya he visto muchos de esos antes. —Me señaló ahí, exactamente en dirección al cojín y yo llevé mi vista con incertidumbre aunque sabía a qué se refería, entonces le agregé—: No me malinterpretes. Soy uróloga.

—¿Mamá? —Escucho a Kate en ese momento, está saliendo de su habitación, al menos ella sí está vestida—. ¿Por qué no me avisaste que vendrías? ¿Cómo entraste? —Antes de terminar de formular la pregunta, su vista va de su madre hacia mí, después baja al cojín y vuelve a poner la vista en mis ojos, me encojo de hombros y ella priensa sus labios para evitar soltar una carcajada—. Veo que ya conociste a Roger.

—Uf y de la mejor manera. —Soltó ella en respuesta, agradecí no tener que ver mi rostro en ese momento porque estoy seguro que era un poema—. Respecto a tus preguntas, tú misma me hablaste de tu llave de repuesto la última vez que estuve aquí. Iba camino a la conferencia, sé que ibas para allá también así que se me ocurrió pasar antes para que fuéramos a desayunar juntas. Estaba de mal humor pero encontrarme a Roger en ropa interior mejoró mi día.

Kate suelta la risotada que estaba reteniendo, yo cierro los ojos esperando que más tarde esto se me olvide. Les digo a las dos que voy a cambiarme... más bien... vestirme y entonces tengo que pasar frente a la atenta mirada de la madre de Kate y en la rapidez termino tropezándome con la mesa, cayendo de bruces, golpeándome la rodilla y de paso me pegué en el dedo chiquito del pie.

Definitivamente supe que habían días malos, pero otros que eran mucho peores.

Cuando regresé a la sala después de ducharme y ponerme ropa, me las encontré en el comedor. Tomé un jugo de la nevera y cuando Kate se puso de pie para atender su teléfono celular, me disculpé con la señora Rinaldi y no supe muy bien qué hacer así que recosté mis caderas sobre la encimera.

—¿Tú preparaste esto? —Me preguntó. Le dije que sí con un asentimiento. Como mencioné, no soy muy bueno en la cocina aunque el gesto de la señora Rinaldi me hizo tranquilizarme. Se llevó otro bocado a la boca y entonces, habló de nuevo—: Está delicioso. Estoy seguro que le vas a agradar a mi esposo cuando te conozca, le encanta la cocina.

—Solo espero que el día que eso suceda sí lleve ropa. —Lo dije en serio, pero la señora Rinaldi soltó una carcajada. Puso sus brazos sobre la mesa y se volvió a mí con un gesto divertido, tan similar al de Kate y entonces, con tono de picardía, añadió:

—No te preocupes, si querías causarme una buena primera impresión sí que lo has hecho. —Se rio de nuevo, aunque me ardía la cara por la vergüenza me las empuñé para reírme un poco de mi desgracia. Necesitaba cambiar de tema así que tomando su vaso vacío le ofrecí más jugo de naranja, a lo que ella contestó—: Gracias, pero creo que necesito una cerveza.

Está demás decir que después ya no pude concentrarme en más nada, incluso había olvidado la fotografía mía que circulaba en redes sociales gracias a Simon. Hasta que hace poco, después de tomar el elevador una chica morena murmurara a la par mía:

—Te miras bien en la fotografía del perfil de Simon. —Entonces, me di cuenta que tenía esa charla pendiente con Simon. Le había pedido desde el primer día que borrara la maldita foto pero no lo había hecho, cuando llego a mi cubículo y me doy cuenta que él ya está ahí con unos audífonos en las orejas lo primero que hago es quitárselos de golpe, gritarle sobre el porqué debió eliminar mi fotografía de sus redes sociales hace mucho tiempo, pero lo único que me contesta es:

—¿Por qué? Esa fotografía tuya es un éxito. —Me dan ganas de quebrarle el cuello con un palillo chino. Simon suelta una carcajada y añade—: Es que tienes que ver los comentarios.

Toma su teléfono y lo pone frente a mis ojos. Comienzo a pasar por cada uno de los comentarios y de inmediato me arrepiento haber iniciado mi lectura: «Quién fuera jugo de limón para escurrirme en ese chile... » «Quisiera ser plato de cereal para que me llenes de leche...» «En el cielo están las estrellas, en las playas las gaviotas y entre mis piernas quiero que reboten tus pel...» prefiero dejar de leer.

—Publicaste esa fotografía sin mi permiso y quiero que la borres, es la última vez que te lo pido por las buenas. —Mi tono es amenazante. Él se continúa riendo y me arrebató el teléfono para volver a concentrarse en la pantalla, no le importan mis palabras en lo absoluto, como siempre. Sin prestarme atención, solo replica:

—Oh mira. Esta es buena... —Se aclara la garganta y continúa—: «Me palpita la pepita ¿Eso podría considerarse un infarto vaginal?» —Suelta otra carcajada y yo solo me llevo las manos al rostro intentando despejarme de la frustración que me está causando. Intento arrebatárselo el teléfono, entonces continúa la lectura forcejeando conmigo.

—Simon, borra esa maldita fotografía.

—¡Vamos! Solo es una foto.

—Que tomaste de mi teléfono sin mi permiso. —A este punto, ya ni sé qué tono debe tener mi voz pero Simon ya no pone resistencia y me cede el teléfono celular.

—Oye, tranquilo viejo. —Me doy directo a borrar la imagen sin quitarle la mirada sin nada de amabilidad de encima. No quiero saber dónde más la ha subido y no me creo capaz de preguntárselo, de todas formas se lo digo, que quiero que esa foto desaparezca de todo internet si es posible. Cuando el perfil de Facebook de Simon se actualiza indicándome que ya no hay rastro de mi fotografía, me aparece una foto de Kate: Una selfie con su mejilla recostada sobre el oso de felpa que yo gané para ella este pasado miércoles.

Habíamos ido a una feria en las afueras de la ciudad y había una actividad sobre derribar un sujeto de goma en tres intentos, el premio era el oso más grande entonces observé como cuatro personas, incluso el nuevo ligue de Linda que se llamaba Carlos, pasaban sin éxito y cuando fue mi turno, una sola vez me tomó derribar al tipo.

Todos me miraron expectantes y tuve que decir que era cinturón negro en Jiu Jitsu, mal

asunto. Después todos los tipos que acompañaban a las amigas de Kate querían saber más sobre artes marciales que de sus propias chicas, tan así, que pasaron conmigo toda la velada hasta que Kate me salvó y me arrastró con ella hasta el otro lado de la playa.

Como si me leyera la mente, me suena el teléfono celular y es ella, cuando me saco el celular del bolsillo me percató que me ha enviado un video, la computadora me está redirigiendo hacia mi red social y miro la descripción: «¿Te gusta mi outfit?». Reproduzco el video y su imagen frente al espejo de su habitación es la que me aparece en la pantalla, con unos pantalones cortos de color negro, zapatos altos a juego y una blusa sin mangas de color rosa. El cabello liso y perfecto, así que me apresuro a contestarle:

Para: Kate

¿Puedo saber a dónde vas así de guapa?

De inmediato me llega su respuesta, miro la pantalla de mi computadora para ver la fotografía que ella me acaba de etiquetar y me doy cuenta que tengo más solicitudes de amistad, entre ellas está una de Kenan el hermano de Kate y otros dos Rinaldi que asumo, son los otros dos hermanos suyos. Solo espero que su madre no les haya hablado de mí, en especial de la forma que nos conocimos. Los acepto a todos y después desvío la mirada a mi celular para ver el texto que dice:

De: Kate

A verte a ti. Estoy en el parking.

Creo por un momento que está bromeando, incrédulo me asomo por la ventana y me doy cuenta que sí está hablando en serio, su auto está ahí y ahora ella está bajándose del mismo. Me pongo de pie evitando llamar la atención de Simon para no pasar por penosos interrogatorios y estoy contestándole el mensaje mientras espero el elevador para poder ir hasta el primer piso.

Cuando escucho que el aparato ha llegado y las puertas del ascensor se abren frente a mí, me encuentro con la última persona que me esperé encontrar en este sitio: Sara. Había evitado llegar a las reuniones para no verme a mí, pero desde el martes pasado, según me comentó Simon, se había presentado dos veces con el sujeto Van Brouwer aunque para suerte mía yo no estuve en ninguna de las dos ocasiones. Ahora solo la está acompañando Alice y aunque no puedo evitar recordar lo que me comentó Linda, saludo a la chica rubia que me ha esbozado una sonrisa.

—Oye Roger. —Me habla, me detengo para ver a la chica y Sara ha mermado su paso cuando escucha mi nombre de parte de su cuñada—. Mi fiesta de cumpleaños es este domingo ¿Te gustaría venir?

Sara se ha girado y nos da un vistazo a los dos. No tengo ni siquiera que pensar esa respuesta, no me gustan las fiestas y no me apetece ir a ninguna en la que Kate no esté presente.

—Me encantaría, pero estoy realmente ocupado. —La chica se sorprende y después de darme un exagerado asentimiento que no supe cómo interpretar, marco el botón del primer piso—. Fue un gusto verte, Alice.

Entro entonces me dice adiós y se va en dirección a Sara quién se había detenido a unos pasos. Antes que las puertas del elevador se cierren Sara se gira hacia mí, la pillo observándome en el momento que levanto la mirada y ella de inmediato se concentra en girar su cabeza para seguir la conversación con la hermana del holandés.

Cuando estoy saliendo del edificio y diviso a la doctora a mitad del parking esbozo una sonrisa cuando sus ojos se topan con los míos. Hace un gesto, algo que no es una sonrisa pero es bastante adorable por la forma que arruga su pequeña nariz en forma de saludo. Pero no es todo, también camina hacia mí y se abalanza con sus brazos extendidos sobre mi persona, no me da tiempo de reaccionar cuando ya está dejando muchos besos sobre mi boca con los labios

pintados de rojo carmesí.

Hasta hoy había dejado de reírse por la forma en que yo llegué a conocer a su madre, incluso yo solté alguna que otra carcajada cuando ya me había pasado el shock. Solo espero que la señora Rinaldi lo olvide en algún momento porque por ahora parecía no estar dispuesta, me di cuenta cuando esta mañana comentó una fotografía de Kate con las siguientes palabras: «Puedo apostar que esa es la ropa interior de Roger» agregó una captura de pantalla con zoom donde se lograba visualizar una prenda de color blanco en el fondo de la imagen. Me reí, por supuesto que no era mi ropa interior. Aunque ahora la situación me estaba comenzando a resultar graciosa, no dejaba de ser la cosa más vergonzosa que me haya pasado en la vida.

—¡Kate! —Le riño, cuando siento que ha dejado todo su labial en mi cara. Aunque sonó más a un gesto de diversión que lo que yo intentaba hacer sonar en realidad—. Vamos, tengo que volver a trabajar y no puedo... —hago una seña en sus labios indicándole el color que lleva. Aunque yo sé que de igual manera esa es su intención porque no se detiene y es que tal vez mis risas no ayuden tanto. La rodeo con mis brazos inmovilizándola y ahora tengo que buscar la forma de quitarme toda esta pintura de la cara.

—Pasaba por aquí y pensé que tendrías hambre. —Levanta una bolsa de comida. Es algo que yo hago con ella casi todos los días y de cierto modo me alegra que esté intentando los mismos detalles conmigo aunque yo nunca lo he hecho esperando algo a cambio. Le doy una sonrisa en agradecimiento, entonces le devuelvo el gesto besándole los labios y haciendo un recorrido por toda su cara haciéndola soltar una carcajada.

—Roger ¡Basta! ¿Sabes cuánto tiempo me tomó maquillarme?

—No es como que lo necesites tampoco. —Continúo besándole la barbilla, después el cuello, da unos pasos hacia atrás entre risas hasta que recuesta las caderas sobre el capó de su auto y continúo besándole todo el rostro, la nariz, los ojos. Me detengo cuando la escucho decir:

—¡Roger! ¡Basta! Harás que me enamore de ti. —Puedo sentir la picardía colada en esas palabras, así que le respondo:

—¿Y hay algún problema con eso? —Estoy sacando un pañuelo de mi bolsillo y comienzo a limpiarle el rostro poco a poco, iniciando por su nariz que se ha manchado del labial de color rojo—. Porque a mí no me importaría enamorarme de ti, Kate.

Entonces, me mira a los ojos y me devuelve una sonrisa, una tierna y bastante dulce que me hace vibrar algo por dentro. Toma el pañuelo entre sus manos y me besa de nuevo, de esa forma suave y delicada que me fascina, los besos de Kate tienen algo realmente especial y adictivo. Se separa de mí y veo que ya no hay ni rastro del labial rojo en su lugar, me río y ella también lo hace conmigo, asumo que yo también debo tener la cara llena de manchas de ese color. Tomo el pañuelo de nuevo, pero ella me lo arrebató otra vez y comienza a limpiarme el rostro.

—¿Nos escapamos un rato? ¡A la mierda Margaret! —exclamo, con tanta seguridad que no pareciera que estoy hablando de mi jefa. Kate suelta una carcajada, mira en dirección a la puerta del edificio y me dice:

—Bien, en todo caso, ¿qué enfermedad quieres que te invente en caso de que tu jefa quiera hacerte un drama?

Kate y yo nos entendemos perfectamente.

Lamentablemente, ella tenía turno hoy, así que cualquier reprimenda o reporte de Margaret por desaparecer dos horas completas, hubiera valido totalmente la pena. Pero últimamente a la jefa dragón todo estaba comenzando a darle igual, así que ni siquiera se percató de mi ausencia y yo no tuve que fingir mi muerte, después de todo dentro de unos días la revista estaría en manos de otra persona y, para suerte mía, ya no tendría que ver a Margaret.

Esta es la primera noche desde el domingo anterior que no dormiría en el apartamento de Kate. Incluso veo los escalones de mi edificio completamente macabros y tenebrosos por la poca luz que llega a este sitio. Si no es porque este lugar es cien por ciento seguro tal vez estuviera entrando en pánico.

Cuando estoy a la mitad de mi camino recibo un Whatsapp de la doctora y me detengo para ver la selfie que me ha enviado, me doy cuenta que tiene el Koala de felpa en su consultorio y esbozo una sonrisa cuando leo:

«Al menos tengo un recuerdo tuyo aquí conmigo»

Llego al último escalón de mi piso y giro para ir hacia mi morada, estoy contestando el mensaje de Kate con los ojos puestos en mi teléfono celular cuando algo me llama la atención, levanto la mirada cuando me percato que hay una persona recostada a mi puerta y cuando ella levanta el rostro me encuentro con el último ser humano que me gustaría ver hoy:

Sara.

Capítulo 32

Ni siquiera se me ocurriría pensar un motivo por el cual Sara esté aquí.

Por un momento me viene a la mente que tal vez sea producto de mi imaginación, alguna alucinación de la que no soy consciente, pero cuando sus ojos me enfocan me doy cuenta que sí es real, sí es ella y sí está aquí, frente a mí, sentada sobre mi alfombra, recostando su espalda contra mi puerta.

Hace cuatro semanas exactas, hubiera matado por esta escena, soñaba que regresaba de mi trabajo y la encontraba esperándome ahí frente a mi puerta. Pero había pasado tanto —y no me refiero al tiempo— que ahora incluso me resultaba incómodo, un tanto fastidioso... desagradable, ya no había nada dentro de mí que añorara a Sara, que deseara tenerla aquí de frente, que quisiera hablar con ella en persona. Todo eso había quedado atrás, pero mi parte educada evitó que le pidiera que se marchase.

Detengo mis pasos cuando ella se pone de pie, me da un vistazo y esboza una débil sonrisa al mismo tiempo que se acomoda la chaqueta del traje azul marino. Su vista baja a mi teléfono celular y de inmediato vuelve a mirarme para decir:

—Cambiate tu número de teléfono. —Su voz suena débil, un tanto nerviosa, temerosa y cobarde. No creo que mi celular sea el motivo por el que esté aquí específicamente. Así que quiero que vaya al grano de una vez por todas—. Iba a llamarte antes, pero no pude comunicarme contigo.

—Sí, me vi obligado a deshacerme de mi antiguo teléfono gracias a tu padre y tu hermano. —Soy cortante con mi respuesta. Porque lo que menos quiero es entablar una conversación con esta persona, así que voy directo si ella no piensa hacerlo—: ¿Qué haces aquí, Sara?

No fue mi intención sonar rudo pero sin querer lo había hecho y sentí el impulso de disculparme, sin embargo, no lo hice y en su lugar me quedé a esperar su respuesta. No me dice nada por un momento y estoy comenzando a perder la paciencia. Es hasta ese momento que la miro exactamente a los ojos y no puedo evitar fijarme que Sara está notablemente más delgada, pálida, puedo ver sus ojeras y su semblante cansado que ya no es el mismo con el que dejó este apartamento cuatro semanas atrás.

Casi siento lástima por ella... casi.

—Todavía se me quedó algo de la mudanza, mi libro sobre Derechos Comerciales. Cambiaste la cerradura. —Casi tengo ganas de echarla de aquí. Pero bueno, hago memoria de algún libro de su pertenencia que haya visto por algún lado pero recuerdo haberle dado todo al estúpido enano para que no volviera a aparecerse en mi vista. Voy a otorgarle el beneficio de la duda y entonces después de darle un corto vistazo, camino en dirección a la puerta mientras digo:

—Por supuesto, tu hermano estaba abusando. Un día iba a cansarme y lo más seguro es que yo hubiese terminado en la cárcel o con una demanda de miles de dólares. Creo que conoces a tu padre mejor que yo.

Giro la manecilla y después empujo la puerta para entrar, lo hago de forma que solo yo pueda pasar al interior dejando un claro mensaje sobre no pensar en dejarla entrar. Giro mi rostro hacia ella y pregunto:

—¿Dónde crees que lo dejaste? —Baja la mirada, me doy cuenta que no puede hacer contacto visual conmigo. Se aclara la garganta y me contesta finalmente:

—No lo sé, el librero tal vez...

—Estoy seguro que le di todo lo que te pertenecía al id... a tu hermano. —Corrijo—. Estoy seguro que no estaba ahí. —No hay otro sitio donde pudiera buscar tampoco, me sé cada rincón de esta casa y estoy casi seguro que no me lo he encontrado por aquí. Lo siguiente que puedo sospechar es que su hermano lo perdió a propósito para echarme la culpa sabiendo que aquel libro era demasiado importante para ella.

—¿Puedo pasar? —No voy a mentir que dudo por un momento. Quiero decirle que no, que yo lo puedo buscar por ella pero en su lugar abro la puerta lo suficiente para permitirle entrar porque tampoco quiero demorarme buscando algo que posiblemente no exista.

—Seguro. —Sara pasa a mi lado y se postra frente al librero viendo cada uno de los títulos. De cuclillas observa los que están más abajo y alcanza uno que está en la esquina, todo este tiempo estoy siendo cauteloso, estoy tomando una botella de agua de la nevera pero sin despegarle los ojos de encima.

Uno nunca sabe qué esperar de Sara.

—Lo encontré. —Me habla, levantando el título y poniéndose de pie. Vale, que yo estaba equivocado entonces. Le da una ojeada y después me da un vistazo a mí, abraza el libro cruzando sus brazos sobre su pecho y, con cierta duda, me pregunta—: ¿Y cómo has estado, Roger?

Otra de las preguntas que me dan ganas de reírme.

—Bien —respondo cortante. Ni siquiera le pregunto cómo está ella porque me importa poco en realidad. No parece estar bien, pero asumo que tampoco está mal porque logró lo que ella quería: Tener a un novio con millones en su cuenta bancaria—. Revisa si hay algo más que sea tuyo en ese librero para que te lo lleves, por favor.

Sara me mira, después desvía la vista hacia el lugar indicado pero no me dice nada. Se aclara la garganta y me dice:

—Roger ¿Podemos hablar?

—¿No es eso lo que estamos haciendo? —Como dije, no pretendo sonar rudo; sin embargo, todas las veces que hablo no puedo evitarlo.

—No... me refiero a ir a algún lugar, charlar un rato, quiero saber qué tal te ha ido, cómo es tu nueva vida. Escúchame, tal vez las cosas entre nosotros dos no terminaron bien, pero...

—¿No terminaron bien? —Suelto una risa irónica, aunque todo lo digo con un tono calmo, con una indiferencia que me sale tan natural últimamente—. Te acostabas con un tipo mientras todavía vivíamos juntos. Me dijiste en mi cara que yo te daba vergüenza. Te burlabas de mí con tus amigas. ¿Crees que en algún momento yo hubiese sido capaz de hacer algo así?

Yo nunca me hubiese atrevido a hablar tan despectivamente de Sara, a despotricar en su contra, a reírme de su personalidad. Hasta la actualidad, no me atrevería a hablar mal de Sara.

—¿Qué es lo que te ha dicho, Margaret? —¿Margaret? Si tan solo supiera todo lo que he escuchado, mi jefa no estaría metida en esta conversación.

—¿Margaret? —Me río— Margaret no me diría absolutamente nada y eso lo sabes. —No le doy más detalles, no le digo que vi todo en un video. Lo dejo hasta ahí, que piense que tal vez fue ella quién lo hizo o quizás no.

—Ella está tan celosa de mí, de nosotros... Margaret es capaz de inventar cualquier cosa...

No puedo creer que todavía se esté refiriendo a ella y a mí como un «nosotros».

—Margaret no tuvo nada que ver, Sara. —La interrumpo—. Ahora, por favor, ¿puedes dejarme solo? —Esa es la manera más educada para decir «lárgate» y todavía estoy siendo muy caballeroso por no pedírselo de esa forma. Tomo un trago de agua pero ella no se mueve de ahí, no sé qué voy a hacer, llamar a la policía tal vez no sea una mala idea.

—Terminé con Koen Van Brouwer. —Suelta de pronto, no sé si espera alguna reacción de

mi parte pero no la obtiene, no es para nada una noticia que me alegre de escuchar ahora. Tal vez lo único que me entusiasme es que el tipo no estará enredado con personas que solo se dejan atraer por sus millones—. Fue hace un momento, antes de llegar aquí, no tenía otro sitio donde ir. —Los ojos se le humedecen y yo solo pienso en la buena actriz que Sara pudiera llegar a ser, tal vez debió dejar su carrera y mudarse a Hollywood—. Él no es la persona para mí, no es el hombre con el que me gustaría estar. No sabes lo arrepentida que estoy de todo esto que causé ¡Dios! Solo quisiera devolver el tiempo y enmendar mis errores. Como deseara no haber salido de aquí... como quisiera no...

La interrumpo:

—Bueno, en mi caso, yo creo que eso fue lo mejor que pudiste hacerme, Sara. Así que no te preocupes. —Hay un silencio, un silencio denso y cortante mientras me está viendo a los ojos. Me encojo de hombros, cierro la botella y vuelvo a dejarla en el interior de la nevera. Me sorprende que no diga nada y tengo que girar en su dirección para percatarme que siga ahí—. ¿Eso es todo? Puedes retirarte, si gustas... —Señalo la puerta. Pero entonces, me dice:

—No tengo donde ir. —Se acomoda el bolso, sujeta el libro más fuerte pero no me está viendo en realidad. Le cuesta decir esas palabras pero no sé qué es lo que espera de mí en realidad, esto no es un hotel—. No tengo dinero, mis padres van a matarme si se enteran que acabo de arruinarles uno de sus trabajos más importantes. No tengo el coraje para verlos siquiera. Ya conoces a mi padre, no se lo va a tomar nada bien.

No sé si es verla tan vulnerable, con los ojos cristalizados, con la cara derrotada, pero no puedo decirle todas las cosas que se me pasan por la cabeza. Mi parte caballerosa no me permite echarla a la calle así por así. Tal vez no ha sido la mejor persona, quizás ya no la mire como antes lo hacía, pero algo que no puede cambiar es que compartimos cinco años juntos.

—¿Necesitas dinero? —Niega con su cabeza de inmediato y me contesta:

—Solo necesito un lugar para quedarme esta noche. —Ella sabe perfectamente que en este lugar solo hay una cama, la misma que solíamos compartir ella y yo, no hay espacio para otra persona y no pienso respirar el mismo aire que el suyo.

—Seguro. —Le hablo. En ese momento estoy tomando mis cosas, dejando otras guardadas de forma segura y tomo las llaves de mi auto para dirigirme a la puerta de mi apartamento. Me giro cuando tomo la manecilla y le digo—: Pero que sea solo esta noche, por favor.

—¿A dónde vas?

—Con mi novia, buenas noches.

Kate no es mi novia, al menos no lo habíamos hablado todavía pero sé que eventualmente va a serlo. Si de algo estoy seguro es que lo que sea que tenemos es exclusivo y eso me gusta, me gusta lo que sea que tengo con Kate. Algo que nunca tuve ni siquiera con Sara, esa chisma capaz de provocar una llamarada que nunca logré sentir con otra persona. Algo que me fascina y que por nada del mundo deseara perder.

Esta vez sí me voy directo al ascensor, ahí tomo mi teléfono celular y lo siguiente que hago es marcar el número de Kate. Espero llegar al primer piso y la llamo pero no contesta de inmediato. De todas formas sé dónde guarda una llave de repuesto, cuando llego a mi auto dejo el teléfono sobre el asiento del copiloto dispuesto a conducir cuando me anuncia un mensaje y la pantalla se ilumina indicándome que es de ella.

De: Kate.

Hola, cariño.

No sé si sería correcto contarle a Kate sobre lo que acaba de suceder con Sara, pero yo no soy una persona que ande por ahí ocultando cosas, así que me veo en la necesidad de hacerlo.

Dispuesto a decirle todo, inicio con la pregunta esencial y comienzo a teclear:

Para: Kate.

¿Puedo quedarme en tu apartamento?

De: Kate

¿Pasó algo?

Para: Kate

Quiero llamarte ¿Puedo?

Un par de minutos después me dice que sí, el tiempo que asumo ha dedicado a buscar otro sitio para hablar con tranquilidad porque también mencionó alguna reunión. Cuando marco su número, su voz de inmediato inunda mis oídos, le hablo sobre Sara y su aparición en mi apartamento. También le menciono que tendré que quedarme en el suyo.

—¿Tu ex está en tu apartamento? —Replica, aunque su voz es suave, calma, con si el asunto le importara poco. Bueno, es Kate y así es ella. No creo que tenga motivos por los cuales alarmarse tratándose de Sara.

—Estaba aquí cuando yo llegué. Me dijo que no tenía un sitio donde ir y bueno, ahora soy yo el que no tiene un lugar donde quedarse. —Le estoy diciendo que la mujer con la que compartí cinco años de mi vida está en mi apartamento a la persona con la que ahora tengo lo más cercano a una relación. Tal vez otro tipo de mujer hubiera estallado con esa confesión, pero Kate no es así, aunque me espero una reacción totalmente distinta lo que obtengo es:

—Algo me dice que tendrás que mudarte cuanto antes y yo no tengo problemas si te quieres ir a vivir conmigo. —Suelto una pequeña risa. No creo que esté hablando en serio, tenemos tan poco tiempo de estar juntos aunque... tampoco es una mala idea.

—Voy a pensarlo. —Le devuelvo con socarronería. Le agregaría que soy difícil pero ya he probado en varias ocasiones que con ella no lo soy.

La charla que pensé sería rápida terminó siendo una conversación entre risas de cuarenta minutos en la que incluso olvidé por completo a Sara. Fue hasta que ella me dijo que tenía que volver que colgué y me conduje en dirección a su apartamento. Compartimos un par de mensajes más pero fue hasta esta mañana que Kate me preguntó sobre Sara, le conté todo, le contesté con toda la sinceridad posible hasta el detalle más mínimo.

Sé que tal vez no le hayan gustado algunas cosas de las que Sara me dijo, al menos a mí no me hubiese gustado escucharlas si en este caso hubiese sido un ex suyo el que volvió y se quedó en su apartamento. Pero Kate no es del tipo de mujer dramática, incluso bromeó un par de veces con Sara y ni siquiera le importó la presencia de ella en mi apartamento. Me gusta que confíe en mí así, que también tenga esa confianza en sí misma que la hace verdaderamente atractiva. Toma otra fresa de las que estaban en el cuenco que puse esta mañana y la lleva a mis labios, la muerdo y siento como el jugo se escurre dentro de mi boca.

—Me gusta que me hayas contado esto. —Me dice, estamos sobre el desayunoador. Ella había traído pastel y yo me comprometí a preparar el café. Algo que necesitaba bastante un día como hoy—. ¿No lo estás haciendo porque crees que Linda puede rastrearte, cierto?

Suelto una carcajada, aunque... alto ahí... ¿Linda puede rastrearme?

No me sorprende ni un poco.

—No... —le digo, con una sonrisa—. Simplemente no soy del tipo de persona que oculte cosas, Kate. Me gusta ser transparente, que no desconfíes de mí. No quiero tener problemas por algo tan insignificante. —Entonces me esboza una sonrisa encantadora mientras mantenemos contacto visual y yo, como siempre, bajo la mirada. Me toma de la barbilla y me besa los labios. Me gusta cómo se pasea por cada uno de ellos con tanta delicadeza y suavidad que hace que me

recorra una corriente eléctrica por toda la columna vertebral. Se separa de mí, me mira a los ojos y después un mechón que se cuelga en mi frente. Intenta llevarlo hacia atrás, pero a este punto ya debe saber que eso es imposible.

—¿Sabes algo? Nunca alguien me había encantado tanto como tú, Roger. —Eso me hace dibujar una sonrisa. Y la miro a los ojos para contestar:

—A mí nadie me ha gustado tanto como tú, Kate. —Hago lo que siempre ella hace conmigo. Tomo un poco del baño del pastel con mi dedo índice y hago un recorrido desde su oreja hasta su barbilla. Suelta un risa cuando comienzo a besar el camino donde he dejado dulce del bizcocho.

No me doy cuenta en qué momento ha tomado un pedazo del pastel y me lo ha estrellado contra la mejilla, bastante romántico hay que agregar —por supuesto que lo digo con ironía—. Entonces hago lo mismo y poco tiempo después estamos los dos manchados de dulce y de ese pastel ya no ha quedado absolutamente nada.

La inmovilizo entre mis brazos y comienzo a lamerle la cara, la mejilla, la nariz, intenta soltarse de mi agarre pero le es imposible. Inicio a lamerle cuello y ella comienza a reírse fuerte, no voy a negar que me causan gracia y ternura esas carcajadas tuyas. Me hacen sentir bien, confiado, alegre, optimista. No mentí cuando le dije que me gustaba como nunca antes nadie lo había hecho. Me doy cuenta que, definitivamente, no me va a costar mucho enamorarme perdidamente de Kate.

—¡Roger! ¡Vamos! —Continúa carcajeándose. Finalmente la dejo libre cuando los dos ya hemos caído al piso entre risas y mi celular ha sonado anunciándome un mensaje de texto. Me pongo de pie y tomo una servilleta para limpiarme los dedos, Kate se ha quedado tendida sobre la alfombra y no puedo evitar que una sonrisa se me escape al verla ahí tapándose el rostro, la piel colorada y las risas asomándose desde el fondo de su garganta.

—Es Linda. —Anuncio, un tanto desconcertado, más que todo por el texto que se lee:

«Tienes que ver esto, apresúrate»

Hay un link, uno que por experiencia ya sé qué es lo que puede mostrarme aunque cuando doy click donde me indica y la página logra cargarse completamente no me esperaba ni por cerca con el video que me presenta. Me llaman la atención las letras que hay en mi pantalla y también la imagen del sujeto Van Brouwer en lo que parece ser una conferencia de prensa. Si en algo Sara no mintió, es que había roto con el tipo holandés porque aquí mismo en letras mayúsculas se lee:

«Koen Van Brouwer rompe su compromiso con la abogada Sara Escribano»

Reproduzco el video y la cara del sujeto millonario invade toda mi pantalla. Lo están rodeando representantes de revistas, canales de televisión, periódicos nacionales que logro reconocer por los micrófonos que tiene en frente. Lo escucho decir que terminó su compromiso con Sara y le agrega:

«No voy a alargarle con esto, solo diré que Sara no es definitivamente la persona para mí. Quiero una mujer exitosa, intelectual, que trabaje a mi lado, que me ayude a impulsar mi empresa. Sara es una mujer superficial, con la cabeza hueca. No es ni por cerca la mujer que quiero tener por esposa»

Todo esto al parecer se había generado desde las fotografías del holandés que salieron este jueves pasado, según lo que me dijo Linda. Yo ni me había enterado de nada y es hasta hoy que las estoy viendo, están apareciendo una por una en la pantalla de mi celular. Es Koen Van Brouwer, tomado de la mano de una chica y esa chica es Wendy.

Sí, la supuesta mejor amiga de Sara.

No sé por qué no me asombra nada, Wendy es capaz de andar con un tipo que tiene una

esposa enferma de cáncer y mofarse de ello, supe que no tenía escrúpulos cuando le dijo a Sara: «Ya ni siquiera puede tener sexo con él, que deje que lo disfrute otra», refiriéndose a la pobre mujer batallando por su vida.

Continúo escuchando, incluso me he sentado sobre una de las banquetas y Kate está detrás de mí, me rodea el torso con sus brazos y su barbilla descansa en mi hombro. Sigo escuchando al holandés despotricar contra Sara, la llama manipuladora, interesada y un fracaso como abogada. Incluso asegura que logró graduarse por la popularidad de su familia en esa rama. Pero no se queda ahí, continúa su discurso agregándole:

«Aparte de anunciar que cancelo mi compromiso con esa mujer. También quiero advertir a mis colegas sobre trabajar con algún Escribano. No hagan negocios con esta familia fraudulenta, me he enterado de una estafa que intentaron hacerme. Decidí que el señor Escribano llevara el caso de la compra de «Hombres al poder» después que Sara me dijo que su padre era el mejor para el tema de los negocios. Pero ellos solo querían quedarse con parte de las acciones que compraría de la revista. Gracias a una persona muy especial para mí pude darme cuenta de lo que estaban intentando hacerme. Con esto también anuncio que cancelo la compra de las acciones mencionadas y corto cualquier relación laboral con Margaret García»

Detengo el video intentando digerir todo eso que acabo de escuchar. Otro mensaje de Linda interrumpe mi pantalla y leo: «Yo fui esa persona especial». Entonces, le contesto: «No me sorprende nada»

En parte me alegro por el tipo holandés que no perdió ni un centavo ante la familia de Sara. Fuertes rumores corrieron hace mucho tiempo después de que sus padres adquirieran una bonita casa en uno de los sitios más lujosos de la ciudad, algunas personas decían que la habían logrado después de una estafa a un pobre hombre que confió sus bienes al señor Escribano, aunque Sara aseguraba que solo era fruto del excelente trabajo de su padre todos estos años.

Otro mensaje de Linda interrumpe mis pensamientos:

«Amo el karma, es una completa perra»

Kate se ríe detrás de mí y le agrega:

—Yo sí creo que es una completa perra. Tu ex te dejó por un tipo con dinero, ahora ese tipo acaba de acabarle la vida y la carrera en televisión nacional. —No solo acaba de arruinar la carrera de Sara, también de cualquier abogado que lleve el apellido «Escribano», incluyendo su padre, lo que me hace sentir bien. Creo que merezco el infierno por pensar eso. Kate se separa de mí, toma una de las fresas del tazón y le da un mordisco para agregar—: Adoro los finales felices ¿Tú no?

—El único final feliz que adoro de todo esto es haberte conocido a ti, Kate. —Eso sí que es verdad. Aunque no estoy mirándola a los ojos cuando digo eso, de reojo observo de que sus ojos se postran en mí y entonces siento su mano acomodarme un mechón de cabello en la oreja.

—Te mereces un baile con striptease incluido por eso. —Suelto una risa y en ese momento sí me vuelvo a ella. Le da otro mordisco a la fresa de manera sensual y se aleja en dirección a su habitación contoneando sus caderas. Me quedo observándola con una sonrisa y dejo mi teléfono celular sobre la encimera para ir detrás de ella.

Está demás decir que en la revista todo se volvió un caos.

Casi a medio día, todo el mundo corría de un lado a otro buscando todo lo que Margaret ordenaba para evitar la demanda que el sujeto Van Brouwer había asegurado contra Margaret, aunque ella decía no tener nada que ver con el papel legal creado por el señor Escribano, su nombre sí estaba ahí y sí podía presentar cargos por eso, de algo que estaba seguro es que los padres de Sara sí iban a tener que ir a tribunal después de meterse con Koen Van Brouwer.

Margaret nos obligó a quedarnos hasta tarde, estuvo toda la mañana gritándole por teléfono al canal de televisión que filtró una conversación suya hablando sobre la necesidad de sacarle unos millones a Koen Van Brouwer vendiéndole esa revista fracasada. Además, ese mismo canal había mostrado el contrato que le habían ofrecido los Escribano, donde había una cláusula que decía claramente cuantas acciones les estaba cediendo. Así que no había forma que los Escribanos alegaran que eso era mentira.

Pero las cosas no quedaron ahí, también se repetía la misma conferencia de prensa que hizo el holandés y hubo algo que yo no había alcanzado a escuchar: Dijo que Sara salía antes con un tipo al mismo tiempo que se acostaba con él a cambio de dinero. En ese momento sí me quedé a escuchar todo hasta el final, estaba yo en el Starbucks de la esquina cuando todo esto se estaba mostrando en el tv plasma del lugar. Solo esperaba que no mencionara mi nombre y cuando un reportero le preguntó si sabía quién era el novio de Sara en ese entonces, él dijo que no, también agregó que se disculpaba con él porque no tenía ni la menor idea de la clase de mujer que estaba metiendo en su casa.

A mitad de la tarde, se habían filtrado las fotos íntimas de Sara en todos los canales de televisión. Los programas de cotilleo se burlaban de ella y solo censuraban sus partes para mostrarlas cada que tenían la oportunidad de hacerlo. Las cosas se habían salido de control y yo solo podía pensar en una persona: Linda. La llamé sin dudarle, dispuesto a darle una reprimenda porque algo así no podía tolerarlo, no importa lo mal que haya hecho esa persona, pero es su intimidad y no puedes mostrarla así al público. Ella no vaciló un instante en negarse y asegurar que ella no tenía absolutamente nada que ver con esas fotografías, entonces agregó:

—Fue el mismo Koen Van Brouwer que ordenó filtrarlas. Le pagó a los canales de televisión para que las mostraran. Te lo dije Roger, ese sujeto es un maldito.

No sé qué tan molesto se puede estar con alguien como para hacer tal cosa pero en mi cabeza todavía no cabe la posibilidad de que una persona se empeñara tanto en arruinarla la vida a una mujer y ridiculizarla de tal forma. Yo no sería capaz de hacer algo así, pero obviamente yo no soy Koen Van Brouwer y al parecer Sara prefería un sujeto así.

—¿Pero quién provocó esto? —Le pregunté a Linda—. ¿Fuiste tú quién le comentó que Sara salía con alguien al mismo tiempo que se acostaba con él?

—Yo no lo hice, Roger. Fue Wendy.

Wendy... debí imaginármelo. Siempre intuí que su amistad con Sara no era sincera. Estoy seguro que se acostaba con Koen Van Brouwer desde mucho antes y ahora lo quería para ella sola, por eso no le había costado derribar a Sara.

Me quedé en mi cubículo toda la tarde y es hasta que miro como el sol se oculta por la ventana que me pongo de pie cuando me doy cuenta que Margaret no había salido de su oficina. Había llegado una carta para ella en correspondencia y esperé para entregársela pero ningún momento fue bueno. Avanzo hasta su puerta donde doy suaves toques con mis nudillos hasta que escucho un «Adelante» con voz quebrada y triste.

Abro con vacilación y cuando doy un paso adentro me percató del olor a alcohol y tabaco que invade el pequeño espacio. Ahí está Margaret con el rostro descompuesto, el maquillaje corrido y también no paso por alto que ha tomado mucho.

—¿Estás bien? —Le pregunto. Nunca había visto a la jefa dragón en este estado y no puedo saber qué tan borracha está pero intuyo que lo suficiente como para dejarme verla así: Despeinada, triste, desolada; con los ojos como dos enormes hamburguesas, el labial rojo con el que llegó le llega hasta la barbilla. Se aprecian sus líneas de expresión y algunas arrugas que debajo de tanto maquillaje no logran asomarse—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Mi vida acaba de arruinarse, mi carrera se acaba de ir al caño todo por confiar en Sara y su familia. Ella me había dicho que no me preocupara, que dejara todo en manos de su padre. Había trabajado tan duro en esta revista, había encontrado un excelente comprador y... —Sorbe por la nariz, se limpia el rostro y se acomoda las gafas. Saca otra botella de licor y vierte líquido en una de las tazas que usa para tomar café. Ya hay una botella vacía tirada en el piso. Y continúa:

»Ella nada más lanza una plástica que tuvimos por teléfono solo para arruinarme la vida. — Según lo que comprendo, ella cree que Sara fue quien compartió esa conversación con ella. Siento la necesidad de aclararlo, pero en su lugar me quedo callado porque no es algo que me incumbe a mí—. ¿Qué he hecho yo para merecer todo lo que me pasa? No puedo tener una relación estable, nunca voy a tener hijos, no voy a lograr mis metas. Yo soy buena persona ¿Por qué la mala suerte me persigue?

Quisiera contestar eso, pero Margaret no está en el estado como para soltarle algo cargado de ironía. Intento lo más que puedo darle ánimos, pero no me sale nada para ella. Así que lo único que se me ocurre es:

—Tal vez está por llegar algo mejor. —Margaret suelta una risa irónica y se lleva un trago de whisky a la boca arrugando la cara cuando el líquido le quema la garganta—. Puedo llevarte a casa si gustas.

Ya es realmente tarde y ha sido un día cargado de emociones para Margaret, sé que solo quiere irse y descansar. Pero no puede conducir en ese estado y no es que me preocupe por ella, simplemente me preocupan las personas inocentes que puedan pagar las consecuencias de su ebriedad.

—¿Dónde está Simon? —Suelta de pronto. Ni siquiera lo sé, algo que había pasado por alto porque siempre se aparece cuando se le da la gana. No sé si decirle a Margaret que no ha llegado ni un momento al piso u ocultárselo, decirle que ya se fue o que tuvo alguna emergencia. Pero antes de que yo pueda decir algo, antes de que yo pueda siquiera encontrar una excusa para cubrirle las espaldas al idiota, ella dice—: Oh, me lo imagino, debe andar parrandeando con mis mil dólares. Dile que mañana sí lo quiero aquí arreglando todas estas cajas deshechas, también quiero que tú lo acompañes. Después de todo, ustedes son las únicas dos personas de confianza que tengo aquí.

Dejo de prestarle atención cuando mencionó que Simon debía de andar parrandeando con sus mil dólares. Así que me atrevo a preguntar:

—¿Mil dólares? ¿Por qué le diste mil dólares a Simon? —Cualquier persona sabe que darle a guardar dinero a Simon es como lanzarlos al viento y esperar encontrarlos completos.

—No se los di. —Replica de inmediato—. Fue lo acordamos por la maldita apuesta ¿Sí te lo contó, verdad?

Creo que mi mente se ha quedado en blanco un momento.

—¿De qué estás hablando, Margaret?

—La apuesta, Roger. ¡Dios! No te hagas el tonto. Ya no importa si me dices que sí lo sabías. Los mil dólares, el artículo, tu ligue de una noche. —Intenta ponerse de pie, pero está tan ebria que le es casi imposible mantenerse sobre esos enormes tacones que lleva puestos. Yo siento que mi mente está peor que el estado de ebriedad de Margaret—. Aunque no es nada justo, él me prometió que iba a conseguirlo sin mencionártelo siquiera.

—Margaret, no estoy seguro de qué hablas. —Estoy consciente de su nivel de alcoholismo y que a este punto ya debe estar comenzando a delirar, pero no la culpo, yo me puse así o incluso peor cuando me partió el corazón ver a Sara por primera vez con Koen Van Brouwer—. Vamos, te llevo a casa. Después me hablas del supuesto ligue y la mencionada apuesta.

—Ese fue el motivo por el cual te encargué escribir sobre ligues ¿Nunca te pusiste a pensar por qué no le encargué un artículo tan especial como ese a un sujeto más experimentado como Simon? —Muchas veces en realidad, pero Margaret no me deja hablar, me está viendo con los ojos cristalizados y continúa—: Un día estábamos en un bar y hablábamos sobre ti. También mencionó cómo era posible que Sara estuviera acostándose con Koen Van Brouwer en tus narices.

—Te equivocas, Simon se enteró como yo y como todo el mundo.

—En realidad no. —Me contradice de inmediato. Se sirve otro poco de licor y yo me acerco a ella para quitarle la botella de las manos—. Yo se lo comenté mucho antes, él sabía antes que ti y antes que todo el mundo. En ese momento fue que se me ocurrió decirle que sería genial viéndote escribir a ti, un hombre tan recto, un artículo sobre ligues. Me reí y él me asegura que podía conseguirte un ligue en menos de un mes. —Toma su bolso y lo cuelga de su hombro—. Maldito Simon, ganó.

—Margaret, creo que estás muy ebria.

—Escúchame, si no te lo había contado no le digas que yo lo mencioné ¿De acuerdo? Que se quede con esos mil dólares, da igual. De todas formas esos mil dólares no van a salvarme de lo que voy a tener que enfrentar estos próximos días. —Da unos pasos rodeando el escritorio y tropieza por lo que yo intento sostenerla hasta que se estabiliza—. Él tiene mil dólares, tú tienes una chica, los dos ganan, pero ¡guau! yo pensé que no lo lograría por ese motivo es que aposté tanto. Es que mírate... tan caballeroso, tan educado, tan... guapo. Maldita Sara, cómo pudo dejarte por un hombre sin escrúpulos capaz de publicar sus fotografías íntimas por todos los canales. Qué lástima que no tengo tu edad, pero si a mí me lo hubieses preguntando, nunca hubiera dudado en ser tu ligue de una noche.

Definitivamente, Margaret está hablando cosas de las que se arrepentirá mañana.

Se vomita sobre la alfombra y yo le alcanzo la papelera para que no siga causando más desastres. Me ofrezco de nuevo a llevarla a casa, se reusa y me dice que ella puede conducir sola. De igual forma le digo que la acompaño al parking, me dice que sí cuando se tropieza con sus propios pies golpeándose la rodilla. Se queda dormida en el elevador y tengo que pedirle ayuda al hombre encargado de seguridad para llevar a Margaret hasta mi auto, no es que no pueda solo, simplemente no quiero ser relacionado con Margaret si alguien me mira cargándola por todo el edificio.

Las cosas se vuelven más fáciles cuando ella no está consciente, así que puedo conducir con tranquilidad mientras ella duerme en el asiento trasero de mi viejo auto. Me doy cuenta que no tengo ni la mínima idea sobre dónde vive y se me ocurre pedirle a Linda su dirección. De inmediato me está enviando un mensaje y aunque antes me pregunta el motivo le contesto de manera rápida que es una emergencia, le envío una foto de Margaret dormida y segundos después me está compartiendo un sitio, además le agrega:

De: Linda

Genial, porque no quiero patearte las pelotas si me entero que engañas a Kate con tu jefa.

Mi respuesta es sencilla:

Para: Linda.

¡Puaj!

Cuando llego a la casa de la jefa dragón no me sorprende nada los lujos con los que me encuentro. Toco el timbre, una mujer es la que me encuentro del otro lado y le hablo del nivel de alcohol de Margaret, ella sale para ayudarme a bajarla de mi auto, por el uniforme intuyo que es su ama de llaves. Margaret va diciendo cosas inentendibles a medida que entre los dos la

sacamos del coche, dice mi nombre y después algo parecido a un: «Eres tan dulce, Roger. Cástate conmigo» Definitivamente está tan borracha que siento pena por ella misma.

Cuando vuelvo a encerrarme en mi auto no puedo evitar en lo que me ha dicho sobre Simon. Sostengo el volante con ambas manos y me quedo pensativo un momento. Haciendo memoria sobre todo este tiempo después de asignarme el artículo de los ligue, tal vez Margaret tenga razón. Me obligo a desechar esa idea, porque no es posible, es Simon. Después de todo él puede ser un grano en el culo de primera pero sé que jamás sería capaz de hacer algo así, apostar tanto dinero a mi costa sin decirme absolutamente nada.

Saco mi teléfono celular, tal vez debería comentarle lo que Margaret me ha dicho solo para despejar la duda, hacerlo sonar algo sencillo como «Oye, Margaret me habló sobre una tal apuesta ¿Estaba muy borracha, verdad?» Pero si eso no fue verdad sonaría tan patético.

Creo que lo meditaré mejor antes de comentarle algo a Simon, comienzo a dejarle un mensaje pero nada relacionado con lo que Margaret ebria me comentó.

Para: simon

Margaret me dijo de unas cajas que le ayudaríamos a ordenar, te espero mañana a las diez.

Pongo en marcha mi auto después de dejar mi teléfono sobre el asiento del copiloto. Escucho mi celular sonar y cuando doy un vistazo es un simple «Ok» de su parte.

Capítulo 33

Está demás decir que no logré dormir absolutamente nada.

Toda la noche estuve haciendo memoria de cada acontecimiento a partir de que Margaret me había otorgado el artículo, me obligué a no pensar, pero fue imposible no comenzar a enumerar cada suceso intentando no encontrarle lógica a lo que Margaret me dijo, pero entre más pensaba más iniciaba a dudar de Simon.

Todo comenzó cuando Sara todavía no había terminado conmigo, pero estoy seguro que Margaret ya estaba al tanto de lo que mi entonces novia estaba a punto de hacer. No me sorprendería nada que también Simon ya lo supiera en ese momento, porque ni siquiera se asombró cuando se lo comenté, por la tarde ya estaba en mi apartamento intentando arrastrarme a un bar hablándome sobre la importancia de tener un ligue aun ante todas mis protestas.

Algo en lo que no pude evitar pensar, fue que ese mismo domingo conocí a Kate. Así que ahora agradezco a Simon por haberme sacado de mi habitación ese día. Pero tampoco pude sacarme de la cabeza los días posteriores, cuando él hizo hasta lo imposible por conseguirme una cita, ahí las palabras de Margaret comenzaron a cobrar sentido. Cada cosa que recordaba me hacía pensar en la confesión de Margaret, tanto así que en la madrugada tuve que levantarme para darme una ducha y despejarme un poco. Me obligué a no seguirme torturando de esa forma, Margaret estaba ebria, pudo haber dicho cualquier tontería y no fue la única cosa absurda que había soltado.

Me sentía cansado cuando desperté, ahora solo quiero tirarme en una cama y no estar aquí por culpa de la jefa dragón y sus malas decisiones. Cierro los ojos un momento y los froto para despejarme la vista nublada a causa de la falta de sueño a la que me sometí anoche. Me acomodo mejor en la banqueta mientras espero a Simon y saco mi teléfono celular para preguntarle donde diablos está. Han pasado más de veinte minutos y temo que se haya quedado dormido. Solo espero que se le ocurra aparecer o me molestaré en serio con Simon.

Estoy tecleando rápido cuando la puerta del elevador se abre y al levantar la mirada lo veo a él ahí, caminar en mi dirección, a un paso que me indica que no está contento con esto del todo. Carga su mochila en su espalda, tiene puestas unas gafas de sol y sostiene un vasito de café de Starbucks donde se lee «Simon».

—¿Por qué Margaret nos hace venir a trabajar un domingo? —Es lo primero que dice, deja caer su mochila a mi lado, suelta un gruñido cuando me encojo de hombros y continúa quejándose—: ¿Qué rayos le pasa? ¿Dónde está ella siquiera? Por cierto ¿Es verdad? ¿Koen Van Brouwer la mandó a la mierda en plena televisión nacional?

Le digo que sí y hoy específicamente no estoy muy comunicativo. Tal vez es por la duda que ronda mi mente o por las pocas horas que logré conciliar el sueño, no lo sé, lo único en lo que puedo pensar es en Margaret, diciéndome sobre la apuesta y los supuestos mil dólares que se ganó Simon.

Suelta una carcajada, después comienza a decir las cosas que habló Koen Van Brouwer, se queda por Margaret y del tráfico antes de llegar aquí. También habla sobre Sara, menciona lo maldita que ha sido Wendy por acostarse con el prometido de su mejor amiga. Me doy cuenta que últimamente no hablamos mucho, no salimos como antes y también pienso que todo eso ha sido después de que comencé a salir con Kate.

No es posible que Simon sepa sobre lo que tengo con Kate, aunque también recuerdo que no

soy precisamente de las personas que borran los mensajes de textos y él está casi siempre hurgando en mi teléfono celular. Mierda. Algo que había pasado por algo, perfectamente pudo tomar capturas, sacarlas de contexto y mostrárselas a Margaret para ganar ese dinero tan fácil.

Mi vista está puesta en algún punto específico sobre la pared, me percaté que Simon me está hablando y cuando vuelvo mi mirada a la suya él me está observando fijamente, no me di cuenta en qué momento tomó la banqueta a mi lado y se lleva el vasito de cartón a la boca sin despegarme los ojos de encima.

—¿Qué es lo que te pasa? —Me pregunta. Es en ese momento que reacciono y le doy un trago al frapuccino que Kate me había comprado para mí esta mañana. No le mencioné a ella lo que me había dicho Margaret porque no es algo de lo que esté seguro y, además, es ilógico repetir las palabras de una persona ebria—. ¿Estás bien?

Hago una mueca, no por la pregunta en sí. El café ya está frío y me doy cuenta que no había tomado ni un poco.

—Sí, lo estoy. ¿Por qué? —Algo que yo nunca he podido hacer, es lograr mentir de manera convincente. Simon me conoce lo suficientemente bien, así que estoy seguro que él sabe que algo está perturbándome la mente.

—Puedes hablarme de lo que sea, ya lo sabes. ¿Te pasó algo con alguien? ¿Fuiste acosado sexualmente en Facebook? Porque tienes casi quince mil seguidores en Instagram y no dudo que te hayan buscado por todas las redes sociales, tu foto fue un éxito rotundo. —Continúa hablando de la fotografía, después habla sobre lo fácil que se me haría a mí follar con mujeres si me lo propongo, habla de que necesito más fotos enseñando el abdomen y también dice que gracias a él se me han marcado los cuadros. No hay un momento en el que Simon no se de crédito a sí mismo y ya un poco cansado de su parloteo, tomo el valor para soltar:

—¿Tú sabías el motivo de Margaret para dejarme ese artículo, el de los ligues? —Ya había pasado un mes desde ese bendito artículo, pero ahora quiero a Simon completamente sincero conmigo... al menos ahora.

—Claro, quería joderte la existencia nada más. —Algo me dice que no está al tanto de la información que me soltó Margaret. O tal vez es que la manera en que estoy haciendo todo este interrogatorio es completamente pacífica.

—¿Estás seguro? ¿No tuvo que ver con una apuesta o algo así? —Algo en el gesto de Simon cambia y estoy casi seguro que no pudo tragar el sorbo de café que se había metido en la boca.

—¿Qué? —Está exagerando en su expresión, eso me hace estar un poco más alerta porque no es la forma que haya visto actuar a Simon nunca—. No... no no... ¿Qué apuesta? ¿De dónde sacas eso?

—Margaret me lo dijo. —Voy al grano, esta vez sí tengo un gesto más serio y estoy dejándole claro que quiero todas las respuestas. Simon arruga su entrecejo y ahora sí me está dando su atención a mí.

—¿Qué? ¿Cómo... No tengo ni idea de lo que estás hablando, Roger.

—Estaba borracha. —Menciono, mi voz está calma y mi espalda está recostada de manera relajada sobre la pared cerca de la oficina de la jefa dragón—. Me dijo todo, tal vez incluso habló demás y me comentó también que tú sabías que Sara se estaba follando al sujeto holandés.

Simon que queda en silencio y después se aclara la garganta para decirme:

—Escúchame... lo comentó una vez, pero no pensé que era cierto. Hay muchas cosas que salen de la boca de Margaret que son mitad verdad, pero la mayoría no lo es.

—¿Entonces por eso apostaste con Margaret que me conseguirías un ligue de una noche?

—¿Qué? No. —Esta vez, no pienso dejarme convencer tan fácil por las palabras de Simon.

Hay algo en su cara que no había visto antes, sorpresa, temor, inquietud, no lo sé. Tal vez sea porque se siente acorralado o porque está pensando la excusa perfecta, pero de pronto está a la defensiva y me dice—: Margaret todo el tiempo se ha burlado de ti, se reía de lo que Sara hacía en tu cara, ella supo que tu ex tenía un amorío con ese holandés desde el primer día, a mí me lo contó talvez unos... —hace un pausa— dos o tres días antes.

Entonces, suelto una risa irónica.

—Eso es para mí suficiente. Creo que no quiero seguir escuchando el resto...

—Por supuesto que no te lo iba a decir, Roger. —Ahora está levantando la voz, genial. Para mi suerte solo estamos los dos en todo el piso—. ¿Cómo crees que iba a llegar a ti sin pruebas? Oye... —finge una conversación— Sara te está poniendo el cuerno con un sujeto holandés, no te lo ha dicho pero planea irse a vivir con él este próximo viernes. Es ridículo ¿Ibas a creerme? No, ¿cierto? Estabas tan ciego que el día que te dejó me puse feliz por ti.

—Pero no era eso lo que estábamos hablando.

—Sí era lo que estábamos hablando, Sara iba a dejarte entonces le dije a Margaret que tú eras también capaz de conseguirte un ligue si así lo querías, estaba tan molesto que lo hice una apuesta, pero eso fue todo. Yo no quería que ninguna de ellas te estuviera viendo la cara de gilipollas, deberías estar agradecido.

—¿Si estabas tan preocupado por mí, porqué apostaste mil dólares? —Abre y cierra la boca, se queja callado y vuelve a intentar hablar, es como si su mente está trabajando demasiado para darme una respuesta convincente.

—N... no sé de qué estás hablando. —Tartamudea, duda... no está seguro qué decir, por tal motivo mis reclamos toman fuerza.

—A ti lo único que te interesaba era el dinero, como siempre.

—No... no lo entiendes, Roger. El dinero es lo de menos.

—¿Entonces sí es verdad? ¿Sí apostaste mil dólares? —Ni siquiera he levantado la voz aunque sea una vez y esto que la situación me está superando bastante. Simon va a protestar, pero antes de que lo haga lo interrumpo—: Solo dime la verdad de una buena vez. Apostaste esos mil dólares sí o no.

Más silencio, me mira a los ojos para entonces confirmar:

—Sí... —Siento en este instante como el pulso se me acelera y la sangre me golpea con fuerza detrás de las orejas—. Pero fue Margaret la que ofreció el dinero para «hacerlo más interesante» —Hace incluso comillas con sus manos—, me dijo que si no lograba conseguirte un ligue en menos de un mes sin mencionarte la apuesta era yo quien tendría que pagarle a ella... ¿En serio crees que yo hubiese querido arriesgarme por tanto sabiendo que eras un fracaso total con las mujeres?

Era todo lo que quería escuchar, se puede meter sus explicaciones por donde más le quepan. Sigue hablando, culpando a Margaret, también a Sara, al holandés, pero en ningún momento lo escucho a él culparse por los mil dólares que se ganó a mi costa.

—Ahora lo entiendo perfectamente. —Hablo, poniéndome de pie—. Todo esto era para tu beneficio ¿Sabes cuál es tu problema? Que eres tan egoísta y piensas nada más en ti. Esto no fue por mí. En serio, felicidades, Simon. Te diría que te lo mereces, pero me estabas usando. Por Dios, creí que eras mi amigo.

—Oh no, no vas a usar esa frase para hacerme sentir culpable cuando gracias a mí...

—Insistías tanto en convertirme en una persona que no soy. —Lo interrumpo, ahora sí yo también he elevado el tono de mi voz, tal vez más alto que el suyo. No quiero seguir escuchando a Simon—. Te importó en lo más mínimo que yo no quisiera verme con chicas que tú elegías

sabiendo que era muy probable que no iban a gustarme. Que te quede claro, yo no tengo ligues de una noche, no tengo necesidad de probarle nada a nadie. No soy de ese tipo de hombre, yo no soy como tú, Simon ¿Está difícil de entender?

—Oh vamos Roger, que no eres distinto a los demás hombres ¿Cuántos días le tomó a Kate llevarte a la cama? ¿Quince? ¿Veinte? Bueno, la media son cinco días, pero tú no estás muy lejos de eso así que por favor...

Me quedo en silencio entonces y esta vez sí nos miramos a los ojos... ambos. Él también se ha puesto de pie así que casi estamos frente a frente, a una distancia considerable, lo que agradezco porque tengo unas terribles ganas de golpearlo, aunque estas se disiparon en el instante que escuché el nombre de Kate y de pronto, mis cinco sentidos se concentraron en eso último que dijo.

—¿Qué dijiste? —Yo no soy del tipo de persona que borra los mensajes de texto, ahora estoy comenzando a arrepentirme. Había cometido un error y él se había favorecido de eso a mí costa, además ahora sabe que me acuesto con Kate y Simon no es precisamente una persona que se guarde ciertas cosas para sí. No me gustaría que Kate creyera que yo le he hablado sobre todas las cosas que hacemos a Simon, eso no es algo que haría un caballero y yo jamás —jamás— hablaría sobre mi intimidad cuando eso incluye a otra persona.

Las palabras de Simon interrumpen mis pensamientos, me concentro en él cuando lo escucho aunque es lo que menos quiero ahora.

—¿En serio crees que una mujer va a esforzarse tanto para acostarse contigo solo porque sí? Ninguna mujer lo hubiera hecho, Roger. Ni siquiera Kate.

—Ya basta de incluir a Kate en esto. —Estoy tomando mis cosas, porque en serio todo esto me ha superado. Estoy molesto y lo que menos quiero es seguir en esta conversación con Simon. Lo escucho parlotear, no le presto atención cuando me estoy alejando pero entonces sus palabras me detienen cuando dice —más bien, grita—:

—Yo fui quién habló con Kate. Ella ya estaba al tanto de todo desde el primer día. Ella sabía sobre la apuesta que hice con Margaret, yo le hablé del artículo, le comenté lo de tu ex y te mencioné a ti. ¿Y sabes qué? Le dije que iba a compartir mi premio con ella si lograba acostarse contigo en menos de un mes ¿Qué? ¿No te lo dijo? —Estoy a punto de regresar y darle un puñetazo en la cara a Simon—. Ella también aceptó unirse al reto. Aunque te seré sincero, no creí que iba a lograrlo pero ¡Vaya! para mi sorpresa, sí que lo hizo. Así que no Roger ¡No! No eres tan distinto al resto de los hombres.

Me estoy girando en este momento y con lo primero que me encuentro es con su mirada y retengo las ganas que tengo de golpearlo. Eso no es verdad, por supuesto; está intentando usar a Kate para desviar mi atención y evitar que yo descargue toda mi ira en su contra.

—Estás mintiendo.

Entonces saca su teléfono del bolsillo y comienza a manipularlo al mismo tiempo que camina en mi dirección, intento adivinar qué es lo que está haciendo pero no tengo que pensarlo mucho siquiera. En instantes me está mostrando su teléfono celular y es hasta ese momento que mis ojos se enfocan en la pantalla y se concentran en lo que me está enseñando.

Es una conversación de Whatsapp con Kate, se remonta al día que le habló sobre la apuesta. Simon le pide ayudarlo para ganarse mil dólares, alegando que no soporta que Margaret y mi ex se sigan burlando de mí. También agrega que va a llevarme al bar, al lugar donde conocí a Kate, le pidió que le dijera a Brenda que le dejara su puesto solo por esa noche, que quería hacerlo ver casual. Para mi desgracia, Simon no mintió en una cosa y eso fue prometerle la mitad del premio a Kate.

Así van pasando los días, Kate y Simon continúan hablando, poniéndose al día de todo lo que me pasa a mí, el idiota le dice «Te lo dije, es un tipo difícil» a lo que Kate le contestó: «Ningún hombre lo es». Hay más cosas, hay más textos, continúo pasando la conversación pero a este punto ya ni siquiera estoy leyendo, mi mente se ha quedado procesando todo eso que acabo de ver, no sé si estoy respirando, si el corazón todavía me palpita pero tengo la mirada todavía en esta cosa.

Me detengo cuando observo una fotografía, es mía, estoy dormido y se ve claramente que es la habitación de Kate. La sábana blanca me cubre nada más de la cintura hacia abajo, tengo el torso descubierto y una pierna de fuera. El texto corresponde a la fecha de dos días después de la primera vez que estuvimos juntos.

El mensaje de Simon que le procede a esa fotografía es:

«¿Por qué diablos él no me ha dicho nada?»

A lo que Kate respondió:

«Porque él sí es un caballero, Simon»

No voy a negar que los ojos me arden, el corazón me duele y siento un enorme nudo en la garganta, como si he intentado tragarme un puñado de grava que ahora se me ha instalado en el estómago. Lo primero que hago que darle un vistazo a su número, tengo una buena memoria así que puedo recordar perfectamente el número de Kate aunque deseara que no fuera así cuando me doy cuenta que está correcto. Mi vista se clava ahora en la imagen de nosotros dos que guarda como foto de perfil, una que nos habíamos tomado esta mañana, antes de que ella se fuera a trabajar y le dije:

—Odio cuando tienes que quedarte casi todo el día en el hospital. Es domingo. —Fingí dramatismo, casi de la misma forma que ella lo hace, con la mano en el pecho y la otra en la frente. Entonces Kate se rio y se sentó a horcajadas sobre mí soltando un suspiro y recostándose sobre mi torso.

—Por primera vez en mi vida yo también lo estoy odiando. —Hizo un puchero, uno que me resultó bastante tierno y le sonreí para acomodar uno de los mechones de su cabello detrás de su oreja. Se enderezó y me rodeó el cuello con sus brazos, comenzó a dejar una ristra de besos desde mi oreja hasta mi barbilla, el cosquilleo me hizo reír y ella le agregó—: De acuerdo, tengo exactamente seis minutos. ¿Follamos antes de irme?

—¿Follar? No me gusta esa palabra. Disculpa, pero yo voy a hacerte el amor. —Me quité la camiseta, Kate soltó una carcajada cuando la sostuve de la cintura y en un rápido movimiento la dejé debajo de mí, con su espalda recostada sobre el sofá, comencé a besarla con ternura, de una forma suave, dulce y provocativa.

Le hice el amor, de la manera más cariñosa que ella se merecía. Por supuesto que no duró seis minutos, fue mucho más que eso. Llegaría tarde, pero no pareció importarle en lo absoluto. Esa había sido la mejor de todas las veces que habíamos estado juntos y sé que no solo yo lo sentí de esa forma porque después de eso Kate no me quitó las manos de encima, me besó todo el camino mientras iba a dejarla al hospital y después continuamos esos besos en su oficina donde ante de tomar esa fotografía que ahora era su imagen de perfil.

Ahora que lo pienso mejor, Simon nunca me preguntó por esas fotografías con Kate, ella compartía imágenes nuestras casi todo el tiempo y es imposible que Simon no haya visto al menos una. Nunca me hizo un comentario o intentó indagar sobre nuestra cercanía, porque él ya sabía que estaba pasando y maldita sea que yo nunca pude notarlo.

Le devuelvo el teléfono a Simon, estoy conteniendo la respiración y cierro los ojos un momento porque me hierve la sangre. Solo me doy cuenta cuando toma el aparato y es entonces

cuando me doy media vuelta que escucho su voz temblorosa y me dice:

—Escúchame... lo... lo siento, Roger. No pensé que... no creí que... escucha... —Escucho sus pasos detrás de mí, pero no me detengo. No pienso hacerlo, solo quiero que me deje en paz de una maldita vez—. No vayas a comentarle nada a Kate, deja que ella te lo cuente porque me dijo que... oye, ¿al menos leíste toda la conversación?

El elevador se abre cuando está diciendo esas últimas palabras, entro sin pensarla demasiado y cuando doy media vuelta es que hago contacto visual con Simon, no sé qué gesto debo tener, pero no es nada bueno porque él se detiene en seco, justo en ese momento las puertas de metal se cierran y es mi reflejo el que queda frente a mis ojos. Un semblante triste, herido, preocupado, eso es lo que logro percibir en mí cuando me veo y me obligo a mirar en otra dirección donde no sea capaz de provocarme lástima a mí mismo.

Conduzco en dirección al hospital a una velocidad insospechable, no me importa nada ahorita, ni siquiera el tráfico, ni siquiera las personas cruzando la calle, ni siquiera otros autos cuando estoy a punto de provocar un accidente. Escucho el claxon de varios coches, pero en estos momentos todo me importa poco. Pienso en Kate, en todo este tiempo junto a ella, en lo ingenuo que fui por dejarme convencer así ¡Dios! Estaba comenzando a querer tanto a esa mujer que siento como se me desgarrar el alma por dentro.

En minutos estoy en el parking del hospital, me doy cuenta que nunca había conducido de esta forma y mi paso ansioso es el que me acompaña cuando cruzo recepción y pregunto por la doctora. Ya todos me conocen aquí, así que no soy una cara nueva para nadie. No tengo ni siquiera que preguntar, porque en ese momento está llegando la jefa de Kate y me dice que en este momento está en una reunión pero que puedo esperarla en el mismo lugar de siempre.

Ese mismo lugar es la oficina de ella, no le envío un mensaje, no quiero ver nada referente a ella porque me duele. Me están llamando y cuando saco el teléfono de mi bolsillo me doy cuenta que es el idiota de Simon, no quiero saber nada de él, así que corto la llamada y bloqueo su número, es lo más bajo que he hecho, pero no le ha quedado claro que espero no tener noticias de él.

La doctora no tarda mucho en aparecer, cuando entra a su oficina yo estoy con la vista clavada sobre la pared al frente, no es la que tiene sus reconocimientos, es una simple pared blanca adornada con una planta esquinera. Se sorprende al verme, pero después de decir que no me esperaba esboza una sonrisa y se acerca a mí, su gesto cambia cuando nota que yo me he apartado con una expresión cruda, entonces se aleja y me dice:

—¿Estás bien? —Esto es como si estoy viviendo un sueño, una maldita pesadilla de la que quiero despertarme. Es como si nada más soy un expectante de mi propia vida y yo estoy sentado observando esta escena desde el otro lado de la sala—. Roger, me estás preocupando.

—¿Por qué lo hiciste, Kate? —Parpadea un par de veces y arruga su entrecejo, tal vez no está segura de lo que estoy hablando ahora, pero sé que cuando se lo diga sabrá a lo que me refiero.

—¿De qué estás hablando, Roger? —O simplemente, sí lo intuye pero prefiere no hablarlo.

—De la apuesta de Simon con Margaret, de ellos me espero cualquier cosa ¿Pero de ti? Me estuviste mintiendo todo este tiempo, Kate ¿Por qué lo hiciste?

Silencio, me mira a los ojos, ahora sí estoy seguro de que sabe a qué me refiero.

—¿Qué? No...

—No me mientas, Kate, por favor. Simon me contó todo, me enseñó la conversación, la fotografía mía que le enviaste ¿Te sientes bien ahora que cumpliste tu objetivo? ¿Quinientos dólares son más importantes para ti que los sentimientos de una persona?

—Roger, escúchame, hay una explicación para esto, te lo juro.

—Kate, no quiero excusas, maldita sea. Solo quiero que me digas la verdad. —Nunca antes le había hablado de esta forma a Kate, jamás me imaginé que llegaría algún día que pudiera hacerlo. No soy una persona que explote fácil, no frente a una mujer, no frente a la persona que ha llegado a apropiarse de una parte importante de mi vida. Me siento terrible por el tono que he usado, pero en este momento es lo último por lo cual preocuparme—. ¿Fue parte de un reto con Simon sí o no?

—Sí. —Algo se me rompe por dentro, cierro los ojos, me arden... me duele el pecho. Me obligo a ver en otra dirección porque no soporto verla—. Pero tienes que escucharme... Simon me contó sobre eso, es verdad. Le dije que sí, que iba a hacerlo porque me fascinó tu forma de ser... —la voz le tiembla, también las manos le tiritan y tiene que dejar los papeles que carga sobre su escritorio para después inclinarse hacia mí, se acucilla entre mis piernas e intenta tomarme las manos pero no se lo permito, tengo la voz ronca, la garganta seca y me cuesta respirar incluso—. No es lo que crees, Roger. Te lo juro. Iba a contártelo en algún momento, pensé en hacerlo en el momento justo que pudiéramos reírnos sobre eso porque temía tu reacción, tenía miedo de arruinar...

—Arruinar... —Repito con sarcasmo haciendo que ella se calle—. ¿Ese es el motivo por el cual no te importaba nada, verdad? Ni siquiera la presencia de Sara porque de todas formas tú estabas jugando conmigo.

—Roger, no...

—No. —La interrumpo—. No quiero escucharte...

El sonido de la puerta nos saca de la burbuja tensa en la que estábamos los dos, miramos en esa dirección cuando su jefa es la que asoma la cabeza y dice, con un tono de alarma:

—Kate, tenemos una emergencia. Cuidados intensivos, ahora mismo. —Debe ser algo sumamente importante para que ella no haya reparado en mí y solo se haya dirigido a Kate. Ha desaparecido así como vino. Kate se debate entre el lugar que debería estar y es obvio que lo que sea que está pasando en cuidados intensivos es mucho más importante, así que le ayudo a tomar su decisión para que sea más fácil:

—No te preocupes. —Me pongo de pie y tomo mis cosas—. Ve donde te necesitan, no pienses en mí, no pienses en nada de esto. Una persona te necesita, haz tu mejor trabajo. Esto podemos hablarlo después.

—Roger, por favor... —Su voz es diferente. Está tomando sus cosas, está nerviosa, ansiosa... no lo sé, siento que ya no conozco del todo a Kate.

—Concéntrate. No pienses en mí, yo voy a estar bien.

—¿Te llamo después?

Le doy un leve asentimiento, intento verme convincente aunque estoy seguro que es muy probable que no quiera hablar con ella por un buen tiempo. Se acerca a besarme los labios y yo me aparto por instinto, en su lugar le tomo el rostro con ambas manos y le doy un beso en la frente. Uno corto, dulce... que siento que me quema por dentro. Cuando abro la puerta para ella, otra persona se asoma y entonces vuelve a llamarla:

—Kate, emergencia. —Ella asiente, me mira un momento y después se aleja a paso rápido en dirección a un grupo de tres doctores.

Estoy caminando en la dirección contraria, tomo el elevador que está al otro lado del pasillo pero antes de que dé un paso al frente me giro y lo hago en el momento justo cuando ella está haciendo lo mismo. Le doy una sonrisa tranquilizadora pero nada convincente, entra al elevador y yo doy media vuelta porque no quiero que esa imagen triste de Kate se me quede grabada en la mente.

Si con Sara se me rompió el corazón, con Kate se me acaba de romper el alma en mil pedazos. En algo mi ex tenía razón y fue en aquellas palabras que mencionó en televisión nacional: «Un día llega esa persona que en días te hace sentir todo lo que otra persona no hizo en cinco años»

Capítulo 34

Camino a mi apartamento no puedo evitar sentirme el corazón destrozado.

Me toma más tiempo de lo normal llegar hasta mi piso, porque no soy consciente de lo que estoy haciendo. No estoy en estado para conducir, tengo los ojos cristalizados, el corazón herido. Me miro en el espejo retrovisor y solo quiero alejarme de aquí, necesito un tiempo para mí mismo, tal vez era muy temprano para iniciar algo con otra persona, pero es que no pude evitarlo, Kate estaba decidida a ganar una apuesta con Simon, y yo caí redondito. Ahora aquí estoy burlado por segunda vez en menos de dos meses.

Soy un completo imbécil.

El trayecto desde el primer piso hasta mi apartamento se siente demasiado largo, quiero tirarme en mi cama y dormir, pero al mismo tiempo desaparecer y que nadie sepa absolutamente nada de mi persona.

Cuando entro, me percató que Sara todavía está aquí. No voy a mentir, eso me encabronarme bastante ¡Una cosa le pedí nada más! ¡Una cosa! Me la encuentro frente a la tv hecha un ovillo envuelta en una manta. Me mira y se pone de pie, no puedo creer que ahora ya ni siquiera tengo mi propio lugar para encerrarme.

—Fui claro, Sara. Dije que solo te permitía estar aquí una noche.

—Lo siento, Roger. Es que no tengo a donde ir ¿Has visto la televisión? Koen acaba de arruinarme la vida, no puedo siquiera salir a la calle. No tengo amigos, ni otras personas a quién acudir.

—Ese ya no es mi problema Sara. Era la vida tú querías ¿No? —Vale, estoy frustrado. No quiero desquitarme con ella tampoco, pero no la quiero cerca de mí. Ni ahora, ni nunca. Tengo suficiente con todo lo que estoy viviendo que me hierva la sangre tener que soportarla solo porque Koen Van Brouwer ya no quiere nada con ella. Intento tranquilizarme y me voy directo a mi habitación para tomar mi mochila de viaje. Dejo todo lo necesario ahí y me la cuelgo en el hombre.

—¿Dónde vas? —No le contesto. No me gusta nada que esté haciéndome preguntas recostada sobre el marco de la puerta como cuando vivía aquí. Respiro hondo para relajarme y tomo mi laptop para salir, pero no se quita, prefiere que la mochila la golpee aunque no es lo que pretendo. Cuando me vuelvo a ella para disculparme su siguiente acto me toma por sorpresa. Se acerca a mí, me agarra el rostro con ambas manos y presiona sus labios contra los míos.

Me besa salvaje, con hambre, con pasión, con la mera intención de excitarme, pero mi cuerpo no responde, es que estos labios no son los de Kate, este olor no es el de Kate y esas manos pasándose sobre mi torso no se sienten como las de Kate. Es a ella a quién quisiera besar así, no a Sara.

La tomo por los brazos y la separo bruscamente de mí. Estoy molesto, cansado y aturdido. No digo nada, porque no se me ocurren cosas precisamente buenas, intenta besarme otra vez, forcejea conmigo, pero antes de que pueda siquiera dar un paso, le advierto con suficiente elocuencia:

—No.

—Roger...

—No, Sara ¡No! De verdad, déjame tranquilo ¿Es que no lo entiendes? Yo ya no siento nada por ti. Entiéndelo de una buena vez.

Me voy directo a la salida, pero su mano se envuelve alrededor de mi antebrazo, cierro los ojos un momento intentando calmarme, este es el peor día que Sara pudo elegir para colmarme la paciencia.

—Roger, por favor, solo dame una oportunidad. Déjame demostrarte que puedo ser la novia que te mereces, prometo enmendar todos mis errores. Te lo suplico, Roger.

—Sara, de verdad, no quiero ser grosero, pero solo estás perdiendo tu tiempo. Yo ya no quiero estar contigo y ya, perdón. —Tiro de mi brazo para soltarme de su agarre. —Te agradezco mucho los cinco años que estuviste en mi vida, pero se acabó.

—Roger... —Puedo escuchar en su voz que está a punto de llorar. Por Dios, no va a manipularme de esta forma.

—Y te voy a advertir una cosa. —La señalo con mi dedo índice y continúo: —Quiero que te vayas de mi apartamento mañana temprano o llamo a la policía. Te quedó claro ¿Verdad?

Si me conoce lo suficiente, sabrá que yo sí soy capaz de llamar a la policía. No dudaría incluso en pedir una orden de restricción en su contra si no me deja tranquilo. Si algo admiro de mí mismo es que cuando estoy lo suficientemente encabronado soy capaz de cosas que normalmente no haría cuando estoy tranquilo. Ni siquiera me importa que Sara se quede llorando ahí sentada sobre la alfombra. La única imagen que no soporto recordar es el semblante triste de Kate y todos nuestros buenos momentos juntos que se reproducen en mi cabeza una y otra vez, y me duele.

Qué tonto soy, Dios mío.

Conduzco varios kilómetros intentando callar mi mente con música de la radio e intento despejarme todo el recorrido. Mi celular ha sonado varias veces y por el tono sé de quién se trata. Solo me basta con darle un vistazo para comprobar que sí es Kate y lo pongo en silencio, con la pantalla hacia abajo en el asiento del copiloto.

Cuando estoy frente a la casa de mi madre ella está ahí, regando un jardín que no recuerdo que haya existido antes, supongo que es algo nuevo como el cerco de bambú que rodea la entrada. Tenía tanto tiempo de no venir que ya nada me resulta familiar. A un lado está mi hermano jugando sobre la grama con el perro que le regalé el año pasado, mi madre está de cuclillas frente a una planta y el primero en verme es él quién se pone de pie de un salto gritando:

—Mami, es Roger. —No le dije a mi madre que vendría así que su expresión, cuando levanta el rostro, es de completa sorpresa. Se pone de pie al mismo tiempo que mi hermano se abalanza hacia mí y lo levanto en brazos haciéndolo soltar un grito divertido. Le faltan los dientes delanteros y le digo:

—Hola, enano. —Su mata de cabello rubio ahora está más oscura. Estoy seguro de que correrá con la misma suerte que yo, tuve el cabello rubio hace algún tiempo atrás, pero ahora es completamente castaño. —Has crecido.

—Roger ¿Por qué no me avisaste que vendrías? Te hubiera preparado algo.

—Lo siento mamá, fue de improvisto y no te preocupes, no tengo hambre. —Max, el perro, comienza a saltar moviéndome la cola.

—¿Pasó algo? ¿Huyes de la policía? ¿Robaste un banco? ¿Quieren asesinarte?

Me hace esbozar una sonrisa, pero así de fácil como la muestro también se desvanece, porque no me siento precisamente bien. Dejo a Román en el suelo para acariciar a Max. El enano corre gritando que va a mostrarme su nuevo camión de bomberos.

—Pues espero que nadie quiera asesinarme.

—¿Entonces lo de robar un banco sí puede ser?

—Me encantaría, pero no. —La expresión que hace mi madre es divertida. —¿Puedo

quedarme unos días?

—Claro, esta también es tu casa, Roger.

Camina detrás de mí de manera cautelosa, no me hace preguntas lo cual le agradezco enormemente. Estar aquí se siente bien, se siente distinto, esta es mi casa de la infancia. Me doy cuenta de que mi abuela ya se enteró de mi presencia, porque está caminando a toda la velocidad que puede en mi dirección. Mi viejita está más preciosa que la última vez que la vi y me abraza fuerte. Mi tía Pili está cruzando el cerco que divide su casa y la de mi madre. No sé cómo es que nunca logré entender al sexo femenino si toda la vida crecí entre mujeres.

—Pero qué diferente estás —dice mi abuela—. Cuando Rosie nos dijo que habías cambiado no pensé que se refería a que ahora eras un jovencito mucho más apuesto y mírate que fuerte estás. Pareces de esos hombres de las revistas para mujeres en los años ochenta.

—No me jodas, abuela... —Me rio y ella también. Mi tía también me da un abrazo. No somos una familia precisamente grande, solo somos nosotros y las dos hijas de mi tía que trabajan en otro país. —Fue un viaje largo ¿Puedo ir a recostarme?

Las tres asienten y se miran entre ellas para después mirarme a mí. Mi abuela es quién va conmigo hasta la habitación que solía ser la mía antes de irme a otra ciudad, ahora es un cuarto de invitados. Me dice que va a cambiar las sábanas pero yo le aseguro que así están bien y me encierro para dejarme caer de espaldas sobre el colchón.

Miro hacia la enorme ventana lateral, las cortinas estás corridas y puedo divisar desde aquí la laguna que se extiende en el patio trasero. No puedo evitar que varios recuerdos felices de mi niñez se me amontonen en la cabeza. No puedo creer que mi vida ahora sea totalmente diferente. Bueno, pero es lo que pasa ¿No? Y solo hay que continuar.

Me paso en cama el resto de los días. Bueno, no tanto, para no preocupar a mi madre le ayudo a crear un cerco en el patio. Apenas puedo probar bocado, aunque mi abuela se encargue de darme comida cada hora. Lo único bueno que me pasó en estos últimos días fue el trabajo de Monique. Logré ahorrar lo suficiente como para ahora mismo tomarme un tiempo lejos de los demás.

Ya hasta me estoy acostumbrando a esta nueva rutina. Me levanto de la cama temprano, corro un buen rato alrededor, regreso y ayudo en todo lo que puedo. Incluso a mi hermano con sus tareas de la escuela.

—Mamá dice que estás enfermo del corazón ¿Vas a morir? —Me pregunta de la nada. No voy a mentir, me soltar la primera risa auténtica después de tanto tiempo—. El abuelo también estaba enfermo del corazón antes de morir.

Tal vez mi madre escogió las palabras incorrectas para decirle al enano que yo soy un asco para las relaciones sentimentales.

—No estoy enfermo del corazón. Bueno, no literalmente ¿Okey? Mamá tal vez se refería a otra cosa.

—Me dijo que por esa razón es que yo nunca debería tener novia. —Me rio otra vez. Entonces aparta sus cuadernos y se acomoda a mi lado. —Yo no quiero tener novia nunca, las niñas son muy lloronas. —Okey, al menos el enano me hace olvidarme de todo el caos de mi vida por un rato. —Max y yo nos quedaremos a cuidarte, no queremos que mueras.

Al menos a él sí le importo de una manera desinteresada y genuina.

No puedo creer que ya pasaron dos semanas. No sé nada de nadie. No he visto el celular hasta hoy. Me voy a la laguna y en ese momento es que enciendo mi celular. Me llegan notificaciones de varias llamadas perdidas de Margaret, de Simon y también de Kate. Tengo que armarme de muchísima fuerza de voluntad para no leer los mensajes de esta última y casi me

tiemblan los dedos cuando los mando a la papelería. Estoy a punto de apagarlo de nuevo cuando me entra una llamada de mi jefa. Vacilo unos instantes en contestar, finalmente lo hago, y lo primero que escucho es:

—Diablos, Roger ¿Te tragó la tierra o qué? ¿Dónde diablos estás? ¿Piensas que no tienes empleo?

—Renuncio. —Es todo lo que digo. Para ser honesto, ni siquiera sé si tengo empleo. Hay un silencio del otro lado, después escucho lo más cerca a un jadeo y luego la voz histérica de Margaret:

—No puedes...

—Sí puedo. Me sorprende que no me hayas despedido todavía, me vivías amenazando cuando trabajaba para ti y yo era lo más responsable que tenías en esa empresa ¿Por qué todavía no lo has hecho? Perdón, pero ya no trabajo para ti, Margaret.

—¿Si querías renunciar tenías que habérmelo dicho con quince días de anticipación!

—¿Y si tú me despedías ibas a avisarme con quince días de anticipación también? No creo. En fin, no voy a volver, Margaret. Demándame si quieres.

—Roger, tú eres el escritor con más seguidores en esta revista. No puedes hacerme esto, no ahora. Tengo que poner en marcha todo esto otra vez desde cero y no sabes lo difícil...

—No, Margaret —la interrumpo—. Eso ya no es mi problema. Buena suerte.

Cuelgo, respiro profundo y antes de recibir otra llamada suya apago mi celular. También me pareció ver que tenía una llamada de Monique, pero ya le enviaré un e-mail más tarde. Me siento sobre la grama y estoy a punto de lanzar mi teléfono al agua cuando escucho unos pasos detrás de mí. No tengo necesidad de voltear, ya sé de quién se trata.

—Hola tú. ¿Puedo sentarme? —Le digo que sí con un gesto, aunque no me giro a verla. Me quedo viendo el mismo punto y me pregunta—: ¿Qué sucede?

—No es nada. —No se lo cree, claro. Es la persona que me dio la vida y me conoce incluso mejor que yo mismo. —De verdad, no es nada.

—No nací ayer, Roger. —Se deja caer a mi lado, se cruza de piernas para ver también al mismo punto donde mis ojos están puestos. Entonces dejo salir un suspiro y le digo:

—No tengo otro lugar a dónde ir. Sara se apoderó de mi apartamento.

Bueno, al menos me sinceré a medias. Eso es suficiente para que ahora me dedique toda su atención y gire todo su torso hacia mí.

—¿Sara hizo qué?

—Le permití quedarse porque según ella no tenía a donde ir, aparentemente el holandés la dejó sin casa y sin dinero. Le dije que podía estar ahí, pero solo por esa noche. —Creo que a este punto mi madre está malinterpretando las cosas, por la forma que ha elevado una ceja, así que me apresuro a aclarar: —Por supuesto que yo no me quedé con ella, lo juro. El punto es que ya no quería irse.

—Oh por Dios. Espera hago mi maleta, esa Sara se va de ahí hoy mismo.

—No, le avisé a la policía al día siguiente. Por suerte el contrato está solo a mi nombre. —A mi madre la creo capaz de agarrar el primer autobús y sacarla de ahí a gritos. De hecho, le hubiera dicho desde el primer día y Sara ya no fuera un problema.

—¿Qué hay de Kate? ¿Cómo está? —No contesto, quiero cambiar el tema de conversación, pero no me deja. —¿Está molesta por Sara? ¿Hiciste algo con esa mujer que no me estás contando?

—No, por Dios, ¿Qué tipo de ser humano crees que soy? —Suspira con alivio y entonces se vuelve a mí de nuevo para preguntar:

—¿Terminaron?

—¿Con Kate? Ni siquiera iniciamos, mamá. No sé lo que fue, pero no hubo un comienzo y tampoco un final. Solo se quedó así y ya está.

—¿Por qué?

—No quiero hablar de esto, con todo respeto.

—Bueno, pero confía en mí, Roger. Soy tu madre, las madres nunca nos equivocamos. No siempre tengo algo inteligente por decir, pero no sabes si hoy es uno de esos pocos días que me toca la sabiduría.

Y me rio un poco.

—Es que de verdad no quiero hablar sobre esto. Me siento patético, herido, no sé. Y estoy molesto conmigo mismo, porque la extraño y no debería.

—¿Te engañó con alguien?

—No, hubiera preferido que me engañara con alguien, honestamente.

—¿Es lesbiana?

—Creo que no.

—¿Es travesti?

—No. —Me río, no puedo evitarlo. Bueno, precisamente por eso es que decidí venir aquí y no ir a cualquier otro lugar si tengo dinero suficiente. Mi madre es una persona bastante cómica que suele tomarse todo con humor.

—Bueno, ninguna relación es fácil, Roger. Por eso yo huyo de ellas.

—Me estás ayudando bastante. —Le digo irónico. Pone su mano en mi rodilla y vuelve a preguntarme:

—¿Pero vas a contarme la historia? Porque si no yo te cuento las mías y créeme que no vas a querer escucharlas.

—Tienes razón, no quiero escucharlas, pero tampoco quiero contarte esta, es una larga historia que comenzó con un maldito artículo que me otorgó Margaret. —Como dije antes, a mi madre no le agrada nada Margaret, así que desde que escucha su nombre hace un mal gesto. —Y le prosiguió la idea de Simon sobre conseguirme un ligue de una noche, que porque Sara me había dejado, bla bla bla.

—Okey ¿Entonces fue Kate tu ligue de una noche?

—No, yo fui el ligue de una noche de Kate, en realidad.

—¿Y te gustó ser su ligue?

—Mamá, no voy a hablar esto contigo.

—¿Te gustó ser su ligue sí o no?

—¿Cuál es tu punto?

—Si el sexo fue bueno y ella no te engañó con otro, tampoco es lesbiana, ni travesti, no sé cuál es el problema.

—Que aceptó un reto de Simon para acostarse conmigo. —Mi madre parece quedarse pensando lo que acabo de decir, pero lo único que suelta es:

—Sigo sin ver el problema. Tuviste sexo y te olvidaste de Sara, yo lo veo como un ganar-ganar. —Oh por Dios, definitivamente, es una mala idea hablar con mi madre.

—No le llares sexo. Eres mi madre y me causas trauma.

—¿Cómo quieres que le llame? Sé lo que es el sexo ¿En serio crees que tú caíste del cielo? Tuve mucho sexo y por eso llegaste tú.

—Mamá no. —Finjo taparme las orejas, pero eso en realidad provoca que mi madre comience a hablar demás y creo que me estoy arrepintiendo de salir de mi habitación.

—Tu padre era un hombre muy apasionado y el sexo con él no fue bueno, fue maravilloso.
—Carajo. —Puedo asegurarte de que sentí que valieron la pena todas esas traspasadas cuando naciste, porque el sexo de tu procreación fue... uf.

—Mamá no ¡Diablos! ¿Puedes guardarte los detalles?

—Pero tuvo que ser un idiota y se fue.

—Mamá no vas a contarme esa historia de nuevo, por favor.

—No lo haré, solo quería recordarte que sé lo que es el sexo.

—No sigas... por favor.

Nos quedamos en silencio un momento, yo estoy viendo hacia el horizonte y me sorprende no escuchar a mi madre hablar cuando ella es precisamente una persona que casi nunca está callada. Me vuelvo a ella, se está viendo las uñas, suelta un suspiro y me dice:

—Te contaré algo, espero no te molestes conmigo.

—Esto no huele nada bien... —Siempre que mi madre dice esas palabras y con ese tono, no es nada bueno.

—¿Sabes? —hace una pausa y yo contengo la respiración. —Conocí a Kate.

—¿Qué? —Arrugo el entrecejo y me volteo a verla. —¿Dónde?

—Un día te llamé y ella contestó tu teléfono. Dijo que andabas haciendo unas compras y lo dejaste. Agregó que te avisaría para que me llamaras más tarde. Entonces, no dejé ir la oportunidad de conocerla. Le pedí vernos y ella muy amablemente me dijo que estaba disponible.

—Oh por Dios... —Me esperaba cualquier cosa de mi madre, cualquier cosa... menos esto, ni en un millón de años. —¿Por qué diablos no me lo dijo? ¿O tú?

—Ella no te dijo nada porque yo se lo pedí, yo no te lo dije porque sé que te ibas a molestar, pero bueno, no te dijo nada, así que fue leal conmigo, y si lo fue conmigo lo será contigo también.

—Me ocultó haberte conocido.

—¿Y? Yo solo quería saber cómo era la mujer que te había hecho olvidarte de Sara tan rápido y entonces la vi, de inmediato pude entenderlo, una joven guapa, inteligente, educada, profesional, amable. Hasta yo dije... guau.

—Oh Dios...

—Tu hermano la amó, es muy buena con los niños. Nunca me comentaste que estaba a punto de ser pediatra.

—¿Llevaste al enano a conocerla también? —Mi madre se encoge de hombros y continúa:

—Pensé charlar un poco con ella nada más, pero estuvimos ahí por casi seis horas ¿Puedes creerlo? Cuando nos despedimos en el parking del restaurante hasta yo ya me había enamorado de ella.

—Mamá no... —Mi madre suelta una risa.

—Entonces se lo dije a Sara, porque un día me la encontré en el supermercado y me habló. Entonces me preguntó por ti y le dije estabas con alguien más. Y estoy segura que esa es la razón por la que te buscó de nuevo, no fue porque haya terminado su relación con el sujeto holandés, bueno, si la terminó después y la dejó sin casa o sin dinero, pero ella no se sintió herida por eso, sino porque tú ya estabas con alguien más. Es lo típico ¿Sabes? Es lo que pasó con tu padre también, su ex volvió cuando se enteró de que estaba feliz y tenía una familia, y él fue tan estúpido como para regresar con ella. Solo le pedí a Dios que tú no hicieras lo mismo, y a como me dijeras que habías regresado con Sara, estaba dispuesta a lanzarte por un puente, Roger, te lo juro.

—Oh por Dios.

Mi madre suelta una carcajada, pero continúa:

—Lo que quiero decirte con esto es que Kate no parece una persona que estaba contigo por un reto, habló de ti de una forma que hasta yo me sentí orgullosa. Nunca había escuchado a alguien hablar con esa devoción y orgullo con el Kate se dirigía hacia ti. Sé que tal vez no quieras mi consejo, pero no la considero ese tipo de mujer capaz de aceptar un reto solo porque sí, estaba enamorada de ti. Yo he tenido ligues de una noche Roger y son específicamente ligues de una noche, porque no me dan ganas de repetirlo otro día.

—Por Dios, mamá, no me cuentes, te agradezco mucho que nos ahorremos el bochorno.

Le tapo la boca cuando me doy cuenta que está dispuesta a seguir. Hay cosas que debería guardarse para sí misma, pero no lo hace. Se comienza a reír y cuando la dejo libre entonces continúa, pero le advierto antes que no quiero escuchar sobre sus ligues.

—No te digo que hagas algo que no quieras, Roger. Si en tu corazón en realidad está no querer volver a verla, eso está bien, pero si todavía la quieres no vayas a arrepentirte más tarde. ¿Cuántos hombres no matarían porque una mujer así de guapa, así de inteligente, y así de atenta los utilice como un reto al menos? —Está bromeando, por supuesto, y yo estaba mejor sin hablar con ella. Toma un porte de más seriedad y me dice: —No la justifico ¿Okey? Todos tenemos que pagar nuestros errores de alguna u otra forma, pero también somos humanos y tenemos derecho a ser escuchados. Ni siquiera has dejado que te dé su versión de las cosas. No seas tan terco, si aun así después sientes que no quieres volver a saber de ella, pues la vida sigue y ya ¿No? Y, bueno, de Simon ya sabemos que nunca piensa, pero también aplica para él. Recuerda que siempre todas las decisiones que tomes están bien.

Y yo le digo que sí con un asentimiento. Me pregunta si ha intentado ponerse en contacto conmigo y yo le digo que sí.

—Pero no estoy listo para hablar con Kate.

—Y lo respeto, pero algo me dice que no fuiste un reto nada más. Mejor agradécele a Simon que te unió a una esa grandiosa mujer, después de todo sirvió para algo el cabeza hueca ¿No es así? —No puedo evitar que se me salga una risa. A mi madre no le agrada mucho Simon, pero le divierten sus tonterías. —Por cierto, si algún día decides hablar con ella, más te vale ir pensando con la cabeza de arriba ¿Okey? No la de abajo, porque esa no te va a dejar tomar una buena decisión.

—¡Mamá! —Entonces se ríe, se pone de pie y le truena el tobillo.

—Estás vieja —me burlo. Finge sentirse ofendida, se lleva la mano al pecho con una expresión exagerada y me contesta:

—No estoy vieja, estoy crujiente. —Se va, pero antes se vuelve a mí y agrega: —Tu vida parece una novela y tú eres escritor, así que ya sabes que hacer. Escríbela.

No sé si se refiere a escribir exactamente todo lo que pasó, pero sí que tiene razón, analizándolo suena a toda una novela de ficción que podría mantener entretenido a un público. Entonces decido qué es lo que voy a hacer, después de tanto tiempo ya tengo ideas frescas y lo primero que hago es sentarme frente a mi laptop y escribir: ¿Cómo (no) conseguir un ligue de una noche?

Sí, es un buen título para una mala historia. Comienzo a narrar desde el día que Margaret me asignó el maldito artículo. Voy a cambiar los nombres, por supuesto, nadie tiene que enterarse.

No duermo absolutamente nada los días siguientes, estoy exagerando —claro—, pero así es como se siente. Tengo mil ideas y tengo que buscar cómo acomodarlas todas en no sé cuántos días. Nunca tengo un estimado para escribir una historia, pero ahora solo somos mi computadora

y yo, así que no soy consciente de cuándo ya estoy a mitad del libro y mi madre me dice:

—Cuándo te dije que escribieras esa historia, no me refería a que dejaras de comer para hacerlo. Estás escribiendo un libro de amor, no de náufragos.

—Pues este no es un libro de amor, te lo recuerdo.

—Tampoco de cómo aguantar hambre treinta días y no morir en el intento. Vamos a comer, yo invito.

En fin, los días siguen. En lugar de comenzar a olvidarme de Kate, tengo su recuerdo más fresco en la mente, como si la tuviera frente a mí, y es que cada línea de lo que escribo me hace acordarme del porqué es que llegó a gustarme tanto. Tal vez no era el momento para comenzar esta historia, pero ya estoy a punto de ponerle un final. No sé nada de ella, por cierto. Lo más seguro es que ya se graduó de su especialidad y quizás hasta ya está conociendo a otra persona.

Se me instala un nudo en la garganta con solo pensarlo, pero entonces me acuerdo de lo que pasó el mismo día que me vine a la casa de mi madre y encuentro las fuerzas para mantenerme sereno.

De Simon tampoco sé mucho y yo no he hecho —ni haré— nada para saber qué ha sido de él.

En fin, estoy a punto de llegar al final de mi historia y no sé muy bien cuál será, porque... evidentemente, mi realidad no es muy alentadora. Me quedo horas viendo la pantalla y en ese momento se me ocurre revisar mi celular después de mucho ¿Cuántos días han pasado desde la última vez que lo toqué? No lo sé, pero no es que me importe tampoco, ya pasó mucho tiempo y lo más seguro es que a este punto Kate ya ni siquiera se acuerde de mí.

Cuando la pantalla se ilumina frente a mis ojos, de inmediato setenta y seis mensajes comienzan a llegar y es su nombre el que se muestra una y otra vez, texto tras texto, todos son de ella. Es un mensaje por cada día y el último que me envió, dice: «Te extraño, Roger». Mi corazón se estruja dentro de mi pecho y se encoge otro poco cuando veo su rostro ahí en su imagen de perfil. Sus ojos verdes, sus labios rosados, su nariz perfecta, su cabello lacio, sedoso y oscuro, su piel tersa.

Definitivamente, creo que nunca voy a olvidarme de Kate.

Miro la historia en mi pantalla y después el último texto que me envió, voy a arrepentirme tal vez, pero le doy responder a su mensaje. En ese preciso momento un texto me interrumpe y es Linda, la amiga de Kate, y me desconcentra un momento cuando leo:

«Deberías leer esto.

Bueno, te iba a enviar un link, pero no puedo ¿Podemos encontrarnos en algún lugar? Puedo conducir hasta el pueblo donde te encuentras.

Por cierto, nadie sabrá de esto ¿Okey? No te preocupes».

A ver ¿Cómo diablos sabe dónde estoy?

Lo más seguro es que tengo un *bug* instalado en mi computadora y no me doy cuenta. Tal vez debería formatearla o quemarla de una sola vez.

Pero bueno, le digo que sí.

No porque quiera saber qué tiene por mostrarme, si no porque necesito despejarme un rato. Todavía no sé qué final tendrá mi libro. Solo debería matar al protagonista y ya está.

Pero bueno, por la tarde estoy esperando a Linda en un bar que está en el centro, veo un Porsche color turquesa estacionarse en frente y a Linda bajarse mirando alrededor. Este es un pueblo pequeño y ver a una mujer joven con el cabello pintado de colores salir de un auto deportivo no es muy común, pero bueno, levanto la mano cuando entra y ella dando saltitos me da un abrazo. Toma el lugar frente a mí y agarra una cerveza que le da el mesero, mira mi *Sprite*

y después a mí:

—No has cambiado nada.

—¿Y qué voy a cambiar? No es como que me fui a la luna y regresé.

—Sí no has cambiado nada —dice riéndose. Está manipulando su laptop y después la pone frente a mí, todavía no me dice de qué se trata, pero yo tampoco he querido preguntar, tengo la leve sospecha. —Lee esto.

No quiero hacerlo, porque no pienso seguir rompiéndome el corazón cuando me doy cuenta de que es la conversación completa entre Kate y Simon. Prefiero ignorar todo lo que tenga que ver con ellos dos. Entonces ella le da click y hace la letra todavía más grande.

—¿Quién de ellos te envió? —Bromeo. Estoy intentando sonar relajado, pero no me sale como esperé.

—Ninguno de los dos, te lo juro. Estoy consciente de que Simon es un pendejo y no intento limpiar el nombre de nadie, pero me siento en el deber moral de mostrarte la conversación. Sé que hay mil cosas que pueden malinterpretarse a través de mensajes de textos. No justifico a Kate tampoco, estuvo mal, pero sí creo que deberías leer esto. Por cierto, este será nuestro secreto ¿Okey? Se supone que no entro al teléfono de ninguno de los dos.

Entonces me obligo a mí mismo a leer, los primeros los paso rápidamente, porque se me instala una bola de angustia en el estómago, y después de una manera más cautelosa comienzo a ver uno por uno aquellos que todavía no. Hay un mensaje de Kate después de haberle enviado la fotografía a Simon y dice:

Kate: Puedes quedarte tu premio. Yo me quedo con Roger»

El pendejo le agregó un par de emoticones de risa y después:

Simon: Oh por dios. ¿Tan bueno es?»

Kate: Un veinte de diez.

Simon: Mira nada más, se lo tiene bien guardado, pero recuerdas que yo te dije que Roger es una persona que vale la pena conocer ¿Verdad? Bueno, ahora estás en deuda conmigo por haberte ayudado a conocer al amor de tu vida»

Kate: A ti no, a Margaret en realidad. Tú quédate con sus mil dólares»

Simon: «Naaa. Yo le dije a Margaret desde el principio que no me interesa su dinero. Lo único que quería era demostrarle que Roger no es ningún idiota que se iba a quedar llorando por la mosca muerta de su ex en un rincón. Ni siquiera Roger les guarda tanto rencor como el que les guardo yo».

Prefiero parar de leer.

—Oye también revisé las conversaciones entre Margaret y Simon ¿Okey? Porque yo puedo creerle a Kate, pero a Simon no tanto, entonces hurgué en la computadora de tu jefa... bueno, ya no es tu jefa, pero tú lo entiendes. El punto es que... —Toma su computadora, se va a otra página y la vuelve a dejar frente a mí. —No borra nada y el maldito de Simon al menos una vez en la vida parece que dijo la verdad. Tu jefa le pidió llegar a su oficina a reclamar su premio y él le dijo que no lo necesitaba. Esto fue antes de todo lo que pasó, por cierto.

—Independientemente de si reclamó el bendito «premio» o no, eso no borra el hecho de que aceptó un reto con la persona que me odiaba en ese entonces y fue tan cínico como para conseguir a alguien que me enamorara solo para probar algo que nunca existió. Y de Kate no hablemos.

—Oye, tal vez no fue la mejor forma, pero el pendejo de Simon no tenía una mala intención y no puedo creer que esté aquí intentando hablar bien de él.

—A ver, dejemos a un lado el tema de Simon y Kate ¿Qué pasó entre tú y él? Honestamente. Sé que lo mandaste a la mierda una vez y parece que le heriste el orgullo, pero es todo lo que sé.

—Bueno, a mí me gusta averiguar a las personas y a él le gusta mentir mucho. Definitivamente él y yo nunca íbamos a funcionar.

—¿Te acostaste con él?

—No... bueno, sí... fue una vez o dos nada más. —Se aclara la garganta, pero entonces suelta con advertencia: —Pero tú no sabes nada ¿Entendido?

Entonces suelto una risa. La primera en mucho tiempo en realidad, aunque se va rápido y vuelvo a tener el semblante triste, no es mi intención ¿Okey? Yo intento verme como si todo me vale un pepino, aunque no soy consciente de eso hasta que Linda lo menciona y yo me defiendo:

—No, sí estoy bien.

No dice nada, por suerte, y después de darle un trago largo a su cerveza me dice:

—¿Vendrías a mi cumpleaños? Este sí es el de verdad.

—¿Quiénes van a estar ahí?

—¿La pregunta es por Kate, Simon o Koen Van Brouwer? —Me río de nuevo, no puedo creer que el tan Koen siga en la ecuación. —Porque ya no sé nada de Koen, Simon no está invitado por supuesto y Kate creo que tiene turno en el hospital, aunque lo más seguro es que sí se aparezca un rato, pero puedo avisarte por si quieres irte antes o quedarte... no sé. Respeto lo que tú quieras hacer de ahora en adelante.

—Tengo que pensármelo.

—¡Ay! Vamos. No creo que tengas algo mejor qué hacer... con todo respeto.

Tengo un mensaje de texto y es Kate otra vez.

—¿Kate sabes que estás aquí?

—No, tampoco tiene idea de que me leí todas sus conversaciones. Aún no sale con nadie, por si te lo preguntas.

—No me lo preguntaba, pero gracias.

Entonces abro el mensaje de Kate. En ese instante aparece el «escribiendo...» justo debajo de su nombre, pero deja de hacerlo. Cuando me despido de Linda, me quedo viendo el celular antes de entrar a la casa de mi madre. Entonces le envío el primer mensaje después de mucho tiempo.

Capítulo 35

No sé qué es lo que siento cuando escucho la voz de Kate, porque después de dejarle un mensaje me pregunta si puede llamarme y yo le digo que sí. A ver, ya pasó mucho tiempo, pero tal vez todos tienen razón y debería escucharla. También soy consciente de la fuerza de voluntad que necesito cuando esa voz todavía me acelera el pulso.

—Hola, Kate.

—Roger, ¿cómo estás? —Ni siquiera yo sé cómo estoy. Me aclaro la garganta y le digo:

—Bien, gracias. Oye, ¿irás al cumpleaños de Linda? Quiero hablar contigo.

Me dice que sí de inmediato.

—Trabajo hasta tarde, pero ahí voy a estar ¿Okey? Yo te aviso la hora sin duda. Muchas gracias, Roger.

—Gracias a ti, Kate. Te veo allá entonces. Buenas noches.

No duermo absolutamente nada.

No sé si por el viaje largo que me espera, o por la ansiedad que me provoca volver a ver a Kate. A mitad del camino detengo para buscar un lugar donde imprimir lo que he escrito de ¿Cómo no conseguir un ligue de una noche? Tengo mil cosas agolpándoseme en la cabeza ahora mismo y escuchar la voz de Kate solo me trajo cien recuerdos más. Definitivamente, todavía no me la saco de la cabeza.

Lo confirmo cuando la tengo en frente.

No sé por qué se me ocurrió que era una buena idea ver a Kate. En el momento que mis ojos la visualizan, siento una emoción inexplicable acumularse en el pecho, estamos en el patio trasero de la casa de Linda, lo más lejos a la música, del ruido y de los demás. Lo primero que hago es darle el documento que escribí, ella lo toma vacilante y lee el título. Kate lleva el cabello un poco más corto que la última vez que la vi. Además, lleva ondas suaves, un vestido de color negro que resalta esa mirada preciosa. Entonces se ríe y me doy cuenta de que a esta mujer no la voy a olvidar nunca.

—¿De verdad? ¿Cómo NO conseguir un ligue de una noche? Me tienes con el título.

—Bueno, tú dijiste que querías leer algo que yo escribiera. No especificaste si algo bueno, o algo malo. —Entonces hacemos contacto visual un momento, uno que rompo yo. —No tiene final aun, no me decido todavía.

Me dice que sí. Está viendo mi manuscrito, lo cierra y toma una calada de aire. A ver, yo no quería ni mencionar esto, quería hacer un punto y aparte, pero es ella la que dice:

—Roger, ¿en serio crees que hubiera aceptado el reto de Simon si no me hubieras gustado desde el principio?

—¿Por qué te gustaría yo? Soy todo lo contrario a ti, no soy extrovertido, no tengo una carrera brillante, no... —Entonces caigo en cuenta de que eso es lo único distinto que tenemos, en lo demás, Kate y yo somos casi iguales. Mismas series, mismas películas, mismos gustos musicales... al menos que también lo haya planeado con Simon.

—¿No tienes una carrera brillante? Roger, puedes crear cosas como estas. —Señala el documento que tiene en su mano. —Y a mí me gustas desde que te vi. Tu forma de ser, tu forma de hablar. Eres muy distinto a todos los hombres que he conocido y eso me causa una fascinación increíble. Me encanta como sonríes, como me miras, tu forma de ser, tu sentido del humor. Eres un caballeroso, respetuoso, sensible, amable, dulce y puedo seguir. No sé qué hice tan bien en la vida como para encontrarme a una persona como tú. Perdón por arruinarlo Roger,

no lo hice con mala intención.

—Kate, no quiero hablar sobre eso, de verdad.

—Y lo entiendo. —Hace una pausa, también veo los gestos de lucha para no llorar y se me parte el alma. —Solo quiero decirte que no cambiaría nada de lo que pasó, porque gracias a ese error conocí al mejor. Simon me habló de ti de tal forma que me dio curiosidad y después te conocí. Solo para que sepas, Simon me dijo que con fotos en redes sociales bastaba o eventos donde estuviera tu jefa era suficiente, todo lo que hicimos después no fue parte de ningún plan.

—Kate... —Voy a decir algo, pero entonces me interrumpe para continuar:

—Está bien si no quieres volver a verme, Roger. Lo entiendo. Pero también quiero decirte estoy dispuesta a hacer lo que seas con tal de que me perdones. No quiero perderte... —Ahora sí una lágrima se le escurre por la mejilla y a mí se me rompe el corazón. ¿Cómo le digo que no me gusta verla así? Que me dan ganas de abrazarla y se supone que no... —Lo siento, no quiero que creas que estoy intentando manipularte con lágrimas, no me gusta llorar. Solo... solo se me fue una basura al ojo.

Me rio un poco, se está limpiando la cara y yo le ayudo. Tengo un nudo en la garganta y ni siquiera puedo hablar.

—Gracias por aparecer en mi vida y darle vuelta de esa forma, Kate.

—Roger, ¿esto es un adiós?

Entonces me rio.

—No del todo. Escríbeme cuando termines de leer el libro, por favor.

Ella me dice que sí. Joder, qué duro es esto cuando solo quieres besar y abrazar a esa persona, pero mi parte racional y cuerda sabe que lo mejor es no hacer una tontería. No me vuelvo a Kate en ningún momento y camino hasta mi auto sin detenerme. Abro la puerta, me encierro y me trago el nudo en la garganta. Mejor me voy de aquí antes de que me gane el impulso y me regrese a besar a Kate. Enciendo el vehículo, pero entonces se apaga. Okey, no. Vuelvo a intentar ponerlo en marcha y no, simplemente no. Maldita sea. Entonces me bajo y abro el capó ¿Para qué? No sé, yo ni siquiera soy mecánico.

—Ya dije que tenías que cambiar esa basura. —Ese es Simon por supuesto, me giro a él y en el momento que hacemos contacto visual ninguno de los dos dice nada. —Perdón, pero es la verdad.

—¿Qué diablos haces aquí? Linda me dijo que no te invitó.

—¿Cómo que qué hago aquí? Me bloqueaste de todas partes Roger, y ni siquiera me has dado la oportunidad de hablar contigo, es como si te tragó la tierra, y sí es verdad que no me invitó, pero vine de todas formas. ¿Te ayudo?

Entonces cierro el capó. Maldita suerte la mía.

—No gracias, solo voy a llamar un taxi y después busco quién pueda venir a verlo.

—Vamos te llevo. —Hace un ademán indicándome el camino a su vehículo. No creo que vengan taxis hasta aquí y si vienen te costará una fortuna.

—No, Simon, estoy bien. —Abro la app y no hay ni un maldito taxi cerca. A otro le tomará más de una hora llegar. —Maldición.

—Oye... ya sé que no quieres saber nada de mí, pero perdóname, por favor. Nada de lo que hice fue con mala intención, te lo juro. Si pudiera devolver el tiempo...

—¿Si pudieras devolver el tiempo qué, Simon? Harías exactamente lo mismo, siempre piensas en ti mismo nada más.

Me alejo un poco y busco alguna otra opción. Bueno, creo que no me queda de otra que esperar... ahora que me acuerdo, tengo que regresar a la casa de mi madre y no tengo un maldito

vehículo. Simon sigue detrás de mí y casi está gritando, cabe recalcar que aquí hay más personas y que no conozco de nada.

—Roger, a pesar de todo y que seamos tan diferentes, eres mi mejor amigo ¿Ok? Siempre estás ahí cuando te necesito y no me perdono haberme comportado como un idiota, te aseguro que esto no lo hice con mala intención.

—No lo hiciste con mala intención —repito irónico. Y me detengo después de que cruzo la calle de la entrada. —Pensándolo bien, nunca fuiste mi amigo realmente, Simon. Si me pongo a pensar en todas nuestras interacciones siempre han sido para tu beneficio, porque querías escapar de alguien o que te ayudara en alguna cosa.

—Eso no es verdad ¡Yo te considero mi mejor amigo! Y no quiero perderte por un estúpido error que cometí. No me puse en tus zapatos, lo sé. Soy un maldito egoísta, puedes llamarme como quieras, pero te pido perdón de corazón... perdóname.

—No, Simon. Tú no haces nada por nadie si no es para tu propio beneficio. Un verdadero amigo nunca oculta cosas. Perdóname tú a mí, pero necesitarías morir y volver a nacer para que yo llegue a considerar siquiera volver a ser tu amigo.

Entonces lo siguiente no lo veo venir. Un auto arrolla a Simon y solo veo que sale volando, da varias vueltas en el aire y después escucho el sonido de su cuerpo contra el pavimento. Carajo. Corro hacia él, de hecho, todas las personas presentes, pero soy yo el que llega primero. Se mueve, qué alivio, se da media vuelta y me dice:

—Sí que manifestaste muy fuerte, eh. Casi me voy a la otra vida y vuelvo a nacer.

—Cállate, pendejo. —Está sangrando de la cabeza. Me saco el teléfono para llamar a una ambulancia y siento unas manos que toman mi brazo, es Kate, y me aparto para que ella sea la que lo atienda, yo no sé qué hacer.

—Simon... —Esa es Linda ahora y sus otras dos amigas están atrás. —Maldito seas, Simon, ¿cómo se te ocurre que te vas a morir el día de mi cumpleaños? —Está llorando, además, y Simon aún ante las protestas de Kate y Linda, se pone de rodillas frente a mí:

—Perdóname, Roger.

—No hagas esto, Simon. Suficientes vergüenzas me has hecho pasar estos días, acuéstate, por favor.

—¿Vas a perdonarme?

—Esto que estás haciendo es presión social ¿Okey?

Y se desmaya, no puede ser. Todos gritan y yo entro en pánico ¿Para qué vine?

Maldito Simon, a este punto sí voy a terminar perdonándolo, pero por lástima.

Epílogo

Mi historia con Kate se había convertido en un libro.

En uno exitoso, que me convirtió en un autor súper ventas según el New York Times, mi nombre encabezó la lista por varias semanas, mi novela estaba en todas las librerías, se colaba en los estantes donde se leía «Los más vendidos», había viajado por todo el mundo gracias a esa historia. Estaba viviendo mi sueño y no quería despertarme. Después de tanto tiempo y varios intentos lo logré, con una historia que jamás me imaginé que tendría tanto auge, una novela juvenil de la que nadie sabía el trasfondo, solamente Kate y yo, ese era nuestro gran secreto.

Sentí que todo sucedió tan rápido, había enviado el manuscrito sin ninguna esperanza y, para mi sorpresa, dos meses después estaba recibiendo un correo con una propuesta de publicación proveniente de una de las mejores editoriales. Solo tomó algunas semanas para que Krista viera el auge y me contactara para adquirir los derechos de adaptación, pero no fue todo, en las negociaciones me pidió trabajar con ella, como guionista, comencé con el guión para la adaptación de mi novela, pero después me confió otros filmes. Me había vuelto tan cercano a ella y a Monique que incluso fui el padrino de la boda de ellas dos en una bonita ceremonia en otro continente.

En cuando a Margaret, no volví a saber de ella. La última noticia que escuché sobre ella fue cuando tuvo que pagar una multa a Koen Van Brouwer por la demanda que este interpuso y, por ende, tuvo que cerrar la revista declarándose en banca rota. El sujeto holandés había ido con todo, dejó a los padres de Sara sin casa, sin auto y sin empleo, sin ni un dólar en sus cuentas bancarias, no solo les destruyó la reputación, si no también sus vidas. El señor Escribano estuvo un tiempo en la cárcel y, por ende, el hermano de Sara tuvo que conseguirse un empleo, fue la persona que me sirvió una BigMac en McDonald's.

De Sara no sé absolutamente nada, me la encontré hace un par de meses en una ciudad completamente distinta en el parqueo de un supermercado en un pequeño pueblo donde asistí a realizar una firma. La verdad que no estaba prestando atención a mi alrededor cuando escuché una maldición de una voz que se me hizo extrañamente conocida, me giré y miré a Sara a unos pocos metros, aunque al inicio no supe que era ella, fue hasta que me acerqué a ayudarle con las frutas que rodaban por el suelo que hicimos contacto visual y exclamó:

—¿Roger? ¡Vaya! —Se puso nerviosa, lo sé porque dejó caer el resto de las bolsas de papel que tenía en manos. Me costó reconocerla, porque de la Sara que había estado en mi memoria ya no quedaba nada. Se veía demacrada, con bolsas oscuras debajo de los ojos, la piel reseca y el cabello de un extraño rubio que no le favorecía en nada. No debió pasarla nada bien cuando se enteró que su supuesta mejor amiga, Wendy, se casó con su ex prometido. Aunque después de todo lo que hizo el sujeto holandés y que dijera en televisión nacional que se arrepentía de haberse casado con Wendy porque estaba enamorado de otra mujer, es Sara quién debería sentir pena por ella en realidad. —Qué gusto verte.

Le ayudé a recoger sus bolsas de comida. Me di cuenta de que su auto estaba justamente aparcado a la par del mío. Ni siquiera me lo pude haber imaginado, su coche era viejo, más que el Impala que yo tuve en mi tiempo que conviví con ella. Aunque ella tampoco se hubiera imaginado que el vehículo a la par del suyo era el mío.

—¿Cómo has estado? —Le pregunté de manera cortés. Por un momento se me pasó por la cabeza pensar que estaba enferma, pero tal vez solo era el efecto de no llevar ni una sola gota de

maquillaje o ropa de diseñadores, algo a lo que yo no estaba acostumbrado.

Se giró cuando puso sus bolsas dentro del asiento del copiloto y contestó:

—Bien... gracias. Intentando sobrevivir, tuve que mudarme a algún lugar que nadie me conociera para... ya sabes... poder rehacer mi carrera y mi vida. Fue difícil, pero ahora estoy mejor. —Así que la cuestión de Koen Van Brouwer sí logró afectarle de verdad, ironías de la vida. Nunca me había detenido a pensar qué hubiese sido de nosotros si ella no se hubiera largado con el holandés. Yo no hubiese escrito este libro, no tuviera a Kate y tampoco un trabajo en el que me siento verdaderamente conforme. Sí que hizo un favor, por tal motivo no puedo odiar a Sara. —Me alegra que te vaya bien, en serio.

—Gracias. Espero que... pronto pase la mala racha.

—Espero que sí —replicó de inmediato—. Leí tu libro por cierto, gracias por retratarme como una perra. —En realidad no parecía molesta, soltó una risilla incómoda a medida que rodeó su auto y me miró de reojo. —Creo que me lo merezco y Margaret también.

—Tengo que irme —dije, cuando recibí una llamada de Kate. Sentí la mirada de Sara puesta en mi espalda cuando subí a mi nuevo auto deportivo. Le di un vistazo a través del espejo retrovisor cuando me iba alejando y ella estaba ahí, de pie, viéndome partir hasta que desaparecí completamente de su vista.

En cuanto a mí, todo me va muy bien, increíble, incluso mejor de lo que alguna vez me pude imaginar. Todavía modelo, pero exclusivamente para la línea de Monique, después de todo le debo tanto a esa mujer.

Todo sucedió rápido y todavía me cuesta creer que mi vida es muy distinta ahora, que tengo un perfil en Instagram con más de cien mil seguidores sin necesidad de mostrarme semi desnudo, el auto de mis sueños, una bonita casa en la playa, tres cuñados fantásticos, unos suegros increíbles y una bellísima novia a quién diviso a cierta distancia cuando me bajo de mi vehículo y camino hacia ella.

Ni siquiera tengo que llegar hasta donde está, es como si estuviésemos conectados de alguna forma que siempre voltea a verme cuando apenas he dado unos pasos en su dirección. Me esboza una sonrisa y corre hacia mí para posteriormente enrollar sus piernas alrededor mi cintura, me besa, tan bien, tan suave y especial que me hace soltar una risa.

—¿Estás lista? —Le hablo, ella asiente y miro en dirección al amable señor que nos está esperando.

Hoy cumplimos un año desde que comenzamos a salir oficialmente, después de comenzar a charlas como amigos cuando se leyó todo el libro en menos de tres días. Después de todo, nunca me la pude sacar de la cabeza. Le propuse celebrarlo con un viaje en un globo aerostático, así que en la misma posición que estamos la llevo conmigo al lugar donde iniciará el paseo.

—¿Listos? —Nos habla el hombre. Los dos le decimos que sí al unísono cuando comenzamos a subir como él nos indica. Con mi cámara le tomo una fotografía a Kate. Entonces ella me sonríe y la toma entre sus manos para obligarme a tomarnos una foto juntos.

—Tengo que presumir a mi novio escritor —la escucho, le sonrío en respuesta con una leve negación. Cuando el globo está a la altura suficiente para ver toda la ciudad, le digo a Kate que necesito un favor suyo mostrándole la botella de vino que voy a descorchar. Le pido que tire de un cordón detrás de nosotros y aunque primero no comprende el motivo, le explico que ahí está el descorchador.

No es verdad, por supuesto.

Creo que es la primera vez que le digo una mentira a Kate, pero el motivo vale totalmente la pena. Cuando ella vacilante tira del cordel y ve desplegarse una pequeña manta de color rojo con

letras doradas arruga su entrecejo, lee el letrero y después me mira a mí con sorpresa. Vuelve a poner sus ojos sobre la manta y es en ese momento que aprovecho para postrarme sobre mi rodilla y sacar una cajita de terciopelo de mi bolsillo. Cuando Kate me mira otra vez sus ojos están cristalizados, no puede evitar mostrar la sorpresa que emana hasta por los poros y se lleva una mano a la boca de la impresión.

—¿Te casarías conmigo, Kate? —Lo mismo dice la manta, ella le da un vistazo una vez más y ahora ambas manos están sobre su rostro. Se está riendo, está llorando... no sé qué es, pero sí puedo sentir la emoción que me contagia. Las manos le tiemblan, tiene lágrimas en los ojos, pero una sonrisa enorme en la cara.

—¡No puede ser! —Se está riendo, de una manera adorable y nerviosa que me da ternura. Me da su mano para ponerle el anillo, es de oro blanco y una esmeralda en el centro, había llevado a su madre a ayudarme a elegirlo, también mi madre me había acompañado, entre los tres nos decidimos por este, aunque a decir verdad fue el que me atrajo desde el principio porque me recordó a sus ojos. Lo hago, deslizo la sortija en su dedo anular después que me dice: —Sí, por supuesto que sí.

Entonces es mi turno de reír cuando casi me hace caer de espaldas en el momento que me pongo de pie y me abraza. Me besa al mismo tiempo. Me da besos por toda la cara. Los dos estamos riendo, nos estamos besando, nos tomamos fotos, el hombre que nos está llevando en el globo nos felicita. Me vuelvo a ella, tomo su rostro con ambas manos y le digo:

—Te amo, Kate. —Mi nariz está junto a la suya y le doy un pequeño beso que la hace sonreír —. Te amo con todo mi corazón. Gracias por aparecer en mi vida de esa forma.

—Gracias a ti por dejarme entrar, Roger. No sé qué sería de mi vida sin ti. —Me besa suave, succiona mi labio inferior cuando envuelve sus brazos alrededor de mi cuello. Me va dejando besos suaves por todo el rostro, de esos que siempre me hacen soltar una risa auténtica. —Te amo, mi amor. Te amo con toda el alma.

—¿Entonces esto significa que ya no serás mi ligue de una noche? —Pregunto con sorna, acomodando los mechones de su cabello que están entre nosotros. Le doy un beso en la punta de la nariz, me da una sonrisa cálida y su respuesta es:

—Yo voy a ser tu ligue de una noche toda la vida, mi amor.

FIN